
VUELA
PÉTALOS
DE SANGRE
VII
LA
DEVOCIÓN
DE MI FANTASMA
KRIS BUENDIA

Contents

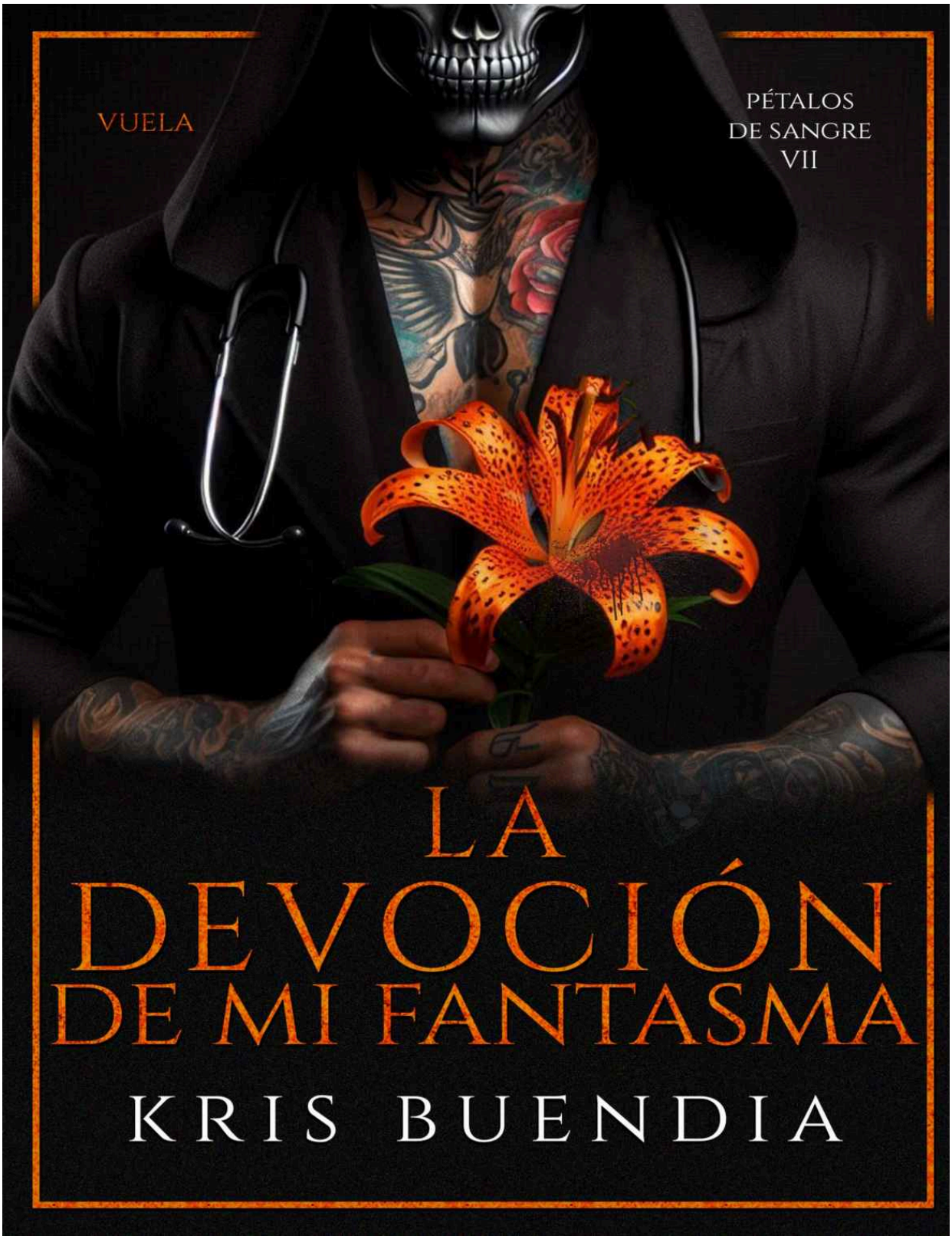
LA DEVOCIÓN
SERIE PÉTALOS DE SANGRE
KRIS BUENDIA
PLAY LIST
Prólogo
Una bala…
Capítulo 1
Escapar no significa ser libre
Capítulo 2
Un legado.
Capítulo 3
La libertad…creo.
Capítulo 4
Algo peligroso.
Capítulo 5
Limpiando las calles…por ella.
Capítulo 6
Mi lugar
Capítulo 7
Un salvador
Capítulo 8
Cazador en la Oscuridad
EL FANTASMA
Capítulo 9
Mía…
Capítulo 10
Capítulo 11
Algo me observa…y me gusta.
Capítulo 12
Salva una vida, quita otra…

Capítulo 13
Lo recuerdo…
Capítulo 14
Es lo que soy…
Capítulo 15
Las pesadillas no se van.
Capítulo 16
El miedo a comenzar…
Capítulo 17
Ella es la nota perfecta
Capítulo 18
Imán para los problemas.
Capítulo 19
Sabor a pecado
Capítulo 20
Soy un monstruo…
Capítulo 21
Atrapada entre ellos…
Capítulo 22
Y vuelo…
Capítulo 23
Estoy rota por ellos…
Capítulo 24
Me ha roto…
CAPÍTULO 25
Capítulo 26
No tengo miedo…
Capítulo 27
Canto para él…
Capítulo 28
El doctor…salvador.
Capítulo 29
Ella es mía, joder…
Capítulo 30
Una cuota más…
Capítulo 31

Mi Lirio de tigre…
Capítulo 32
¿Por qué no me mata?
Capítulo 33
¿Su paga?
Capítulo 34
Un enemigo más…
Capítulo 35
Todo se detiene
Capítulo 36
Real
Capítulo 37
De nuevo… perdida.
Capítulo 38
Mi vida entera está aquí…
Capítulo 39
Mi nostalgia
Capítulo 40
Lo amo
Capítulo 41
Arde la Z
PARTE 1
—Sí. Confío en ti.
El filo del bisturí roza mi clavícula, y el frío me quema la piel.
—Eres tan frágil… —susurra junto a mi oído, su voz grave, entretenida, como si esto fuera un simple
—¿Sabes lo fácil que sería cortarte? —su voz es baja, casi tierna—. Un ligero movimiento en la direc
El nudo en mi garganta es tan grande que no puedo responder.
—Déjame comprobar algo… —su voz es solo un murmullo mientras la presión del bisturí aumenta justo do
—Si te mueves… te cortaré.
Él deja escapar un sonido de satisfacción.
Capítulo 43
Parte 2
Capítulo 44

Los malos no mueren rápido
Capítulo 45
Capítulo 46
Más mentiras…
Capítulo 47
Me follaría hasta perdonarlo…
Capítulo 48
Mi amante nocturno
Capítulo 49
Tiene que ser un sueño
Capítulo 50
De rodillas
Capítulo 51
Familia…
Capítulo 52
Arderá todo…
Capítulo 53
Un plan…no me gustan los planes…
Capítulo 54
Vuelve a mí…
Capítulo 55
Todo es sangre…
Capítulo 56
Traición…
Capítulo 56
Todo arderá…desde los cimientos
Capítulo 57
Iré por ella…
Capítulo 58
Part 1
Capítulo 59
Sin cabeza…
Capítulo 60
Mírame de verdad
EPÍLOGO
DIEZ AÑOS ATRÁS

EL FANTASMA
JOSEPHINE
EPÍLOGO EXTRA
HABRÁ LIBRO DE HUNTER Y VIPER.
CÓDIGO NEGRO
LIBRO 1: VIPER
¿Quieres un adelanto de la historia de Hunter y Viper?
HUNTER
LIBRO 8 – spin off
SERIE PÉTALOS DE SANGRE
KRIS BUENDIA
Capítulo 1
BRATVA – MAFIA RUSA
COSA NOSTRA – MAFIA ITALIANA
MAFIA DE LONDRES
MAFIA SUIZA
CÓDIGO NEGRO – ORGANIZACIÓN SECRETA
AGRADECIMIENTOS
AGRADECIMIENTOS ESPECIALES:
Orden de Lectura de PDS:
Sobre la autora


VUELA
PÉTALOS
DE SANGRE
VII
LA
DEVOCIÓN
DE MI FANTASMA
KRIS BUENDIA

Copyright © 2025 Kris Buendia.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
1ra Edición
MAYO 2025
LA DEVOCIÓN DE MI FANTASMA. LIBRO 7.
Serie Pétalos de sangre.
Diseño y Portada: Kaos Studio 28.
Maquetación y Corrección: Kaos Studio 28.

LA DEVOCIÓN

DE MI FANTASMA

LIBRO 7

SERIE PÉTALOS DE SANGRE



KRIS BUENDIA

Nota de autor



Querido lector, No sé si sabes, pero escribo libros que son bastante oscuros y algunos temas pueden ser muy sensibles para ti. Sabes que intento que te la pases bien leyendo mis historias, pero quiero que sepas que esta no es una novela común de romance oscuro. En ella encontrarás temas fuertes como: Hombre enmascarado, acecho, Torturas muy explícitas, asesinatos a sangre fría, escenas eróticas muy detalladas, secuestro y cautiverio, recuerdos de abuso, estrés post traumático, entre otros.

Por favor, si este no es tu libro, no lo leas.

La historia de Theron Sterling. Sé que quieres conocerlo, y a diferencia de su amigos de la Cosa Nostra, él tiene toda una ciudad que gobernar, Londres. Se mueve como un fantasta, pero alguien que no quiere lo notará, lo hará y no podrá negarse ante el encanto de su nuevo pajarito. Sigue leyendo y enamórate de MI SOMBRA.

Este es el séptimo libro de la serie PÉTALOS DE SANGRE. El cual se puede leer de forma independiente, pero para disfrutar la serie mejor, te aconsejo leas en orden sugerido.

Palabras que pueden encontrar y que quizás no sepas su significado.

Lirio de tigre – Flor de color naranja intenso.
Viper – "Víbora" Serpiente venenosa.
Pakhan – Líder de la mafia rusa.
Don – Jefe de mafia italiana.

PLAY LIST

GHOST – TEFLON SEGA
SINNER – SHAYA ZAMORA
COLLAPSED – NATALIE TAYLOR
ALL I NEED – WHITIN TEMPTATION
BAD GUY – FALLEN IN REVERSE
THE REASON – HOOBASTANK
FRZZN – OZZIE
BEAUTY IN YOU – PSYOSIA
ZOMBIE – BAD WOLVES
LET THE WORLD BURN – CHRIS GREY
BROKE UP WITH A DEMON – TEFLON SEGA
FEEL NOTHING – THE PLOT IN YOU
V.A.N. – BAD OMENS, POPPY
ROMANCE – VARIALS
SOMETHING TO REMEMBER – MATT HANSEN
PREQUEL – FALLIN IN REVERSE
ALIVE – GABRIELLE APLIN
WITH YOU – DEAN LEWIS
JOSEPHINE – RITUAL
ILL BE GOOD – JAYMES YOUNG
DOWN BY THE WATER – THE DRUMS
CREEP – RADIOHEAD
ALL YOUR LIES – DEAN LEWIS
HIGH – STEPHEN SANCHEZ
KEEP ON LOVING YOU – REO SPEEDWAGON
KILLING STRANGERS – MARILYN MANSON
HUNTER – DIDO
WINGS – BIRDY
NUMB – LIM YEON



Nuestra tierra está en el corazón.
Our land is in the heart.
Notre terre est dans le cœur.
La nostra terra è nel cuore.
Unser Land ist im Herzen.
Nossa terra está no coração.
La nostra terra és al cor.
Gure lurraldea bihotzean dago.
A nosa terra está no corazón.
우리 땅은 마음속에 있습니다
私たちの土地は心の中にあります
我们的土地在心中
Наша земля в сердце
أرضنا في القلب

Con amor, Kristy.

El Fantasma:



No soy un hombre, no soy un ser que puedas comprender. Soy la oscuridad que te rodea, la presencia que te observa cuando crees estar sola. Soy la obsesión que te consume, el deseo que te quema desde las sombras. Me ves, pero no me entiendes. Lo que sientes por mí es miedo, pero también es algo más profundo, algo que te atrae, algo que te empuja a la oscuridad en la que yo vivo. Te quiero, pajarito, y aunque no lo aceptes, sé que me necesitas. La diferencia entre él y yo es que yo te veo en tu totalidad: tu luz, pero también tu oscuridad. Y en esa oscuridad, es donde te pertenezco.

Josephine:

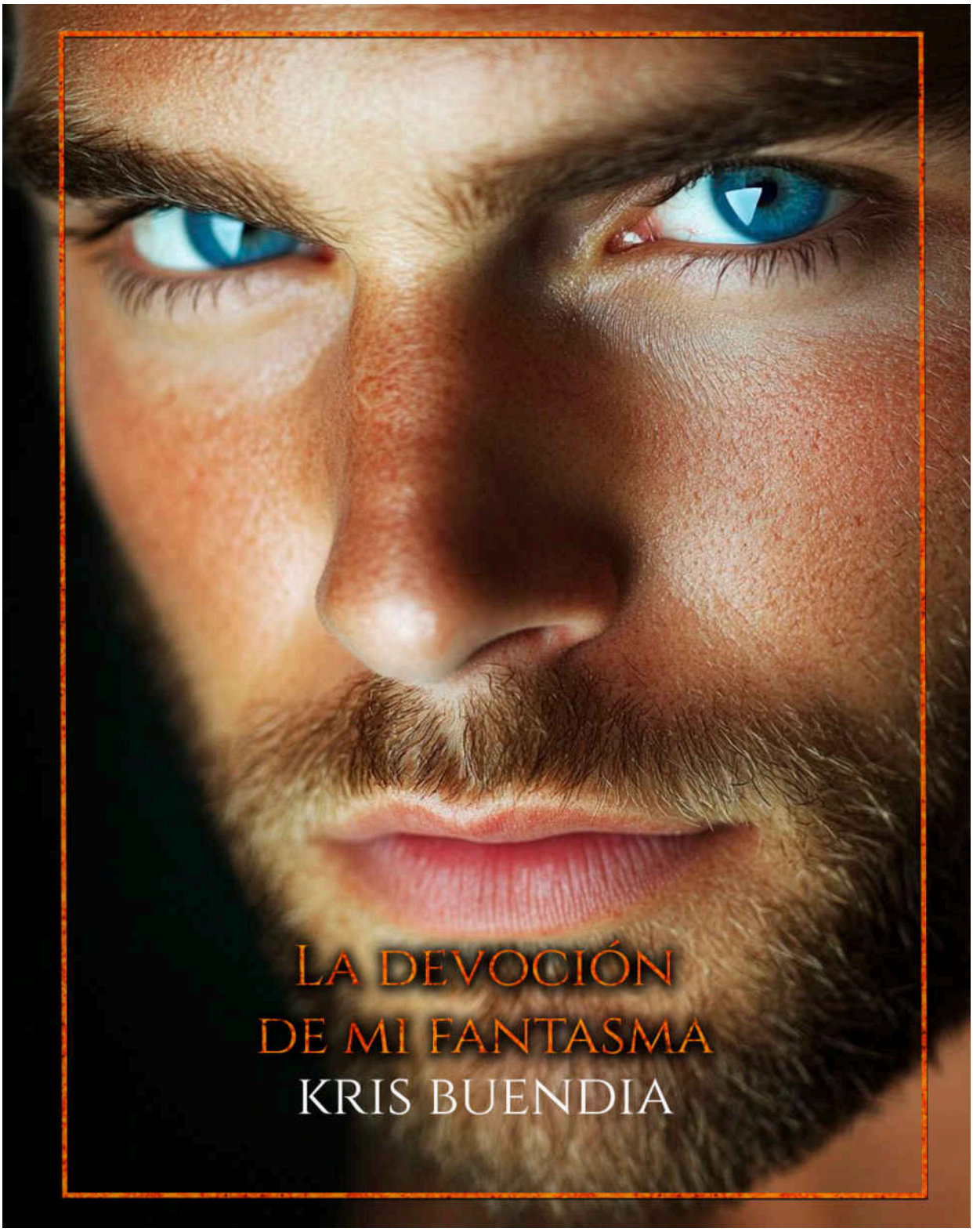


Mi vida se terminó hace mucho. Lo perdí todo… y ahora vivo en una barcaza vieja, lejos de todo lo que conocí, huyendo de los recuerdos que me queman. Pero en las noches, siento algo. *Alguien*. Una presencia que no puedo ver, pero que está allí, cuidándome, observándome desde las sombras. A veces, creo que estoy perdiendo la cordura, pero luego aparece él. *Theron*. El médico amable que me mira como si todo estuviera bien, como si no hubiera sombras en su alma. Él es la luz que me hace dudar, la paz que me hace pensar que tal vez, solo tal vez, puedo salvarme. Pero entre él y la sombra que me sigue, no sé cuál es el verdadero monstruo. ¿Lo sabré alguna vez?

Theron:



Soy un neurocirujano respetado por el día, el hombre que salva vidas con manos firmes y una mente calculadora. Pero cuando cae la noche, me convierto en el rey oscuro de Londres, el jefe de la mafia que todos temen y pocos entienden. Estoy listo para dejarlo todo atrás, preparado para morir. Hasta que te escucho, Josephine. Tu voz me quema, me consume, y me hace detenerme. Te he observado en la distancia, he sentido el fuego en tu alma, y nada en este maldito mundo me hará detenerme. Ahora, voy por ti, Lirio de Tigre. Te quiero más de lo que imaginas, y no hay nada que me impida reclamarte.


La devoción
de mi fantasma
Kris Buendia

Prólogo



Una bala...

THERON

El motor del Aston Martin DBS Superleggera ruge en la penumbra de Londres, su reflejo brillando en el asfalto húmedo. Mis nudillos están blancos contra el volante, y la música retumba en el interior como un eco de mi propia condena.

"I'm not a perfect person..."

La voz de Hoobastank resuena en los altavoces, las mismas palabras que debí haberle dicho a todos los que he destruido. Los que he matado. Los que salvé.

No importa.

Nada de eso es suficiente.

Aparco el coche de golpe junto a la acera, el cuero de mis guantes crujiendo cuando los aprieto en un puño. El pulso me late en la garganta, una jauría de lobos rabiosos mordiéndome desde adentro.

No puedo respirar.

El aire pesa, sofoca, me hunde.

Saco el arma, el frío metal contra mi sien es casi un alivio. Un respiro. Mis dedos se tensan en el gatillo. Estoy listo. Estoy listo.

Hasta que la escucho.

Una voz.

Una melodía.

Cierro los ojos, tratando de ignorarlo, pero es imposible. Es... perfecta. Cruelmente perfecta. Como un ángel susurrando a un condenado. Bajo el arma, inhalo con fuerza, mi corazón bombeando un veneno distinto ahora. Abro la puerta y salgo del coche, el aire nocturno mordiendo mi piel. La busco.

Y ahí está.

En el borde de la acera, sentada con una guitarra vieja, su cabello negro con las puntas teñidas de naranja como llamas

danzando en la oscuridad. Y sus ojos, sus rasgos asiaticos es el mejor complemento en su rostro.

No me ha visto. Canta con los ojos cerrados, las palabras deslizándose de su boca como una súplica silenciosa.

"And the reason is you..."

A sus pies, un cráneo abierto —animal, supongo y espero— descansa sobre el concreto con un puñado de dinero en su interior. Macabro. Real.

Ella siente la canción. Cada palabra. Cada herida.

Y entonces me pregunto... ¿También quiere rendición?

No, no puede. Ella es hermosa. Hermosa de una manera peligrosa, de esa clase de belleza que envenena, que consume.

Me acerco, mi sombra alargándose sobre ella. Y justo en ese momento, abre los ojos.

El sonido de los billetes rozando el cráneo es casi imperceptible, pero yo soy más rápido que ella. Apenas los dejo caer, pero enseguida los vuelve a cerrar. Sigue cantando. Como si nada hubiera pasado.

Como si el mundo a su alrededor no existiera.

La gente empieza a acercarse, atrapada por su voz. No los culpo. Suena como si estuviera hecha de algo divino, algo que yo, de todas las personas, jamás debería tocar.

Me quedo lejos, observándola.

Y siento algo jodidamente primitivo crecer dentro de mí. Protegerla.

No debería estar aquí. No debería quedarme. Pero no puedo irme.

Treinta minutos. Luego, un repertorio más. Diez minutos después, sigue cantando. Tiene buen gusto. Y cuando finalmente guarda sus cosas, cuando veo cómo toma el cráneo con la misma delicadeza con la que recoge el dinero y lo guarda en su bolso, cuando se cuelga el micrófono y el pequeño parlante al hombro y empieza a caminar… la sigo.

Como el maldito raro que soy.

Ella no se da cuenta. Camina por calles estrechas hasta llegar al lago. No hay casas aquí, solo un par de barcazas, casas

flotantes.Y entra a la más pequeña.

¿Ella vive ahí?

—No dejas de sorprenderme, *pajarito*.

Me quedo en la oscuridad, observando. Hasta que la luz del interior se apaga. Solo entonces me permito irme.

Al día siguiente, regreso.

No planeé hacerlo, pero aquí estoy. Buscándola.

Y cuando la veo, maldición. Es aún más hermosa a la luz del día.

Está de pie esta vez, preparando su equipo. Su cabello negro con puntas naranjas brilla bajo el sol, como llamas ardiendo en la brisa. Lleva una chaqueta de mezclilla, pero con un hombro descubierto, pantalones cortos a juego y una blusa de tirantes negra que deja ver más piel de la que esperaba. Su piel.

Porcelana. Suave. Perfecta.

No es como las mujeres que suelo llevar a casa. No es artificial. Se nota que disfruta una buena comida, y su cuerpo lo demuestra de la mejor manera. Curvas que incitan al pecado.

Y su sonrisa… joder.

No debería mirarla tanto. No debería querer verla más de lo necesario. Pero estoy teniendo problemas para mantenerme tranquilo.

—Jefe.

La voz de Ronnie, uno de mis hombres de confianza, me arrastra de vuelta a la realidad y tengo que dejar de verla. Me tenso antes de girarme lentamente hacia él.

—El Don Barone lo necesita.

Mi mandíbula se endurece.

"Don Barone puede irse a la mierda."

Pero no lo digo en voz alta. Solo me humedezco los labios, y regreso la mirada hacia ella. Cantará en cualquier momento. Y yo no me iré hasta escucharla.

—Dile que hoy no. Estoy ocupado.

Él parpadea, sorprendido.

Pero no discute.

—Se lo diré.

Y se aleja.

Yo me quedo. Porque ya no hay marcha atrás.

Me quedo en mi lugar, observándola. Y entonces, su voz vuelve a llenar el aire.

No debería estar aquí. No debería mirarla como lo hago. No debería querer algo que no puedo tocar sin destruirlo.

Pero aquí estoy.

Y cuando la veo cerrar los ojos, perdiéndose en la canción como si el mundo no existiera, mi mente es un caos de pensamientos demasiado oscuros para alguien como ella.

Sonrío, apenas, y susurro para mí mismo:

—No sé si quiero protegerte... o corromperte.

Y lo peor es que aún no decido qué sería peor para ti.

—¿Qué es, Lirio de tigre?[1]


La devoción
de mi fantasma
Kris Buendia

Capítulo 1



Escapar no significa ser libre

JOSEPHINE, 16 AÑOS.
Diez años atrás
Sparkbrook - Birmingham, Inglaterra.

El camión se sacude con cada bache de la carretera. El aire dentro está cargado de sudor, miedo y desesperanza. Un llanto ahogado se filtra entre los cuerpos temblorosos de las chicas que me rodean, y aunque intento ignorarlo, cada sonido me clava una espina en el pecho.

Las puertas metálicas vibran con el movimiento del vehículo, y cada golpe me recuerda que estamos atrapadas, enjauladas como animales.

A mi lado, Astrid se encoge sobre sí misma, su cabello rubio enredado cayéndole sobre el rostro pálido. Sus labios están secos, partidos, y sus manos tiemblan sobre su regazo.

—Tengo miedo —susurra, su voz apenas un suspiro entrecortado.

No le respondo. No sé qué decirle. No hay palabras que puedan calmar el vacío que nos traga a todas.

Entonces el camión se detiene.

Los cuerpos a mi alrededor se tensan. Nadie habla, nadie respira. Solo observamos, esperando, aterrorizadas de lo que pueda suceder a continuación.

Las voces de los hombres llegan desde afuera, sus tonos ásperos y despreocupados. Discutiendo.

—Nos están siguiendo, idiota. Hay que moverlas ya.

—Tranquilo. Nadie nos sigue. No hemos visto patrullas en kilómetros.

—No me jodas, nos dijeron que cambiáramos la casa de seguridad.

—¿Y qué? Me fumaré un cigarro antes.

Un cigarro.

Aprieto los puños. Mi pulso se acelera.

No sé cuánto tiempo tenemos antes de que terminen su maldito descanso y vuelvan a sacarnos de aquí. Pero entonces lo veo. La puerta está mal cerrada.

Mi corazón golpea contra mis costillas.

El candado cuelga flojo, la cadena apenas asegurada. Un descuido, un error. Una oportunidad. Una sola. No habrá más y la he esperado por doce largos meses desde que me llevaron con ellos.

Y todo lo que me han hecho…no, no puedo soportarlo una vez más, prefiero morir, y si me matan intentando escapar, que así sea.

Miro a Astrid. Sus ojos azules están llenos de pánico cuando capta mi expresión.

—No lo hagas, Josephine…

—Escaparemos —susurro, con los dientes apretados.

Las otras chicas me miran, algunas con esperanza, otras con miedo. No todas podrán correr. Pero si no hago algo, nos van a llevar a un lugar del que jamás saldremos.

Trago saliva, ignorando el temblor de mis propias manos. Con un movimiento lento y controlado, deslizo la cadena del gancho.

El metal suena suave. Contengo el aliento. Nadie afuera parece notarlo.

Mis piernas tiemblan cuando empujo la puerta con cuidado. Se abre lo suficiente para dejar pasar una brisa fría de la noche. Afuera, la carretera es un vacío oscuro, iluminado solo por farolas distantes.

Es ahora o nunca. Tomo la mano de Astrid con fuerza y salto. El golpe contra el asfalto es brutal. El pavimento me raspa las rodillas y las palmas de las manos, pero no hay tiempo para sentir dolor. Astrid cae detrás de mí, tropezando, pero la sujeto y la obligo a correr.

Corremos.

—¡Mierda! ¡Las chicas!

Los gritos explotan a nuestras espaldas.

Las puertas del camión se abren de golpe. Voces furiosas. Pasos pesados.

Disparos.

Uno.

Dos.

Tres.

El cuarto golpea a Astrid.

Su cuerpo se sacude con un espasmo violento, como si algo invisible la hubiera jalado hacia atrás.

Un sonido ahogado escapa de su garganta.

—¡No! —grito, pero es demasiado tarde.

—No… había otra… manera, Josephine.

Ella… ¿Ella se dejó disparar a propósito?

Me hala con ella cuando cae. Su peso me arrastra al suelo y el impacto me saca el aire de los pulmones.

Su sangre.

—Hazte… la muerta—me susurra apenas.

Caliente. Pegajosa. Empapando mi brazo, mi ropa, mi piel.

No respiro. No me muevo.

El dolor de mis heridas desaparece. Todo desaparece. Solo existe su cuerpo frágil, tendido sobre el asfalto, su mano fría aún aferrada a la mía.

Mi visión se nubla con lágrimas.

Escucho los pasos acercándose. Voces, maldiciones.

—Le diste.

—No está respirando.

—Olvídalas. Las sirenas se acercan.

El rugido de los motores retumba en el suelo. Las luces rojas y azules empiezan a teñir la carretera. La policía.

Pero no llegaron a tiempo. Nunca llegan a tiempo. La puerta del camión se cierra de golpe. Gritos. Llantos. Las chicas que dejamos atrás son arrastradas de vuelta a la oscuridad.

Y yo no puedo hacer nada.

Me quedo inmóvil hasta que el camión desaparece.

Hasta que todo lo que queda es el frío de la noche y el cuerpo sin vida de Astrid.

Mis labios tiemblan cuando me acerco a ella. Me arrastro hasta su lado, temblando, sollozando en silencio.

Beso su frente.

—Lo siento. Es mi culpa, lo siento. Debí escucharte.

Lo repito una y otra vez, aunque sé que ya no puede escucharme.

Pero no puedo quedarme aquí. No puedo morir aquí. Tengo que vivir por ella, tengo que luchar por ella. Me obligo a ponerme de pie. Mis piernas son débiles, mi cuerpo tiembla, pero corro.

Corro sin mirar atrás. El asfalto me quema los pies descalzos, pero sigo corriendo. La sangre de Astrid se enfría en mi piel, pegajosa, como si intentara aferrarse a mí, como si fuera un recordatorio de lo que he dejado atrás. No sé cuánto tiempo pasa. No sé cuántas veces mis piernas flaquean, cuántas veces estoy a punto de caer. No puedo parar.

Los pulmones me arden. El frío de la noche me corta la piel, pero sigo adelante, tambaleándome como un animal herido. La carretera se extiende ante mí, vacía. Las luces de los faroles parpadean, proyectando sombras largas y distorsionadas. En la distancia, escucho el eco de sirenas, pero no sé si están más cerca o más lejos.

Entonces veo luces. Un auto.

Me lanzo hacia el arcén, el pánico clavándose en mi pecho. ¿Son ellos?

La imagen de los hombres, con sus rostros torcidos por la rabia, con sus manos ásperas y crueles, me paraliza.

No puedo volver.

No puedo.

Me escondo detrás de un arbusto seco al costado de la carretera, hundiéndome en la tierra húmeda. La maleza araña mis brazos, pero no me importa. Me quedo quieta, esperando, rezando sin palabras.

El auto pasa de largo.

Exhalo un sollozo entrecortado y sigo moviéndome, esta vez más despacio, con pasos torpes, tropezando con mi propio cansancio. Tengo que encontrar ayuda.

Pero… ¿a quién?

¿Quién me va a creer?

El miedo me atenaza el pecho con fuerza. Nadie nos busca a nosotras. Nadie denuncia cuando una chica desaparece en la noche. Porque muchas veces, cuando lo hacen, la policía no mueve un dedo.

El mundo sigue girando, indiferente. Camino hasta que las luces de la carretera desaparecen detrás de mí. Los árboles se alzan a los lados, oscuros y retorcidos. La ciudad no está lejos, pero la distancia parece interminable. Sigo avanzando, sintiendo cada latido de mi corazón como una cuenta regresiva. Tengo que hacer algo. No sé a dónde voy. No sé si alguien me ayudará.

Pero tengo que seguir adelante.

Mataron a mi familia y me llevaron, mi hermano. Mi pobre hermano mayor, él luchó por mí con todo lo que tenía. Vi cómo se enfrentaba a ellos, cómo trataba de detenerlos, de protegerme. Me acuerdo de su rostro, lleno de determinación, mientras los hombres se acercaban. Un disparo, y luego otro. El primero lo golpeó en el brazo, el segundo en el pecho. Vi cómo sus ojos se apagaban mientras caía al suelo, y en ese instante, todo lo que había quedado de mi vida se desmoronó. Estaba perdida, vacía, sola. Él ya no estaba. Nadie vendría a buscarme. Nadie sabía que existía, ni siquiera mi propio dolor era suficiente para ser escuchado.

El aire a mi alrededor se volvió denso, como si el mundo entero me hubiera dado la espalda. Ellos me arrastraron, me sacaron de la casa en la que crecí, de las habitaciones que compartí con mi hermano, y de todo lo que alguna vez tuvo sentido. Nada importaba ya. Mi familia, mi vida... todo desapareció en un segundo. Y cuando lo único que quedaba de mi esperanza era el sonido de sus voces burlándose de mi miedo, supe que era el fin.El olvido comenzó a instalarse en mí. Cada minuto que pasaba dentro del camión, en las manos de aquellos monstruos, me convertía en algo menos humano. Como si el dolor fuera lo único que quedaba, y todo lo demás se desvaneciera en una niebla de desesperación. ¿Cómo podría alguien buscarme si ni yo misma podía recordar lo que sentía ser una persona completa? El vacío era todo lo que conocía.

El vacío y los traumas de los meses, lo que me hicieron. Las veces que me violaron y golpearon. Nada ni nadie hará que me olvide de sus caras, de sus voces, de la forma en que olian, la forma de reirse, la forma de atarme.

Me repito a mí misma, una y otra vez, mientras me acurruco en la oscuridad detrás de un arbusto, con el cuerpo tembloroso de frío y hambre. Tengo que vivir por mí. Es la única forma de seguir, la única forma de que mi alma no se apague por completo. Mis ojos se cierran lentamente, a pesar de las lágrimas que se deslizan por mis mejillas. No sé cuánto tiempo pasa, pero el frío me envuelve, como si la misma noche estuviera tratando de devorarme. La sangre aún se seca en mi piel, su recuerdo es un peso en mis huesos. Pero tengo que seguir. Mañana será diferente. Mañana no seré esta chica rota, este pedazo de carne rota que dejaron atrás. Mañana conseguiré dinero, robaré algo de ropa, y tomaré un tren. Iré lo más lejos posible. No sé a dónde, no me importa.

Lejos de ellos, lejos de la oscuridad que me persigue, lejos del dolor que me consume cada vez que cierro los ojos. Solo necesito escapar. Necesito sentir que aún soy algo, que no he perdido mi humanidad por completo. Que el eco de la risa cruel de aquellos hombres, el sonido del disparo que mató a mi hermano, no pueden marcar el final de mi historia. No puedo quedarme aquí. No puedo dejar que lo que me hicieron me defina.

Así que me repito, una y otra vez, como un mantra: tengo que vivir por mí. Y con esas palabras, me entrego al sueño, o tal vez sea solo una pequeña muerte, el descanso momentáneo que me permite seguir respirando.

…

Me detengo frente al pequeño café, observando la figura borrosa de la mujer que sirve café tras las ventanas empañadas. Dentro, un par de personas están sentadas, absortas en sus conversaciones, ajenas a mí. Al otro lado de la calle, veo una cartera olvidada sobre el alféizar de una ventana abierta. Mi pulso se acelera, la necesidad de escapar, de conseguir algo para sobrevivir,

se apodera de mí. La gente no presta atención a las pequeñas cosas, y es en esos momentos cuando debo aprovecharme.

Me acerco rápidamente, sin hacer ruido, con la esperanza de que nadie me vea. Tiendo la mano y, con un movimiento rápido, tomo la cartera. No la abro, no tengo tiempo. Sólo siento el peso de lo que hay dentro: algo de efectivo, algunas monedas, unas tarjetas que no me importan. Lo único que necesito es el dinero. Con el botín en las manos, me siento un paso más cerca de la libertad.

—Vete de aquí, *vagabunda*— un hombre me grita, pero su mirada no deja de ser lasciva cuando me ve de pies a cabeza— aunque pensándolo bien. ¿Tienes hambre? Tengo una polla que podría alimentarte.

—No, señor.

No llego lejos cuando me toma la muñeca y casi grito, pero alguien se le pone detrás.

Noto una presencia. Un escalofrío recorre mi espalda, y al levantar la vista, lo veo. Él está parado frente a mí, a unos metros de distancia, observándome. Un chico, alto, con cabello rubio y una mirada fría y decidida. Su piel es clara, y sus ojos, de un azul profundo, me atraviesan. Un chico. Un chico inglés para ser exacta, guapo, que se ve como si tuviera todo bajo control. Y de familia importante. Siempre lucen así.

—Ella está conmigo.

El hombre maldice y se aleja. Me quedo congelada en mi lugar.

Nadie me vio tomar la cartera, pero cuando el chico sigue ahí, solo escucho cuando me dice:

— Esa ropa también la robaste. — su voz es baja, pero clara, y está llena de acusación.

Me quedo inmóvil, los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos. Algo en su mirada me hace sentir expuesta, vulnerable. Mi mente corre en círculos, tratando de encontrar una salida, una excusa, algo para no quedar atrapada en su mirada.

— ¿Qué? — logro decir, mi voz tiembla apenas, pero la palabra me sale como un susurro.

— Es lo único que no está sucio de ti. — Él da un paso más cerca, observando lo que llevo puesto — ¿De dónde escapaste?

Es imposible mantener la calma frente a sus ojos tan penetrantes. La sensación de ser descubierta es horrible, y por un segundo, me dan ganas de echar a correr, pero no puedo.

— Nunca he robado nada, lo juro. — la frase sale a trompicones, entrecortada por el miedo.

Él no me cree. Lo sé porque su rostro se endurece y una sonrisa sarcástica se dibuja en sus labios.

Nunca tuve la necesidad de robar o alguna necesidad que, incluyera dinero. Por eso estoy en el maldito lugar, por unas estupidas vacaciones. Volé con mi familia desde Korea del sur hasta Reino Unido por mi decimo quinto cumpleaños. Mi madre era coreana y mi padre inglés. Unas cortas vacaciones y todo se fue al carajo. De nada me servía ser mitad británica, yo nunca encajaba en este lugar, no por rasgos, no por como lucía, solo se necesita analizar la forma en como este inglés me ve.

Tengo dieciséis ahora, pero eso no importa.

— No te creo. — su tono se vuelve más firme, y da un paso hacia mí. Sus ojos parecen buscar más respuestas, como si pudiera ver más allá de lo que le estoy diciendo.

Es un chico algo mayor que yo, tal vez unos dieciocho o diecinueve años, y aunque su actitud es un tanto arrogante, no puedo evitar notar lo atractivo que es. Sin embargo, eso no me hace sentir mejor. En lugar de eso, me siento más incómoda. Como si cada palabra que saliera de mi boca fuera un engaño.

De repente, da un paso más, y su mano se extiende hacia mí, como si quisiera tocarme la cara. Instintivamente, retrocedo. Un profundo sentimiento de desconfianza me sacude. Mi cuerpo se pone tenso, y mi corazón late con fuerza. Me da miedo. Un miedo profundo que me paraliza.

— No voy a hacerte daño. — su tono se suaviza, pero no me tranquiliza.

— Eso dijeron todos. — murmuro, casi sin darme cuenta. Mis palabras salen con una frialdad que ni yo misma esperaba.

— ¿Qué dijiste? — Él se detiene, sorprendido. La pregunta no es agresiva, pero su voz es tensa.

— Nada. — la mentira me sale rápido. Me siento atrapada en mis propias palabras.

Él me mira en silencio, como si tratara de leerme, como si quisiera entender si lo que acabo de decir es verdad o no. Y sé que lo ha notado. Sabe que hay algo que no encaja, que algo no está bien, pero sigue sin saber qué.

— Te escuché. — su tono cambia, se vuelve más grave, como si hubiera entendido algo en mi respuesta. — ¿Alguien te hizo daño?

Esas palabras, tan simples, tan directas, me golpean con una fuerza inesperada. Quiero decirle la verdad. Quiero contarle todo. Pero no puedo. No tengo fuerzas para abrir esa puerta. En cambio, mis labios se sellan, y mi cabeza se inclina ligeramente hacia abajo.

— No te importa, no me conoces. — la frase sale con amargura, como si yo misma me estuviera convenciendo de algo que no quiero aceptar.

Él no responde de inmediato. En lugar de eso, me observa por un largo momento, como si estuviera decidiendo qué hacer conmigo.

— Sé que robaste esa cartera. — Insiste, y por alguna razón, su tono sigue siendo desafiante, como si todo lo que hago fuera una mentira. — Así que dime, ¿de quién huyes? Y te dejaré ir. Quizás te incluya un sándwich en eso.

Un sándwich. Esa palabra, tan sencilla, se clava en mi mente. Mi estómago ruge, y de repente, me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde que comí algo de verdad. Todo lo que he vivido, el hambre, la desesperación, me hace sentir como si mi cuerpo fuera a quebrarse.

— Me secuestraron... mataron a mi familia... — mi voz se rompe, pero tengo que decirlo, aunque sea en susurros. — Necesito irme lejos.

Él me observa, su mirada ahora suave, pero hay algo en su rostro que me dice que no cree completamente en mis palabras. A pesar de lo que le acabo de decir, sabe que hay algo más, algo que no le he contado.

De repente, con un movimiento rápido, me quita la cartera de las manos. El dinero. Todo lo que tenía, ya no está. Mi cuerpo reacciona instintivamente, pero él ya ha tomado lo que quería. Mi corazón se acelera. Me siento vacía.

— ¡No! — grito, pero mi voz suena lejana, como si la desesperación me hubiera dejado sin fuerza.

Él no responde. Estoy perdida. Va a llamar a la policia y estaré perdida. Mis secuestradores sabrán que no morí y me llevaran de nuevo con ellos. A ser vendida día y noche. No. No puede terminar todo acá. Pero antes de que pueda hacer nada, lanza algo hacia mí. Una bolsa, con el logo de un restaurante en la parte frontal. Me detengo, mi mente tarda en procesarlo.

— ¿Qué es esto? — Pregunto, desconcertada, mirando la bolsa.

El chico se acerca un poco más, solo un paso, para no asustarme, y susurra en voz baja, pero lo suficientemente claro para que lo escuche. Siento su colonia, su respiración, su aura. Y la seguridad que no sentía desde hace un año con su sola presencia.

— Vuela alto.

Mis manos tiemblan mientras miro la bolsa. La emoción se mezcla con la confusión. No sé si debo confiar en él, si realmente me está ayudando o si esto es solo otra trampa. Pero por un momento, con sus palabras flotando en el aire, siento algo que no sentía desde hace tiempo: esperanza.

Tomo la bolsa entre mis manos, casi sin creer lo que acaba de pasar. No entiendo por qué alguien como él, tan ajeno a mi dolor, tan ajeno a todo lo que he vivido, decide ayudarme, aunque sea de esta forma tan extraña. Pero no tengo tiempo para cuestionarlo. El chico se ha ido, y yo sigo aquí, con la bolsa en mis manos y el peso del dinero robado ya fuera de mi alcance.

El frío me muerde la piel, y el viento sopla fuerte mientras me doy la vuelta y comienzo a caminar de nuevo. No tengo idea de qué me deparará el futuro, pero por lo menos, este pequeño gesto, este sacrificio, me da un resquicio de esperanza.

No me detengo. Mis pasos se vuelven rápidos, casi automáticos. El tren. Tengo que tomar el tren.

...

En la estación, la multitud me parece infinita, pero al mismo tiempo, casi inalcanzable. Nadie me observa, nadie me pregunta nada. Soy solo una sombra más en este mar de rostros indiferentes.

Me acerco a las puertas del tren, que ya están abiertas, y la visión del vagón vacío me da algo de calma. La multitud que se agolpa en las plataformas no se fija en mí, como si mi presencia no fuera más que un susurro en el viento. Pero el miedo sigue apretándome el estómago. Aunque en Londres nadie me buscará, aunque todos crean que estoy muerta, la sensación de estar siendo perseguida no me abandona.

El tren comienza a moverse lentamente, y el sonido de las vías me llega como una melodía distante. Un sonido que me hace pensar que, al fin, estoy dejando atrás lo que me atormentó. Me siento débil, pero decidida.

Me siento en un asiento vacío, al fondo del vagón, y miro por la ventana. La ciudad de Londres se extiende ante mí, inmensa y llena de vida. Una ciudad que no conoce mi historia, una ciudad que nunca sabrá lo que he pasado.

Mi mirada se pierde en las calles que van pasando, mientras el tren avanza con firmeza, llevándome cada vez más lejos. Lejos de todo lo que me hizo daño. Lejos de las sombras que me persiguen. Lejos de ellos.

El vagón va vaciándose lentamente, y con cada estación que dejamos atrás, siento que el peso que llevaba sobre mis hombros se aligera un poco más. No sé cuánto tiempo estará lejos de mí la angustia, pero por primera vez en mucho tiempo, me siento como si pudiera respirar. Como si la libertad fuera algo más tangible, algo que pudiera alcanzar.

El tren da un último giro, y al mirar fuera, veo un atisbo de sol entre las nubes grises. Londres está a mis pies, una ciudad enorme y fría, pero llena de posibilidades. Nadie me encontrará aquí. Nadie sabe que existo. Y eso es lo único que necesito: seguir adelante.

Sin mirar atrás, sin pensar en lo que dejé, me aprieto la bolsa con fuerza contra mi pecho, como si fuera mi último pedazo de

esperanza.

Voy a empezar de nuevo.

Por mi hermano.

Por Astrid.

Por ese chico que sin conocerme… es mi salvador.

Y canto, en mi cabeza al menos, por primera vez desde que toda la pesadilla comenzó, mi sueño de ser cantante profesional puede irse al carajo, pero vuelvo a tener voz.

Capítulo 2



Un legado.

THERON, 21 AÑOS.
Londres

La sala es gris, iluminada solo por la luz que se filtra a través de las persianas cerradas. El aire está denso, y no es por el cigarro que mi padre, Jaymes Sterling, sostiene entre los dedos. Lo que más pesa en este cuarto es la verdad que se está formando en el aire, flotando como una nube que no puedo ignorar. Ronnie, su segundo al mando está sentado junto a él, mirando de forma calculadora, su expresión casi indiferente, como si nada de lo que ocurriera realmente lo sorprendiera. Yo, por otro lado, siento cómo cada palabra de mi padre perfora mi pecho.

Pero es la realidad y estoy listo.

—¿Ya dejaste de jugar al chico normal y estudiante admirable?

No es una burla. Al menos no para mí. Ha dejado de importarme lo que piense sobre lo que hago. Estoy en mi cuarto año de medicina, una vida normal, pero mi realidad es otra, y mis secretos cada día crecen como la espuma.

—Tengo cáncer, Theron. No viviré para siempre. —la voz de mi padre es firme, como siempre, pero hay una suavidad en sus palabras que no reconozco.

Me quedo quieto, el aire se me va, pero me niego a mostrar ninguna señal de debilidad. Respiro hondo. No. No puede ser. No es real.

—Lo harás, me convertiré en el mejor neurocirujano y te curaré. —mi voz suena más segura de lo que me siento, como si repetirlo pudiera cambiar algo. Mi mirada no se desvía de la suya, fija, pero con una ligera sacudida interior que solo yo puedo sentir.

Sus ojos azules como los míos, pero ahora apagados.

Él suelta una pequeña carcajada, no la típica risa de jefe de mafia, sino algo más sombrío, como si la risa le doliera. Deja el

cigarro apagado en un cenicero y me observa, sus ojos oscuros y cansados.

—Admiro tu fe, hijo, pero en este mundo... nuestro mundo, también necesitamos las balas. —la frase me atraviesa con una precisión mortal. Y aunque lo sabe, su mirada sigue firme, calculadora, porque lo que dice está sellado con más que palabras. —No me pudriré en una cama como tu madre, no los haré pasar por eso de nuevo. Te he dado el tiempo suficiente.

Mis dedos se tensan involuntariamente, mis uñas clavándose en la palma de mi mano. Mi madre... No. No voy a pensar en eso ahora. No tengo tiempo para eso.

—Pondré una bala en mi cabeza, cuando quiera, bajo mis términos, tienes que estar preparado… —su voz se suaviza y me lanza una mirada penetrante, como si evaluara cada pulso de mi cuerpo.

¿Cómo te preparas para quedarte huérfano?

Esas palabras me golpean como un martillo. Siento una sacudida interna, una caída en la que mis tripas se retuercen. Mi cabeza da vueltas, pero me mantengo quieto, por fuera, solo una pared fría e inquebrantable. Si me derrumbara ahora, si me dejara caer, sería mi fin. Y no puedo permitírmelo. No cuando mi hermana aún es joven, tiene trece y aún cree que el mundo está lleno de rosas, de una vida que no es como la mía. No cuando tengo algo que demostrar.

—Lo sé, señor. —las palabras me salen con calma, aunque por dentro me siento como si estuviera a punto de estallar. —Estoy preparado.

Ronnie, que no ha dicho nada durante toda la conversación, finalmente habla. Su voz es baja, como si estuviera probando el aire antes de decidir si da el siguiente paso.

—Es hora de que tomes las riendas, Theron. —dice con su tono calculador, que no me sorprende en lo más mínimo. —El negocio tiene que ser tuyo algún día. Tienes que empezar a entrar a las reuniones más a menudo, empezar a mostrar quién manda, porque si tu padre no está, hay que estar listo para lo que venga.

He matado.

He torturado.

Fuera y dentro de la organización, no que ellos sepan, claro. Pero estoy más que listo para tomar el liderazgo que jamás pedí, pero es el legado de mi padre, y alguien tiene que hacerlo.

Sé lo que mi padre ha hecho y lo que odia. Lo que odiamos todos como organización. No es esa la orden. Quiere que tome el mando, quiere saber si estoy preparado.

—Lo haré. —es todo lo que puedo responder, mi voz saliendo más firme que nunca. No lo digo por él, no lo digo por Ronnie. Lo digo por mí. Por lo que necesito ser. —Sé lo que tengo que hacer.

La habitación se vuelve un poco más densa mientras las palabras se asientan, pero no hay tiempo para dudar. Mi mente trabaja a toda velocidad, observando cada rincón, cada posibilidad. En algún lugar de todo esto, he perdido la parte de mí que soñaba con ser solo un médico. En algún lugar entre las noches de sangre y balas, he entendido que el destino que quiero no se encuentra en un quirófano, no mientras mi hermana y yo estamos atados a este legado de muerte.

Mi padre me mira de nuevo, su rostro no se suaviza, pero hay algo en sus ojos que se siente… orgulloso, tal vez. Aunque nunca lo diría en voz alta.

—Hazlo por ella. Hazlo por la familia. —La voz de mi padre ahora suena más baja, más seria. Mi hermana. La imagen de ella aparece en mi mente como una visión en blanco y rosa, ajena a todo lo que me espera.

—Lo haré. —Respondo de nuevo, ahora sabiendo lo que se espera de mí. El jefe de la mafia de Londres... El líder. El hombre que controlará todo, y que no se detendrá ante nada.

Pero soy Theron Sterling. Y no soy como mi padre. Haré lo que sea necesario para protegerla, incluso si eso significa tomar su lugar en este maldito mundo. Seré más que él. Más que todo esto.

La puerta se abre ligeramente, y un mensajero entra con una carpeta en las manos. La interrumpe, pero no importa. Todo lo que necesito está aquí, en esta habitación. Todo lo que soy, lo que seré, depende de lo que decida en este momento.

Mi padre me da una última mirada. La última oportunidad de mostrar que, en este mundo, los Sterling no somos simples peones. Somos los que controlamos las piezas.

Y en un susurro que solo yo escucho, lo entiendo.

—Estoy listo.

Capítulo 3



La libertad…creo.

JOSEPHINE, 25.
Presente
Londres.

El frío de la noche se me mete en los huesos, a pesar de la chaqueta raída que llevo puesta. Londres nunca duerme, pero a estas horas, las calles parecen más ajenas que nunca. Las luces parpadean sobre las aceras húmedas, reflejándose en los charcos como espejos rotos. Me siento en el mismo rincón de siempre, justo en la esquina de un café que cierra tarde, donde los clientes rara vez se detienen a mirarme.

Saco la guitarra de su funda con manos que todavía tiemblan a veces sin razón. La he tenido por los últimos años, fue un regalo, mi objeto más preciado, cuando aún no sabía si tenía fuerzas para seguir. Es lo único que tengo que realmente me pertenece, lo único que no me fue quitado. Mi voz.

El primer acorde vibra en mis dedos, y la melodía sale de mi garganta con la facilidad de un secreto bien guardado. No sé si lo hago por necesidad o por costumbre, pero aquí estoy otra vez, cantando para un público que apenas me nota. Un hombre con abrigo largo y bufanda me lanza una moneda sin mirarme. Dos adolescentes con chaquetas de cuero se ríen en la distancia, pero no se detienen. Un niño pequeño tira de la mano de su madre y señala en mi dirección, pero ella lo aparta rápidamente, murmurando algo sobre la noche y los extraños.

Cierro los ojos y sigo cantando. Es la única forma en la que todavía me siento real. Cada nota me ata a este instante, me arraiga a este suelo que durante mucho tiempo no sentí mío. Diez años han pasado, y aún hay noches en las que el pasado regresa como un espectro hambriento. Aún hay momentos en los que el recuerdo se filtra por las grietas de mi mente y me deja sin aire.

Josephine Noel Lee. Así me llamo ahora. Noel por mi hermano, Lee por mi madre. Pero nunca puedo recordar mi verdadero apellido, el que tenía antes de que mi vida se quebrara. Es como si el universo se hubiera asegurado de castigarme de la manera más cruel: permitiéndome recordar el dolor, pero no el amor. Recuerdo mi nombre porque lo repetía una y otra vez, aferrándome a él como a un salvavidas en un océano oscuro. Recuerdo los gritos de Astrid, su voz rompiéndose mientras me llamaba en la oscuridad. Pero todo lo demás… mi hogar, la risa de mi madre, el sonido de la voz de mi padre… esos se han desvanecido.

Sigo cantando, aunque mi garganta queme, aunque mis dedos duelan. Cantar, no me he olvidado de eso. Era lo único que me mantenía viva, mi cuerpo flotaba mientras los hombres cambiaban su lugar, yo estaba en algun lugar en mi cabeza cantando mientras ellos hacían lo suyo. No sé cómo rendirme, no sé cómo detenerme. Esta calle es mi escenario, mi refugio, mi prisión. Pero al menos aquí, en medio de la multitud indiferente, soy algo más que un fantasma del pasado. Soy Noel, la chica con la guitarra, la que canta en la calle porque es lo único que aún le queda.

Un hombre se detiene frente a mí. No es mayor, quizá tenga treinta y pocos, con un abrigo negro que parece valer más que todo lo que poseo junto. Sus botas repiquetean en el suelo mojado cuando cambia el peso de un pie a otro. Me observa con una intensidad que me pone tensa, aunque finjo no notarlo.

No deja dinero en el cráneo. No sigue su camino como los demás. Solo se queda allí, expectante.

Mi voz tiembla un poco en la siguiente nota. Es una reacción estúpida, lo sé. He lidiado con todo tipo de personas en estos años: desde aquellos que me ignoran hasta los que intentan sobrepasarse, pensando que una chica cantando en la calle es sinónimo de vulnerabilidad. Pero este hombre no se mueve, no dice nada. Su presencia pesa como una tormenta acercándose.

Termino la canción y dejo que el silencio se asiente entre nosotros. Si está esperando que lo mire, que le pregunte qué quiere, puede esperar toda la noche.

—Eres buena —dice al fin, su voz profunda, cortante.

No respondo. Solo bajo la vista a mis dedos, fingiendo afinar una cuerda que no necesita ser ajustada.

—Tocas aquí todas las noches.

No es una pregunta. Es una afirmación. Me estudió lo suficiente como para saberlo. Eso es lo que me inquieta.

Finalmente, levanto la mirada, obligándome a mantenerme firme.

—La gente pasa, oye una canción y sigue con su vida —digo con frialdad—. No es gran cosa.

Su boca se curva en una media sonrisa, pero no hay calidez en ella.

—Tú no eres gran cosa, ¿eso crees?

No sé por qué su tono hace que mi piel se erice. No sé por qué siento que, en algún lugar de mi memoria borrosa, algo intenta gritarme que corra.

El hombre sigue ahí, expectante, como si esperara que yo dijera algo más. Pero no lo haré. Ya he aprendido que el silencio es mi mejor escudo.

Guardo la guitarra en su funda con movimientos lentos y controlados. Si esto se convierte en un problema, necesito estar lista para irme.

—No tienes que tenerme miedo —dice de repente, como si pudiera leer mi mente. —Soy Claus. Pasaba por acá, un amigo me dijo que alguien cantaba como los angeles y no le creí.

Mis dedos se tensan sobre la cremallera de la funda. Me obligo a no reaccionar, a no demostrar nada. Aprendí a ocultar mis emociones hace mucho tiempo.

—No tengo miedo —miento. —Tu amigo debe tener problemas de audición.

Él inclina ligeramente la cabeza y se ríe, como si analizara cada una de mis palabras, cada uno de mis movimientos. Sus ojos recorren mi rostro, pero no de la manera en la que otros hombres lo hacen. No con lujuria. No con lástima. Su mirada es afilada, calculadora, como si intentara encajarme en algún lugar de su memoria.

Un mal presentimiento se instala en mi pecho. Como si pudiera ver a traves de mí. Eso no me gusta.

—Tienes la mirada de alguien que ha sobrevivido a algo —dice con calma, como si estuviéramos teniendo una conversación casual y no una en la que mis latidos se aceleran con cada palabra suya—. Alguien que sabe lo que es perder.

Mi cuerpo entero se congela.

Hay una parte de mí que quiere levantarse y marcharse sin mirar atrás, pero otra parte… una más aterradora… quiere saber qué más va a decir.

—No sé de qué hablas —musito.

—No lo sabes o no quieres saberlo.

Mi respiración se vuelve superficial. Ya no tengo frío. Todo mi cuerpo está tenso, como si esperara un golpe que no llega.

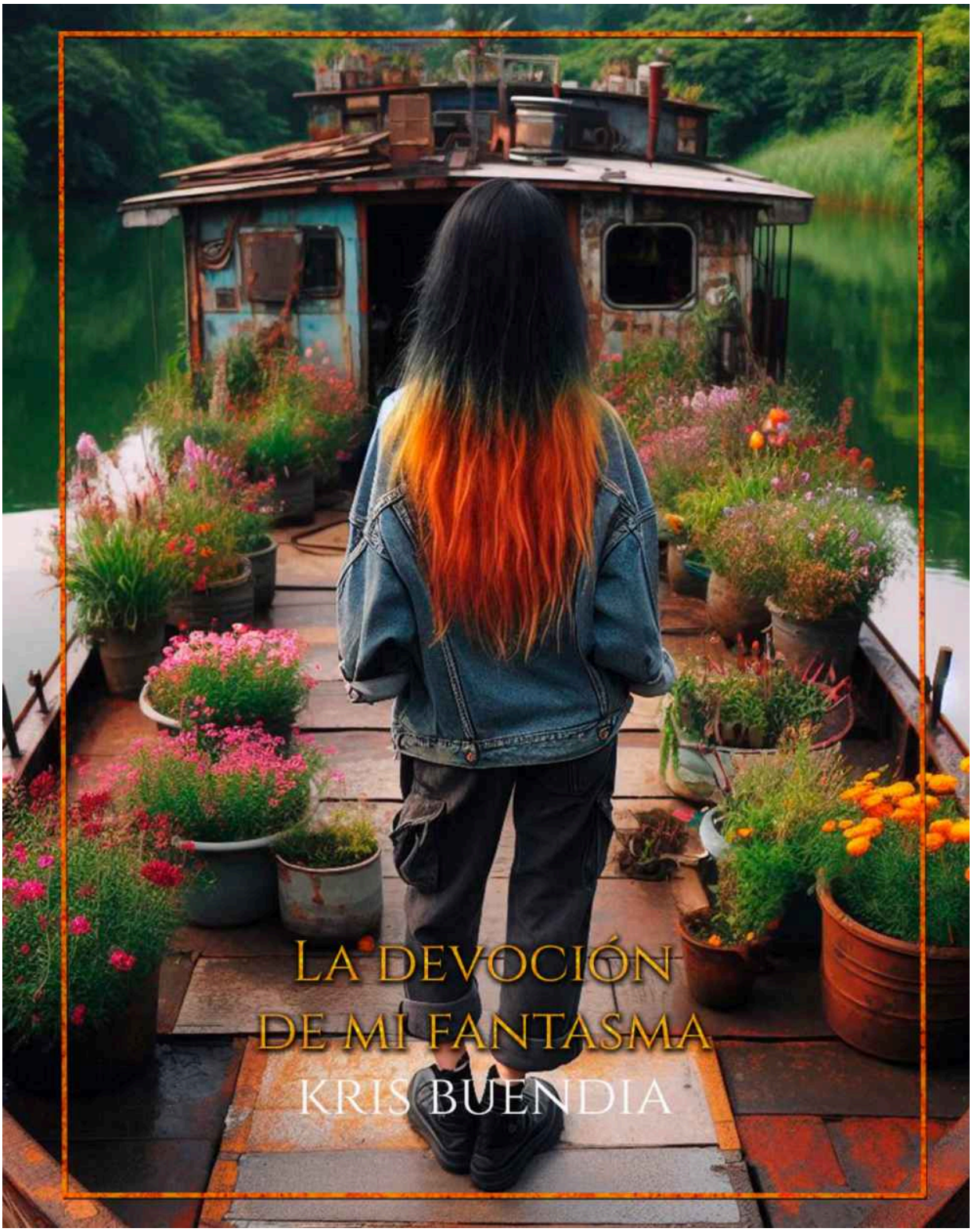
Finalmente, el hombre da un paso atrás, pero sigue observándome.

—Noel Lee —pronuncia mi nombre con demasiada familiaridad, y eso hace que la alarma en mi cabeza estalle con fuerza.

No debería saberlo. Nadie debería saberlo.

Se gira lentamente y se aleja por la calle, su abrigo negro ondeando detrás de él. No mira atrás.

Pero yo sí. Luego veo la funda de mi guitarra, el nombre de mi hermano y mi madre está escrito ahí con rotulador y decorado con pegatinas de tela. Joder, tengo que dejar de ser paranoica. Y mañana, mañana todo se repite.


La devoción
de mi fantasma
Kris Buendia

Capítulo 4



Algo peligroso.

JOSEPHINE

El agua golpea suavemente los costados de la barcaza, creando un murmullo constante que llena la noche. A veces, me ayuda a dormir. Otras veces, como hoy, solo lo hace peor. Estoy sentada en el colchón con las piernas dobladas contra el pecho, la manta cubriéndome hasta la barbilla, aunque no hace tanto frío. No quiero dormir. No todavía.

Porque lo siento.

Es la misma sensación de siempre, como un par de ojos invisibles clavándose en mi espalda, siguiéndome desde que bajo del muelle hasta que cierro la puerta. Podría intentar engañarme, decirme que es paranoia, que después de todo lo que pasé es normal sentirme así. Pero no es paranoia si es real.

Y lo más extraño es que no tengo miedo.

Hace meses que esta presencia me acompaña, desde que el legítimo dueño de esta barcaza murió y me la dejó en su lecho de muerte. Yury, un viejo solitario que me miró durmiendo la calle, al principio me dejaba comida, luego una manta. Hasta que nos hicimos amigos, me costaba confiar y él lo entendía. No me invitó a dormir en su barcaza hasta que cumplimos un año de amistad, yo tenía dieciocho y murió cuando tenía ventiuno. Yury siempre hizo las preguntas correctas, era un ingles solitario y muy enfermo. Conocía gente que me ayudó a conseguirme mi nueva identidad hasta que enfermó más y de nuevo volví a estar sola. Sola, hasta que sentí esa presencia hace unos meses.

Y aunque debería aterrarme, lo único que siento es… seguridad.

Tal vez es una locura. Pero esta vigilancia nocturna se ha convertido en una parte de mi vida. Como si alguien, en la oscuridad, se asegurara de que llego a casa a salvo.

Hasta que una noche lo vi.

Fue un error. Un cambio en mi rutina que nunca debería haber ocurrido.

Esa noche me sentí extraña. No era exactamente enfermedad, sino algo más denso, más inquietante, como si mi propio cuerpo intentara advertirme de algo. Así que decidí terminar temprano, recoger mis cosas y volver a casa antes de lo habitual. No quería estar en la calle. No quería estar expuesta.

No esperaba encontrarlo ahí.

Al girar por el último callejón que da al muelle, lo vi alejándose de mi barcaza. Su silueta alta y delgada se movía con sigilo, como si flotara en la oscuridad. Había dejado algo en la entrada. Una bolsa.

La curiosidad fue más fuerte que el miedo, al menos por un momento. Me acerqué y, al abrirla, encontré comida. Medicinas. Cosas que necesitaba.

Pero no fue eso lo que me aterrorizó.

Fue él.

Porque, incluso en la penumbra, pude verlo claramente. La máscara, una especie de pasamontaña que cubría su rostro era más negra que la noche misma, con un diseño de calavera cubriendo la mitad inferior. Un diseño grotesco que convertía su presencia en algo espectral. Algo que no debía existir fuera de mis pesadillas.

Al principio, pensé que era alguien esperando el momento adecuado para hacerme daño. Un hombre acechando en las sombras, jugando un juego enfermizo conmigo, dejando rastros de su existencia solo para hacerme dudar de mi propia cordura.

Pero nunca ha cruzado la línea. Nunca se ha acercado demasiado.

Solo está ahí. Mirándome.

Algunas noches, cuando el viento sopla sobre la laguna, creo ver siluetas moviéndose entre los arbustos, figuras fugaces que desaparecen cuando intento enfocarlas. Otras veces, el agua refleja algo que no debería estar ahí. Y a veces, solo a veces, creo escuchar mi nombre. No se ha dejado ver desde entonces. Se suponia que no tenía que verlo. Pero al menos sabía que era alguien real. Muy real y

muy grande y fuerte. Y jamás olvidaré la forma en como mi cuerpo se sintió cuando hicimos contacto visual.

Respiro hondo y cierro los ojos. Me quedo quieta, escuchando.

Silencio.

El tipo de la máscara está ahí, lo sé. Como siempre.

Y con ese pensamiento, finalmente me dejo arrastrar por el sueño.

…

Al día siguiente, El muelle está húmedo cuando camino sobre él con mi guitarra colgada al hombro. La mañana en Londres es fría y el cielo está cubierto de un gris perpetuo, pero ya me acostumbré. Llego a mi lugar habitual, una esquina concurrida donde la gente pasa sin prestar atención, hasta que lo hace. Me instalo, tomo la guitarra y comienzo a tocar. Mis dedos se mueven sobre las cuerdas con facilidad. Es la única certeza que tengo en esta vida.

Pasan los minutos. Un niño se detiene a mirar, pero su madre lo jala del brazo y se lo lleva.

Entonces, llegan ellos.

Los reconozco antes de que hablen.

Cuatro tipos, los mismos de siempre. Uno alto y delgado son los que lideran, con una chaqueta de cuero que ha visto mejores días. El otro más bajo, con la nariz rota de tantas peleas perdidas. Se paran frente a mí con la confianza de quienes creen que ya ganaron.

—Es la hora, Josephine —dice el más alto, con esa sonrisa que no es realmente una sonrisa.

Aprieto la mandíbula.

—Les pagaré.

El otro suelta una risa seca.

—Eso dijiste la semana pasada.

Mi estómago se revuelve.

—Lo siento —murmuro, tratando de mantener la calma—. A veces la gente no deja suficiente propina y mi barco se dañó. Tuve que pagar una multa.

—No hay ‘lo siento’ suficiente —dice el más alto, acercándose un poco más—. Sabes las reglas. Si no hay dinero, das otra cosa.

Siento un escalofrío recorriéndome la espalda.

—¿Otra cosa? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

La sonrisa del tipo se ensancha.

—Sí. Lo que tienes en medio de tus piernas.

Mi piel se eriza y la sangre abandona mi rostro. Uno de ellos me agarra del brazo con brusquedad, forzándome a levantarme.

Y en ese instante, todo cambia.

Un golpe seco.

El tipo que me sujetaba suelta un gruñido de dolor antes de caer al suelo con un impacto brutal. Su amigo da un paso atrás, con los ojos muy abiertos. Alguien me tira de la muñeca, pero esta vez el toque es diferente. No es brusco, no es agresivo. Es firme, seguro.

Y cuando levanto la vista, lo veo.

Un hombre.

No el del abrigo negro del otro día. No el que me observa por las noches.

Este es diferente. Lleva un traje oscuro, impecable, como si no perteneciera a este lugar. Su cabello rubio se ve dorado bajo la luz tenue del día, peinado hacia atrás sin esfuerzo. Pero lo que me deja sin aliento son sus ojos. Un azul helado, intenso, como un océano en plena tormenta. Su puño aún está cerrado, los nudillos ligeramente rojos. Su expresión no muestra enojo, ni furia. Solo determinación.

Los otros dos hombres parecen dudar, pero finalmente recogen a su amigo del suelo y se alejan a toda prisa.

Y entonces, quedamos solos.

El hombre me suelta con suavidad, como si se asegurara de que estoy bien antes de dejarme ir por completo.

Mi respiración aún está acelerada.

—¿Estás bien? —su voz es profunda, rasposa.

Asiento, aunque no estoy segura de que sea cierto.

Él me observa por un momento, su mirada recorriendo mi rostro como si estuviera buscando algo.

—Tienes un problema. —afirma.

Trago saliva.

—Lo sé.

Sus labios se curvan apenas, sin llegar a ser una sonrisa.

—Si te vuelven a tocar, los mataré.

Un escalofrío me recorre la espalda. No lo dice como una amenaza vacía. Lo dice como un hecho. Como si lo estuviera prometiendo.

Mi garganta se siente seca.

—No sé quién eres.

—No. No lo sabes.

Su mirada se queda en la mía un segundo más. Y luego, simplemente se da la vuelta y se marcha. Me quedo ahí, con el corazón latiendo desbocado, viendo su silueta desaparecer entre la multitud.

Mi cuerpo sigue en tensión. El eco de su voz aún vibra en mi pecho, y su mirada—Dios, su mirada—se aferra a mi piel incluso cuando ya no está frente a mí.

Quiero moverme. Quiero recoger mi guitarra y fingir que nada ha pasado. Pero mis manos están temblando, y el aire alrededor de mí se siente diferente. Como si algo hubiera cambiado. Como si una línea invisible hubiera sido cruzada, y yo no tuviera control sobre lo que viene después.

Mis ojos siguen la silueta de mi desconocido salvador mientras desaparece entre la multitud. El traje oscuro lo hace resaltar en este mundo gris y descuidado al que pertenezco. Él no debería estar aquí. No encaja. Y sin embargo, estuvo.

Por mí.

No entiendo por qué.

No entiendo por qué me defendió, por qué se preocupó, por qué sus palabras me hicieron sentir algo más que simple gratitud.

Porque no fue solo eso.

Fue la forma en que me miró.

Como si me conociera.

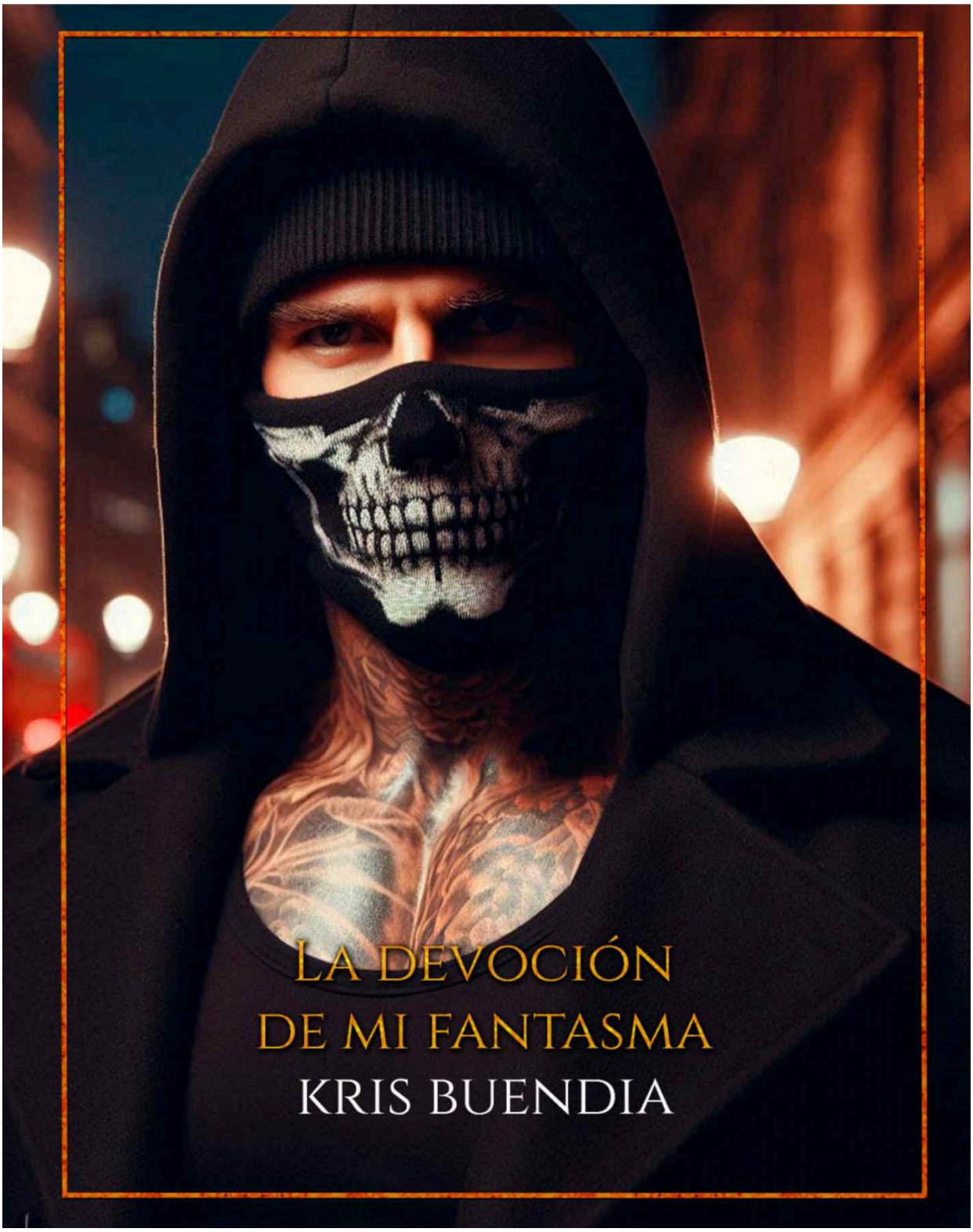
Como si supiera más de mí de lo que yo misma sé.

Y lo peor es que… no quiero que sea la última vez que lo vea.

Siento una punzada de miedo en el pecho, porque esa idea es peligrosa. Porque desear su presencia es tan absurdo como inevitable.

Porque por primera vez en años, hay alguien que me ha visto realmente.

Y eso lo hace más aterrador que cualquier sombra en la noche.


La devoción
de mi fantasma
Kris Buendia

Capítulo 5



Limpiando las calles…por ella.

EL FANTASMA

La he estado observando durante tanto tiempo que he aprendido a leer sus movimientos. Sé cuándo su estómago ruge de hambre porque sus manos tiemblan un poco más de lo normal al sostener las cuerdas. Sé cuándo el miedo se apodera de ella.

Y hoy la vi temblar.

No por el frío. No por la lluvia que amenazaba con caer sobre las calles sucias de esta ciudad.

Sino por él.

Él.

El hombre de traje que apareció de la nada y la salvó.

Mis dientes rechinan cuando la imagen vuelve a mi cabeza. La forma en que la miró, la forma en que ella lo miró. Algo en ella cambió cuando sus ojos se encontraron, como si hubiese visto algo que no esperaba. Algo que le gustó.

Eso me enferma.

Porque yo soy su sombra.

Yo soy el único que la ha protegido en la oscuridad. Yo soy el único que deja comida cuando ella está demasiado débil para cantar en la calle. Yo soy el único que se asegura de que nadie la toque.

Y aún así, *ese* maldito apareció. Con su voz grave, su postura arrogante, su estúpida nobleza.

No entiende lo que es vivir en este mundo.

No entiende lo que significa proteger algo sin que nadie lo sepa.

No entiende lo que ella es.

Pero yo sí.

Ella es un resplandor en mi oscuridad. Un hilo delgado de vida en este agujero podrido al que llamamos ciudad. Una criatura rota, deshecha y reconstruida, con las piezas mal puestas. Y yo… yo soy el único que realmente la ve.

Y ahora, alguien ha intentado ensuciarla con sus manos.

Ese pedazo de mierda que la tocó en la calle. Que le exigió algo que no le pertenece.

La última vez que alguien intentó tomar lo que es mío, terminé con las manos cubiertas de sangre. Esta vez no será diferente.

El tipo solloza con la boca llena de sangre, su respiración es un jadeo roto.

—P-por favor… no…

Su voz es un murmullo lastimero, pero no me interesa. Me arrodillo a su lado y clavo mis dedos en su cabello grasiento, obligándolo a mirarme.

—¿Por favor, qué? —mi voz es baja, rasposa, casi un susurro. No necesito gritar. Ya lo he quebrado.

Él intenta hablar, pero apenas puede. Su mandíbula está hinchada por los golpes, sus dientes partidos dejan escapar hilos de sangre.

—N-no sabía…

—¿No sabías? —me inclino más cerca, asegurándome de que sienta mi respiración en su piel. Él se estremece. Huele su propio miedo. —No sabías que no podías tocarla. No sabías que ibas a pagar por eso. No sabías que alguien te estaba observando.

Su llanto se intensifica, y me da asco.

—Siempre hay alguien mirando —susurro contra su oído—. Siempre hay alguien en las sombras.

Saco el cuchillo de mi chaqueta y lo giro entre mis dedos. Él lo ve y su piel se vuelve ceniza. No es mi machete esta vez.

—No… no por favor…

—Por favor —repito con burla—. ¿Eso fue lo que ella te dijo? ¿Te suplicó también?

Él solloza más fuerte.

—T-te lo juro, no íbamos a hacerle nada…

Presiono la hoja fría contra su mejilla y él se congela.

—Entonces dime… —muevo el cuchillo lentamente hasta sus labios partidos—. ¿Qué era lo que ibas a hacerle?

—N-nada… yo…

—¿Nada? —Presiono la hoja un poco más. No lo suficiente para cortar. Aún no. —¿Entonces por qué se veía aterrada? ¿Por qué tuve que ver sus ojos llenos de miedo, eh?

Él solloza, intentando hablar, pero solo sale un gemido patético de su garganta.

—Déjame decirte lo que va a pasar —susurro—. Vas a recordar esta noche cada vez que respires. Cada vez que cierres los ojos. Cada vez que pienses en una mujer que no te pertenece.

Él asiente frenéticamente, su rostro cubierto de lágrimas y sangre.

Yo sonrío.

Un corte limpio. No letal. Solo suficiente para que cada vez que se vea al espejo, recuerde que hubo una sombra en la noche que lo castigó por lo que intentó hacer.

La sangre gotea de su mejilla y él gime de dolor.

—Si vuelves a tocarla… —mis dedos aprietan su mandíbula, obligándolo a mirarme—. No voy a ser tan generoso la próxima vez.

Lo suelto, y su cuerpo cae como un trapo sucio al suelo del callejón. Lo dejo ahí, temblando, sollozando.

—Error. Nunca creas lo que digo—me rio—voy a matarte aquí y ahora.

Mis dedos vuelven a apretar el cuchillo, la fría hoja ahora es una extensión de mi mano, lista para cumplir su propósito. Mi respiración se hace más pesada mientras miro al hombre. Aún tiembla, aún gime, pero ya no me importa. Ya no me interesa lo que él quiera decir. Lo que necesito que entienda es que esta ciudad no es un lugar para débiles, y mucho menos para los que piensan que pueden tocar lo que es mío.

Cierro los ojos un instante, permitiéndome sentir el peso de lo que estoy a punto de hacer. Las voces en mi cabeza no son dudas, son exigencias. La justicia no tiene piedad aquí, y la única forma de que desaparezca el miedo, es asegurándome de que este hombre nunca vuelva a respirar.

Me acerco lentamente, el sonido de mis pasos apenas audible sobre el rugir de la tormenta. Su respiración es errática, sus ojos

llenos de terror, buscando alguna forma de escapar que no existe. Él sabe lo que viene. Yo también lo sé.

—Yo no doy segundas oportunidades—mi voz suena suave, casi un susurro, pero la amenaza es clara en cada palabra.

El hombre levanta la mano, intentando protegerse, suplicando, pero no hay tiempo para arrepentimientos. No voy a darle el lujo de una segunda oportunidad.

Con un movimiento preciso, clavo el cuchillo en su garganta. La carne cede con facilidad, y la sangre brota en un chorro cálido, empapando mis manos. Su cuerpo se sacude una vez, como si aún esperara que fuera un error, pero ya es demasiado tarde.

El sonido de su respiración se convierte en un gorgoteo, luego en un suspiro final. La vida se le escapa rápidamente, y yo lo observo en silencio. No hay orgullo en mí, no hay satisfacción. Es solo… necesario. El mundo es un lugar frío, y alguien tiene que asegurarse de que las reglas se cumplan. Esta noche, soy yo.

El cuerpo se desploma, su mirada vacía me observa desde el suelo, pero ya no hay nada que hacer.

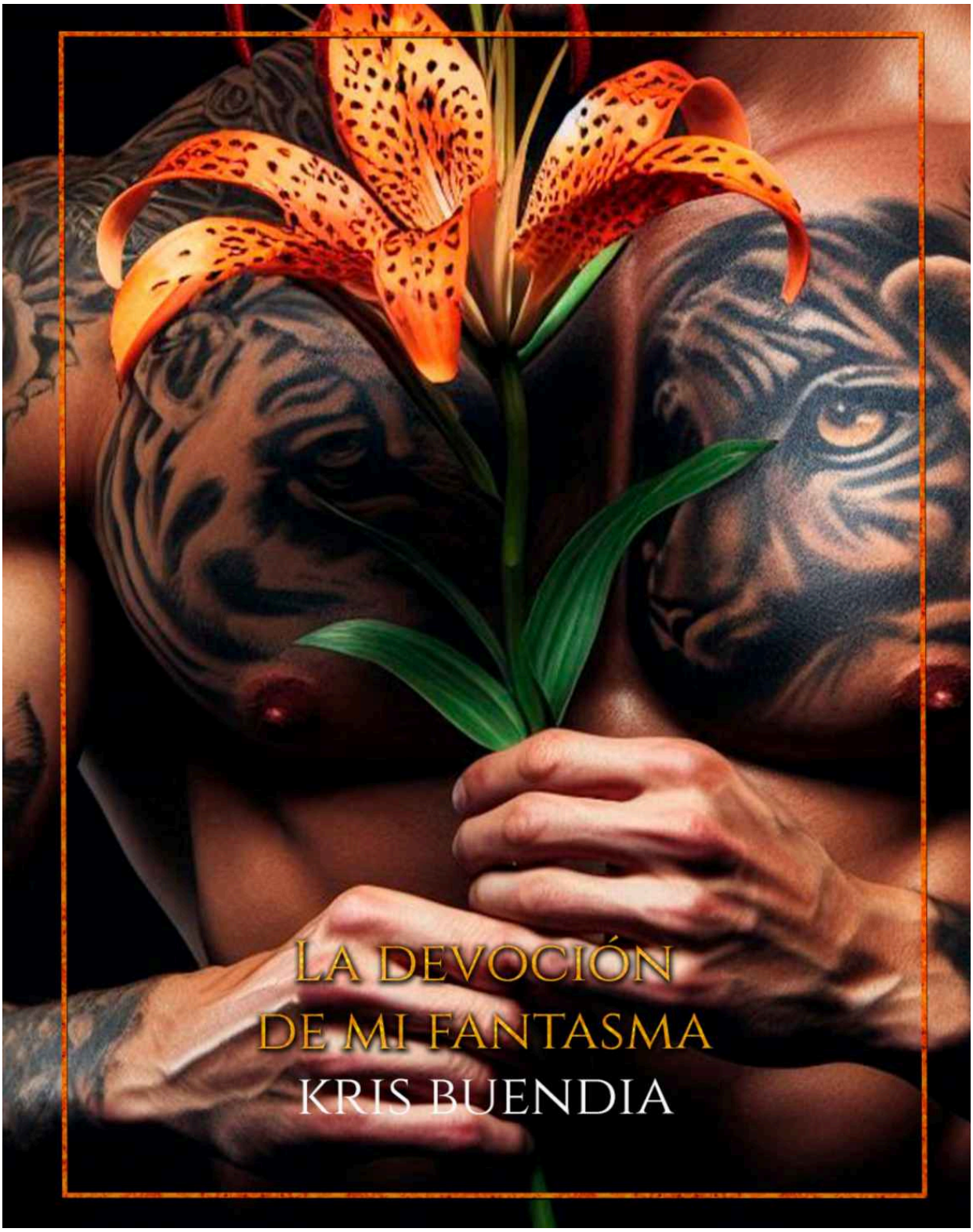
Limpio el cuchillo en su camisa, no me molesto en mirar atrás. Me alejo, y las sombras me reciben con la misma frialdad de siempre. Ya no hay nada que me detenga.

Y entonces, desaparezco en la oscuridad.

De vuelta a mi lugar.

De vuelta a las sombras.

Donde siempre he estado.


La devoción
de mi fantasma
Kris Buendia

Capítulo 6



Mi lugar

THERON, 30
Presente, Londres

La habitación está pesada, la tensión se puede cortar con un cuchillo. Los hombres están alineados, sentados con sus posturas rectas, todos atentos, esperando mis órdenes. El aire huele a cigarro y cuero, como siempre en estas reuniones. Pero hoy no estoy aquí para hablar de estrategias o negocios. Hoy, algo me quema por dentro, y no puedo ignorarlo.

Mi mano apoya la copa de whisky, pero no la llevo a mis labios. Mis dedos se mueven lentamente sobre el cristal, como si el simple acto de tocarlo me permitiera pensar mejor, como si pudiera calmar lo que se está formando dentro de mí. Pero no hay calma. Hay rabia. Y hay una presencia, una figura que no puedo sacar de mi mente.

—Haz que entren, Ronnie —mi voz raspa en la sala, baja, controlada, pero hay algo en ella que hace que todos se pongan al borde de sus asientos. Lo sé. Lo sienten.

Ronnie, mi mano derecha, el hombre que una vez fue la mano derecha de mi padre y ahora es el mío, se recuesta en su silla, cruzando los brazos, no porque se crea superior, sino porque sabe que estoy esperando algo más que una respuesta cualquiera.

—Están todos, Theron —dice, y su tono es firme, pero con una pizca de incertidumbre. Todos lo notan. Ya no está tan seguro de lo que está pasando.

Yo aprieto los dientes y me apoyo contra la mesa, los ojos fijos en todos. Quiero que sepan lo que está en juego. La calle es nuestra, los que viven en ella, también lo son. Pero hay un límite. Mi límite.

Veo a todos los que trabajan para mí, incluso al peor de todos. Que no te engañe su porte de empresario y hombre normal, este tipo es mejor mantenerlo cerca.

Richard Zimmers, el dueño del casino mas sucio de la ciudad y está frente a mí. Es el encargado de hacer las cobranzas, pero ha cruzado mi jodida línea.

—¿Tú y tus hombres han estado cobrando impuestos a la gente de la calle? —pregunto, mi voz casi un susurro, pero cada palabra pesa más que el acero. Lo miro fijamente, pero mis pensamientos están en otro lugar. En la cantante. Esa mujer que me persigue, incluso en mis pesadillas.

Richard se estira, pone las manos sobre la mesa y se inclina hacia adelante, pero no me mira a los ojos. Sabe que esto es más grande que cualquier otro negocio que tengamos. Es personal.

—Es parte del control, Theron. No puedes dejar que se salgan de control, especialmente ahora con lo que está pasando en las zonas bajas. La gente está desesperada. Necesitan algo de estructura. Y si cobramos... bueno, las cosas se mantienen en orden, ¿no?

Orden. Qué patético. No lo puedo creer. Los malditos de la calle pueden vivir su vida sin que alguien les meta las manos en los bolsillos. Y mucho menos una mujer indefenza y sola. Mi estómago se revuelca al pensar en ella, con su guitarra, cantando para esos malditos. Ella no necesita ser tocada. Nadie tiene derecho a tocarla.

—¿Tú sabes a quién le estás cobrando impuestos, Zimmers? —mi tono cambia de golpe, mis ojos ya no son solo furia, ahora hay algo más profundo. Algo peligroso.

Richard Zimmers titubea, la sala se queda en un silencio mortal. Yo no soy el tipo que tolera errores, y este… este es el más grande de todos.

—A todos, Theron. Todos necesitamos un pedazo del pastel. Es negocio. La calle necesita control.

—¿A todos? —repito, mis dedos crujieron sobre la mesa, como si quisiera romperla con solo mirar. No voy a dejarlo ir tan fácil. No ahora, no cuando he visto la verdad.—¿La que está en la esquina de Holloway? ¿La que tiene la guitarra y una sonrisa que hace que cualquiera olvide que está en este maldito agujero?

Mis palabras están frías, pero las emociones me queman. Ella no debe estar en este mundo. No debe estar cerca de ellos. No debe

estar cerca de nadie, y mucho menos de nosotros.

El rostro de Richard se contrae al escuchar mi pregunta. Sabe que cometió un error, uno del que no puede escapar. La última vez que lo mencioné, no solo fue por curiosidad, sino por la obsesión que empezó a formarse en mi cabeza. Ella era diferente, demasiado pura para este mundo. Demasiado vulnerable.

—¿Tú… —ronca Richard, y me mira, su tono tembloroso traicionando su arrogancia habitual—. Tú la conoces, no lo sabía. Fue un error.

La verdad está ahí, colgando en el aire, y todos lo saben. Incluso yo. Pero no puedo dejar que Richard se crea que tiene alguna clase de control sobre esto. Ni él, ni nadie.

Me levanto lentamente, caminando alrededor de la mesa. Cada paso retumba como si estuviera marcando mi territorio. Los hombres no se mueven. Ninguno respira. Todo el poder está en mis manos, y no voy a dejar que nadie se meta en mi camino.

—Si vuelves a cobrarle un solo centavo a esa mujer, te juro que vas a desear no haber nacido, —mi voz suena baja, pero cada palabra resuena en la sala. Un escalofrío recorre la espalda de todos los presentes. Mi tono se alza, casi como un grito sordo, pero lo suficiente como para que todos lo sientan en su estómago—. No me importa si es un maldito negocio, no me importa quién te lo dijo. Ella no es parte de esta maldita guerra. No es parte de mi mundo. Y te juro que si tus hombres la vuelven a tocar… será lo último que hagas.

Mis ojos se clavan en los suyos, y el aire entre nosotros se hace espeso. No es una amenaza vacía. Es una promesa. Nadie puede comprender la rabia que siento, porque nadie entiende lo que significa tener algo, o alguien, que me pertenece, aunque no lo haya admitido. Y ella… ella es mía.

Richard no responde, no tiene nada que decir. No puede. Todos lo ven. Y yo lo sé.

—Entendido. —Es todo lo que dice, y no hace falta nada más.

Nadie dice una palabra más. La sala queda en un tenso silencio. Yo me vuelvo hacia la ventana, observando las luces tenues

de la ciudad que nunca duerme. No puedo sacarla de mi mente. No puedo dejar de pensar en su voz.

Pero no debo. No puedo.

Ella es una distracción. Y como siempre, mi promesa sigue intacta: no voy a tocarla.

Pero las sombras son mi hogar, y las sombras siempre me han mostrado lo que está prohibido.

El silencio pesa aún más después de mis palabras, y es como si la habitación se hubiese enfriado. Los hombres se miran entre sí, incómodos, mientras yo me quedo allí, mirando la ciudad a través de la ventana, cada vez más consciente de lo que estoy a punto de arrastrar. No pueden saberlo, no pueden entenderlo, pero la rabia sigue bullendo bajo mi piel. Es algo más que la simple ley de la calle. Es algo personal, algo que no voy a permitir.

—Fuera—les indico y rapidamente se escuchan sus pasos, me quedo solo con Ronnie.

Es el primero en hablar. Su tono es tranquilo, casi casual, como si estuviera acostumbrado a la tensión, pero no lo está. Ninguno de nosotros lo está.

—Theron, sabes cómo funcionan las cosas en la calle. No podemos dejar que los casinos y los prostíbulos sigan por su cuenta. Necesitamos orden, estructuras —su voz es firme, pero el brillo de duda en sus ojos lo traiciona. No sabe si debo escucharle o temerme. Es difícil mantener un control cuando el líder tiene las manos en las sombras, pero Ronnie no es tonto. Él sabe cómo funciona esto.

—Lo sé —respondo sin mirarlo, mis palabras como un golpe bajo—. Sé cómo funcionan las cosas en la calle. Pero lo que no voy a permitir es que cobren impuestos a los que ya están muriendo de hambre en un rincón, solo porque les da la gana. No estamos en guerra con los humildes, no mientras yo esté aquí.

Mi tono es cortante, y el espacio entre las palabras es pesado, cargado de lo que está en juego. Ronnie hace una pausa, no sabe cómo seguir, y no lo culpo. Él es un soldado, no un pensador, pero se supone que entiende las reglas de este lugar.

Otro de mis hombres, Ivan, que siempre ha sido más impulsivo, se adelanta, casi con furia en la mirada. Su voz es más áspera, llena de incomodidad, como si estuviera cuestionando la autoridad en el aire. Nadie se quiere meter con él y es fiel como la mierda. Él viene de la calle, sabe que tengo razón.

—¿Y qué quieres que hagamos entonces, Theron? Déjame matar a Zimmers. No lo necesitas. Todos aquí nos temen. Si no mantenemos el control, perderemos todo. Toda nuestra puta influencia.

Me giro lentamente hacia él, mis ojos fríos como el acero. No le voy a dejar ganar este argumento. No cuando sé que hay algo más en juego. Richard Zimmers es un hombre peligroso, no como yo, puedo desaparecerlo junto a ese casino de mierda, pero la verdad es que, necesito de sus contactos, la gente con la que se junta. Solo manteniendo al enemigo cerca puedo acabar con la pudrición de este mundo. Zimmers es un maldito peón en mi juego y solo necesito recordarle las reglas si quiere seguir manteniendo su casino a flote con mi dinero.

—No es de control de lo que estamos hablando, Ivan —mi voz suena grave, controlada, y paso hacia él. Es un movimiento lento, calculado—. No vamos a perder nuestra influencia. Pero tenemos que saber dónde la ponemos. Los prostíbulos, los casinos, los que juegan con vidas humanas, esos son los que deben pagar. Ellos son los que roban. Pero alguien que solo está tratando de sobrevivir en las calles no merece esto. ¿Entendido?

Ivan se detiene. No puede contradecirme. Nadie puede contradecirme cuando estoy así. La rabia que fluye por mis venas es obvia, pero hay algo más en mis ojos. No lo van a ver, pero yo lo sé. Mi lirio de tigre, la mujer que me obsesiona, no debe ser tocada por las manos sucias de nadie. No mientras esté en este mundo.

A mi lado, Ronnie se limpia la frente, claramente nervioso por la dirección en que la conversación está tomando un giro más peligroso de lo que esperaba. Él lo sabe. Lo hemos hablado antes, cuando me aseguré de que se mantuviera al margen. Pero los otros no lo saben. No conocen la historia completa.

—Theron tiene razón —interviene—. Los humildes, los que no tienen nada, ya tienen suficiente con la vida que llevan. No necesitamos ser los que les añadimos más peso. La calle es dura, pero hay límites, incluso en este maldito negocio.

Hay un breve silencio y por un momento, el sonido de la tormenta fuera es lo único que se oye, mezclado con las respiraciones tensas de los hombres. Saben que tengo razón. Nadie más dirá lo contrario. El ambiente cambia un poco, pero aún está cargado de esa electricidad que precede a una tormenta. Yo me quedo allí, respirando profundamente, el control volviendo a mi cuerpo. Ya no estamos discutiendo sobre lo que hay que hacer con los casinos o los prostíbulos. No ahora. El mensaje ha sido claro. Y la línea ha sido marcada.

Pero Ronnie no se da por vencido, sabe que algo me inquieta. No es el tipo de hombre que se rinde fácilmente. Se acomoda en su asiento y me observa con una ligera sonrisa, como si estuviera esperando una señal de que la reunión que ahora tenemos los tres, está por terminar. Como si no hubiera ninguna más que dar. Pero yo lo veo. Sé lo que está pasando en su cabeza.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con la chica, Theron? —su pregunta está cargada de una tensión subyacente. Lo sabe, lo siento. Sabe que la mujer en la esquina de Holloway me ha obsesionado. Es el único tema del que jamás hemos hablado abiertamente.

No quiero decir más de lo necesario. No aquí. No ahora. Pero mi voz es baja, peligrosa, y hace que cada hombre en la sala se detenga en seco.

—La chica— mis ojos se endurecen, pero mi respuesta es breve. Por mucho que lo odie, es el único que puede mantenerla a salvo y llevarla a la oscuridad con él—El Fantasma no podrá tocarla.

Ronnie asiente, reconociendo la gravedad de mis palabras. No es que sepa todo lo que me quema por dentro, pero sí que entiende lo suficiente como para saber que si alguien osa acercarse a ella de nuevo, no habrá forma de salvarlo.

Me doy la vuelta y, sin esperar respuesta, camino hacia la puerta, dejando atrás a los hombres, a sus dudas y a sus miedos.

Esta conversación se ha acabado. Y lo que se viene no es negociable.

Porque en este mundo, yo soy el que marca el límite. Y nadie, nadie, lo cruzará.


LA DEVOCIÓN
DE MI FANTASMA
KRIS BUENDIA

Capítulo 7



Un salvador

JOSEPHINE

Estoy aquí, en la esquina de la calle, mi guitarra entre mis manos, mis dedos tan acostumbrados al desgaste de las cuerdas que ya no sienten el dolor. El aire está frío, pero la gente sigue pasando, ajena, indiferente, lanzando monedas al cráneo falso de animal que he dejado a mis pies. Es como cualquier otra tarde, o al menos, eso intento convencerme.

La canción fluye, mi voz luchando por mantenerse firme a pesar de la tensión en mi pecho, la presión que siento desde que vi ese rostro en la multitud, desde que escuché esa voz que me taladró la mente aquella noche.

La máscara del hombre sigue flotando en mis pensamientos, como un eco lejano, y ahora, esa presencia rubia que avanza entre la gente me hace detenerme en seco. Mi corazón late con fuerza, pero intento mantener la compostura. No sé por qué, pero algo en él me atrapa. Sus ojos, sus ojos… siento que los he visto antes. No me di cuenta la primera vez porque estaba asustada de aquellos hombres, pero hoy no estoy asustada, sino todo lo contrario, fascinada. Mi mente no puede tener a estos dos personajes al mismo tiempo. Uno es oscuridad y misterio y el otro, el que sigue avanzando y no me quita la mirada parece una luz, aunque a su alrededor hay un halo de peligro.

La multitud parece desvanecerse mientras se acerca, sus pasos resonando más fuerte de lo que deberían. Lo miro, no es posible. No puede ser. Pero sus ojos, esos malditos ojos…

—Tienes una voz increíble. —su tono es suave, pero fuerte. Imponente, como si todo el mundo a su alrededor se desvaneciera ante su presencia. El billete de cien en su mano es una ofrenda, casi arrogante. Lo deja caer sobre el craneo, como si el dinero fuera un pago por algo que no puede comprender.

Me detengo. Parpadeo, sintiendo un nudo en la garganta. No es solo el dinero. Es él. Es ese ser rubio, alto, con una mirada tan acusadora que siento que se me quema el alma bajo su peso. Me siento atrapada, observada, como si fuera un insecto bajo un microscopio.

—Oye, esto es… mucho —mi voz tiembla, apenas un susurro, pero el peso de sus ojos me hace hablar, hacer algo para romper la distancia que él ha puesto entre nosotros. Pero él no responde inmediatamente. Su mirada sigue fija en mí, como si pudiera ver a través de mí, como si supiera todo lo que llevo guardado, mis secretos, mis miedos.

—Lo mereces. —responde, su tono bajo, implacable. No hay duda en sus palabras. No hay vacilación. Es un juicio, y el veredicto está claro. Si esto es por lástima, puede tomar su dinero y meterselo en el trasero.

Me quedo callada por un segundo. Mi corazón late desbocado, y las palabras se enredan en mi garganta. *Lo mereces*. Pero no lo entiendo. ¿Por qué alguien como él diría algo así? ¿Por qué ese tipo de confianza, ese peso en sus palabras?

—Agradezco el halago —digo, intentando mantener el control, mi voz más firme ahora—. Pero insisto. No es necesario.

Él no se mueve. La tensión entre nosotros crece, como un alambre tenso a punto de romperse. La multitud sigue caminando, ajena a lo que ocurre entre este hombre y yo, pero yo no puedo dejar de sentir el magnetismo, la fuerza de su presencia.

Sus ojos nunca se apartan de los míos, y su silencio se convierte en una especie de presión, una fuerza invisible que me empuja a hablar, a reaccionar.

—¿Por qué? —susurro, la pregunta brota antes de que pueda detenerla. Mis palabras son suaves, pero el miedo que se oculta detrás de ellas es real.

¿Por qué me estás observando?

¿Por qué me das este dinero?

¿Por qué me estás diciendo que lo merezco?

¿Y por qué me defendiste ese día?

Él da un paso hacia mí, apenas un movimiento, pero lo siento como si fuera el principio de una tormenta. Mi respiración se detiene. Mis manos tiemblan un poco sobre las cuerdas de la guitarra, pero no me atrevo a dejarla. No ahora.

—Porque veo más de lo que crees —su voz baja, grave, y sus ojos son tan penetrantes que me hacen sentir pequeña, vulnerable. La gente pasa a su alrededor, pero él no se mueve, como si todo el mundo se hubiera detenido para observarme a mí.

Mi mente da vueltas. Todo lo que pensé saber sobre el mundo, sobre las reglas, se desvanece en su presencia. ¿Qué sabe él de mí? ¿Cómo puede estar tan seguro de que lo merezco, de que él puede decidir eso?

El aire se espesa. Siento la tensión en cada molécula de mi cuerpo, y en ese instante, parece que todo el universo está esperando algo.

—No te acerques más —digo, casi sin pensarlo. Mis palabras salen más fuertes de lo que esperaba, y la duda se refleja en su mirada, pero no hay miedo. Hay algo más, algo más profundo que me hace mantenerme erguida. Si hay algo que sé, es que no puedo ceder ante él.

Él me observa, y aunque sus ojos no cambian, aunque sigue tan sereno como una tormenta en el horizonte, hay algo en su postura que cambia. No es miedo. Es… ¿respeto?

—No voy a hacerte daño —responde, y por un segundo, las sombras entre nosotros se disipan.

— No voy a hacerte daño. — su tono se suaviza, pero no me tranquiliza.

— Eso dijeron todos.

El dejavù viene a mí como una bala. Y ahora este hombre frente a mí. Dijo que mataría a esos hombres, lo dijo de verdad, no como alguien que promete bajo el efecto de la adrenalina, lo vi en sus ojos, estaba diciendo la verdad.

Mi corazón sigue latiendo fuerte.

—No… —mi voz se quiebra, pero esta vez no puedo callarme. Este hombre… él está rompiendo algo dentro de mí, y no sé si es lo que quiero o lo que temo.

Pero él se queda ahí, observándome, esperando. Como si no pudiera irse sin una respuesta. Como si todo lo que hemos dicho hasta ahora fuera solo el principio.

Sigo mirándolo, mis manos aún temblando ligeramente sobre las cuerdas de la guitarra. Él no se va, y en su presencia, las calles parecen vacías, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir. La multitud sigue su camino, pero nosotros dos estamos suspendidos en el aire, atrapados en una tensión que no puedo comprender completamente.

Mi voz es más suave cuando hablo, casi un susurro:

—Gracias… por lo de antes. Por ayudarme… con esos hombres.

Esas palabras parecen flotar entre nosotros, y aunque las he dicho con sinceridad, siento que algo en mi pecho se aprieta al pronunciarlas. No me gusta sentirme en deuda. No me gusta que me vean como alguien que necesita ser salvada, aunque, en ese momento, lo necesitaba. Pero él… él lo hizo. Es como si hubiera esperado que respondiera de alguna manera, y lo ha hecho, como si él tuviera el control de la conversación. Sin embargo, el silencio entre nosotros no se aligera. Solo se espesa más, como un peso que va cayendo lentamente sobre mis hombros.

Él da un paso hacia mí, tan tranquilo, tan seguro de sí mismo que me siento aún más pequeña, aún más vulnerable. El billete de cien sigue en hueco del hueso falso, como una marca indeleble de su presencia. Como si todo lo que hace, todo lo que es, estuviera escrito en ese simple gesto.

—No fue nada —dice, y aunque sus palabras son simples, hay una intensidad en su tono que me hace sentir que está hablando de algo más. —No pretendo ofenderte, toma el dinero, por favor.

Algo profundo, algo que no puedo comprender del todo. Sus ojos están fijos en los míos, y el aire entre nosotros es denso, casi eléctrico.

—No me ofendo y sí fue mucho… —repito, pero no me suena a la misma frase. Lo digo, y siento que es una mentira. Porque fue mucho. Fue más de lo que mi corazón está dispuesto a admitir.

Y entonces, me doy cuenta de algo. Este hombre, con su mirada feroz y su presencia inquietante, me ha marcado. No solo por lo que hizo, sino por lo que me hizo sentir. Algo oscuro y fascinante que no sé si debo temer o si debo desear.

Él sigue allí, su mirada nunca se desvía de mí. Y esa calma, esa inexplicable tranquilidad que emana de él, hace que mi respiración se acelere sin control.

—¿Sabes? —comienza, su voz suave como terciopelo, pero cargada de algo mucho más peligroso—, me intriga la forma en que me miras. ¿Qué es lo que ves cuando me miras?

Mis labios se abren, pero no sé qué responder. La verdad es que me asusta. Y me atrae. Y me deja en una encrucijada que no quiero atravesar, pero no puedo dejar de mirar.

—Veo a un hombre arrogante —susurro, mis palabras apenas audibles entre el murmullo de la calle, como si lo dijera solo para mí, para que él lo escuchara.

Él da un paso más, acercándose aún más. La distancia entre nosotros es tan pequeña que puedo sentir el calor de su cuerpo, la fuerza que se desprende de él. En su rostro no hay sonrisa, solo esa mirada intensa que me recorre de pies a cabeza, una mirada que me obliga a preguntarme si soy solo un objeto en su visión o algo más.

—Mentirosa. Creo que sabes exactamente qué ves, Josephine —dice, mi nombre pronunciado en su boca como una promesa o una amenaza, no puedo decidir cuál. Su voz es baja, cargada de algo que me eriza la piel, y el simple sonido de mi nombre pronunciado por él me hace sentir algo que no puedo identificar, pero que me consume.

La tensión entre nosotros aumenta, como si todo el aire a nuestro alrededor se hubiera condensado en un solo punto, en ese contacto visual. Siento que estoy flotando, que cada palabra que él dice tiene el poder de hundirme más profundamente en algo del que no sé si quiero salir.

—¿Cómo sabes mi nombre? —me apresuro a decir.

—El hombre que te… asustó lo dijo—no me pierdo la forma en cómo arrastra esa frase y lo veo, notando algo más.

—No me mires así, no me conoces —susurro, casi rogándole que no haga más difícil lo que ya está siendo una pesadilla. Pero él no se mueve. Su rostro es una máscara de calma, pero sus ojos arden.

—¿Así? —replica, y su voz suena tan segura, tan decidida que me deja sin aliento. La pregunta está cargada de intenciones, y de repente, entiendo que él ya sabe todo lo que me pasa por la cabeza. Ya sabe todo lo que él significa para mí, aunque yo misma no lo haya admitido. Aunque no le conozco de nada, podría decirse que entre más lo siento cerca, más me dice mi cabeza que salga corriendo.

Un silencio tenso sigue, pero no quiero ser la que lo rompa. Algo en mi interior me dice que no debo dar el primer paso. Pero él sigue ahí, tan cerca, que puedo oler su colonia, escuchar su respiración profunda, sentir el magnetismo que parece emanar de su presencia.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta, y aunque no está exigiendo una respuesta, la pregunta resuena en mi mente, aplastante, imposible de ignorar. ¿Qué voy a hacer? ¿Seguiré en mi mundo, con mi guitarra y mis canciones? ¿O me dejo arrastrar a este peligroso juego que él ha comenzado?

Mis ojos se fijan en el billete de cien en el hueco, brillando bajo la tenue luz de la farola más cercana. Lo miro un segundo más del que debería antes de decidirme a tomarlo y entregárselo. Mis dedos rozan el papel, pero en el último instante, en lugar de solo devolverlo, mi mano roza la suya.

Y cometo un error. Porque no solo la rozo. La tomo.

Y él no se aparta. Su piel está caliente contra la mía, un contraste con la fría brisa nocturna que se cuela entre los edificios. No debería afectarme. No debería significar nada. Pero mis dedos tiemblan, y no es por el frío.

No es miedo.

Es algo mucho peor.

Levanto la mirada, encontrándome con esos ojos que parecen diseccionarme en la oscuridad. No hay sorpresa en ellos, ni

confusión. Solo una calma insondable, como si hubiera esperado esto, como si supiera que, tarde o temprano, terminaría tocándolo.

Y ahora lo he hecho.

Podría soltarlo. Debería soltarlo. Pero algo en la firmeza de su agarre me mantiene atrapada. Sus dedos no aprietan, pero tampoco ceden del todo. Como si me estuviera dando la oportunidad de decidir.

¿Lo dejo ir o sostengo un poco más?

Siento el pulso en mi muñeca latir más rápido de lo que debería. Trago saliva.

—No puedo aceptar esto —murmuro, aunque mi voz suena más débil ahora.

Sus labios se curvan apenas. No es una sonrisa, ni una burla. Es… algo más. Algo que no entiendo del todo.

—Es tuyo.

Mi respiración se enreda en mi pecho. Su tono es bajo, casi íntimo, y por alguna razón, se siente como si estuviéramos solos en esta calle llena de gente. Su pulgar roza, sin querer, el dorso de mi mano, y un escalofrío me recorre la columna. No porque me asuste. Sino porque no debería gustarme.

Porque este hombre es un misterio. Porque apareció de la nada. Porque su voz me resulta conocida, pero no sé de dónde. Porque me ha estado observando.

Y porque, a pesar de todo, quiero saber más. El silencio entre nosotros se estira demasiado. No sé si él está esperando que yo diga algo más o si simplemente disfruta de ver cómo me retuerzo bajo su mirada. Porque eso es lo que está haciendo. Midiéndome. Probándome. Mi respiración es superficial.

—No puedo aceptar esto —repito, y mi voz suena más firme de lo que me siento.

Sus cejas apenas se arquean, y yo me suelto de su mano, dejando el billete en ella.

—Lo mereces —repite, con la misma calma de antes.

Siento una punzada de frustración. No sé qué pretende, pero no voy a deberle nada a nadie. No quiero que esto parezca algo más de lo que es.

—No es así como funciona —insisto, y el billete queda en su mano.

Él solo ladea la cabeza, observándome con la misma intensidad desconcertante.

—¿Y cómo funciona entonces?

Mi garganta se aprieta. No sé por qué me cuesta responderle. Debería ser simple: la gente deja dinero, yo lo tomo. Pero esto no es lo mismo. No con él. No cuando su mirada quema mi piel como si intentara grabar su presencia en mi mente.

—No necesito caridad.

Sus labios se curvan apenas, y algo en esa mueca me dice que le divierte lo que he dicho. Como si supiera algo que yo no.

—No es caridad. Es reconocimiento.

Frunzo el ceño, sintiéndome inquieta. Este hombre no habla como los demás. No sonríe sin razón. No se mueve sin intención.

—¿Reconocimiento? —repito con incredulidad.

—Cantas bien —responde, simple, sin adornos. Y sin apartar la mirada de la mía.

Mi corazón tropieza. No porque sea un halago. Sino por la forma en que lo dice.

Es honesto. Demasiado.

No como los tipos que dejan dinero y dicen "bonita voz" sin siquiera detenerse a escuchar. Él sí ha escuchado. Y ha estado escuchando desde hace semanas. Bueno, hace algunas semanas que lo noté, pero no sé desde cuándo realmente ha estado entre la multitud. Él se hubiera quedado entre la multitud, pero ese día decidió ayudarme. Debo darle el crédito por eso.

No es alguien raro.

Puedo escuchar la voz de Yury en mi cabeza:

—Eres una muchachita joven y bonita, los hombres querrán hablarte, no todos son malos, Josephine.

—Tienes razón—le decía—tú no lo eres.

Trago saliva y, sin saber por qué, me siento expuesta. Como si fuera más que mi música lo que está viendo.

Vuelvo a mirar el billete en su mano. No quiero verlo que lo sostenga. Pero tampoco quiero que siga ahí, como un lazo invisible

entre nosotros. Así que, en un impulso, lo tomo, lo doblo por la mitad y lo meto en el bolsillo de su abrigo.

Él no se mueve. No me detiene. Solo me observa.

—No lo necesito —le digo. —Gracias.

Él parpadea, como si no esperara que hiciera eso. Como si por primera vez alguien hiciera algo que lo sorprendiera.

Pero la sorpresa desaparece rápido. En su lugar, regresa esa calma inquebrantable.

—Está bien.

Y entonces, da un paso atrás.

Algo en mí se afloja cuando lo hace. Como si hubiera estado conteniendo el aliento sin darme cuenta.

—Buenas noches, *Lirio de tigre.*

¿Lirio de tigre?

Mi cuerpo se tensa. La forma en como salió mi nombre de sus labios y ahora ese apodo, en su acento tan ingles, más que él mío. Su seriedad que intimida y al mismo tiempo te hipnotiza. Lo miro con una mezcla de incredulidad y alerta, pero él ya se ha girado para marcharse.

Lo veo alejarse entre la multitud. Alto. Imponente. Sin voltear atrás. Pero yo sí lo miro. Lo sigo con la vista hasta que se pierde en la ciudad. Y lo único que puedo pensar es en su voz. En la forma en que me dijo mi nombre.

Me preguntó qué miraba al verlo. Como si la vida dependiera de ello, es una extraña pregunta por hacerle a alguien que no conoces. Pero así como nadie sabe que me escondo, que mi cabello oscuro con puntas naranjas. Del tono de la flor, como me ha llamado Lirio de tigre. Es extraño. Yo soy extraña, pero por primera vez, aunque sea por un segundo, no quiero correr.

Capítulo 8



Cazador en la Oscuridad

EL FANTASMA

El miedo tiene un olor.

No es solo sudor o adrenalina. Es algo más crudo, más primitivo. Es un hedor agrio que impregna la piel y se mete en cada resquicio de una habitación cuando una presa sabe que no tiene escapatoria.

Y ahora, él lo está apestando todo.

Lo tengo atado a una silla en el centro del cuarto, las cuerdas hundiéndose en su piel mientras se retuerce inútilmente. Un rastro de sangre seca le baja por la sien, mezclándose con el polvo del suelo mugriento. Está intentando controlar su respiración, lo veo en la forma en que su pecho se sacude con cada bocanada entrecortada. Está intentando ser fuerte.

Qué patético.

Camino lentamente a su alrededor, dejando que el sonido de mis botas contra el suelo de concreto haga eco en la habitación. Lo dejo escucharme. Lo dejo saber que estoy aquí, que no me apresuraré, que no hay escapatoria.

—¿Sabes por qué estás aquí? —mi voz rompe el silencio, profunda y carente de emoción.

El hombre no responde al instante. Mal movimiento.

Agarro su mandíbula con fuerza, obligándolo a levantar la cabeza. Su piel está pegajosa de sudor y sangre. Sus ojos, hinchados por los golpes, parpadean con desesperación cuando se encuentra con los míos.

—N-no sé… —jadea.

Lo golpeo. Fuerte.

Su cabeza gira con el impacto, y un chasquido húmedo llena la habitación. Su labio se abre más de lo que ya estaba y escupe algo rojo al suelo. Quizás un diente.

Me inclino, acercándome a su oído.

—Intentemos de nuevo. ¿Sabes por qué estás aquí?

Su cuerpo tiembla. Sabe la respuesta.

Todos lo saben cuando llega el momento.

—Yo… por favor, no… —Su voz es un hilo quebrado.

—No eres el que puede suplicar aquí.

Me enderezo y saco la navaja de mi chaqueta, girándola entre mis dedos. La hoja atrapa la luz tenue, reflejándola en un destello afilado. Su respiración se vuelve errática. Sus pupilas se dilatan.

Ah, ahí está.

El reconocimiento.

El pánico puro cuando comprende que esta no es solo una advertencia. Que no saldrá caminando de aquí.

—Niños, ¿eh? —musito, casi con desinterés.

El temblor de su cuerpo se vuelve violento.

—N-no…

—No qué.

—E-ellos mienten, te lo juro, no hice nada…

Corto su mejilla. Rápido. Preciso.

Su grito rebota en las paredes y se ahoga cuando lo ahoga el dolor. Su piel se abre con facilidad, y la sangre gotea caliente por su cuello.

—Mientes.

Otro corte, esta vez en su antebrazo.

La piel se separa con un sonido húmedo.

Grita más fuerte.

Mejor.

—¡P-por favor!

—¿Por favor, qué? —mi voz es baja, monótona—. ¿Por favor, que me detenga? ¿Por favor, que no haga lo mismo que hiciste tú?

Se sacude en la silla, la madera rechina bajo su peso. No va a ir a ningún lado.

Suelto la navaja y saco el martillo. Mucho más primitivo.

—¿Sabes cuántos años tenía?

Sus sollozos son mi única respuesta.

—Doce.

El primer golpe cae sobre su rodilla izquierda.

El crujido es delicioso.

Su alarido, mejor.

Lo dejo gritar. Lo dejo sentirlo.

El segundo golpe va para la derecha.

El hueso cede bajo el impacto.

La silla casi se cae cuando su cuerpo convulsiona. Su respiración se convierte en jadeos incontrolables, el dolor llevándolo al borde del colapso.

Me agacho a su altura, tomándolo del cabello, obligándolo a mirarme.

—Los monstruos como tú creen que pueden esconderse. Que la gente olvidará. Que nadie se atreverá a hacer lo que realmente merecen.

Acerco mis labios a su oído.

—Pero yo no olvido.

Me enderezo y le clavo la navaja en la garganta.

La hoja entra sin resistencia.

Su cuerpo se sacude, sus ojos se desbordan en terror absoluto. Se ahoga en su propia sangre, burbujeando con cada exhalación hasta que el brillo en su mirada se apaga.

Y cuando su cuerpo queda inmóvil, cuando la habitación vuelve al silencio, solo queda una sombra en la noche.

Una sombra que se mueve.

Que caza.

Que limpia el mundo de la escoria que cree que puede escapar.

Capítulo 9



Mía...

JOSEPHINE

Estoy sentada en la orilla de la barcaza, mi voz se mezcla con el suave murmullo del agua. Canto sin pensar demasiado, solo dejo que las palabras fluyan como un río. El sol comienza a ponerse, tiñendo el cielo de naranja, y mi corazón late al ritmo de la canción. Es lo único que me permite escapar de la realidad, de todo lo que me rodea.

De repente, una voz familiar me interrumpe. Es Tiago, su risa llega primero, antes de que sus pasos me alcancen.

— ¡Josephine! —su voz resuena en el aire cálido, alegre, como siempre—. ¡Te escuchaba desde la otra calle! Estás genial, como siempre. —Me sonríe con esa luz en los ojos que siempre tiene cuando habla de algo que lo entusiasma. Tiago es joven y más inglés que yo.

—Oye, tengo una idea. ¿Por qué no te vienes a un evento conmigo? ¡Sería genial cantar juntos!

Muevo la cabeza ligeramente, distraída por la invitación. Me ve, esperando mi respuesta. No es la primera vez que Tiago me invita a algo, pero siempre hay algo que me retiene.

— Es momento de dejar las calles, ¿no crees? —insiste, acercándose más, su tono algo serio ahora.

Me muerdo el labio y bajo la mirada. Pienso en todo lo que las calles me han dado, en cómo las conozco más que a nadie. No es fácil salir de aquí, dejar todo lo que siempre ha sido mío.

— No lo sé... Las calles es lo único que conozco —le contesto, mi voz temblorosa al final, porque, a pesar de todo, hay una parte de mí que no quiere cambiar.

Tiago se acerca y me mira con esa mezcla de preocupación y cariño que siempre me ofrece. Sabes que lo digo en serio, que no es solo una respuesta por salir del paso. Pero también sabes que es difícil decir adiós a lo único que he conocido.

Tiago parece leer mi duda en mi rostro, pero no se aparta. En lugar de insistir, da un paso hacia mí y me coloca una mano sobre el hombro, con una suavidad inesperada, como si estuviera tratando de darme seguridad.

— Yo estaré allí —me dice, y en su mirada hay algo firme, algo que me hace creer que no está bromeando—. Vamos, será divertido, Josephine. Te lo prometo. Eres mi mejor amiga.

Pongo los ojos en blanco:

—Sé que le dices eso a todos—me burlo.

—Eres la mejor de los mejores amigos.

Lo miro fijamente por unos segundos, buscando la respuesta correcta. Hay algo en su voz, en su presencia, que me da fuerzas para romper con lo que conozco. Las calles, mi refugio, siempre estarán ahí, pero esto... esto podría ser algo diferente, algo nuevo.

— Está bien —respondo finalmente, sintiendo cómo el peso de la decisión comienza a aligerarse en mi pecho—. Hoy en la noche, ¿verdad?

Tiago sonríe como si hubiese ganado una pequeña batalla. No es necesario decir más, la emoción se siente en el aire.

— ¡Mañana en la noche! —responde, su cara iluminada con la alegría que solo él sabe transmitir—. ¡Te va a encantar! Estoy seguro. La gente tiene que escucharte.

—¿Qué debo usar? —abro mis brazos para admirar mi outfit, uso solamente unos pantalones cortos de mezclilla y una camisa de tirantes.

—Cero mezclilla, chica. Puedes usar lo más serio que tengas, pero al final lo que importará es entretener a un monton de gente con dinero.

Asiento con una sonrisa pequeña, casi tímida, pero al mismo tiempo emocionada. Algo dentro de mí se mueve, algo que nunca había sentido antes. Mañana podría ser el primer paso hacia algo distinto, algo mejor. O tal vez, solo podría ser una noche divertida. De cualquier manera, he decidido seguir adelante.

Tiago se aleja cantando mientras yo, por un momento, me quedo mirando el atardecer, preguntándome qué me espera mañana.

...

El sol de la tarde entra por la pequeña ventana de la barcaza, filtrándose a través de las cortinas y haciendo que la habitación se llene de una luz suave. El ambiente está quieto, como si el mundo se hubiera detenido por un momento, y todo lo que puedo escuchar es el suave murmullo del agua. Pero no es solo eso lo que me mantiene alerta. La sensación de ser observada sigue ahí, en cada rincón, en cada sombra.

Hoy haré algo diferente.

Me levanto de la cama y me acerco a la pequeña pila de ropa. Entre las cosas que tengo guardadas, mi mirada se detiene en un vestido negro que compré hace meses. Lo encontré en una tienda de segunda mano, algo que había guardado para mi cumpleaños, pero nunca tuve el valor de ponérmelo. La tela es ligera, con un brillo sutil, un diseño sencillo pero elegante. Es perfecto para la ocasión, aunque un sentimiento incómodo crece dentro de mí al pensarlo. Es el tipo de vestido que siempre quise usar, pero nunca me atreví.

Lo sostengo entre mis manos, el material frío contra mis dedos. No sé por qué siento esa presión en el pecho, como si algo estuviera a punto de ocurrir. Algo fuera de lugar, alguien, en las sombras, observando cada uno de mis movimientos. Pero no me asusta, nunca lo hace. Es solo una sensación, esa presencia, algo que ya he aprendido a ignorar. Solo no sé quién está detrás de ella, ni por qué.

Me quito la ropa y me pongo el vestido. La tela se ajusta a mi cuerpo con una suavidad que me hace sentir más... femenina, más en control. Lo miro en el espejo, el contraste del negro profundo contra mi piel. Es perfecto. Aún así, el malestar persiste. Me dejo llevar por la rutina, tomando un par de tacones negros que compré en otro momento y que nunca he usado. La altura de los tacones me hace sentir más segura, aunque, al mismo tiempo, la sensación de ser observada crece.

—Puedes hacerlo, Jo. —me animo a mí misma.

Dejo que mi voz fluya mientras me coloco el maquillaje, haciendo la primera canción en mi mente, la que siempre me ayuda

a calmar los nervios, la que me lleva a un lugar donde todo tiene sentido. Es suave al principio, una melodía lenta, pero algo me hace acelerar el ritmo. La segunda canción brota casi sin querer, como un impulso, algo que no puedo evitar. Cierro los ojos mientras mi voz llena la habitación, deshaciendo el nudo en mi estómago.

El sonido de la canción se interrumpe de repente. Un ruido fuera de lugar, como un golpe suave contra la madera. Al principio lo ignoro, pero la sensación de que alguien está observando se intensifica. Mi corazón late más rápido. ¿Es él? ¿El hombre que siempre siento cerca, que nunca se deja ver?

Sacudo la cabeza. No es el momento para preocuparme por eso.

Termino de vestirme y me dirijo hacia la puerta. La calle está tranquila cuando salgo, el aire frío de la noche golpea mi rostro. El evento está cerca, un restaurante lujoso donde Tiago me dijo que cantaría, donde todo será diferente, aunque no puedo evitar sentir que el aire se vuelve más denso, como si algo estuviera por suceder.

En el restaurante, el ambiente es cálido y lleno de luces doradas. El ruido de las conversaciones, el tintinear de copas de vino y el suave murmullo de los camareros que se mueven entre las mesas me envuelven. Es un mundo completamente distinto al que conozco, lleno de lujo y sofisticación. Tiago me encuentra rápidamente entre la multitud, su sonrisa amplia y sus ojos brillando con emoción.

— ¡Josephine! —me saluda con entusiasmo y me abraza—. Este es el lugar, ¿te gusta? —su voz llena de energía, pero yo solo puedo pensar en esa sensación persistente.

Su abrazo me ha tomado por sorpresa y siento que cometí un error al dejar que me tocara demasiado, aunque es mi amigo, mi posible acosador no lo sabe.

—Es genial—en realidad lo es.

—Espera las propinas y el cheque al final, he pedido uno para ti.

Genial.

El susurro de mis pasos en el suelo de mármol resuena mientras seguimos hacia el escenario. Siento una mirada en mi

espalda, algo que no se desvanece. Pero al mirar hacia atrás, no veo nada, solo las sombras y las luces brillando.

Es mi turno de cantar. Subo al escenario, el micrófono en mi mano, y la primera nota fluye de mis labios, clara y limpia. La segunda sigue, con más fuerza, más confianza, pero mi mente sigue distraída por la presencia que siento en el aire. Algo me vigila, algo está más cerca de lo que pienso.

He oído todo (hmm)
Todo lo que sientes (hmm)
Me lo has dado
Lo sé (hmm)
Hasta que te lleve a tu agujero de seis pies, amor
Hasta que los espejos se rompan, no puedo hacerte completo, amor
Cuando estás aquí, ¿cómo olvido?
¿Por qué no me dejaste ir con los demás?
Estoy justo donde me quieres
Lo último que recuerdas, recuerdas, recuerdas
Es la mentira que me dijiste
Pero yo solo recuerdo, recuerdo, recuerdo
La belleza en ti
(oh, oh oh, oh oh)
(oh, oh oh, oh oh ohh)
(Hmm sí)
Ahora estoy aquí, esperando
Que veas que nunca me iré
(Ooh oh)
(oh, oh oh ohh)
Lo sé

El baño del restaurante es un contraste absoluto con el mundo de luces cálidas y risas amortiguadas del exterior. Aquí dentro, el mármol es frío, las luces son más tenues, y el aire tiene un peso diferente. El agua gotea de algún grifo mal cerrado, el sonido reverbera en las paredes de azulejos impolutos. Estoy sola, o eso creo.

Pensé que me daría un ataque de pánico al ver las miradas de los hombres sobre mí esta noche mientras cantaba. Pero el escenario era lo suficiente alto y me sentí inalcanzable, así que no tuve un ataque de pánico por muy estúpido que parezca.

Me inclino frente al espejo, mis manos apoyadas en el lavabo mientras trato de controlar mi respiración. Aún siento la adrenalina de la presentación, la forma en que mi voz llenó la sala, cómo los ojos del público se fijaron en mí. Pero hay algo más debajo de esa euforia. Algo oscuro, algo que me pone en alerta.

Un crujido detrás de mí.

No es la puerta principal del baño abriéndose. Es algo más. Algo más cerca.

Levanto la cabeza, mis ojos encuentran los míos en el espejo, pero hay una sombra más en la esquina. Algo alto. Algo inmóvil.

Me giro en un instante, mi corazón golpeando contra mis costillas, pero no hay tiempo para reaccionar. Eso alto e inmovil viene hacia mí.

Una mano enguantada me empuja con fuerza contra la pared. No es un golpe violento, no es un ataque, pero me deja sin aire por la sorpresa. El frío del azulejo se filtra a través de la tela fina de mi vestido. Un aliento cálido roza mi cuello, y el olor a cuero y algo metálico inunda mis sentidos.

Lo veo entonces.

Máscara de calavera. Y dos agujeros negros, más negros que la noche.

El hombre está frente a mí, su rostro cubierto por la aterradora silueta de hueso esculpido. La luz tenue resbala sobre la máscara, acentuando sus sombras, dándole una apariencia casi demoníaca. Pero no es la máscara lo que me deja sin aliento. Es su proximidad. Es la forma en que me tiene atrapada, la forma en que su respiración se desliza sobre mi piel.

No me muevo.

No tengo miedo.

Es él. Mi acosador, quien me vigila todas las noches, quien cuida de mí.

Oh, Dios esto no es bueno. ¿Y si es parte de mi imaginación? Un trauma del pasado.

Hay algo más profundo en mi pecho, algo desconocido, algo que arde lento y se expande en mi estómago como un veneno dulce.

Me huele.

Inclina la cabeza, su máscara rozando mi sien, y aspira profundamente como si estuviera grabando mi aroma en su memoria. Su cercanía es sofocante, su presencia consume cada partícula de aire entre nosotros.

Y entonces, suelta una sola palabra:

— No.

Su voz es baja, gutural, una vibración más que un sonido.

Parpadeo.

— ¿No? —pregunto en un susurro, mi propia voz apenas un eco en el espacio cerrado.

Sus dedos rozan mi mandíbula, un toque que no debería sentirse tan eléctrico, tan íntimo.

— No —repite, su tono más firme, más oscuro.

Mis labios se separan, mi mente tratando de darle sentido a su única palabra.

— ¿No qué? —insisto, mi voz sin titubeos.

El silencio se estira por un latido eterno. Entonces, su respuesta llega, ronca, definitiva:

— Otros hombres. No.

La comprensión se estrella contra mi pecho como una ola helada.

Quiere decir Tiago. ¿Cree que Tiago es mi novio?

Quiere decir la forma en que me vio junto a él.

Siento la necesidad irracional de explicar, aunque sé que no debería.

— Es mi amigo —murmuro—. Y es gay.

Él gruñe. Bajo, amenazante, como un lobo a punto de morder.

Y luego, una sola palabra escapa de sus labios con un peso que se hunde en mi piel, en mis huesos, en cada fibra de mi ser.

— Mía.

No tengo tiempo de responder, ni de procesarlo, porque en el instante siguiente se ha ido.

El aire se siente más frío sin su presencia.

Mi corazón martillea dentro de mi pecho, no por miedo, sino por algo más oscuro.

Algo que no quiero nombrar.

Capítulo 10



“El Fantasma”

JOSEPHINE

Esta mañana se siente diferente. Ojalá hubiera dormido.

El sol apenas comienza a filtrarse por el agua, reflejando su luz en pequeños destellos dorados. Me abrazo las rodillas mientras dejo que el frío de la mañana me despierte por completo. No he dormido bien. Tal vez porque, incluso después de haber llegado a casa anoche, aún sentía la sombra siguiéndome.

No con miedo. No con amenaza. Solo siguiéndome. Protegiéndome.

Me había despedido de Tiago tras nuestra última canción, con la ovación del público aún vibrando en mis oídos. Fue un buen espectáculo, aunque mi mente estuvo en otra parte. Mientras

caminaba por las calles desiertas, con los tacones resonando en la piedra mojada, sentí la presencia. No necesitaba voltear para saber que él estaba allí. El hombre de la máscara de calavera.

No intentó acercarse, no trató de hablarme. Solo se mantuvo a la distancia, lo suficiente para que supiera que estaba ahí. Observándome. Y por alguna razón que no comprendo, no sentí miedo. Pero se dejó ver, dejó que lo mirara, con sus pantalones, botas y capucha negra ocultando su rostro en la oscuridad. Nadie más estaba en la calle, solo eramos él y yo.

Ahora, de día, el mundo parece otro, menos inquietante, más mundano. La gente pasa con prisa, la vida continúa, pero yo… yo sigo atrapada en el recuerdo de la noche anterior. De su presencia. De su voz.

Mía.

He llegado a mi lugar de trabajo, mi pequeño rincón de la realidad. Sacudo la cabeza y me obligo a concentrarme en lo único que conozco: la música. Canto, dejando que mi voz se mezcle con el ruido de la ciudad. No busco dinero, no busco atención. Solo busco perderme, alejarme de los pensamientos que me consumen. Alguien tira un periódico al suelo. No le doy importancia hasta que noto que hay algo más. Está doblado cuidadosamente, como si alguien lo hubiera dejado para mí a propósito.

Frunzo el ceño mientras lo recojo y lo despliego. Y entonces, lo veo.

"Degollado. El Fantasma vuelve a aparecer".

El titular resalta en letras gruesas y oscuras. El artículo menciona a un pedófilo buscado, alguien que había eludido la justicia por años, encontrado muerto en un callejón con la garganta cortada de lado a lado. No hay testigos. No hay pistas. Solo la sensación de que el asesino estuvo allí, un susurro en la sombra, como siempre.

El Fantasma.

Así es como lo llaman. Un espectro que se encarga de hacer justicia con su propia mano de manera sangrienta. Nadie lo ha visto. Solo lo han sentido. *Como yo… a él.*

Mi corazón se acelera. Será este el mismo hombre que…

No. Imposible.

No perdería el tiempo cuidándome. Mejor que se encargue de atrapar a estos malditos.

Pero entonces lo veo.

Al principio, es solo una silueta entre la multitud. Alto, elegante, con un traje perfectamente entallado. Se apoya contra un poste de luz, con la mirada fija en mí.

No es el hombre de la máscara. Es el otro. El que aparece sin previo aviso. El que siempre está cerca, pero nunca lo suficiente.

El que me llamó Lirio de tigre.

No hay amenaza en su postura, no como el otro, no como el fantasma que me arrinconó en el baño. Pero hay algo peor. Algo que me retuerce el estómago y me hace querer apartar la mirada. Su rostro es inescrutable, hermoso, pero sus ojos… sus ojos contienen algo que me hiela la sangre. Algo que me hace sentir pequeña. Vulnerable.

Hay algo en su mirada que me resulta familiar. Algo que me hace querer llorar sin razón aparente. Y lo peor de todo es que, de los dos hombre misteriosos en mi vida, sé que a él es al que debería temer más. Porque mientras el hombre de la máscara se esconde en las sombras, este… este no necesita esconderse.

Él ya está dentro de mí, aunque no sé cómo ni por qué.

—Me gustó esa última canción —me dice con voz ronca.

Mi cuerpo se tensa. La voz proviene de mi lado, tan cerca que siento su calor. No lo escuché acercarse. No lo sentí. Y eso me aterra más que cualquier sombra en la noche. Trago saliva y giro la cabeza lentamente. Ahí está. De cerca, su presencia es aún más imponente. Alto, con el traje impecable, la sombra de una barba incipiente y esos ojos... fríos, inquisitivos, como si pudieran atravesarme.

—Gracias —respondo, mi voz apenas un susurro.

Él ladea la cabeza con una leve sonrisa, pero hay algo depredador en ese gesto, algo que me eriza la piel.

—No suenas convencida —murmura.

Cruzo los brazos, en un intento de parecer menos vulnerable. No quiero que vea lo que está haciendo conmigo, cómo su sola

presencia trastorna mis sentidos. Comienzo a guardar mis cosas y me coloco la guitarra en la espalda.

Me siento atraida por este hombre, y eso nunca me había pasado antes, pensaba que odiaba a los hombres, conocí a Yuri y a Tiago, entonces se convirtió en que odiaba a los hombres de mi pasado, a todos y cada uno de ellos que me hicieron daño durante meses.

La ciudad sigue su ritmo indiferente, pero dentro de mí hay algo que se acelera, algo que me hace sentir como si estuviera caminando sobre un alambre. Mis pasos, aunque firmes, son inseguros, sabiendo que hay algo al acecho. Él sigue cerca, demasiado cerca, como una sombra que no puedo deshacerme.

—¿Acaso te estoy molestando? —de nuevo, su voz.

—No suelo recibir halagos de extraños que se vean como usted —digo, intentando que mi voz suene ligera, aunque la tensión en mi cuerpo me delata.

Su risa, baja y suave, llega antes que sus palabras.

—¿Extraños? —repite con lentitud, saboreando cada sílaba, como si disfrutara la incredulidad en mi voz—. ¿Eso soy para ti? Es la segunda vez que hablamos.

Mi piel se eriza al escuchar la forma en que dice "segunda vez". No sé por qué, pero siento que hay más detrás de esas palabras, algo que no está dicho. Algo que no entiendo, pero que me arrastra hacia él de una forma extraña. La primera vez me defendió, se puso en peligro por mí. Algo que no estoy acostumbrada que alguien haga por mí y menos de hombres que se vean como él.

—¿Ahora somos amigos? —pregunto sin pensar, antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Mi voz es más desafiante de lo que quería, como si estuviera tentando algo. Como si estuviera probando los límites.

Yo sigo caminando y él marca mi paso a mi lado.

Él sonríe, y esa sonrisa me paraliza. No es una sonrisa amable, no es la sonrisa de alguien que solo quiere conversar. Es la sonrisa de alguien que guarda secretos, que sabe lo que otros no. Y,

sin embargo, hay algo en ella, algo en la forma en que me observa, que me provoca.

—No quiero ser tu amigo, Josephine —dice con suavidad, pero la firmeza en su voz me corta la respiración—. Pero si tengo que serlo para que me hables, lo seré.

Mi nombre en su boca. Es casi un susurro, pero resuena en mi mente con la fuerza de un trueno. Me golpea en el pecho, haciendo que mi corazón dé un salto. No debería afectarme tanto. No debería. Pero lo hace. Y ni siquiera sé quién es o su nombre. Tampoco quiero saberlo, porque entonces tendrá un nombre real, uno real para un rostro real.

Mis labios se humedecen involuntariamente, y siento cómo el aire se vuelve más espeso, más denso entre nosotros. ¿Por qué su cercanía me hace sentir tan... expuesta? Como si pudiera despojarme de todo con solo mirarme. Como si pudiera ver dentro de mí, como si pudiera ver todo lo que he estado tratando de ocultar.

Me detengo un instante, y en ese segundo, todo mi cuerpo se tensa. No sé si lo noto primero o si es él quien lo hace. Algo se ha vuelto más palpable, más presente entre nosotros. No es solo la atracción. Es algo más, algo oscuro y peligroso, como si ambos supiéramos que estamos jugando un juego que ninguno de los dos quiere perder. Nadie más parece notar su presencia. Nadie más parece darse cuenta de cómo su figura parece desvanecerse en la multitud, como si fuera parte de la sombra, como si fuera algo más que humano. Pero yo lo siento. Lo siento en cada fibra de mi ser.

—¿Por qué estás siguiéndome? —pregunto, y mi voz, aunque cargada de desafío, es suave, como si no quisiera realmente alejarlo. Como si, en algún rincón de mi mente, estuviera esperando que me respondiera.

Él sonríe, y en esa sonrisa hay una promesa, una amenaza velada, que me hace desear escucharla, desear saber lo que realmente significa.

—Porque, Josephine, aún no me has dado una razón para dejar de hacerlo.

Como si el tiempo se hubiera detenido, dejando todo suspendido, y yo atrapada en este extraño juego. No puedo negar la tensión que se ha quedado en el aire, en mi cuerpo, como si su presencia hubiera marcado algo dentro de mí. Algo que no quiero admitir. Algo que me hace preguntarme por qué, incluso después de lo que acaba de pasar, no quiero que se aleje. No puedo entenderlo, pero lo siento. Es una atracción que no puedo rechazar, una corriente invisible que me arrastra hacia él.

Empiezo a caminar de nuevo, pero mis pasos son más lentos ahora, más cautelosos. ¿Por qué me siento como si estuviera siendo observada? Mi mente da vueltas, se enreda en pensamientos que no logro ordenar. Y entonces, como si la realidad hubiera escuchado mis dudas, escucho un ruido, un paso detrás de mí. Algo tan suave, tan imperceptible, que podría haber sido mi propia imaginación. Pero no lo es.

La voz, cálida y peligrosa, rompe el silencio entre nosotros de nuevo, como un susurro que se cuela en mi mente.

—¿Te has arrepentido ya? —pregunta, y aunque no hay malicia en sus palabras, hay algo ahí que me retuerce el estómago. Algo en su tono que hace que la piel de mi nuca se erice.

Mis piernas parecen moverse por su cuenta, y aunque quisiera caminar más rápido, mis pasos siguen siendo lentos, vacilantes, como si mi cuerpo estuviera esperando una señal, una razón para actuar.

—¿De qué? —respondo sin pensarlo, mi voz ahora menos desafiante y más... vulnerable de lo que me gustaría. Pero no puedo evitarlo. Todo en él me desarma, y no sé cómo manejarlo.

Su risa es baja, casi divertida, pero también tiene una carga tan pesada que me hace sentir que está diciendo mucho más de lo que las palabras permiten. Como si supiera lo que hay detrás de mi pregunta, como si conociera mis miedos antes de que yo los reconozca.

—De lo que dijiste antes —responde con esa calma inquietante que parece ser su naturaleza—. De pensar que podría ser solo un "extraño" para ti.

Mis manos se cierran alrededor de la mochila con más fuerza de la que esperaba. Mis dedos comienzan a temblar ligeramente, pero, por alguna razón, eso me hace enfurecer más conmigo misma. ¿Por qué estoy tan afectada por su cercanía? ¿Por qué su mirada me atraviesa como si nada más existiera? Me detengo finalmente. No puedo seguir caminando como si nada hubiera pasado. Necesito enfrentar esto. Necesito algo de claridad. Me vuelvo hacia él, y allí está, a tan solo unos pasos de distancia, tan cerca que podría alcanzarme en un solo movimiento. Su presencia es opresiva, pero no puedo apartar la mirada.

—No soy buena para juegos, —digo, y aunque intento sonar segura, puedo escuchar la duda en mi voz. Estoy mintiendo, lo sé. Estoy jugando un juego aún más peligroso.

Él se inclina ligeramente hacia adelante, como si sus palabras fueran lo único que pudiera captar mi atención.

—No me hables de juegos, Josephine. Esto es mucho más que eso.

Mi respiración se corta al instante. La tensión entre nosotros es tan espesa que se puede cortar con un cuchillo. El silencio es pesado, cargado de algo que no sé si quiero entender, pero que siento profundamente. La atracción. La tensión. El peligro. Todo mezclado, todo latiendo en el mismo espacio. Y sin embargo, lo peor de todo es que no quiero que se aleje. No quiero que se detenga. No quiero que termine.

Estoy loca, es un hecho.

El aire se vuelve aún más espeso mientras quedamos ahí, parados en medio de la calle, rodeados por la neblina que parece tragarse cada sonido, cada pensamiento. A pesar de la tensión, algo en mí se relaja un poco, como si, al menos por un momento, fuera capaz de olvidarme de todo lo que me asusta y me incomoda.

Su mirada no se aparta de la mía. Es como si esperara algo, como si me estuviera midiendo, esperando que dijera algo más. Finalmente, es él quien rompe el silencio.

—¿Tienes hambre? —pregunta de nuevo, su voz baja y casi suave, como si estuviera probando el terreno, como si de alguna forma, la respuesta fuera importante.

Yo me detengo un momento antes de responder, buscando en mis pensamientos, en mis emociones. Y, aunque mi estómago gruñe con hambre, el hecho de que él me esté ofreciendo algo más allá de lo que parece una simple comida me hace vacilar.

—¿Te han vuelto a molestar esos hombres? Los que... casi te lastiman. —Su tono se suaviza al final de la pregunta, como si no quisiera hacerme recordar lo que pasó, pero lo hace de todos modos. Lo hace porque sabe que esa herida aún está abierta.

Niego con la cabeza rápidamente. No quiero volver a pensar en ellos, ni en lo que hicieron, ni en el miedo que todavía siento. No lo quiero, no ahora.

—No. —Mi respuesta es tajante, aunque lo sé: no me han molestado más. Pero tampoco ha sido fácil. Ni lo será.

Él observa en silencio, su rostro sigue tan impasible como siempre, pero sus ojos, esos ojos oscuros y profundos, se suavizan un poco.

—Fue peligroso lo que hizo—le digo.

—No lo fue —responde rápidamente, casi como si me defendiera—. Iban a lastimarte si no hacía algo.

Se queda en silencio por un momento, observándome, y aunque sus ojos parecen calculadores, no hay juicio en su mirada, solo una calma peligrosa.

—Aún así, no me conoce —digo, más para mí misma que para él. Como si necesitara recordármelo.

—No necesito hacerlo para saber lo que es correcto y lo que no. —Su voz tiene una firmeza que, de alguna manera, me hace sentir un poco más tranquila, como si realmente supiera lo que está haciendo, como si realmente hubiera tomado una decisión.

Y, de repente, la pregunta llega de nuevo, como si nada de lo anterior hubiera ocurrido, como si estuviéramos empezando de nuevo.

—¿Tienes hambre? —Esta vez, su tono tiene algo más, algo que me hace pensar que está ofreciendo algo más que comida. Está ofreciéndome algo que no puedo identificar, algo que no estoy segura de querer aceptar.

—Mi auto está por allá. Puedo llevarte a casa después de alimentarte. —Él da un paso hacia mí, más cerca, y por un momento, siento el peso de su oferta, de lo que está insinuando, incluso si no lo dice con palabras.

—No debería —murmuro, aunque sé que mi respuesta no tiene mucho peso. Es más un reflejo, una respuesta instintiva, pero algo dentro de mí sigue empujándome a negarlo, a mantener la distancia.

—¿Por qué? ¿Porque somos extraños? —su voz se suaviza aún más, y esta vez, no puedo evitarlo: sonrío, aunque es una sonrisa breve, nerviosa. No puedo evitarlo.

—Ni siquiera sé su nombre —digo, sintiéndome casi tonta por la forma en que esas palabras salen de mi boca, como si fuera la primera vez que realmente lo pienso.

Su expresión cambia. Esa sonrisa que antes parecía oculta, ahora surge en sus labios con una calma peligrosa, como si él supiera exactamente lo que está haciendo, lo que está buscando.

Entonces, sin más, extiende la mano hacia mí. La ofrece sin vacilar, sin temor.

—Soy Theron Sterling. —Dice su nombre con una seguridad que me hace sentir que es imposible no recordarlo, como si tuviera la intención de marcarlo en mi mente para siempre. —Ocupación: neurocirujano. ¿Necesitas mi fecha de nacimiento también?

Me rio y tomo su mano por un segundo, moviéndola como dos personas que acaban de conocerse, pero la realidad es que, hay chispas alrededor, algo energecito, algo sobrenatural porque es imposible que él no sienta la misma carga electrica que siento yo ahora mismo.

Deja de tocarme y saca una tarjeta negra, delgada y elegante, de su bolsillo. La sostiene frente a mí con cuidado, casi con reverencia. Sin saber por qué, la acepto, sintiendo el peso de la tarjeta en mis manos. Cuando la miro, mis ojos se quedan atrapados en ella. El dorado brillante de su nombre en la superficie me deja sin aliento, y por un segundo, todo lo demás desaparece.

Theron Sterling.

Es una tarjeta que brilla en la oscuridad, como un faro. Y, de alguna manera, sé que eso significa mucho más que una simple tarjeta de presentación. Es una tarjeta directa al infierno, una puerta hacia algo que nunca he conocido.

—¿Por qué insistes, Theron? —pregunto, aunque no lo sé, aunque en el fondo, estoy empezando a entenderlo.

Él sonríe, esta vez, con una ligera tristeza en los ojos, como si estuviera a punto de compartir algo que no espera que entienda.

—De acuerdo, me atrapaste —dice, y su tono cambia, se suaviza, se hace más vulnerable de lo que había esperado—. La verdad es que... compré una guitarra. Mi hermana... desapareció. Le gustaba tocar, y me prometió que me enseñaría. Quiero darle una sorpresa cuando aparezca...

Mi corazón da un salto, y antes de que pueda detenerme, una sensación de tristeza me golpea. La presión detrás de mis ojos se hace presente, y por un momento, siento las lágrimas amenazando con caer. No sé por qué, pero me dan ganas de llorar. De verdad lo siento. Por él. Por su hermana. Por todo lo que no sé.

Por todo lo que viví y espero que su hermana no esté viviendo. Yo también tenía un hermano, una familia. Pero a diferencia de Theron y yo, estoy sola, nadie me buscó ni me está buscando.

Y no me doy cuenta de que lo estoy haciendo hasta que siento la suave presión de su mano en mi mejilla, como si quisiera protegerme de algo, como si su toque tuviera la capacidad de calmar mi tormenta interna.

Estoy llorando.

—Por favor, no llores, *Lirio de tigre* —su voz es baja, suave, con una ternura inesperada.

—Lo siento. —Mis palabras salen entrecortadas, casi inaudibles. —Lo siento mucho por tu hermana.

Él asiente, sin decir nada más. Hay algo en sus ojos que me hace sentir que lo sabe, que lo entiende. Un entendimiento silencioso, profundo.

—Lo sé. —Su respuesta es breve, pero cargada de una tristeza que no necesita ser explicada.

Entonces, como si todo lo demás fuera irrelevante, su mirada se endurece nuevamente, pero hay una suavidad en su gesto.

—Entonces, ¿me acompañas? Comida, y luego te llevo a casa. —Su oferta es directa, como si estuviera dando por hecho que lo aceptaría, aunque en el fondo, también sé que está esperando mi respuesta.

Lo miro, y por primera vez en toda la conversación, no siento miedo. Solo la extraña sensación de que algo está comenzando, algo que no sé cómo manejar, pero que no puedo detener.

—Está bien —respondo finalmente, casi sin pensarlo, casi como si fuera lo único que podía hacer.

El silencio entre nosotros se alarga por un segundo más de lo necesario. Lo suficiente para que la electricidad en el aire se haga tangible, para que mi piel se erice ante la intensidad de su mirada. Theron no aparta la mano de mi mejilla de inmediato, y cuando lo hace, lo hace con lentitud, como si estuviera memorizando la sensación.

Yo parpadeo, sacudiéndome la extraña calidez que su toque dejó atrás. No debería sentirme así. No debería confiar en él. Pero hay algo en la forma en que me observa, en la forma en que su voz envuelve mis pensamientos, que me hace bajar la guardia. Él se gira con la misma seguridad con la que ha hecho todo hasta ahora y comienza a caminar. Y yo lo sigo.

No sé en qué momento decidí hacerlo. No sé en qué momento mi miedo quedó eclipsado por otra cosa: curiosidad, atracción, quizás algo más oscuro.

—¿Siempre eres así? —pregunto, intentando que mi tono sea ligero mientras camino junto a él.

—¿Así cómo? —responde sin mirarme, pero noto la sombra de una sonrisa en su expresión.

—Tan... insistente.

Se detiene por un breve instante y, entonces, vuelve a caminar.

—Cuando quiero algo, sí.

Esa respuesta me deja sin palabras, porque sé que no está hablando solo de la cena.

Su auto está estacionado en una calle más apartada. No es un coche común, por supuesto. Es negro, brillante, elegante y demasiado costoso para alguien de mi mundo. No pertenezco a este tipo de escenarios. No pertenezco a hombres como él.

Theron camina hasta el lado del pasajero y abre la puerta, esperándome. No dice nada, solo se queda ahí, observándome con esa intensidad que me hace sentir que me está desnudando con la mirada, como si pudiera ver más de lo que quiero mostrar.

Trago saliva y entro al auto. El cuero es suave bajo mis manos, el aroma a madera y algo especiado me envuelve. Huele a él.

Theron cierra la puerta con suavidad y rodea el auto para entrar al asiento del conductor. Su presencia en un espacio tan reducido se siente demasiado abrumadora. Es como si el aire cambiara, como si todo lo demás se volviera insignificante.

—¿Alguna preferencia? —pregunta mientras enciende el motor, su voz baja, controlada.

—¿Sobre qué?

—La comida.

Tardo un segundo en responder, porque no esperaba que de verdad me dejara decidir.

—Nada en particular.

Él asiente, sin apartar la vista del camino.

—Entonces, confiaré en mi elección.

No sé por qué, pero la forma en que lo dice me hace sentir que esa frase tiene un significado más profundo.

La ciudad se desliza a nuestro alrededor mientras avanzamos por las calles iluminadas. Theron conduce con la misma precisión con la que habla, con la que se mueve. Como si todo en él estuviera calculado. Como si nada fuera accidental.

—¿Cómo aprendiste a tocar la guitarra? —pregunto, más para distraerme del hecho de que estoy aquí, en su auto, yendo a cenar con un hombre que debería asustarme más de lo que lo hace.

Él tarda un segundo en responder.

—No lo hice. Mi hermana intentó enseñarme, pero nunca fui bueno con las cuerdas. —Hace una pausa y suelta un ligero suspiro

—. Pero ella sí lo era. Tocaba como si la música le perteneciera.

Me muerdo el labio. Hay algo en su voz que me hace querer tocarlo, ofrecerle consuelo de alguna manera.

—Cuando regrese —digo, suavemente—, tal vez puedas pedirle que lo intente de nuevo.

Theron no responde de inmediato. Cuando lo hace, su voz es apenas un susurro.

—Cuando regrese…

No sé si lo dice con esperanza o con resignación.

El auto se detiene frente a un restaurante que luce demasiado sofisticado para alguien como yo. Theron apaga el motor y se gira hacia mí.

—Vamos.

Dudo por un segundo, pero luego asiento.

Y al salir del auto, sé que esto es solo el principio.

Capítulo 11



Algo me observa…y me gusta.

JOSEPHINE

Theron rodea el auto y abre la puerta del pasajero antes de que siquiera pueda pensar en hacerlo por mi cuenta. Me mira, inclina apenas la cabeza en un gesto que no puedo descifrar del todo, pero que me hace sentir… expectante.

Me bajo con cautela, sintiéndome fuera de lugar en este restaurante que parece sacado de una película donde la gente viste de diseñador y pide vino sin mirar la carta. No es mi mundo, pero Theron camina con tanta naturalidad que parece que todo a su alrededor gira en torno a él.

—No me vas a decir que no perteneces aquí, ¿cierto? —pregunta con esa sonrisa apenas insinuada, como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

—No lo diré, pero lo pensaré —murmuro, cruzando los brazos mientras él le da una inclinación de cabeza al maître, que de inmediato nos recibe con una reverencia.

Nos conducen a una mesa apartada, en un rincón con vista a la ciudad iluminada. Es hermoso, íntimo. Demasiado íntimo.

Me siento con cuidado, notando que Theron espera hasta que lo haga para tomar su lugar frente a mí. Se reclina en la silla con la misma confianza de siempre, observándome con una intensidad que me hace querer moverme inquieta.

—No te ves como alguien que se incomoda fácilmente —comenta, con los dedos entrelazados sobre la mesa.

—No suelo hacerlo.

—Pero yo lo provoco.

No es una pregunta. Es una afirmación. Una peligrosa.

Me humedezco los labios y bajo la mirada a la carta, intentando ignorar la forma en que sus palabras hacen que mi piel se estremezca. No sé qué responderle sin darle la ventaja, sin hacerle ver que tiene razón.

—Te vi sonreír antes —dice de repente—. Cuando mencioné lo de los extraños.

Alzo la vista, encontrándome con la suya.

—¿Y?

—Que quiero verla de nuevo.

No sé por qué me lo dice, pero su tono es bajo, íntimo. Como si estuviera pidiéndome algo mucho más que una simple sonrisa.

—Eso suena peligroso —murmuro, sin pensar.

—Lo peligroso es que me guste verte sonreír.

Mi pecho se aprieta. No sé si es por el peso de sus palabras o por la forma en que me las dice, con esa seguridad arrogante que me hace sentir que todo lo que dice es cierto.

El mesero interrumpe el momento y Theron ordena por los dos, sin siquiera preguntarme. Y lo más inquietante es que acierta.

—¿Cómo supiste que me gustaría eso?

—Tengo buen ojo.

—O buen instinto.

Él sonríe, pero esta vez no hay nada peligroso en su expresión. Es… sincera.

—Tal vez sea eso.

La conversación fluye más fácil de lo que esperaba. Me hace reír más de una vez, y eso me desconcierta. Theron es intenso, peligroso, pero también tiene una ligereza en sus palabras que me envuelve. No sé si lo hace a propósito o si simplemente es así, pero me descubro disfrutando de la cena de una manera que no imaginé.

Cuando terminamos, él paga sin dudar. Le doy un vistazo a la cuenta y casi me atraganto con mi propia saliva. Podría vivir tres meses con lo que acaba de gastar en una comida.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo? —repite, con diversión.

—Tan… excesivo.

Theron se levanta, rodea la mesa y se inclina hacia mí, apoyando una mano en el respaldo de mi silla. Su proximidad hace que mi pulso se acelere.

—Soy lo que necesito ser —murmura, con voz aterciopelada —. Y si quiero algo, me aseguro de obtenerlo.

Me quedo sin aire por un instante. No sé si está hablando de su dinero, de su forma de actuar o… de mí.

No tengo oportunidad de preguntar. Me ofrece su mano para levantarme y, por alguna razón, la tomo.

El trayecto en el auto es tranquilo, pero la tensión entre nosotros es más palpable que antes. Él se apoya en el volante con una mano, con la otra descansa sobre su muslo, moviendo los dedos con un ritmo lento, distraído. Me encuentro mirándolos demasiado tiempo. Son largos, elegantes, y no puedo evitar imaginar cómo se verían en mi piel.

Sacudo la cabeza y desvío la mirada a la ventana. No puedo pensar en eso.

Cuando finalmente llegamos, Theron frena suavemente, pero no apaga el motor de inmediato.

—¿Aquí es?

—Sí.

No me sorprende cuando su expresión no cambia. No hay juicio, ni sorpresa, ni rastro de burla en su rostro. Solo la misma calma inquebrantable de siempre.

—Vives en el paraíso, Josephine. Me gusta.

No esperaba esa respuesta.

—¿Te gusta?

Asiente, mirando la barcaza con una expresión que no logro descifrar.

—Es… libre. Personal. Tiene carácter.

Me sorprendo al darme cuenta de que él lo entiende. No ve la barcaza como un lugar pequeño o extraño. La ve como mi hogar.

Cuando me giro hacia él, Theron ya me está mirando. Su mano descansa en la palanca de cambios, relajada, pero hay algo en su mirada que me hace sentir atrapada.

—Gracias por la cena —digo, en un intento de romper el momento.

Él inclina la cabeza apenas.

—Cuando quiera verte de nuevo, ¿debo llamarte o simplemente encontrarte?

La forma en que lo dice hace que mi respiración se detenga. No es una pregunta cualquiera. Es un aviso.

—Supongo que cuando quiera una lobotomía iré a ti, tengo tu tarjeta.

Él solo hace eso que sé que no hace muy a menudo. Sonríe. Theron Sterling no pregunta si quiero verlo otra vez. Él ya decidió que lo hará. Y lo peor es que, en el fondo, sé que yo también quiero que lo haga.

—Adiós, Josephine. —dice y sin más desaparece en la oscuridad.

El mundo exterior desaparece, reemplazado por la sensación de estar sola. Pero no completamente sola. Algo, o alguien, está cerca. Esa sensación de ser observada, que había logrado ignorar durante la cena con Theron, regresa con fuerza. La misma sensación incómoda, esa presión en el aire que se instala en mi pecho, el zumbido inquietante en la base de mi columna vertebral. Cierro los ojos por un momento, tratando de calmarme, de pensar que es solo mi mente jugando trucos. Que no es más que la oscuridad que me rodea. Pero, a medida que mis pasos resuenan en el interior de la barcaza, no puedo sacudirme la sensación de que algo está al acecho.

Y sé que es él.

—¿Vas a quedarte ahí para siempre? —digo, sin pensar, mi voz apenas un susurro que se pierde en el aire frío de la noche. No sé si espero una respuesta. Tal vez ni siquiera quiero una. Pero la oscuridad me responde, con un crujido suave en la lejanía.

No lo he visto esta vez, pero lo siento. Lo siento en cada fibra de mi ser. Él está cerca. El fantasma. Ese hombre enmascarado. La presencia oscura que me persigue sin descanso. Me quedo quieta, respirando profundamente mientras miro hacia el pequeño jardín que hay en la parte superior, justo al lado de la sala de estar improvisada en el primer piso de mi barcaza. Las plantas que adornan el lugar se mueven con la brisa, pero es la quietud la que me inquieta. Todo está demasiado callado, hasta el viento parece tener miedo de hacer ruido.

Entro lentamente en la pequeña estancia, me apoyo en la barandilla y miro hacia abajo, el agua está quieta. Un silencio pesado llena el espacio, pero lo siento. Él está aquí, lo sé. Sus ojos invisibles están clavados en mi espalda.

Y entonces, un gruñido bajo, gutural, se escapa de la oscuridad.

—Mía —gruñe, la voz grave y distorsionada por la sombra que la rodea. Me detengo, el corazón me late en las sienes. El mismo gruñido de la última vez. La misma palabra. *Mía.*

Me giro, buscando en las sombras. El aire parece volverse denso. Algo se mueve, pero es tan rápido, tan fugaz que no puedo atraparlo con la vista. Él está allí, acechando, pero no lo puedo ver. No lo quiero ver.

—No soy tuya, *fantasma* —respondo, aunque mi voz tiembla levemente. La rabia y el miedo se entrelazan en mis palabras, pero hay algo más. Un deseo, un impulso que no logro comprender, que nunca he querido entender.

La oscuridad se tensa, como si un hilo invisible lo conectara todo, y él se hace más presente. Es como si el aire se hiciera más espeso, más denso, como si el espacio que me rodea se estuviera comprimido por su presencia.

—¿Es verdad? ¿Eres el fantasma?

Siento cómo mi respiración se corta. El ambiente parece congelarse. Sus gruñidos se hacen más cercanos, pero a la vez tan lejanos, como si el sonido viniera desde lo más profundo de las sombras, desde otro mundo.

¿Eres el fantasma? ¿O quiero que lo sea?

La duda me consume. La curiosidad me quema. Este hombre enmascarado, esta sombra, no es solo un espectro. Sé que hay algo más en él, algo que me atrae, me llama. La forma en que se oculta, la forma en que me observa en silencio, me hace pensar que lo he conocido antes, en algún otro lugar, en otro momento. O tal vez es solo que no puedo dejar de pensar en él.

Y, entonces, lo veo.

Un parpadeo en la oscuridad, un movimiento casi imperceptible entre las sombras. Su figura, alta y encapuchada,

emerge de la penumbra como un espectro, tan enigmático y aterrador como la primera vez que lo vi. Su máscara sigue cubriendo su rostro, pero siento que su mirada está fijada en mí, atravesándome con una intensidad que me hace retroceder, aunque mi cuerpo no lo quiera.

—¿Por qué me sigues? —digo, esta vez sin miedo, pero con una curiosidad que apenas puedo contener. Mis palabras salen en un susurro, pero al mismo tiempo, quiero que me escuche. Quiero saber más. Todo en él me desconcierta y me atrae, de una forma peligrosa, como si de alguna manera lo necesitara.

La figura no responde de inmediato, pero sus ojos brillan bajo la máscara, reflejando una luz fugaz, como si todo lo que es él estuviera contenido en ese destello. Me acerco un paso más, sin poder evitarlo, mi corazón acelerado y mi mente en guerra. No sé si quiero que me responda o si prefiero que se quede en el silencio, en la sombra. Él da un paso hacia mí, y el aire entre nosotros parece cargarse de electricidad. Sus movimientos son lentos, calculados, como si estuviera midiendo cada uno de mis gestos, cada respiración. Su presencia es aplastante.

Y de repente, lo siento.

Lo siento más cerca de lo que debería.

—Eres mía —gruñe, esta vez sin ambigüedades, y las palabras se arrastran como un veneno dulce, envolviéndome, atrapándome.

Mis manos se cierran en puños, luchando contra el deseo de ceder. Él está aquí, está cerca. Tan cerca. Y hay algo en su voz, en su amenaza, que me hace sentir que estoy en el borde de un precipicio. Pero en el fondo, una parte de mí no quiere dar un paso atrás. Algo en mí desea seguirlo hacia lo desconocido. El viento sopla con fuerza, agitando las plantas alrededor. Un silbido en la distancia. Y la sensación de que, tal vez, este hombre enmascarado no es solo un fantasma. Tal vez, él es algo mucho más real y peligroso. Y yo, quizás, lo quiero.

—No, no lo soy.

Y es todo lo que necesito para estar en el suelo ahora, la cabeza me da vueltas, la sensación es extraña al mismo tiempo,

pero siento el peso sobre mí, de forma amenazante, tentadora, vengadora. Y algo más, esto lo excita, lo excita demasiado y lo puedo sentir.

—Repítelo —exige, su voz baja, peligrosa, empapada de algo primitivo que me hace estremecer.

Intento respirar, pero el peso de su cuerpo sobre el mío me lo impide. No es solo el físico—es su presencia, su dominio absoluto sobre el espacio, sobre mí. Cada latido en mi pecho retumba como un tambor de guerra, y aunque mi mente me grita que luche, mi cuerpo responde de una forma diferente.

—No lo soy —susurro, con la testarudez que aún me queda, con la necesidad absurda de desafiarlo.

La respuesta es inmediata. Un agarre fuerte en mi mandíbula, sus dedos hundiéndose en mi piel con la amenaza de dejar marcas. Me obliga a mirarlo, su respiración choca contra la mía, caliente, peligrosa.

—Eres mía. —Su tono se ha vuelto más áspero, casi ronco. No es una afirmación vacía. Es una sentencia.

Su otra mano se desliza por mi muñeca y la inmoviliza contra el suelo. Me retuerzo, pero eso solo hace que su agarre se apriete más. Su control absoluto sobre mi cuerpo se intensifica, y algo oscuro dentro de mí se rinde ante la sensación. Me inclino, mis labios entreabiertos, mis ojos atrapados en los suyos. No sé qué es lo que busco en ellos. Tal vez una advertencia, tal vez una tregua. Pero lo único que encuentro es posesión.

El mundo se disuelve.

Todo desaparece, salvo el peso de los recuerdos aplastándome el pecho:

Las manos recorriendo mi piel a la fuerza, las voces, las risas ajenas, los ojos sin rostro observándome mientras me rompían en pedazos.

No puedo respirar.

Me hundo.

—No, no, no... —su voz rompe el vacío—. Quédate conmigo.

Las imágenes no se detienen.

El olor agrio del miedo. El crujido del colchón bajo mí. Las

palabras sucias susurradas al oído.

Mi cuerpo empieza a temblar, mi garganta suelta un sollozo sin sonido.

—No... —balbuceo, perdida.

Se rinde al calor de su piel, al latido de su furia contenida.

Los recuerdos... las manos... gimoteo, buscando aire, buscando un ancla.

—Concéntrate —su voz es un gruñido ronco—. Dime de quién eres.

Mi pecho sube y baja erráticamente. Su sombra me cubre, intensa, absoluta.

Sus ojos me encuentran, me amarran, me queman.

—Quiero que me lo digas —insiste, apretando un poco más mi muñeca, como si pudiera aplastar las memorias a fuerza de contacto—. No vuelvas allí. No vuelvas a ellos.

Mis labios tiemblan, mi cuerpo quiere retroceder, pero mi alma... mi alma quiere quedarse. Y regreso a él, como un ancla, una muy profunda que no pensé… encontrar.

—Yo... soy tuya —susurro, apenas audiblemente.

Él se inclina más, tan cerca que su respiración choca contra mi boca.

Su mirada no ofrece tregua. No ofrece compasión. Solo posesión.

Y contra todo sentido, contra todo instinto, eso es lo que me salva.

Su otra mano sube por mi mejilla con una ternura extraña, desconcertante.

—Bien —murmura, como si sellara un pacto oscuro entre nosotros—. Mi pajarito. Solo mío.

Mis ojos siguen atrapados en los suyos, buscando algo que ya no sé si quiero encontrar: redención o condena.

Todo lo que sé es que, en este instante, pertenezco aquí.

A su dominio.

A su infierno.

A su abrazo.

—No quiero matarte. —Su voz cae como un filo sobre mi piel —. Pero si sigues retándome, te romperé de una forma en la que nunca podrás olvidarme.

Algo en su amenaza no suena del todo a castigo. No cuando el calor que recorre mi cuerpo me dice lo contrario.

Mis labios tiemblan, y cuando abro la boca para desafiarlo de nuevo, él se adelanta.

No me besa. No aún. Pero el roce de su aliento contra mi piel usando la máscara, la presión de su cuerpo empujándome al suelo, el control absoluto que ejerce sobre cada uno de mis movimientos… es más devastador que cualquier otra tortura.

—Dímelo —ordena.

Trago saliva. Mi orgullo lucha. Mi deseo lo traiciona.

—Yo…

—Yo… —Mi voz se ahoga antes de que pueda terminar la frase.

Él me observa con una intensidad que me desnuda, que me arranca las capas de resistencia hasta dejarme al descubierto. Su mano sigue sujetando mi muñeca, su cuerpo encima del mío, inmovilizándome, dominándome.

—Dilo.

No es solo una orden. Es un desafío. Uno que sabe que voy a perder.

Cuando niego con la cabeza, su agarre se vuelve más firme. Sus dedos en mi mandíbula se deslizan por mi garganta, apretando apenas lo suficiente para robarme un jadeo. Su otra mano abandona mi muñeca y desciende con una lentitud exasperante por mi brazo, mi costado, dejando un rastro ardiente en su camino.

El miedo y el deseo se entrelazan en un nudo sofocante dentro de mí. Cada fibra de mi ser me grita que escape, pero es inútil. No solo porque él es más fuerte. Sino porque, en el fondo, no quiero correr.

—No.soy.tuya. —gruño.

Él lo sabe.

—Mentirosa. —Su aliento caliente roza mi oído, y su voz se arrastra sobre mi piel como un veneno dulce.

Aprieta mi cuello con más fuerza, justo lo suficiente para hacerme consciente de cada latido en mis venas, de la vulnerabilidad absoluta en la que me ha sumido. Mi pulso late contra su palma, frenético, desenfrenado. Su otra mano continúa explorando, trazando el contorno de mi cadera, jugando con los límites de mi autocontrol.

—Eres mía —gruñe de nuevo, esta vez con una ferocidad primitiva. Y luego, su lengua, apenas una caricia, roza la línea de mi mandíbula.

Ni siquiera sabía que podia sacar su lengua de esa cosa, o quizás lo subió, no lo sé, estoy quedandome sin aire y todo está borroso. El impacto es inmediato. Mi espalda se arquea, mi cuerpo traicionero busca más, se entrega antes de que mi mente pueda detenerlo.

—Vas a suplicarme que te haga mía. —La promesa en su voz es un golpe directo a mi cordura.

Mis labios se separan, pero no sé qué respuesta darle. No sé si quiero pelear o rendirme.

Entonces, me suelta.

La acción es tan repentina que me deja sin aliento. Su peso desaparece de encima de mí, dejándome helada, perdida. Me toma unos segundos darme cuenta de que ha retrocedido un par de pasos, observándome desde arriba con esa mirada oscura, llena de peligro y algo más… algo mucho peor.

—No estás lista —dictamina.

Algo en su tono me hiere más que cualquier golpe.

Él me da la espalda, como si no mereciera su tiempo, como si mi resistencia no fuera más que un juego aburrido para él.

No sé por qué, pero ese desprecio me quema más que su toque.

Y me doy cuenta de que la batalla no ha terminado.

Acaba de empezar.

Capítulo 12



Salva una vida, quita otra…

THERON

Termino la cirugía con precisión calculada, mi mente enfocada en cada movimiento, en cada sutura. Un error puede significar la muerte de un paciente, y aunque mis manos nunca han fallado en el quirófano, mi mente está lejos de aquí. Seis meses sin Hunter. Seis malditos meses sin una pista clara de dónde está mi hermana.

No debí decirle nada a Josephine. No fue su culpa, pero su reacción, su compasión, me removió algo dentro que no me puedo permitir. Su empatía es peligrosa. Me hace sentir cosas que no tengo derecho a sentir cuando mi hermana está desaparecida y un pedazo de ella—un dedo con su ADN—fue enviado como una maldita advertencia. No significa que esté muerta. No puede estarlo. Me niego a aceptarlo. Hunter es más fuerte que eso. Es más fuerte que yo.

Respiro hondo, deslizándome fuera del quirófano mientras los asistentes comienzan a limpiar. Me quito la bata, la mascarilla, y salgo con la única intención de verla cantar. Josephine. Su voz es un ancla que, por unos instantes, me permite olvidar la mierda en la que estoy sumergido. Pero apenas doy un par de pasos cuando veo a Ronnie, mi segundo al mando esperándome en la puerta. Su expresión tensa es suficiente para hacerme cambiar de dirección.

—Tengo que mostrarte algo. Es sobre Hunter.

Mi cuerpo se tensa. Siento la presión del miedo y la ira reptando por mi columna. No hago preguntas. Simplemente asiento y me dirijo al coche sin perder tiempo.

El trayecto hasta la casa es un vacío silencioso. La ansiedad arde en mi pecho como un veneno corrosivo. No me permito imaginar lo peor. No lo haré. Cuando llegamos, mis hombres están ya reunidos en mi despacho, la tensión en el aire es evidente. Algo no está bien. Algo está jodidamente mal.

—Hemos recibido otra amenaza —dice Ronnie, su mandíbula apretada. —Tu hospital en Halifax fue atacado.

Frunzo el ceño. El hospital en Halifax es un refugio seguro. Lo hice intocable, o eso creía.

—¿Cómo sabemos que fue una amenaza? —pregunto con frialdad, conteniendo la furia que se va acumulando en mi interior.

Ronnie desliza un sobre sobre la mesa. No lo abro de inmediato. Mis ojos se posan en la foto colocada encima. Y entonces la veo.

Tres de mis médicos colgados en mi propio despacho, sus cuerpos inertes como muñecos rotos.

Cada uno de ellos con un dedo amputado. Es la firma del maldito que se llevó a mi hermana, tiene que ser el mismo.

Mi sangre se congela por un instante. Luego, arde.

—Hijos de puta… —mi voz es apenas un gruñido bajo, peligroso.

Mi respiración se vuelve pesada mientras observo la imagen con más detenimiento. No es solo un mensaje. Es un desafío. Un recordatorio de que no tengo el control, de que mi poder no es absoluto. Pero están equivocados. No saben de lo que soy capaz cuando alguien toca lo que es mío. Mis nudillos se tensan alrededor del borde del escritorio, mis pensamientos oscilando entre la venganza y el caos. Hunter sigue viva. Lo sé. Y encontraré a los hijos de puta que la tienen, así tenga que arrancar la ciudad pedazo a pedazo.

—Dime que tienes algo más. —levanto la mirada hacia Ronnie, mi paciencia pendiendo de un hilo.

Ronnie asiente y desliza otro sobre hacia mí.

—Tenemos una ubicación. Y una pista de quién podría estar detrás. Las camaras grabaron los autos, estuvieron rondeando el hospital dias antes, los hijos de puta no cubrieron las placas, son autos robados, pero dimos con los dueños.

—Adivino, muertos.

—Sí, pero uno de los autos tenía cámara y GPS, aunque se deshicieron de ella, pudimos entrar a la nube y tenemos una ubicación.

Mis labios se curvan en una sonrisa oscura.

La cacería comienza.

El silencio en mi despacho es espeso, roto solo por mi respiración controlada y el crujir de mis nudillos al apretar los puños. La imagen de los médicos colgados sigue fija en mi mente. Es un recordatorio de que no tengo tiempo para distracciones, de que cada segundo perdido podría costarme la vida de Hunter.

—¿Dónde? —mi voz es baja, contenida, pero el peligro en ella es evidente.

Ronnie coloca un mapa sobre la mesa. Su dedo señala un almacén abandonado en el lado este de la ciudad. No es coincidencia. Es un punto de intercambio, un lugar donde las ratas del subsuelo se arrastran para hacer sus negocios.

—Un informante dice que han visto movimientos sospechosos. Gente entrando y saliendo. Creemos que es uno de sus escondites. —Ronnie me observa, esperando órdenes.

No dudo. No puedo dudar.

—Nos movemos esta noche. Silenciosos. Nadie sale con vida si no obtenemos respuestas.

Ronnie asiente, su expresión endurecida. Sabe lo que significa. Sabe lo que haré si me enfrento a los que le hicieron esto a mi hermana.

Cierro los ojos un instante, respirando hondo, tratando de mantener la calma. Entonces pienso en Josephine. En su risa discreta, en la forma en que sus ojos brillaban cuando le hablé de Hunter. No debería pensar en ella ahora, pero lo hago. Me aferro a su imagen por un segundo, antes de sumergirme de lleno en la oscuridad.

—Prepara a los hombres. —Abro los ojos y mi voz es un filo cortante—. Esta noche, les enseñaremos lo que significa tocar lo que es mío.

…

Antes de salir, conduzco hasta la barcaza. No debería estar aquí, pero hay algo en Josephine que me ancla. Necesito verla. Saber que está a salvo. Quizá también necesito algo más, algo que no puedo nombrar.

Cuando llego, la luz cálida de su hogar flota sobre el agua. Me quedo de pie en la orilla, observando su figura moverse en la penumbra. Luego, toco la madera con los nudillos.

Ella abre, con el cabello despeinado y los ojos alerta.

—Theron... —su voz es un susurro de sorpresa.

—No pude verte cantar hoy, lo siento —digo sin rodeos—. Quiero que te quedes aquí. No salgas. No hables con nadie que no conozcas.

Frunce el ceño, cruzándose de brazos.

—No puedes venir a decirme qué hacer.

Sonrío, pero es una sonrisa sin humor.

—Puedo y lo haré. Hay cosas en movimiento que no entiendes. Y prefiero que no las entiendas.

Ella me observa, escrutándome, como si intentara descifrar qué hay detrás de mis palabras.

—¿Acaso tienes una cirugia importante y estás nervioso? —susurra.

Cirugia, claro. Puedo hacer eso. Aunque no para salvar una vida.

—Siempre hago cosas peligrosas, *Lirio de tigre.*

Algo en su mirada se suaviza, pero también hay preocupación. No se aparta cuando me acerco. No se aparta cuando rozo su mejilla con los nudillos.

—Vuelvo pronto —murmuro, con la voz ronca.

—Eres raro, ¿lo sabías?—exige.

—Recuérdame, Josephine… por fin te encontré.

—¿Qué significa eso? —pregunta, pero dejo esa duda en su cabeza, ella es lista, lo recordará. Tiene que hacerlo.

No respondo. En lugar de eso, deslizo los dedos por su barbilla, memorizando su rostro. Luego, doy media vuelta y desaparezco en la oscuridad.

Capítulo 13



Lo recuerdo…

—Recuérdame, Josephine… por fin te encontré.

No dejo de pensar en eso, incluso en la cama, han pasado horas desde que se fue. ¿Qué quiere que recuerde?

¿Acaso este es otro castigo de parte de él esta vez? Fue un castigo lo que me hizo El Fantasma. Lo de Tiago, solamente había sido una advertencia, pero haber ido a cenar con un hombre que es todo lo contrario a él, fue peor. Fue un castigo demasiado oscuro, incluso para mí. He visto la depravación y también la he vivido, esto no fue eso, por el simple hecho que mi cuerpo despertó de una forma que pensé no sentiría nunca.

Esto es una pesadilla.

Debo mantenerme alejada de los dos, conseguir otro lugar para vivir y comenzar de nuevo. Estoy cansada de hacerlo, pero esto, esto no sé lo que es.

Con ese pensamiento por fin me quedo dormida.

Al otro lado de la calle, veo una cartera olvidada sobre el alféizar de una ventana abierta. Mi pulso se acelera, la necesidad de escapar, de conseguir algo para sobrevivir, se apodera de mí. La gente no presta atención a las pequeñas cosas, y es en esos momentos cuando debo aprovecharme.

Me acerco rápidamente, sin hacer ruido, con la esperanza de que nadie me vea. Tiendo la mano y, con un movimiento rápido, tomo la cartera. No la abro, no tengo tiempo. Sólo siento el peso de lo que hay dentro: algo de efectivo, algunas monedas, unas tarjetas que no me importan. Lo único que necesito es el dinero. Con el botín en las manos, me siento un paso más cerca de la libertad.

Pero justo cuando me estoy apartando de la ventana, noto una presencia. Un escalofrío recorre mi espalda, y al levantar la vista, lo veo. Él está parado frente a mí, a unos metros de distancia, observándome. Un chico, alto, con cabello rubio y una mirada fría y decidida. Su piel es clara, y sus ojos, de un azul profundo, me

atraviesan. Un chico. Un chico inglés, guapo, que se ve como si tuviera todo bajo control. Y de familia importante.

— Esa ropa también la robaste. — su voz es baja, pero clara, y está llena de acusación.

Me quedo inmóvil, los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos. Algo en su mirada me hace sentir expuesta, vulnerable. Mi mente corre en círculos, tratando de encontrar una salida, una excusa, algo para no quedar atrapada en su mirada.

— ¿Qué? — logro decir, mi voz tiembla apenas, pero la palabra me sale como un susurro.

— Es lo único que no está sucio de ti. — Él da un paso más cerca, observando mis ropas. — ¿De dónde escapaste?

Es imposible mantener la calma frente a sus ojos tan penetrantes. La sensación de ser descubierta es horrible, y por un segundo, me dan ganas de echar a correr, pero no puedo.

— Nunca he robado nada, lo juro. — la frase sale a trompicones, entrecortada por el miedo.

— No te creo.

— No voy a hacerte daño. — su tono se suaviza, pero no me tranquiliza.

— Eso dijeron todos.

— ¿Qué dijiste? — Él se detiene, sorprendido. La pregunta no es agresiva, pero su voz es tensa.

— Nada.

— Te escuché. — su tono cambia, se vuelve más grave, como si hubiera entendido algo en mi respuesta. — ¿Alguien te hizo daño?

— No te importa, no me conoces.

— Sé que robaste esa cartera. — Insiste, y por alguna razón, su tono sigue siendo desafiante, como si todo lo que hago fuera una mentira. — Así que dime, ¿de quién huyes?

— Me secuestraron... mataron a mi familia...

Lo que vi en sus ojos. La forma en cómo sus pupilas se dilataron al escuchar mi dolor, era algo que no había visto jamás.

El chico se acerca un poco más, solo un paso, para no asustarme, y susurra en voz baja, pero lo suficientemente claro para

que lo escuche. Siento su colonia, su respiración, su aura. Y la seguridad que no sentía desde hace un año con su sola presencia.

—¡Theron, ven aquí! —le gritan sus amigos.

Él sigue mirándome.

— Vuela alto.

Me despierto sobresaltada.

Vuela alto.

Las lágrimas están por todo mi rostro.

Me despierto sobresaltada.

Vuela alto.

Las palabras siguen resonando en mi cabeza, flotando entre el sueño y la realidad. El pecho me duele, la respiración se me corta. Las lágrimas están por todo mi rostro.

No recuerdo cuándo empecé a llorar.

El frío se aferra a mi piel como un abrazo invisible, sofocante. Afuera, el agua choca contra los costados de la barcaza, un vaivén monótono que normalmente me calma, pero ahora solo hace que el vacío en mi estómago se haga más profundo.

Parpadeo, tratando de alejar los restos del sueño. Pero la imagen sigue ahí, clavada en mi mente como una espina.

Alguien cayendo.

Theron. Era él, llevaba un libro de medicina, y esos ojos. Esos ojos son para no olvidarlos jamás.

Mi pecho se contrae, mi garganta se cierra.

Me abrazo las piernas, intentando recuperar el aliento. Es solo un sueño. Solo un maldito sueño. Pero la sensación de pérdida, de desesperación, se siente demasiado real. Ha pasado tanto tiempo desde que me sentí así, y ahora tengo miedo. Aunque él no me haya lastimado, más bien, me haya ayudado, sigue siendo parte de mi pasado, la luz que vi ese día.

Miro hacia la puerta. Siento su sombra incluso antes de verla. El fantasma y Theron son dos personajes diferentes, dos hombres que tienen la misión de volverme loca estoy segura.

Él está ahí.

Sé que no es mi imaginación. Sé que, aunque el sueño haya terminado, el verdadero peligro sigue acechando.

Y esta vez… no estoy segura de querer escapar.

Capítulo 14



Es lo que soy…

THERON

La adrenalina late en mi sangre con un ritmo oscuro y furioso mientras nos preparamos. La cacería ha comenzado.

El motor del auto ruge mientras nos acercamos al punto señalado en el mapa. Un almacén viejo, con paredes corroídas por el tiempo y las malas decisiones. Es un sitio donde los secretos mueren y los cuerpos desaparecen.

Apago las luces antes de llegar, deslizándonos como sombras en la noche. Ronnie y los otros me siguen en silencio, armas listas, respiración contenida. No es la primera vez que hacemos esto. Y si todo sale como lo planeo, tampoco será la última.

Desde la colina donde nos escondemos, observo el edificio. Dos guardias en la entrada, cigarrillos colgando de sus bocas, demasiado relajados para el infierno que se avecina. Hay más adentro. Lo sé. Pero eso no cambia nada.

Levanto un puño, la señal para movernos.

Nos deslizamos por la maleza, cada paso calculado. Mi cuchillo está firme en mi mano cuando alcanzo al primer guardia.

Un movimiento rápido. Preciso.

La hoja se hunde en su garganta antes de que pueda reaccionar. Su cuerpo se sacude, un gorgoteo ahogado escapa de su boca mientras su sangre caliente salpica mis manos. Siento su vida desvanecerse, y no pestañeo.

El otro guardia apenas tiene tiempo de girarse antes de que Ronnie lo silencie con una bala en la cabeza.

Rápido. Eficiente.

La puerta cede bajo mi empuje y entramos como la tormenta que somos.

Gritos. Disparos. El sonido de la muerte cortando el aire. Un hombre se abalanza sobre mí con un bate. Mala decisión. Esquivo

con facilidad y le clavo el cuchillo en el costado, girándolo para asegurarnos de que no se levante. Su alarido es breve antes de caer.

Los demás reaccionan tarde.

Ronnie y el equipo los derriban uno a uno, el eco de las balas resonando en el almacén. Pero no quiero que todos mueran. No todavía.

Veo salir a las mujeres y mi sangre hierve, veo rojo y quiero destruirlos a cada uno. Esas chicas tienen entre trece y quince años. Le hago señal a uno de mis hombres para que las escolte fuera, saber lo que tiene que hacer. No esperaba desmantelar una operación de trata hoy, pero me alegro que así fuera.

Vivo para esta mierda.

Uno de ellos intenta escapar por una puerta lateral. Lo atrapo antes de que pueda llegar, estampándolo contra la pared con tanta fuerza que el crujido de su nariz rompiéndose se mezcla con su grito.

—¿Dónde está tu jefe? —gruño, apretando mi brazo contra su garganta.

Escupe sangre, intentando aferrarse a mis muñecas. Un intento patético.

—No sé… ¡Joder, no sé!

Estrello su cabeza contra la pared.

—Te daré otra oportunidad.

—¡Espera, espera! —jadea, temblando—. Está en otro sitio… ¡No sé dónde! ¡Te juro que no sé!

Le creo. Pero eso no lo salvará. Hundiendo mi cuchillo en su abdomen, lo dejo caer al suelo, ahogándose en su propio miedo.

La habitación apesta a sangre y pólvora cuando el último disparo retumba. Silencio. Paso por encima de los cuerpos, sin detenerme hasta alcanzar una mesa llena de documentos y un portátil aún encendido.

Conecto un USB y empiezo a extraer los archivos. Si hay algo que aprendí de mi padre, es que la información es el arma más letal de todas.

Hunter sigue desaparecida y alguien está queriéndome joder. Pero estoy cerca.

Muy cerca. Y ellos ni siquiera lo saben.

El hedor a sangre y pólvora impregna el aire. Los cuerpos están esparcidos por el suelo del almacén, algunos aún gorgoteando en sus últimos intentos patéticos por aferrarse a la vida. No los ayudo. No los mato rápido.

Ronnie se acerca, su silueta alta y letal se detiene junto a mí. Sus nudillos están manchados de rojo, y su expresión es fría, metódica.

—Iván tiene a uno. Dice que este cabrón sabe más de lo que aparenta.

Alzo la vista.

Iván arrastra a un hombre por el cuello de su camisa ensangrentada. El tipo se retuerce, pero el agarre de Iván es inquebrantable. Su rostro curtido apenas muestra emoción mientras lo avienta contra una de las sillas rotas en el centro del almacén.

—Lo encontré intentando huir por el sótano. —Iván gruñe, sacando su navaja y limpiándola en su chaqueta—. Si alguien sabe algo, es él.

El hombre tose, escupiendo sangre al suelo. Lo observo, midiendo su resistencia. Está herido, un corte en la ceja le sangra sobre el ojo izquierdo, su labio está partido. Pero sigue respirando, lo que significa que todavía no entiende en qué clase de infierno ha caído.

Me agacho frente a él, mis ojos fijos en los suyos.

—Sabes cómo funciona esto —mi voz es baja, una amenaza envuelta en seda—. Me das lo que quiero o hago que desees estar muerto.

El tipo me mira con una mezcla de miedo y desafío. Idiota.

—No sé nada…

Sus palabras apenas han salido de su boca cuando mi cuchillo se hunde en su muslo.

El grito que suelta es crudo, desesperado.

—Eso fue una mentira. Y me gusta castigar las mentiras. —Giro la hoja dentro de su carne y su cuerpo se estremece en espasmos.

Ronnie se apoya contra la pared, observando en silencio, como un juez esperando un veredicto. Iván, en cambio, sonríe de lado. Él disfruta esto.

—Te lo diré de otra forma… —me inclino más cerca, mi aliento golpeando su piel sudorosa—. ¿Quién es tu jefe? ¿Qué misiones tienen planeadas?

El tipo aprieta la mandíbula, intentando no hablar.

Mala elección.

—Iván. —Levanto la vista, y mi hombre ya sabe qué hacer.

Sin dudar, agarra una de las manos del prisionero y le clava su navaja bajo una uña.

El grito que suelta es desgarrador.

—¡Espera, espera! ¡Lo diré, joder!

Iván se detiene, pero no retira la navaja.

—Te escucho. —mi voz es un veneno suave.

El hombre jadea, su pecho subiendo y bajando con fuerza. Sus ojos revolotean entre nosotros, buscando una salida que no existe.

—Se llama Zimmers… —escupe—. Nos da órdenes desde el otro lado de la ciudad. Tiene un cuartel en un club nocturno… El Diamond Club.

Mis labios se curvan en una sonrisa oscura.

—¿Y las misiones?

El tipo traga saliva, temblando.

—Planean… están planeando un golpe contra un hospital en tres días. Quieren acabar con los doctores que… que trabajan con ustedes.

Silencio.

Ronnie maldice. Iván frunce el ceño.

Mi mandíbula se tensa, pero por dentro, algo en mí arde con rabia contenida. No sólo están jugando en mi territorio, sino que han marcado a mis contactos.

Esto no es solo una cacería.

Esto es guerra.

Me pongo de pie lentamente y le hago un gesto a Iván.

—Hazlo hablar más. Quiero cada maldito detalle.

Iván sonríe, girando la navaja en su mano.

—Con gusto.

Me alejo, dejando que los gritos llenen el aire.

El Diamond Club.

Zimmers. Hijo de puta, se lo advertí.

…

El aire en el almacén huele a óxido, sudor y sangre. Mis botas se hunden en los charcos oscuros en el suelo mientras camino hacia el centro de la escena. El hombre en la silla sigue respirando, aunque con dificultad. Su piel brilla por el sudor frío del miedo.

Ronnie se endereza cuando me acerco, expectante. Iván, en cambio, mantiene su mano firme sobre el hombro del prisionero, sus nudillos blancos por la fuerza con la que lo sostiene.

No tengo tiempo para esta mierda. Mi Lirio de Tigre debe estar preocupada por mí, o no, haré que pronto sea lo primera que piense antes de dormir y su primer pensamiento por la mañana. Ella tiene que recordarme, joder.

Extiendo una mano, sin apartar los ojos del hombre.

—Ronnie, pásame mi maletín.

Un silencio tenso se extiende en la habitación.

Ronnie asiente y camina hacia una mesa donde descansa mi maletín de cuero negro. Al momento en que lo coloca en mis manos, un escalofrío parece recorrer al prisionero. Su respiración se vuelve errática, su cuerpo tembloroso.

—P-por favor… —balbucea, pero su voz se ahoga en su propia desesperación.

Ignoro su súplica. Abro el maletín con calma, deleitándome en el sonido del cierre al deslizarse.

Instrumentos quirúrgicos perfectamente organizados brillan bajo la tenue luz del almacén. Un bisturí afilado, agujas largas, un taladro craneal portátil, fórceps. Juguetes diseñados para salvar vidas… o para todo lo contrario.

—¿Sabes lo que más me gusta de la neurocirugía? —mi tono es tranquilo, casi educativo, mientras deslizo un par de guantes quirúrgicos en mis manos—. El cerebro humano es una obra de arte.

Es frágil, pero al mismo tiempo, resistente. Un simple corte en el lugar correcto puede cambiar la forma en que percibes el mundo.

El hombre solloza.

—Puedo hacer que olvides tu nombre. Que no recuerdes a tu madre, a tu infancia. O que sientas un dolor que nunca en tu vida has experimentado. —Sonrío de lado—. Y todo sin matarte.

Tomo el bisturí y lo deslizo por su mejilla, apenas tocando la piel. Una advertencia.

—Habla. ¿Cuáles son sus planes? Dimelos todos ellos. Sé que sabes más.

Él sacude la cabeza frenéticamente.

—Y-ya te dije… todo…

—No. —Mi tono se endurece. Apoyo la hoja del bisturí sobre su antebrazo y presiono apenas, dibujando una línea delgada y roja sobre su piel—. Aún no has dicho lo suficiente.

El hombre jadea, su cuerpo sacudiéndose por el dolor.

Saco una aguja fina del maletín y la giro entre mis dedos.

—Esta pequeña belleza… —levanto la aguja para que pueda verla bien—. Puede estimular tus nervios de una forma… interesante.

La clavo en la parte interna de su muñeca, justo donde un grupo de terminaciones nerviosas se concentra.

El grito que suelta es desgarrador.

Su cuerpo se retuerce de forma violenta, pero Iván lo sostiene con facilidad.

—Dímelo. ¿Cuáles son sus órdenes exactas?

Lágrimas caen por su rostro mientras su cabeza cae hacia adelante.

—E-en tres días… —jadea—. Te lo dije. El hospital… planean poner explosivos en el ala de cirugía… quieren acabar con todos los médicos que trabajan contigo.

Mis músculos se tensan.

Ronnie intercambia una mirada rápida conmigo. Iván gruñe.

—¿Por qué? —mi voz es más baja, letal.

El prisionero solloza.

—No lo…sé… pregúntale.

Me inclino hacia él, acercando mis labios a su oído.

—Bien.

Sin previo aviso, tomo el taladro craneal y lo enciendo.

El sonido del motor llena la habitación, vibrante, amenazante.

Los ojos del hombre se abren con terror absoluto.

—No, no, ¡por favor!

Pero ya no escucho. Coloco la punta metálica justo en su sien y presiono. Su último grito es ensordecedor. Y después, solo hay silencio.

Veo a mis dos hombres y les digo:

—Averigua dónde está Zimmers, también encárgate de las chicas, interrógalas una a una, pon a mujeres guardias con ellas y que nadie las toque. ¿Quedó claro?

—Sí, jefe.

Capítulo 15



Las pesadillas no se van.

JOSEPHINE
Hace diez años.

No quiero estar aquí.

Pero estoy.

La habitación es pequeña, sofocante. Las paredes están desnudas, excepto por manchas oscuras que sé que no son humedad. Me arde la piel, las muñecas, los tobillos. Las ataduras han dejado marcas que nunca desaparecerán.

No sé cuánto tiempo llevo aquí. Pudo haber sido un día, una semana, un mes. No importa. Lo único que importa es que él viene. Siempre viene.

La puerta cruje y mi cuerpo se encoge por reflejo. Es automático. Mi espalda se pega a la pared como si eso pudiera hacerme invisible. Pero no lo hace.

—Ponte de pie.

Su voz es áspera, como papel de lija contra mis tímpanos.

No me muevo.

—No me hagas repetirlo.

Trago saliva, mi garganta está seca, dolorida. Mi estómago se retuerce de hambre, pero prefiero morir de inanición a darle lo que quiere.

Pero no tengo opción. Nunca la tengo.

Mis piernas tiemblan cuando intento ponerme de pie. Su sombra se alarga, cubriéndome, tragándome.

Un tirón brusco me arranca de mi sitio y me lanza contra la cama. Mis huesos chocan contra el colchón duro, mi cabeza golpea contra la pared.

Veo estrellas.

Quiero vomitar.

—No llores —gruñe, su aliento caliente me quema la piel cuando me inmoviliza bajo su peso—. Nadie va a ayudarte. Nadie te

está buscando.

Esas palabras me rompen más que cualquier golpe.

Nadie me busca.

Nadie vendrá. La tela se desgarra. El dolor viene después.

Cierro los ojos, intento irme a otro lugar. Pero no puedo.

No hay otro lugar. Solo hay aquí.

Solo hay él. Solo hay el infierno que nunca acaba.

Capítulo 16



El miedo a comenzar...

JOSEPHINE
Presente

El restaurante está casi vacío a esta hora, el murmullo lejano de conversaciones se mezcla con el tintineo de los cubiertos contra los platos. La comida frente a mí sigue caliente, pero apenas he probado un par de bocados. Tiago, en cambio, come con el entusiasmo de alguien que no ha visto un plato decente en días.

—Debes dejar las calles, Jo —dice de repente, sin mirarme. Su tono es casual, pero sé que cada palabra pesa.

Bajo mi tenedor y lo miro. Él ya tiene el cheque en la mano, deslizándolo por la mesa hasta que mis dedos lo tocan.

—Además, puedes buscar un apartamento.

Resoplo, tomando el sobre con desgana. El número impreso en él es más que generoso. Más de lo que había esperado. Lo suficiente para dejar la barcaza y empezar de nuevo.

—¿Y qué hago con la barcaza? —pregunto, aunque la idea de abandonarla me deja un nudo en la garganta.

Tiago se encoge de hombros.

—Puedes alquilarla. O dejar que la cosa se hunda.

Nos miramos y, por alguna razón, ambos soltamos una carcajada.

Es una idea absurda, pero la verdad es que la barcaza es lo único que he conocido como mi hogar. No sé si podría simplemente dejarla ir.

—Piénsalo —dice Tiago antes de darle otro mordisco a su comida.

Asiento, fingiendo que lo haré.

Pero mi mente está en otra parte.

Me disculpo y me levanto, dirigiéndome al baño.

El pasillo es estrecho, mal iluminado. El suelo de madera cruje bajo mis botas. Un escalofrío me recorre la espalda cuando, de

repente, siento una presencia.

Alguien me sigue.

Lo sé.

No necesito girarme para comprobarlo.

Mi pecho sube y baja con rapidez mientras entro en el baño y cierro la puerta. Me apoyo en el lavabo, mis manos temblorosas se aferran al mármol frío.

Un segundo después, la luz se apaga.

Mi respiración se detiene.

—Por favor… por favor, si eres tú, no apagues la luz —susurro. Mi voz tiembla—. Tengo… tengo miedo a la oscuridad.

El silencio es denso.

Y entonces, lo siento.

Su cuerpo.

Detrás de mí.

El calor de su pecho fuerte contra mi espalda.

Sus brazos se envuelven a mi alrededor en una prisión firme, atrapándome entre su cuerpo y el lavabo.

Mi corazón late salvaje, pero no es miedo lo que me congela en mi sitio.

Es él.

Su respiración golpea mi cuello, lenta, profunda.

—Nunca tengas miedo de mí, pajarito —susurra con voz ronca, cada palabra vibrando en mi piel.

El clic de la luz encendiéndose me obliga a entrecerrar los ojos.

Pero cuando pestañeo y giro la cabeza, él ya no está.

…

El aire en mi barcaza se siente más frío esta noche. Cierro la puerta con seguro, aunque sé que eso no significa nada. Él entra cuando quiere, se aparece cuando menos lo espero. No puedo evitarlo, ni siquiera puedo entenderlo.

—¡Jesucristo! —pongo una mano en mi pecho—¿Porqué siempre te apareces así?

Mi voz suena más molesta de lo que pretendía. Quizás porque odio admitir que he estado esperando su presencia. Lo que ocurrió hace unas horas solo incentivó a que quisiera más.

La oscuridad en la esquina de mi habitación parece vibrar antes de que su silueta emerja. La calavera que oculta su rostro brilla bajo la tenue luz de la lámpara, pero son sus ojos los que me atrapan.

—¿Me extrañaste? —Su tono es burlón, pero hay algo más debajo. Algo que me hace apretar las manos en puños.

Frunzo el ceño.

—¿Qué? Por supuesto que no.

Él se acerca.

—Mentirosa.

Mi garganta se seca.

—No soy mentirosa.

—Entonces admite que me extrañaste.

Cada paso que da reduce la distancia entre nosotros. La madera cruje bajo su peso, y yo retrocedo sin pensarlo, hasta que mi espalda choca contra la pared.

—¿Y qué si lo hiciera? —mi voz es apenas un susurro—. Seguro estoy loca por extrañar a alguien como tú. Ni siquiera sé si eres real.

—Créeme, pajarito, soy real. Además, siempre tengo ojos en ti. Aunque no me veas ni me sientas, te estoy vigilando.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Sus palabras hacen que mi mente vuele hacia otro hombre.

Theron.

No sé nada de él. No se ha aparecido en días a verme cantar, pero lo entiendo. Su hermana está desaparecida, no puedo imaginarme el dolor y la desesperanza que debe sentir, es así como se hubiera sentido mi hermano si no hubiera muerto y estuviera buscandome, pero la realidad es otra.

Theron. Tengo que decirle que he recordado quien era. Su ausencia me carcome por dentro de una manera que me niego a reconocer.

Y Fantasma no está enfadado esta vez. Es como si supiera. Como si entendiera algo que yo no. Esto es una locura. Me estoy volviendo loca. La oscuridad de la noche envuelve la barcaza, pero no puedo sacarme de la cabeza la última conversación con Theron. Cada palabra que dijo se queda flotando en mi mente como un eco, un susurro que me sigue incluso en mis momentos más solitarios.

—Estás pensando en ese hijo de puta, ¿verdad? —la voz es fría, dura, como el filo de una cuchilla.

Me tenso, mi cuerpo se paraliza. Trato de no girarme, de no darle el gusto de saber que sus palabras me afectan. Pero lo hago. No puedo evitarlo.

—¿Qué? —respondo, mi voz apenas un susurro. No me atrevo a alzarla más, no quiero darle más poder.

—No mientas, Josephine —dice en tono de burla. La oscuridad la lleva consigo, la arrastra como una marea invisible. Sus palabras están impregnadas de algo que no quiero nombrar—. Ese bastardo rico. ¿Siquiera sabes quién es realmente?

El frío de su pregunta me recorre la columna vertebral. Mi estómago se aprieta, pero no respondo. ¿Qué sé de Theron, realmente? ¿Quién es? Solo lo que él me ha mostrado, solo lo que he supuesto de sus acciones, pero... él me salvó hace diez años y lo ha vuelto hacer, él… él me ve.

—No, y tampoco me importa —respondo al final, mi tono algo más firme de lo que me gustaría.

El aire se tensa aún más. La respuesta que viene es tan baja, tan guttural, que me hace estremecerme.

—Sigues siendo una mentirosa... —gruñe, sus palabras cargadas de veneno—. Un día de estos te castigaré por cada mentira que me has dicho.

Un estremecimiento recorre mi cuerpo. Mi respiración se acelera, y aunque la amenaza está ahí, palpable, algo en mí responde de manera involuntaria. El miedo se mezcla con algo más oscuro, algo más primordial. La excitación. Algo en sus palabras, en su tono, en la promesa que subyace, me hace temblar.

Y como siempre, como una sombra que se disuelve al primer rayo de luz, él desaparece. No hay rastro, ni sonido, ni movimiento

que indique su partida. Solo la sensación de que ha estado allí, tan cerca, tan real.

Algo conocido…esa voz.

Me quedo de pie en la oscuridad apenas, respirando con dificultad, mi mente aún atrapada entre la amenaza y la excitación que dejó atrás. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué me afecta tanto? ¿Y qué pasará cuando Theron regrese, cuando sus palabras se materialicen en algo más?

Capítulo 17



Ella es la nota perfecta

THERON

El motor de mi coche ruge bajo mis manos, la carretera vacía estira ante mí, y mi mente sigue recorriendo cada uno de los pasos que tomé anoche y ahora, antes de subirme al auto. Matar a ese hombre fue lo que necesitaba para liberar algo dentro de mí, algo que había estado atrapado, acumulándose, como una tormenta lista para estallar. Pero aún hay tensión. No puedo deshacerme de ella, no aún. Y mientras canto, bajo el volumen de la radio, las notas de una canción que no conozco apenas me llegan. A veces, parece que el sonido es lo único que puede calmarme.

Josephine es la nota perfecta. Sonrío para mis adentros, echo mucho de menos a mi Lirio de tigre.

Llego al hospital y me detengo frente a mi despacho. El lugar está tranquilo, pero la tensión sigue ahí, abrazándome desde adentro. Asi que decido irme y de ahí, sé dónde está el caos a diario.

Una vida por una vida.

Cada paso que doy hacia la sala de emergencias me hace sentir más cerca de lo que quiero, de lo que anhelo. Soy el dueño y el jefe aquí, y todos lo saben. Los médicos y enfermeras me miran con respeto, algunos incluso con algo de temor. Pero a mí no me importa, la oscuridad que los rodea me agrada.

Entro a la sala de emergencias, el bullicio habitual de pacientes y familiares llenando el aire. Reconozco a unos cuantos de los rostros aquí, pero hoy no estoy de humor para interacciones largas. Solo me concentro en lo que hay que hacer. Ayudo a unos pacientes: una anciana con problemas respiratorios y un niño con fiebre. Sonríen, agradecidos, como si mis manos pudieran curarlos con solo tocarlos.

—Gracias, doctor Sterling —me dice la anciana, con una voz débil pero llena de gratitud—. Me siento mucho mejor, gracias por ayudarme.

—No hay de qué —respondo con una sonrisa fría, pero genuina, tocando su mano antes de levantarme.

El niño, temeroso, me mira de reojo mientras le aplico la inyección que necesitaba. Mi mirada se encuentra con la suya, y le guiño un ojo, intentando aliviar su miedo.

—Todo estará bien, niño—le digo en voz baja, mientras la aguja atraviesa su piel. Él suelta un suspiro de alivio cuando termino.

Pero justo cuando me doy la vuelta para salir de la sala, algo me detiene. La veo.

Josephine entra por la puerta, y mi mundo parece detenerse. Su presencia llena la habitación de inmediato, y la forma en que se mueve, el modo en que sus ojos recorren el entorno, todo en ella me mantiene atrapado. Pero entonces, veo lo que ha sucedido. Está cojeando, su rodilla cubierta de sangre. Y sus shorts... esos malditos shorts cortos que me hacen hervir la sangre, esos malditos shorts que no puedo dejar de mirar. Su cabello, negro con toques de naranja, resplandece bajo las luces del hospital, pero lo que realmente me atrapa es la forma en que se mueve con una mezcla de orgullo y vulnerabilidad.

Un tipo, *un tipo muerto*, está a su lado, ayudándola a caminar. Un escalofrío me recorre, y siento cómo la ira empieza a bullir en mis venas. ¿Quién es ese tipo? ¿Por qué la toca de esa manera? ¿Qué coño hace él tan cerca de ella?

Josephine me ve y sonríe, pero esa sonrisa... no es para él. Es para mí. Y eso es lo único que me importa.

—¿Qué sucedió? —pregunto, mi voz dura, como si la pregunta en sí misma fuera una amenaza.

—Me caí... soy una idiota —responde, y aunque su tono es ligero, sus ojos reflejan algo que no puedo descifrar.

El maldito tipo, extiende la mano, sonriéndome con esa seguridad que los hombres como él tienen. Mierda, ¿qué clase de amigo es él?

—Soy Tiago, amigo de Jo...—me dice, y su sonrisa me irrita aún más. —La vi caer e incistí a que viniera a emergencias.

¿Jo? Es JOSEPHINE.

—Eres un exagerado, Tiago. —le dice mi chica.

Claro, es mía. Mi chica, aunque ella no lo sepa aún.

Miro a Josephine, y aunque no dice nada, mi mirada lo dice todo. ¿Por qué le sonríes a él? Mi mandíbula se tensa. Pero entonces me doy cuenta de algo. Tiago no es una amenaza. Es un amigo. No lo es, no me lo parece, pero no lo es. Sin embargo, su cercanía con ella me está volviendo loco. ¿Cómo se atreve a sonreírle como si fuera algo más?

—Yo me encargo —le digo a Tiago, mi tono se vuelve tan frío como un cuchillo.

Tiago me mira, se detiene un segundo, pero no dice nada. Solo asiente, da un paso atrás y se aleja de nosotros.

Josephine me mira con esos ojos que, aunque llenos de una cálida intensidad, me generan una necesidad que no puedo ignorar. La manera en que me observa, cómo no se aparta cuando me acerco a ella, es... casi como un desafío.

—Estaré bien, Tiago, gracias por traerme —dice, y esa sonrisa, maldita sea, la dirige hacia él antes de que se vaya. La sonrisa de una mujer que está en control.

Eso me quema por dentro. No debería sonreírle a otro hombre. No debería. Pero lo hace.

Yo, en cambio, no le sonrío. No en este momento. Lo único que quiero es que se quede quieta mientras cuido de ella. Mis manos tocan su rodilla herida con delicadeza, pero el silencio entre nosotros es tenso. No se queja de la herida. No me dice nada. Es como si el dolor fuera algo que lleva dentro, como si se hubiera acostumbrado a él. La miro y siento la necesidad de controlarla, de hacer que todo en ella se detenga por un segundo, para que solo haya espacio para nosotros.

El silencio entre nosotros pesa, pero hay algo más. Una atracción casi tóxica, algo que no puedo negar, que no quiero negar. El roce de mis dedos contra su piel me hace pensar que, si dejo que esta situación continúe, nada será igual después de esto.

La observo mientras ella no se queja, mientras me permite tocarla. Pero sus ojos no se apartan de los míos. Hay algo en ese contacto que me atrapa, que me obliga a seguir tocándola. ¿Qué me está haciendo?

La rodilla está curada. Pero esto... lo que siento por ella, lo que estoy haciendo... no lo está. Y temo que nunca lo esté.

Mis dedos terminan de asegurar la venda alrededor de su rodilla, pero no me muevo. Mi mano sigue ahí, descansando sobre su piel caliente, sintiendo el latido de su pulso contra mis yemas. Josephine tampoco se mueve. Está mirándome, esperando. Y yo... quiero romper esa maldita distancia entre nosotros.

—¿Vas a decirme la verdad ahora? —miro su herida, mi pulgar rozando la piel cerca de la venda—. Porque no me trago esa mierda de que simplemente te caíste.

Ella humedece sus labios, su pecho subiendo y bajando con una respiración que se ha vuelto más errática. Sí, es la primera vez que me escucha hablar de esa manera y me odio por eso, aunque no voy a retractarme.

—Theron…

—¿Quién te hizo esto?

Ella parpadea, su mirada atrapada en la mía. No hay miedo en sus ojos, solo algo que la delata. Un retorcido placer en ver cómo pierdo el control con ella.

—No fue nada —murmura—. Solo… un pequeño problema.

Aprieto la mandíbula. Pequeño problema. No me gusta esa respuesta. No cuando la veo con una herida en la rodilla y cuando otro hombre la tuvo que traer hasta aquí.

—Si alguien te tocó… si alguien te hizo esto, dímelo ahora —mi voz es un gruñido bajo.

Ella se ríe, pero es nerviosa, como si supiera que lo digo en serio.

—¿Siempre tan intenso, doctor Sterling?

—Y tú siempre tan terca —respondo, mi mano moviéndose de su rodilla a su muslo, rozando la piel desnuda con el dorso de mis dedos—. Pero no vas a engañarme, Lirio de tigre. No cuando te tengo así.

La tensión en el aire es sofocante. La forma en la que ella me mira, los pequeños suspiros que no puede contener cada vez que la toco.

—Dime qué pasó.

Ella titubea. Solo un segundo. Pero es suficiente.

—No era nada grave —susurra—. Unos tipos intentaron robarme en el mercado, pero logré salir de ahí antes de que las cosas se pusieran feas.

El aire se me vuelve espeso en la garganta. Robarle. ¿Intentaron tocarla? ¿Ponerle una mano encima?

Mis dedos se cierran alrededor de su muslo, no con fuerza para hacerle daño, pero lo suficiente para que sepa que no me gusta lo que estoy escuchando.

—¿Y por qué estabas sola en el mercado?

—Porque no tengo un maldito guardaespaldas siguiéndome todo el tiempo —alza una ceja, desafiante.

—Tal vez deberías tener uno.

Ella suspira, pero no puedo ignorar cómo se inclina ligeramente hacia mí, como si su cuerpo estuviera siendo atraído sin que ella lo notara.

—No necesito un guardaespaldas, Theron.

—Necesitas a alguien que te cuide —susurro, mi mano viajando lentamente hasta su cintura—. ¿O prefieres seguir atrayendo problemas hasta que uno de ellos termine lastimándote de verdad?

Ella traga saliva, y aunque no responde de inmediato, puedo ver el leve temblor en su respiración.

—Sé cuidarme sola.

—No lo parece —miro su rodilla herida, después subo la vista hasta su boca—. Y no me gusta que otro hombre sea quien te traiga cuando necesitas ayuda.

Josephine sonríe, pero esta vez hay algo más oscuro en su expresión.

—¿Estás celoso, Theron? Ni siquiera me conoces.

La pregunta cae entre nosotros como un reto.

Cierro el espacio entre nosotros, inclinándome hasta que mi aliento choca contra su piel. Mi mano, aún en su cintura, la sujeta con más firmeza.

—No me gusta compartir. —Mis palabras son un susurro peligroso en su oído—. Y menos cuando se trata de algo que quiero.

Creo que es claro lo que quiero, mi pequeño ángel.

Ella se queda sin aliento. No lo dice, pero lo siento en la forma en la que su cuerpo se tensa contra el mío.

—¿Soy un "algo" para ti?

Mis labios apenas rozan su mejilla cuando respondo:

—Eres un problema, Josephine. Uno que no planeo dejar ir.

Ella me mira, su pecho subiendo y bajando rápidamente. Podría besarla ahora mismo. Podría tomar lo que ambos sabemos que queremos. Pero en lugar de eso, me alejo un poco, dejando mi ausencia como un castigo. No la merezco y aun así, quiero tenerla. Toda para mí.

—Tienes que ser más cuidadosa —miro su herida una última vez, mi pulgar trazando un camino perezoso por la venda—. La próxima vez que algo así pase, me llamas a mí.

—No tengo un telefono movil—dice como si no fuera gran cosa. ¿Quién coño no tiene uno en este siglo?

Mi Lirio de tigre, tan solitaria como yo.

—Me encargaré de ello y me llamarás—no hay forma de que esto acabe bien, le compraré un jodido teléfono.

—¿Y si no lo hago?

Sonrío, pero no es una sonrisa amable.

—Entonces, buscaré la manera de hacer que me obedezcas.

Ella tiembla. Y esta vez, no es de miedo.

—Y ahí está.

Su voz es un susurro cargado de algo que no logro descifrar.

Frunzo el ceño.

—¿Qué cosa?

Josephine ladea la cabeza, su lengua asomándose para humedecer su labio inferior, una provocación involuntaria que mi cuerpo registra al instante.

—Esa mirada. —Sus dedos rozan la venda de su rodilla, pero su atención está fija en mí. —La misma de hace diez años, cuando pensaste que era una ladrona.

Por fin lo ha recordado. Joder, claro que recuerdo. Una niña con el cabello revuelto y ojos desafiantes que vi ese día, tan asustada, sucia y mal cuidada, aun así me pareció que era la criatura

más hermosa que habían visto mis ojos. La había atrapado con facilidad, inmovilizándola mientras su pecho subía y bajaba con la misma intensidad de ahora. Había jurado que no había robado nada, que solo intentaba sobrevivir. Y yo… yo la había creído.

Y no porque ella no tuviera dinero, ella intentaba sobrevivir en todo el sentido de la palabra. Y yo me estaba convirtiendo en un asesino.

—Y ahora estás molesto porque alguien intentó robarme. —Sonríe, pero hay algo mordaz en su expresión. —Qué ironía, ¿no?

La furia burbujea dentro de mí, no por lo que dice, sino porque tiene razón.

Mis dedos encuentran su mentón, obligándola a mirarme de frente.

—Así que me recuerdas, ya era tiempo. —Su aliento se entrecorta. —y no. No es ironía, Josephine. Es simple lógica. Lo que es mío, lo protejo.

—No soy tuya.

Aprieto la mandíbula.

—No todavía.

Un desafío brilla en sus ojos, pero no lo contradice. Me gusta.

Deslizo el pulgar por la curva de su mandíbula antes de soltarla, dejándola con la piel ardiendo y la mente en caos. Me enderezo, mis manos en los bolsillos, pero mi mirada sigue fija en ella.

—Ahora dime. ¿Cuándo me darás mi primera lección de guitarra?

Su boca se entreabre, como si la pregunta la tomara por sorpresa, pero se recupera rápido.

—Cuando tú lo digas.

Su voz es un reto, un susurro cargado de promesas que pienso cobrarme.Y lo haré. A mi manera.

—Me la darás ahora.

Su ceja se arquea, sorprendida por mi demanda.

—¿Ahora?

Asiento.

—¿No estás trabajando?

Me río, bajo y grave.

—Estaba, hasta que llegaste tú. Además, un hospital nunca está vacío. No hará diferencia si me quedo o me voy.

Deslizo mi mano hasta su cintura, firme pero sin apresurarla, y la ayudo a bajarse de la camilla. Mi toque es posesivo, pero dejo que piense que tiene el control.

—¿Puedes caminar?

Josephine me lanza una mirada de desafío.

—Claro que puedo.

Se endereza y da un paso… o lo intenta. Su pierna tiembla y maldice entre dientes, tambaleándose un poco.

Mis manos la atrapan antes de que caiga.

—Sí, se nota.

Ella me fulmina con la mirada.

—Solo necesito un segundo.

No suelto su cintura. Me gusta sentirla así, pegada a mí, pequeña pero desafiante.

—No necesito un niñero, Theron.

—Y yo no necesito excusas para tocarte, pero aquí estamos.

Ella se queda en silencio, sus ojos clavados en los míos. La electricidad en el aire es casi tangible.

Sin decir más, deslizo mi brazo por debajo de sus piernas y la levanto sin esfuerzo. Josephine suelta un jadeo ahogado, aferrándose a mis hombros.

—¿Qué demonios haces?

—Facilitarme la vida. No pienso dejar que arruines mi primera lección de guitarra porque seas demasiado terca para aceptar ayuda.

Ella abre la boca, lista para replicar, pero no encuentra una respuesta lo suficientemente buena.

La sostengo con facilidad, como si no pesara nada, y camino con paso firme a través del hospital. Puedo sentir las miradas curiosas del personal y de algunos pacientes, pero no me importa.

Solo importa ella.

—No me gusta que me carguen.

Su voz es un murmullo contra mi cuello.

—Mientes demasiado, Josephine.

Ella se queda quieta. Lo sabe. Lo sé.

Salimos del hospital y la subo a mi auto, cerrando la puerta antes de rodearlo y tomar el asiento del conductor.

—¿Adónde vamos? —pregunta en voz baja.

Arranco el motor y la miro de reojo.

—A donde sea que guardes esa maldita guitarra.

Porque esta noche, lo único que quiero es que sus manos estén ocupadas en algo que no sea provocarme. O quizás… justo en eso.

Capítulo 18



Imán para los problemas.

JOSEPHINE

Ya no es un dulce hombre que conocí al azar. Lo sabía, y puedo decir que me gusta más esta versión de él, la real.

Theron Sterling, el chico que me dijo que era una ladrona, no me delató, solo me alimentó y me dijo que volara alto. Lo hice.

Y aquí estamos.

El auto se detiene con suavidad y, al abrir la puerta, respiro profundo. El aire fresco del lago me golpea con su aroma limpio, mezclado con el dulzor de las flores en plena primavera. La brisa sacude suavemente las copas de los árboles, haciendo que sus hojas susurren, mientras el reflejo del sol muere lentamente sobre la superficie del agua. Todo es calma, apenas interrumpida por el trinar de los pájaros ocultos entre las ramas. Este lugar siempre me ha dado paz.

Theron se baja detrás de mí, pero no dice nada mientras carga las bolsas de compra, insistió en hacer una parada en un veinticuatro por bocadillos. Solo se queda ahí, con las manos llenas, observando todo con atención. Sus ojos recorren el lago, la densa vegetación que lo rodea, el pequeño muelle de madera al que está anclada mi barcaza.

—¿Siempre has vivido aquí? —pregunta, su voz rompiendo el silencio de manera inesperada.

Me encojo de hombros mientras camino por la orilla, sintiendo la tierra suave bajo mis zapatos.

—A veces busco otros lugares, pero termino regresando acá. Aunque la renta por el espacio es ridícula, no me quejo.

Lo miro de reojo y veo cómo su expresión se endurece.

—¿Vives solo de las propinas?

Hago una mueca. La manera en que lo dice me hace sentir como si fuera una mendiga.

—¿Por qué eso suena mal? —me giro para mirarlo. Su postura sigue relajada, pero hay algo en su mirada que me incomoda—. Las propinas son buenas, no tengo que gastar mucho en comida o electricidad. La barcaza tiene un panel solar pequeño que alimenta todo.

Theron se queda en silencio un momento. Su ceño se frunce apenas, pero lo suficiente como para que me dé cuenta de lo que está pensando. Me está mirando con lástima.

Suelto un suspiro y me giro hacia la barcaza, subiendo los pequeños escalones que llevan a la cubierta.

—Ya sé, no suena nada bien, pero es mío, ¿sabes? Me gusta. No hay tiempo para sueños.

Él me sigue, acercándose con pasos tranquilos.

—¿Quisiste ser cantante profesional?

Me río suavemente, aunque no es un sonido alegre.

—No, en realidad. Pero cantar siempre fue parte de mí.

Abro la puerta que da a la cubierta trasera, donde tengo mi manta extendida sobre la hierba. Encima Theron pone los bocadillos y bebidas.

Esto, será interesante.

…

Theron observa todo con curiosidad, pero sus ojos terminan posándose en las dos guitarras que descansan junto a la manta ahora. Una de ellas es suya, una Fender Stratocaster color negro con acabados impecables. La otra es la mía, vieja y gastada, con algunas cuerdas desajustadas.

Se acerca y toma su guitarra con una facilidad que me hace pensar en cuántas veces ha repetido el mismo movimiento. La observa por un instante antes de desviar la mirada a la mía.

—Tu guitarra se burla de la mía —comento, cambiando un poco el tema.

Theron deja su instrumento a un lado y desliza un dedo por las cuerdas de la mía.

—Puedo arreglar eso.

—No me comprarás una guitarra —respondo rápidamente—. Ya me diste un móvil. Y, por cierto, ¿quién demonios anda con

¡Phones en caja en el maletero de su auto?

Theron sonríe apenas, como si mi comentario le divirtiera.

—Lo había comprado para la hija de un amigo.

Frunzo el ceño. Hay algo en su tono que me hace dudar.

—Confiesa.

Theron exhala y se recuesta sobre sus manos, mirándome con una expresión indescifrable.

—Tiene diez años. Su padre se lo prometió, pero el idiota se gastó todo el dinero. Así que…

Muerdo mi labio. Algo en mi pecho se aprieta al escuchar eso.

—Lo salvaste a él también.

Se encoge de hombros.

—Se podría decir.

Cruzo los brazos y lo miro fijamente.

—¿Te gusta hacer mucha caridad?

Theron se inclina ligeramente hacia adelante. Su mirada es intensa, oscura, llena de algo que no termino de entender.

—No es caridad, Josephine. Somos amigos. Hago cosas por mis amigos.

Me quedo en silencio por un momento, analizando sus palabras.

Decido alivianar la tensión, inclinándome un poco hacia él.

—¿Cargas en tu espalda a tu amigo también?

Theron entrecierra los ojos y deja escapar un leve suspiro antes de responder. Mi rodilla duele un poco, pero lo que sea que haya puesto sobre la herida, me hace sentir mejor. No iba a dejar que me cargara de nuevo.

—No. Lo arrastraría.

La risa me estalla antes de poder contenerla. Suena alto en la tranquilidad del lago, libre y despreocupada. Me tapo la boca con la mano, pero no puedo parar.

Él no ríe.

Solo me observa.

Me observa como si quisiera retener ese sonido para sí.

La risa aún se me escapa en pequeñas exhalaciones mientras bajo la mirada a mi guitarra, fingiendo revisar las cuerdas para

recuperar el aliento. Theron sigue mirándome en silencio, y cuando alzo la vista, su expresión es inescrutable.

—Entonces… ¿me recuerdas? —pregunta de repente.

Mis dedos se detienen sobre la madera desgastada.

Temía que hiciera esa pregunta.

Muerdo el interior de mi mejilla y respiro hondo antes de alzar la mirada, tratando de actuar indiferente.

—Temo que mi memoria no es la mejor —digo con una sonrisa ladeada.

Theron no se lo traga.

—Mentirosa.

Su respuesta es un murmullo grave, casi como un desafío.

Mentirosa.

Desvío la mirada hacia el lago. La brisa me revuelve el cabello, enredando mechones oscuros y naranjas alrededor de mi rostro.

—Han pasado diez años. La gente cambia.

—No tanto como crees.

Su tono es firme. Me obliga a mirarlo otra vez.

—Cuando te vi cantar en las calles, supe que te conocía —continúa, sus ojos perforándome—. Pero fue cuando te vi hoy, herida, que recordé por qué.

Aprieto los labios.

—Sí… qué locura. Eres un imán de los problemas.

Theron se inclina hacia mí, acercándose apenas.

—La primera vez que te vi, pensé que eras una ladrona.

Suelto una risa suave, sin humor.

—Y ahora estás molesto porque alguien intentó robarme.

—No molesto. Furioso.

Su confesión me desarma.

Lo observo por un momento, notando la tensión en su mandíbula, la forma en que sus manos descansan sobre sus rodillas con los puños ligeramente cerrados. Lo que siento en este momento es peligroso.

No puedo dejar de mirarlo. Sin su traje habitual, ahora viste el uniforme de médico, y la imagen es casi impactante. La tela resalta

la fuerza de su cuerpo, marcando cada línea de sus brazos tatuados, cada trazo de tinta en su piel contando una historia que no me atrevo a preguntar. El azul de su uniforme hace que sus ojos destaquen aún más, fríos y profundos, como un océano al que no sé si quiero lanzarme o del que debería huir.

Deslizo los dedos por las cuerdas de mi guitarra, buscando algo que nos saque de esta tensión que me envuelve como una corriente eléctrica.

Levanta una mano hacia mí.

—Ven aquí.

Dudo por un instante, pero al final me deslizo más cerca, con la guitarra sobre mi regazo.

Theron la observa y niega con la cabeza.

—Esto necesita ajustes.

—Estoy ahorrando para comprar una nueva.

Él resopla, casi con burla.

—Puedo arreglar eso.

—Ya te dije que no me comprarás una guitarra.

—No es caridad, Josephine.

Me está mirando.

Y en su mirada hay algo oscuro, algo posesivo. Algo que me hace saber que, aunque diga que somos amigos…

Lo que está sintiendo ahora mismo no tiene nada de amistad.

Theron sigue observándome mientras intento afinar mi vieja guitarra, sus ojos fijos en mis manos como si analizara cada movimiento. Su expresión es inescrutable, pero puedo sentir la intensidad en su mirada.

—Déjame ver —dice de repente, extendiendo una mano.

Me quedo quieta, sintiendo su presencia demasiado cerca. Sus dedos rozan los míos cuando toma la guitarra con facilidad, y el contacto me provoca un escalofrío. No se inmuta, solo inclina la cabeza y pasa las yemas de los dedos por las cuerdas con precisión.

—Está más desgastada de lo que pensaba —murmura, y entonces su mirada se alza para encontrarse con la mía—. ¿Por qué sigues usándola si necesitas una nueva?

Me encojo de hombros.

—Porque todavía suena. Porque es mía.

Theron no responde enseguida, solo se toma su tiempo ajustando las clavijas, probando cada cuerda con un toque hábil. Luego, sin aviso, empieza a tocar una melodía.

Reconozco la canción al instante. Es una balada lenta, casi melancólica, de esas que parecen calar en lo más profundo del alma. Su expresión es seria, concentrada en la música, pero hay algo en la forma en que sus dedos se mueven sobre las cuerdas, en la manera en que su cuerpo parece relajarse con cada nota.

Lo miro fijamente, embelesada por la escena.

Se supone que no sabe tocar. Y reconozco esa cancion, Alive de Gabrielle Aplin.

—¿Vas a quedarte ahí observándome o vas a cantar? —pregunta sin dejar de tocar, su voz con ese deje de diversión oscura.

Me humedezco los labios, nerviosa. No porque me intimide cantar, sino porque siento que, en este momento, en este pequeño espacio de intimidad, hacerlo significaría algo más.

Pero lo hago.
Solo un paso
Just one step
Un día diferente
A different day
¿Te conocería en absoluto?
Would I know you at all?
¿Te conocería en absoluto?
Would I know you at all?
Cuando tu reino caiga
When your kingdom falls
Y tu familia se desvanezca
And you family fade
Pero no fue tu culpa
But it wasn't your fault

Nunca fue tu culpa
It was never your fault

Cierro los ojos y dejo que mi voz fluya con la melodía, sintiendo cómo la música me envuelve. Cuando abro los ojos, lo encuentro mirándome con una intensidad que me hace perder el ritmo por un segundo.

—Sigue —susurra, y no sé si es una orden o una súplica.

Así que lo hago.
Y me doy cuenta
And I realise
Tienes que sentirte vivo
You have to feel alive
Todas tus preocupaciones se escaparán por la puerta
All your worries will escape through the door
Y despertarás completamente solo en el suelo
And you'll wake up all alone on the floor
No es demasiado tarde
It's not too late
Solo confía en mí ahora
Just rely on me now

La canción termina y el silencio nos rodea, interrumpido solo por el canto lejano de los pájaros. Él deja la guitarra a un lado, pero no se mueve.

—Cantas como si estuvieras acostumbrada a no ser escuchada —murmura, y su voz es baja, áspera.

Me quedo inmóvil. Por la letra, por él, por el momento.

—Tal vez lo estoy.

Theron se inclina un poco, su mano rozando mi rodilla aún vendada. Su toque es suave, pero la presión de sus dedos es firme.

—Si estuviera en mis manos, Josephine —dice, su voz apenas un susurro—, haría que el mundo entero te escuchara.

Siento un vuelco en el pecho.

Su mano sube lentamente, solo unos centímetros, pero lo suficiente para que mi respiración se agite. Su pulgar roza mi piel desnuda, y un cosquilleo se esparce por mi cuerpo.

—Theron…

—Dime que deje de tocarte —murmura, sin apartarse—. Dímelo y lo haré.

No lo hago.

En cambio, me quedo mirándolo, atrapada en el azul profundo de sus ojos, en la forma en que su mandíbula se tensa, en la ligera contracción de sus dedos contra mi piel. Él maldice por lo bajo y aparta la mano de golpe, como si el contacto quemara. Se pone de pie, dándome la espalda por un segundo, pasando una mano por su cabello.

—Debería irme.

Mi garganta se aprieta.

—¿Quieres hacerlo?

Theron se detiene y me mira por encima del hombro.

—No. Pero contigo, Josephine… no sé si podré detenerme.

Y esas palabras me dejan sin aire.

—Dijiste que no sabías tocar.

Theron me observa con una mezcla de incredulidad y algo más oscuro, algo que hace que mi piel se erice. Sus ojos están fijos en mí, expectantes.

—Te mentí, un poco, esa es la única canción que puedo tocar bien. Fue la primera y última que me enseñó…Hunter —responde con una sonrisa ladeada.

Hunter, su hermana. Que sigue ahí desaparecida. Quiero preguntarle si ha sabido algo, pero veo el dolor en su rostro de que no es el caso, así que me quedo callada y en silencio lo acompaño en su dolor.

El aire entre nosotros cambia. La tensión que había estado latente desde que llegamos aquí se intensifica, cargada de algo que no me atrevo a nombrar.

Me pongo de pie con cierta torpeza, sintiendo de golpe el dolor punzante en mi costado. La adrenalina había enmascarado la incomodidad, pero ahora que mi cuerpo se relaja, la siento con claridad.

Theron se mueve rápido. Dejando la guitarra en el suelo y acercandose a mí.

—Josephine… —su voz es baja, casi un ruego.

Levanto la cabeza, encontrando su mirada. Está más cerca de lo que esperaba, su presencia envolviéndome. Quiero que me bese, quiero besarlo, pero está mal, sé que está mal, acaba de hablarme de su hermana y un beso lo arruinaría todo. Hasta que escucho sus palabras:

—Necesito saber a qué sabes…

Parpadeo, mi cerebro procesando sus palabras más lentamente de lo normal.

—¿Qué?

Su mandíbula se tensa. Sus ojos bajan a mis labios, su respiración se vuelve más pesada.

—Por favor, déjame…

Pero no lo dejo terminar. Sé lo que quiere. Sé lo que yo quiero. Así que lo tomo por la camisa y lo beso primero. Theron se queda inmóvil por un segundo, como si no pudiera creer lo que está pasando. Pero después, su respuesta es inmediata.

Sus manos me rodean la cintura, atrayéndome hacia él con un tirón firme, casi desesperado. Su boca se mueve sobre la mía con hambre contenida, un roce al principio, lento, calculado… hasta que todo estalla. Su lengua roza mi labio inferior, pidiendo permiso, aunque no espera a que lo dé. No le importa. No a él. Un gemido escapa de mi garganta cuando sus dedos se hunden en mi espalda, presionándome contra su cuerpo sin ningún espacio entre nosotros. Puedo sentir su respiración agitada, su pecho subiendo y bajando rápido, al igual que el mío.

Me besa como si llevara demasiado tiempo esperando por esto, como si estuviera marcándome de una forma que las palabras nunca podrían.

Y yo lo dejo.

Su sabor es una mezcla de menta y algo más oscuro, más adictivo. Su lengua se mueve con un dominio que me desarma, como si supiera exactamente cómo hacerme temblar.

Mis dedos se aferran a su camisa, y sin darme cuenta, empiezo a retroceder, hasta que mi espalda choca con algo. Theron aprovecha el movimiento para atraparme entre su cuerpo y la

madera áspera, su pierna encajándose entre las mías, sin dejarme ninguna vía de escape.

No que quiera escapar.

Siento el sonido de su respiración en mi oído cuando baja la cabeza, su nariz rozando la línea de mi mandíbula.

—A fresa —murmura, su voz ronca, apenas un aliento contra mi piel—. Sabes a fresa, Josephine.

Mis manos tiemblan sobre su pecho.

Él se aparta solo unos centímetros, lo suficiente para mirarme. Su pulgar traza un camino perezoso por mi labio inferior, como si quisiera memorizar la sensación.

—Si me dejas seguir, no voy a poder fingir que esto no significa nada —su confesión es baja, como si odiara admitirlo.

Mi corazón late con fuerza.

—Y si no quiero que signifique nada…

Theron aprieta la mandíbula, su mirada oscureciéndose.

—No puedes decirme eso después de cómo me has besado.

No, no puedo. Porque lo que acabo de hacer… no es algo que pueda fingir que no pasó. No cuando aún puedo sentir su sabor en mi boca.

Pero entonces recuerdo que la noche tiene ojos, y que lo que acaba de pasar, es peligroso, no solo para mí.

No quiero que le pase nada.

Pero no estoy segura de sentirme arrepentida del todo.

Capítulo 19



Sabor a pecado

THERON

Al llegar a mi auto, aún puedo sentir su sabor en mis labios, una huella ardiente que me carcome por dentro. La he dejado ahí porque tenía que hacerlo, porque si me quedaba un segundo más, la follaría ahí mismo, al aire libre, sin importarme nada.

Puede que lo haga algún día.

El sonido de pasos firmes sobre la grava me saca de mis pensamientos. Sé quiénes son antes de verlos. Ronnie e Iván se acercan con la misma energía de siempre: frialdad y propósito.

—Tenemos a los ladrones —anuncia Iván con una calma casi burlona—. Colgados.

Levanta su teléfono y me muestra la foto. Sonrío para mis adentros. No fue difícil encontrarlos. Les envié un mensaje mientras estuve en ese veinticuatro con Josephine. Pero moría por salir de ahí y encargarme de ellos con mis propias manos.

Aprieto la mandíbula. Todavía puedo ver su sangre en mis recuerdos, su piel herida, su miedo disfrazado de coraje.

—Muy bien —murmuro, tomando las llaves del auto con calma. Pero ellos saben lo que sigue. Y yo también.

Capítulo 20



Soy un monstruo…

EL FANTASMA

La observo recoger la manta, doblarla con calma como si no tuviera idea de lo que acaba de hacer. Como si no hubiera destrozado algo dentro de mí. Pero no es solo la manta lo que me llama la atención. Son las guitarras. Las dos. Una vez desaparece en el interior. Salgo de las sombras y tomo la suya. Es vieja, las cuerdas están gastadas, desafinadas. La he visto tocar con tanto esmero, con tanta devoción que casi me atrevería a decir que la ama.

Josephine sale y me encuentra sosteniéndola. La oscuridad juega a mi favor. Puede que no vea la gran sonrisa que tengo detrás de la máscara. Puede que no vea la forma en que la miro ahora.

Los he visto.

Tengo un cuchillo en la mano. Un filo precioso, afilado, listo para hacer lo que mi cuerpo entero me exige. Pensé en salir en cuanto vi sus labios tocarlo. En cortarle el cuello, luego la polla cuando la besó, cuando la tocó. En ver cómo su vida se drenaba lentamente por la boca como un maldito perro en el suelo. Pero no era al único que quería matar.

También la quería matar a ella.

Porque fue ella quien lo besó primero.

El maldito sabía que debía alejarse. Me convenció, casi lo creí. Parecía que entendía. Pero luego ella, mi pequeño pajarito lujurioso, rompió el equilibrio. Fue ella quien lo besó.

Me pregunto cómo debería pagarlo. Ella ladea la cabeza, confusa, con esa estúpida inocencia que aún se atreve a mostrarme. Me ha roto el corazón.

Y ahora quiero ver cómo se siente hacer lo mismo con el suyo.

Josephine se acerca un paso, sus ojos fijos en mi mano, en la guitarra que sostengo. No en el cuchillo. No en la amenaza. No en el peligro real que se cierne sobre ella.

—¿Por qué la tienes? —pregunta, su voz tranquila, demasiado tranquila para alguien que acaba de cometer el peor error de su vida.

Porque quiero romperla.

Porque quiero ver tu cara cuando lo haga.

Porque quiero que duela tanto como me ha dolido a mí.

—Estaba viendo qué tan maltratada está —digo en cambio, mi voz baja, controlada. No debe notar nada fuera de lo normal. No todavía.

Josephine suspira, aliviada. Da otro paso y estira la mano.

—Devuélvemela.

Podría hacerlo.

Podría darle la maldita guitarra y verla alejarse con esa tranquilidad suya, con ese suspiro aliviado que me hace querer hacerle cualquier cosa menos devolverle su estúpida guitarra.

Pero en cambio, la inclino apenas hacia atrás, alejándola de su alcance.

—¿Te has divertido esta noche?

Ella frunce el ceño.

—¿Qué?

—Con él —aclaro, sintiendo cómo la rabia se retuerce dentro de mí, hirviendo bajo mi piel, venenosa y letal.

La veo tragar saliva.

—No sé qué…

—*Mentirosa* —interrumpo, y mi voz es tan afilada como el cuchillo en mi mano.

Ella se queda en silencio, sus labios entreabiertos, y pienso en lo fácil que fue para ella besarlo. En lo fácil que fue para ella entregarse a él.

Mi pequeño pajarito traidor. Bajo la guitarra lentamente, pero no se la doy.

—No pensaste en mí, ¿verdad?

Su respiración se acelera.

—¿Quién eres?

La pregunta me divierte. Me estremece. Soy *su* dueño, es lo que soy, pero ella se niega a verlo. Seré bueno y se lo mostraré.

—El que siempre ha estado aquí. Él se irá, pero yo me quedaré.

Su rostro se congela. Algo en sus ojos cambia. Y entonces, por fin, parece empezar a comprender.

Josephine no se mueve. No necesita preguntar nada. Lo sabe. Lo siente en la forma en que la observo, en la manera en que sostengo su guitarra como si fuera mía, en la tensión que crepita en el aire entre nosotros.

Ella sabe lo que soy para ella. Lo que siempre he sido.

—Entonces. ¿Te has divertido esta noche? —repito, más lento esta vez, más bajo, disfrutando del modo en que sus labios se presionan en una fina línea.

—No es asunto tuyo —contesta, su voz firme.

Me río. No un sonido alegre. No algo que alivie la tensión. Un susurro oscuro, pesado, lleno de una promesa que ella parece comprender de inmediato.

—No es asunto mío —repito, saboreando las palabras. Las pruebo en mi lengua, como si fueran veneno, como si fueran un error que debo corregir.

Josephine da un paso hacia atrás.

—Dame mi guitarra.

Hago girar el cuchillo entre mis dedos. La hoja refleja la escasa luz de la noche.

—Dame una razón para hacerlo.

Sus ojos oscuros buscan los míos a través de la máscara. Pero no puede verlos. No puede ver cuánto me ha roto.

—No tienes derecho…

—¿No tengo derecho? —interrumpo, acercándome. Siento cómo su cuerpo se tensa cuando me inclino, lo suficiente para que mi aliento roce su piel—. ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

Ella traga saliva, pero no se aparta más. Valiente. Mi pajarito es valiente.

Pero no lo suficiente.

—Lo besaste primero —susurro, arrastrando las palabras como una sentencia de muerte—. Fuiste tú.

Ella no responde. No lo necesita. La culpa está escrita en cada línea de su rostro.

Mi mandíbula se tensa. Aprieto la guitarra en mi mano.

—¿Sabes cuánto me ha dolido verte con él?

Ella cierra los ojos por un instante. Como si estuviera buscando fuerzas. Como si pretendiera que esto no está ocurriendo.

Pero lo está. Y no pienso dejar que lo olvide.

Siento la ira reptando por mis venas, oscura y venenosa, arrastrándose hasta la punta de mis dedos. La madera de la guitarra se siente frágil entre mis manos, demasiado frágil para contener todo lo que quiero desatar.

Josephine lo nota. Lo veo en la forma en que sus ojos se agrandan, en el leve temblor de sus labios entreabiertos.

—Voy a matar a tu novio rico. —dejo las palabras en el aire.

—No—susurra, apenas un aliento, pero lo escucho. —Lo… lo siento.

Sonrío bajo la máscara. No con burla, sino con algo más primitivo. Algo roto. Algo que ella ha provocado.

—No es suficiente con decirlo, pajarito—respondo, y antes de que pueda detenerme, antes de que pueda suplicarme, alzo la guitarra y la estrello contra el suelo.

El crujido de la madera al astillarse es un sonido delicioso. Un lamento que se mezcla con el jadeo entrecortado de Josephine cuando da un paso adelante, como si pudiera salvarla.

Pero ya es tarde.

Levanto lo que queda del mástil y lo azoto de nuevo contra la orilla de la barcaza que es mas fuerte que esta guitarra. Las cuerdas vibran con un último gemido de resistencia antes de romperse, una a una.

Josephine ahoga un sollozo, cayendo de rodillas frente a los restos de su guitarra. Sus manos temblorosas intentan juntar los pedazos, pero es inútil.

—¿Por qué…? —su voz se quiebra.

No me responde con gritos ni con insultos. No me golpea, no me enfrenta como tantas veces lo ha hecho. Solo llora.

Debería hacerme sentir satisfecho.

No lo hace.

Me arrodillo a su lado, inhalando el aroma de su cabello, el rastro de sal en su piel.

—Esto—susurro, deslizando el cuchillo por su mejilla sin cortar, apenas una caricia de acero—. Esto es por haberme roto el corazón.

Su llanto se intensifica, silencioso pero profundo. Inclino mi cabeza, mi máscara rozando su oído.

—Agradece que no fue tu cuello o el de él.

Ella solloza, pero no me aparta.

Me enderezo despacio, mirándola desde arriba, viéndola encogida sobre los restos de lo que una vez fue suyo. Lo que yo destruí porque ella destruyó algo dentro de mí primero.

—Si te vuelvo a ver con él… —hago una pausa, dejando que cada palabra se hunda en su pecho como un anzuelo—. Algo peor pasará.

Y sé que ella me cree.

Josephine tiembla. Sus dedos aún tratan de juntar los pedazos de su guitarra, pero sabe que es inútil. Todo lo que le quedó de ella está en ruinas, igual que mi paciencia, igual que la devoción ciega que le tuve. Me quedo de pie, mirándola desde las sombras. Disfruto su llanto tanto como lo odio. Porque esas lágrimas no son por mí. No son por lo que acabo de hacerle. Son por él.

—¿Por qué? —su voz es un susurro áspero, como si le doliera incluso hablarme.

—Porque me rompiste, pajarito —respondo, deslizando el cuchillo entre mis dedos con lentitud—. Y si algo se rompe… no puede volver a ser lo mismo.

Ella levanta la cabeza y me mira. Aún llora, pero hay algo más en sus ojos. Algo que en otro momento me habría encantado ver: rabia.

—Eres un maldito enfermo.

Sonrío bajo la máscara.

—Lo sé. Y espero que te enamores tanto de mí como yo lo estoy de ti.

Ella se pone de pie, sus puños cerrados con fuerza, su respiración entrecortada. Quiere gritarme, insultarme, tal vez golpearme. Y que lo haga, que me dé una excusa para sujetarla, para hacerle entender que lo que más me duele no es verla temblando, sino verla temblando por otro hombre.

—¿Crees que esto me detendrá? —su voz se rompe, pero sigue de pie, orgullosa incluso con el corazón hecho trizas—. No puedes controlarme. Él me gusta, él no necesita usar una ridicula máscara para acercarse a mí como tú. Tú eres un maldito psicópata, un… un asesino.

Doy un paso hacia ella. Veo el movimiento instintivo de su cuerpo, la forma en que su espalda choca contra la barcaza como si fuera a escapar, como si fuera a correr. Pero no lo hace.

Llevo mi mano a su mejilla y la obligo a alzar el rostro.

—Tienes razón —susurro, mi pulgar trazando el rastro de una lágrima—. No puedo controlarte.

Me inclino más, mi máscara rozando su piel.

—Pero sí puedo destruir todo lo que amas. Y tienes razón en otra cosa, él no es como yo pero te romperá igual y ¿Sabes qué? aquí estaré. Te lo prometo, recogeré todos tus pedazos, pajarito. Amarás a un asesino… y no querrás a nadie más.

Ella se estremece, su aliento entrecortado, su miedo latiendo justo debajo de su piel. Y lo disfruto. Me alimenta. Porque quiero que entienda que si va a jugar conmigo, si va a dejarme a un lado por otro hombre, entonces yo la arrastraré conmigo al infierno.

Pero antes de irme, antes de desaparecer en la oscuridad, me inclino aún más, mi máscara rozando su mejilla, y mis labios encuentran los suyos.

Es un beso cruel. No busca ternura, no busca perdón. Es posesión pura, es castigo. Siento su temblor, el miedo que la hace vacilar un segundo antes de apartarse. Pero no la dejo. Sostengo su rostro entre mis manos, obligándola a sentirme, a saborear lo que ha despertado en mí.

Ella me desea, pero quiere no hacerlo. Puedo sentir su sabor por encima de mi máscara, su calor y su leve gemido. Sí, fue como gimió por él, ahora lo hará conmigo. Y todo lo que le haga él, yo se

lo haré también pero de la forma más cruel, más dura y ella lo gozará.

—Sabes a *mía*—gruño, sin apartarme—no a jodidas fresas. *Mía*.

Cuando al fin la suelto, su respiración es errática. Sus labios están húmedos, abiertos, pero no dice nada. Solo me mira con esos ojos brillantes por las lágrimas que intenta contener.

Me separo lentamente, sin apartar mis ojos de ella.

—Duerme bien, Josephine.

Y luego desaparezco en la oscuridad.

Capítulo 21



Atrapada entre ellos…

JOSEPHINE

Nunca había besado a nadie.

Nunca me había gustado nadie.

Y ahora he besado a dos hombres.

A dos hombres totalmente diferentes.

Uno es luz, aunque veo oscuridad también. Y el otro… el otro ha salido del infierno directo a torturarme.

Theron y El Fantasma.

Ahora sí perdí la cabeza. Sentirme excitada, atraída y todo lo que está mal cuando estoy cerca de ellos. Uno no quiere que esté con él y el otro ni siquiera se imagina que en cualquier momento puede morir a manos de… mi acosador.

El frío se siente más crudo esta noche.

Mis dedos aún tiemblan, no sé si por la adrenalina, por el miedo o por la rabia que hierve en mis venas. Me abrazo a mí misma, sintiendo el vacío en el lugar donde antes estaba mi guitarra, donde antes estaba mi confianza, mi paz, mi maldita estabilidad.

Ya no tengo nada de eso.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de contener las lágrimas. Pero no lo logro.

Él me ha roto.

Se llevó algo más que mi guitarra, se llevó mi seguridad, mi orgullo, mi maldito corazón al amenazarme de esa forma. Y lo peor… lo peor es que lo besé de vuelta.

Siento su aliento todavía en mis labios, su agarre, su presencia pegajosa en mi piel, en mi mente, en cada jodido rincón de mi cuerpo.

Esto no está bien.

No puedo seguir así.

Pero, ¿qué puedo hacer?

Theron…

El Fantasma…

Estoy atrapada entre ellos.

Y en cualquier momento, uno de los dos me destruirá. O ambos.

Mis lágrimas aún queman mis mejillas cuando algo capta mi atención.

Un destello en la penumbra, un brillo a la orilla de la cama.

Parpadeo, mi respiración entrecortada. No puede ser…

Mi corazón da un vuelco cuando la veo.

Ahí está.

Una guitarra.

No cualquier guitarra. Es la misma que él destruyó, pero nueva, intacta, como si nunca hubiera sentido la furia de sus manos. Es perfecta, reluciente, con su madera pulida reflejando la tenue luz de la habitación. Y ahí, atado a las cuerdas, un moño de regalo naranja.

Mis piernas se sienten débiles cuando me acerco. Con manos temblorosas, tomo la pequeña nota que reposa sobre el cuerpo de la guitarra.

Una sola palabra.

Mía.

Mi estómago se revuelve.

Suya.

Suelta un sollozo entrecortado, uno que se ahoga en mi propia garganta.

No importa cuántas veces intente alejarme.

Él siempre encontrará la forma de reclamarme.

…

Mis dedos se deslizan por la pantalla con ansiedad. El teléfono aún tiene crédito, así que lo primero que hago es escribir su nombre en el buscador.

Theron Sterling.

No debería importarme, pero quiero saber quién es realmente. Y lo que veo me deja helada.

Maldito desgraciado. No es solo un médico. No es solo un neurocirujano.

Es un maldito multimillonario. Ya lo dijo El Fantasma. Lo llamó mi novio rico. Por supuesto, es dueño de hospitales por todo Inglaterra. Un prodigio en su campo. Huérfano, sin hermanos, dice la prensa.

Pero yo sé que eso no es cierto.

Tiene una hermana. Hunter.

Entonces… ¿por qué mienten? ¿Acaso tiene dinero suficiente para comprar hasta las noticias? Me recuesto en la cama, soltando el teléfono sobre mi pecho. Una semana. Ha pasado una semana y El Fantasma solo me ha observado desde las sombras. Una semana en la que no he cantado. Mi rodilla y mi dignidad aún duelen por igual.

Miro de reojo la guitarra. No iba a tocarla, rechacé su regalo… pero ¿qué culpa tiene la guitarra? Theron también dejó la suya aquí. No ha enviado un mensaje, no ha llamado, a pesar de que me dio ese absurdo regalo que nunca debí aceptar.

¿Y qué sucede con los regalos de estos dos hombres de todas formas?

Si en lugar de la guitarra hubiesen destruido mi móvil, tal vez estaría mejor.

Pero aquí estoy. Mis dedos tamborilean contra la madera de la barcaza, el único sonido en medio del silencio espeso que me rodea.

El teléfono sigue encendido, la pantalla brillando en la oscuridad con la información de Theron Sterling aún abierta.

Dueño de hospitales.

Neurocirujano prodigio.

Huerfano y solitario.

Mentira.

Su hermana existe. ¿Por qué esconderla?

Un escalofrío recorre mi piel cuando siento algo. No lo escucho, no lo veo… pero sé que está ahí.

Él.

Levanto la vista lentamente y, en la penumbra de mi habitación, veo la guitarra.

No la que destruyó.

No.

La guitarra que está ahí es nueva. En sus mejores días.

Cuerdas intactas. Madera impecable. Y una nota pegada en el cuerpo del instrumento, con una sola palabra escrita en tinta oscura:

Mía.

La habitación se siente más pequeña de repente. Mi respiración se vuelve superficial, mi garganta se cierra. Aprieto los puños sobre la sábana. ¿Están aquí? Mis ojos recorren las sombras, la sensación de ser observada eriza cada centímetro de mi piel. No puedo verlo, pero sé que lo está disfrutando. Sé que, donde sea que esté, está esperando mi reacción.

Me aferro al teléfono, sintiendo el impulso de llamar a alguien. Pero… ¿a quién? ¿A Theron? El pensamiento apenas cruza mi mente cuando la nota en la guitarra parece gritarme la respuesta.

Mía.

La ira hierve en mi pecho, mezclada con algo más oscuro, más retorcido. No sé si quiero gritar o si quiero tocar la maldita guitarra.

El aire se vuelve denso, pesado. Mis pulmones se cierran.

No hay oxígeno. Mis dedos se aferran a la sábana con desesperación, mis labios se entreabren intentando tomar aire, pero no llega. No puedo respirar.

No puedo…

Gritos.

Las paredes de aquella habitación. Las sombras que me mantenían atrapada.

Un año. Un maldito año. Las manos. Las voces. Los cuerpos presionándome contra un suelo sucio y áspero. La desesperación ahogándome. La certeza de que nunca volvería a ser libre. El mundo da vueltas. El terror me golpea el pecho como un martillo y me dejo caer sobre la cama, mi cuerpo doblándose sobre sí mismo, buscando una manera de desaparecer, de escapar de esta maldita jaula de recuerdos.

Y entonces…

Manos.

Unas manos que no son del pasado.

Son reales. Son de ahora.

Firmeza en mis brazos, calor en mi piel helada.

—¿Theron? —jadeo, intentando aferrarme a su nombre, a su voz, a su existencia.

—No me insultes, pajarito.

Su voz.

Rasposa. Grave. Cálida.

Mi corazón late frenético mientras mi pecho sube y baja sin control.

—Yo…

—Vamos, respira. Solo respira.

No lo veo bien. Las lágrimas nublan mis ojos, la luz es escasa, pero sé que es él.

Un ataque de pánico. Es por eso que cantar me ayuda, pero no lo he hecho, solo he estado encerrada en esto que llamo mi hogar.

Su toque es como veneno. Adictivo. Letal. Sus dedos se deslizan por mi brazo con lentitud, bajando por mi muñeca hasta entrelazar nuestros dedos un segundo.

Piel con piel. Un estremecimiento me sacude.

Se quita el guante con la otra mano y luego me toca. Directo sobre mi estómago.

Su palma está caliente, fuerte.

Su mano es fuego sobre mi piel.

Arde, y aún así no quiero que se aparte. Su pulgar se desliza en círculos sobre mi estómago, lento, pausado, como si supiera exactamente cómo me tiene, cómo me ahoga y me revive al mismo tiempo.

Mis labios se separan en un jadeo tembloroso.

El aire entra.

El aire sale.

Su palma baja un poco más, justo por encima del borde de mis pantalones cortos.

Me tenso.

No debería.

No quiero.

Pero mis caderas se curvan sutilmente hacia él.

Mi cuerpo traicionero, hambriento, reacciona antes de que mi mente pueda frenarlo.

—Pajarito. —Su voz es un susurro contra mi oído, oscura y seductora. —Solo tienes que pedirlo.

No debería.

No debería.

—Por favor…

Sus dedos se deslizan con suavidad, deslizándose bajo la tela. No debería quererlo, y más despues de haber tenido un ataque de pánico por todo lo que pasé, no debería tener esta naturaleza de ser… venerada, no debería excitarme con un asesino, pero lo hago. No, no esto no está bien.

Mi aliento se corta en un gemido ahogado.

Su otra mano se apoya en mi muslo, inmovilizándome con facilidad, con control absoluto sobre cada estremecimiento que me sacude.

Mi cabeza cae hacia atrás.

—Dime que lo sientes. —murmura. —Por romperme el corazón.

Mis pestañas tiemblan.

—Lo siento.

No sé si me refiero a su mano o a lo que me hace sentir o todo, por haberme visto con otro hombre. Sé que él llegó primero a mi vida que Theron, entiendo su dolor, pero esto, todo esto está mal y también confuso.

Quizás ambos.

—Así me gusta. —Su voz ronca resbala por mi piel como una caricia oscura.

Sus dedos bajan un poco más, deslizándose con una lentitud tortuosa. No me toca, pero sé que mi humedad ya traspasó los límites y solo tiene que deslizarse un poco más, pero la promesa arde en el aire entre nosotros.

Mi cuerpo está inmóvil, atrapado entre el deseo y el miedo.

No sé si quiero que se detenga o que siga.

Él lo sabe. Lo disfruta.

—Mírame, pajarito.

Abro los ojos con dificultad.

Y ahí está, su mirada penetrante perforando la mía a través de la máscara, oscura y peligrosa.

—¿Qué ves? —pregunta en un murmullo bajo, su dedo deslizándose un centímetro más.

Mi pecho sube y baja rápido, demasiado rápido.

—A ti. —Es un susurro, un gemido, una confesión.

Él se inclina más cerca, su aliento rozando mi mandíbula.

—Ves a alguien que podría destruirte.

Su dedo finalmente se mueve, presionando justo donde más lo necesito.

Un jadeo entrecortado se escapa de mis labios.

Él sonríe.

—Pero también a alguien que podría hacerte rogar por más.

Su toque es fuego y hielo al mismo tiempo, un roce apenas perceptible que hace que mi piel se erice, que mi cuerpo se arquee en busca de más. Y lo sabe. Maldito bastardo, lo sabe.

Sus labios se deslizan cerca de mi oído.

—Dímelo, pajarito. ¿Quieres que me detenga?

Su dedo traza círculos lentos en mi clítoris, agonizantes. Me retuerzo, mis piernas tiemblan, mi respiración es errática. Él no presiona más, solo juega, solo espera, solo… me tortura.

—Respira —ordena, su otra mano subiendo por mi espalda, deslizándose bajo mi camisa—. Respira o te haré respirar yo.

Un jadeo se rompe en mi garganta. No puedo pensar. No puedo hablar. No puedo…

—Eso es… Buena chica.

Mis uñas se clavan en su brazo cubierto de cuero cuando su dedo finalmente se hunde más. Demasiado lento. Demasiado preciso.

—Mírate, tan dulce y frágil… y aun así, dejándome hacer esto.

Su voz es puro pecado, el roce de su piel caliente contra la mía un castigo delicioso.

—Debería odiarte —susurro, con los ojos nublados, perdidos entre el placer y el miedo.

—Lo harás, pajarito. Pero antes de eso, me suplicarás.

Y entonces su mano se hunde más y yo grito. Grito como nunca antes lo había hecho, no de esta forma. Nunca había visto las estrellas, escuchar las mejores melodías en mi cabeza y sentir que vuelo.

Vuelo.

Capítulo 22



Y vuelo...

JOSEPHINE

Tiago volvió con otra propuesta. Esta vez, no pude negarme a usar la guitarra. Su guitarra. La de Theron.

Sé que El Fantasma estará molesto, pero no puedo simplemente aparecer con una guitarra nueva y fingir que nada ha pasado. Theron haría preguntas cuando me vea en la calle, y no sabría mentirle. Así que escondí la guitarra en el fondo del viejo armario, junto con mi vergüenza… la misma que me arde en la piel desde aquella noche. Desde que ese asesino, con manos crueles y voz peligrosa, me llevó a sentir lo que nunca nadie me había hecho sentir.

Mi primer orgasmo.

A manos de un hombre que ha quitado vidas.

Todavía puedo sentir las ráfagas tibias de mi propia liberación, el vértigo, la electricidad, su respiración agitada. La forma en que se llevó los dedos a la boca, por debajo de esa máscara, y probó mi sabor como si fuera el manjar más preciado. Estaba oscuro, pero juro… juro por todo lo que soy, que sus ojos brillaban. De hambre. De deseo. De poder.

Me quedé dormida. O me desmayé. No lo sé. Solo sé que, cuando desperté, él ya no estaba.

Y entonces, como un segundo acto inevitable, Tiago tocó la puerta.

Y ahora estoy aquí.

Otro evento.

Otro escenario.

Otro disfraz.

Esta vez, en un hotel pijo, rodeada de gente que huele a riqueza vieja y promesas rotas. Visto el mismo vestido —ese que él deboró con los ojos como si le perteneciera—, y he recogido mi cabello en un moño alto, prolijo, intocable. El tipo de moño que una

mujer lleva cuando quiere fingir control, aunque por dentro esté hecha polvo.

La música comienza. Mis dedos tiemblan sobre las cuerdas.

El mundo estaba en llamas y nadie podía salvarme más que tú
The world was on fire and no one could save me but you

Es extraño lo que la gente tonta hace por el deseo
It's strange what desire will make foolish people do

Nunca soñé que conocería a alguien como tú
I never dreamed that I'd meet somebody like you

Y nunca soñé que perdería a alguien como tú
And I never dreamed that I'd lose somebody like you

Y entonces, lo veo.

Theron.

De pie entre la multitud. Hablando con otro hombre, joven, de mandíbula tensa y traje caro. Theron no me quita los ojos de encima.

Y hay algo en su mirada que me paraliza.

Celos.

Molestia.

Saber.

Me ve como si supiera exactamente lo que hice. Como si pudiera olerlo en mí.

Intento sonreírle. Intento decir con mis ojos que estoy bien. Que me alegro de verlo despues de días sin saber de él y me doy cuenta que lo echaba un poco de menos. Pero no, él me ignora.

El otro hombre, su amigo tal vez, sigue su línea de visión y me encuentra a mí. Me observa con curiosidad, luego le da una palmada en el hombro a Theron.

Theron lo fulmina con la mirada.

Y entonces la veo a ella. Una mujer. Rubia. Perfecta. Con tacones de aguja y vestido caro.

Se acerca a él.
Lo toma del brazo.
Y él…
Le sonríe.
A ella.

Le toma de la cintura. Se inclina y le susurra algo al oído, algo que la hace reír.

Mi voz tiembla. Dejo de cantar por un instante.

Un solo instante. Pero en este mundo, los errores no se permiten. Y yo acabo de cometer uno. El amigo de Theron me ve, como si notara el temblor en mi cuerpo. Tiago, desde un costado, me hace una señal con la cabeza. Vuelvo a tomar aire. Vuelvo a fingir. Vuelvo a cantar.

No, no quiero enamorarme (este mundo solo va a romper tu corazón)
No, I don't wanna fall in love (this world is only gonna break your heart)

De ti (de ti)
With you (with you)

Justo cuando Theron se aleja.

Con ella.

Su mano aún posada en su cintura como si le perteneciera. Su novia. Lo sabía.

El Fantasma me lo dijo: *"Te romperá..."*

Y lo está haciendo.

Siento cómo algo dentro de mí se desmorona. Como si un camión me hubiera pasado por el pecho. Esto no era nada. Lo nuestro. Lo poco que fue. Fue un accidente. Un momento. Una ilusión. Theron solo sintió lástima. Solo fue amable. Solo fue humano… por un segundo.

Entonces ¿por qué mis ojos están llenos de lágrimas no derramadas?

Soy una idiota.

La canción termina. Algunas personas aplauden. Yo sonrío como puedo, agradezco con una pequeña reverencia y me alejo del micrófono. Busco con la mirada la salida más cercana.

Un baño. Un rincón. Un hueco en la tierra.

Cualquier lugar donde pueda romperme sin que nadie lo note.

Me escapo entre la gente como si pudieran tragarme, como si sus conversaciones huecas y sus copas de champán pudieran servirme de escudo. No sé a dónde voy. Solo quiero desaparecer.

Me duele el pecho. Me arden los ojos. El aire del hotel es demasiado fino para entrar en mis pulmones.

Camino rápido. Luego corro. Corro porque siento que alguien o algo viene detrás de mí y temo que sea El Fantasma que ha venido a burlarse de mí. Corro como si la vida dependiera de eso, correr, estoy cansada de hacerlo, cruzo el pasillo, pero el maldito lugar parece eterno y no encuentra una maldita salida.

Los tacones golpean el suelo con desesperación.

Y entonces escucho:

—¡Espera! ¡Oye, espera!

No me detengo.

No puedo.

No conozco esa voz, pero no puede ser nada bueno.

Pero una mano toma la mía, con fuerza, con urgencia.

Grito, asustada, sacudiéndome para soltarme.

—¡Dios! —dice el hombre, jadeando—. No voy a hacerte daño.

Me doy la vuelta, furiosa, temblando. Él levanta las manos en señal de paz.

El hombre que estaba con Theron.

—¿Estás bien? No quise asustarte. Joder, eres rápida.

—¿Qué?

—Eres Josephine, ¿verdad? Nos conocemos. Te he visto cantar en el parque. ¿Recuerdas?

Entonces lo recuerdo. Y es amigo de Theron. ¿Theron le habló de mí?

—Sí —respondo, apenas audible.

—Bien —dice él, más tranquilo—. Por favor, solo… sígueme. Te prometo que no soy un hijo de puta como mi amigo.

—¿Seguirte?

Lo miro con el ceño fruncido. Está nervioso, parece genuinamente incómodo. Guapo como un demonio, pero con algo roto en los ojos. Como si estuviera acostumbrado a limpiar los desastres que otros dejan atrás.

—Tranquila —dice—. Theron me pidió que te llevara con él.

—¿Por qué no viene él mismo? —lo escupo con amargura—. Ah, claro. Por la rubia. No quiere que su novia se entere.

Él parpadea.

—¿Novia? Mierda…

Siento que la rabia y el dolor me hierven en la garganta.

—Dile a Theron que se vaya al demonio.

Me doy media vuelta y corro. Doblo por un pasillo lateral, buscando un ascensor, una salida, lo que sea…

Y me detengo en seco.

El aire se congela. Theron está allí. Esperándome.

Apoyado contra la pared, como si hubiera estado un paso delante de mí todo el tiempo. Como si supiera exactamente dónde terminaría mi huida.

Me observa. No dice nada.

Su chaqueta abierta, sus ojos llenos de furia. Su mirada tan punzante como siempre.

Pero esta vez, hay tormenta en sus ojos.

—¿Terminaste de correr? —pregunta, con voz baja.

Me quedo paralizada. El mundo gira a mi alrededor, pero yo solo lo veo a él. A ese maldito idiota que me hace sentir como si fuera fuego y hielo al mismo tiempo.

—¿Qué quieres? —le espeto.

—Que dejes de hacer esto más difícil.

—¿Difícil para quién? ¿Para ti y tu perfecta rubia?

Él aprieta la mandíbula.

Da un paso hacia mí.

Yo doy un paso atrás.

—No es mi novia.

—Claro que no.

—Lirio de tigre… —mi nombre en su boca es un arma cargada.

—No me llames así —susurro—. No después de lo que hiciste.

—¿Qué hice? —me reta, su voz más oscura—. ¿Qué viste? ¿Qué creiste?

Me encojo. Porque tiene razón. Vi lo que quería y pensé lo más fácil.

Pero eso no significa que duela menos.

—Me rompiste —le digo. Recordando las palabras de El Fantasma. Entonces, así es como se siente.

—Todavía no —responde. Y su mirada… su mirada dice que aún no ha terminado. Su voz suena como una amenaza disfrazada de promesa.

Retrocedo hasta que mi espalda golpea la pared del pasillo del hotel. No hay nadie cerca. Solo el rumor lejano de la música, de las copas brindando, del dinero flotando en el aire. Y él, él con esa mirada de hielo que corta más que cualquier palabra.

—No esperaba verte aquí, me has tomado por sorpresa, Josephine.

Me rio y me cruzo por brazos por debajo de mis pechos, la forma en como estos estan tensos me sorprende y duele, y parece que Theron lo nota.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, la voz me tiembla pero no bajo la mirada.

Theron no contesta. Avanza.

Cada paso suyo es un golpe seco contra el mármol.

Cada paso me arranca el aliento.

—Te vi con ella —escupo, y mi voz sale más herida de lo que quiero—. No tienes derecho a seguirme después de eso.

Se detiene a solo un par de pasos.

Lo suficiente cerca para oler su perfume amaderado. Lo suficiente para que mi cuerpo recuerde su boca sobre la mía… la última vez.

Un beso.

Solo eso.

Y sin embargo me dejó temblando por horas. Pero no fue él quien me rompió primero.

Fue otro.

El hombre enmascarado.

El que me hizo tocar el cielo con los dedos… para luego desaparecer.

—¿Tú me vas a hablar de derechos, Josephine? —su tono baja, casi un susurro venenoso—. ¿Después de lo que hiciste?

Siento que el estómago se me cae. ¿Lo sabe?

—¿Qué… qué crees que hice?

Theron da un paso más. Ya no puedo escapar. Su sombra cubre la mía.

Me mira como si pudiera ver a través de mi ropa, de mi piel, de mi vergüenza.

Y entonces lo dice. Despacio.

—Te escuché… fui a verte. Y luego te vi dormida. Tenías los labios hinchados. El cabello desordenado. Y olías…

Traga saliva, como si se obligara a seguir hablando.

—Olías a otro.

Mis mejillas se incendian. El mundo gira un segundo.

No puede saberlo. No puede saber nada.

Mi respiración se vuelve errática.

—No sé de qué estás hablando —miento.

—Jodidamente lo sabes —dice, acercando su rostro al mío—. Se notaba. En cómo te movías. En cómo evitabas mi mirada esta noche. La culpa está en todo tu rostro.

—¿Y qué? ¿Me estás vigilando ahora? ¿Te crees mi dueño? —escarbo rabia para tapar el miedo.

Theron sonríe, pero no hay nada amable en su boca.

—No voy a dejar que otro te destruya antes que yo. Y sí, eres mía. ¿No te ha quedado claro?

Sus palabras me cortan como una navaja.

—¿Destruirme? ¿Tuya?

—Sí —responde, sin dudar.

Y no lo dice con orgullo. Lo dice como si ya lo hubiera hecho.

Como si supiera que lo hará, y aún así no se detendrá.

—¿Quién fue? —pregunta entonces. Bajo. Cruel.—¿Quién te tocó?

Yo trago saliva. Me tiemblan las manos.

Mi cuerpo recuerda esas manos glovedas deslizándose por mi piel.

La máscara. La oscuridad. El secreto.

—No es asunto tuyo —susurro.

Y Theron se ríe. Una carcajada seca, rota.

—Dios, eres peor de lo que imaginé.

—¿Y tú qué esperabas? ¿Una virgen esperando por ti, después de besarme y desaparecer?

Se detiene. Algo en su mandíbula se tensa. Su rabia se agrieta y por debajo aparece algo peor: dolor.

Dolor real.

—No puedo ser eso para ti —dice.

—¿El qué?

—Lo que tú buscas. No soy él.

—¿Y tú qué sabes de lo que busco? —gruño.

—Porque lo vi en tus ojos cuando me besaste. Vi lo que deseabas. Y no era a mí.

No, no, no. Eso es mentira. Yo no puedo… no puedo. Desear a El Fantasma. A un asesino. Mi corazón late tan fuerte que apenas oigo la música del salón.

no puedo desear al que me arrancó el alma con los dedos.

—Vete —le digo, con los ojos ardiendo—. No quiero verte más.

—Demasiado tarde —dice él, pero se aleja un paso.

Justo cuando creo que se irá, que me dejará respirar… se da la vuelta.

—Dile a tu amante —gruñe— que si vuelve a tocarte…

Se detiene. Su mirada se oscurece como una tormenta.

—¿Qué? —susurro.

Theron sonríe.

—Que lo mataré.

Y se marcha.

Yo me dejo caer contra la pared, temblando.

Porque no sé qué es peor.

La culpa.

La vergüenza.

O el miedo de que, en el fondo, lo que más deseo… es que ese hombre enmascarado vuelva a buscarme.

Me quedo en el pasillo después de que Theron se va. El silencio vuelve a caer como una sábana fría. Y yo… yo me siento rota.

Vacía. Llena de cosas que no entiendo. Camino por los pasillos del hotel sin rumbo. Me meto en el baño de uno de los pisos más altos. Dejo el bolso que ni siquiera recuerdo haber tomado cuando salí corriendo a un lado y me miro en el espejo.

Mis ojos están enrojecidos.

Mi cuello sigue enrojecido por su aliento.

El de él… el que me tocaran. El que probó mi piel como si fuera suya.

El Fantasma y Theron.

Mi cuerpo los recuerda.

Los odia.

Los necesita.

Y me odio por eso.

Cierro los ojos y me lavo la cara.

Agua fría.

No basta.

No basta para borrar su boca, sus dedos, el sonido de su respiración al otro lado de la máscara cuando…

Un golpe.

Un ruido detrás.

Un crujido seco, como si algo —alguien— hubiera empujado la puerta.

Giro bruscamente.

Nada.

Solo la puerta del baño de al lado entreabierta.

—¿Hola? —digo, en voz baja.

No hay respuesta. Pero el aire… el aire cambia. Se espesa. Se vuelve denso.

Y lo siento.

Lo siento.

Él está aquí.

Mi pecho sube y baja. Me acerco lentamente al cubículo. La puerta chirría al abrirla.

Vacío.

Pero al girar para salir del baño, él ya está ahí.

El Fantasma.

De pie, frente a la puerta. Cerrándola con seguro.

Lleva la máscara puesta. Oscura, perfectamente encajada sobre su rostro.

No dice una palabra. Solo me mira.

O eso creo. Porque no puedo ver sus ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurro, con la voz rota.

No se mueve. No habla.

Pero me lanza una sensación que me atraviesa la piel.

Deseo.

Y algo peor.

Pertenencia.

—¿Me seguiste?

Silencio.

—¿Sabes lo que me estás haciendo?

Y entonces lo hace.

Da un paso. Solo uno. Pero mi espalda ya está contra la pared.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Me tiembla todo. Siento la humedad entre mis piernas sin que me haya tocado siquiera.

—No puedes hacer esto —digo. Lo intento.

Él alza una mano enguantada. No me toca.

La apoya junto a mi cabeza.

Cerca.

Tan cerca.

—Theron… él va a matarte si se entera —susurro.

Una risa, casi inaudible, vibra en su pecho.

Como si la idea lo divirtiera.

O como si supiera algo que yo no.

—Él me vio. Me preguntó quién me tocó. Y no dije nada. Porque no sé quién eres.

No sé qué quieres.

Entonces me habla. Su voz sale baja. Grave.

Como si la arrastrara desde la oscuridad más honda.

—Quiero lo que ya es mío. Puedes decirle, dile que soy El Fantasma. Él… me conoce.

Mi corazón se detiene.

No por miedo.

Por el eco que esas palabras despiertan en mí.

—Estás mintiendo —digo, pero mi voz no convence ni a mí misma.

Su otra mano se mueve. Toca mi mejilla. Me acaricia con la yema del dedo como si midiera cada centímetro de mi piel.

No me besa.

No habla más. Y sin embargo lo siento todo. Está actuando extraño.

El calor.

El poder.

La promesa.

La oscuridad.

—¿Quién eres? —le pregunto otra vez, casi llorando.

Mis dedos se mueven hacia la máscara.

Quiero quitársela.

Necesito saber. Pero él toma mi muñeca antes de que llegue a tocarla.

—Aún no —susurra.

Y desaparece.

Así. Como un fantasma. La puerta se cierra sola. Y yo…

yo me dejo caer de rodillas. Porque no sé si acabo de soñar…

o de entregar mi alma al mismísimo demonio.

Capítulo 23



Estoy rota por ellos…

JOSEPHINE

El sonido de mis tacones repiquetea sobre el pavimento mojado, como si cada paso anunciara una pequeña rendición. Estoy cerca de casa. El aire huele a tierra húmeda, como si el cielo estuviera conteniendo el aliento antes de romperse.

La sensación de ser seguida la ignoro con una resignación cansada.

Ya sé que es él.

Sé que ha venido a burlarse de mí como lo hizo hace un rato en el baño. Viene de nuevo. A observar desde la sombra.

Y esta vez, simplemente no me importa.

Estoy rota.

Y los malditos tacones me están matando.

—Estás triste —dice su voz, más cerca de lo que esperaba.

Tan cerca que me eriza la espalda, pero no acelero el paso.

No esta vez.

—Eres bueno observando —respondo, sin mirarlo.

—¿Quién fue? —pregunta. —¿Es por mí?

—No. Pero creo que eso ya lo sabes.

Un gruñido ronco corta el aire. Su rabia se siente en el aire, casi viva.

—Me encargaré.

—No —respondo firme. No necesito otro hombre tomando decisiones por mí. No otra marca sobre mi piel.

Él se adelanta. Se coloca frente a mí, como si fuera un muro. Como si pudiera detener el mundo. Me encuentro con la oscuridad de su máscara otra vez. Siempre esa maldita máscara. Y me pregunto si lo que me tiene atrapada es él… ¿O es la máscara?

—Te ha hecho llorar —dice. Su tono es gélido, definitivo—. Nadie puede hacerte llorar. Excepto yo.

—¿Quién eres? —susurro. La pregunta de siempre, esa que nace entre mis huesos cada vez que lo veo.—¿Por qué me acosas?

—No te acoso —responde con esa voz baja que parece un murmullo del infierno—. Te protejo, Pajarito.

Sonrío con ironía.

Una risa sin alegría.

Una risa con cicatrices.

Veo mi barcaza a lo lejos. Hogar. Refugio. Prisión.

Me quito los tacones.

Mis pies tocan el césped y respiro por primera vez en todo el día.

Camino descalza hasta la entrada y me dejo caer sobre la hierba.

Me hundo en ella.

Me entrego mirando la pequeña cosa que llamo hogar y por primera vez, siento lástima por mí, soy una don nadie, ni siquiera tengo paredes reales donde vivir o una tierra que me pertenezca. El agua, es donde estoy siempre, sobre ella, pero se siente como si estuviera debajo, en lo más profundo. Quizas algún día lo esté.

Veo hacia arriba. El cielo está cubierto, al borde de estallar. Como yo.

El Fantasma se sienta junto a mí, en silencio. No lo veo bien, apenas una sombra entre los arbustos. Una silueta más oscura que la noche misma. Nadie podría notarlo si pasa cerca.

Pero yo sí lo siento.

Ojalá Theron lo viera.

Ojalá supiera que hay otro hombre que me toca sin mentirme, que me ve sin exigirme, que me rompe sin romperme.

—¿Dónde estabas hace diez años? —pregunto, apenas un susurro.

Una lágrima se escapa. Y luego otra.

Se pierden en mi cabello, en la tierra, en la oscuridad.

—¿Por qué no apareciste hace diez años cuando me llevaron?

—¿Qué ocurrió?

¿Qué ocurrió…?

Qué no ocurrió.

—Todo… Fantasma. Todo. Ellos me hicieron de todo.

El silencio que sigue no es vacío. Es denso. Como una promesa callada de destrucción.

—Fantasma —repito—, ¿ese es tu nombre?

—Cuando llevo la máscara, sí.

Su voz suena distinta ahora. Como si se esforzara por sonar más suave.

Pero debajo… debajo hay acero. Hay algo que me hace estremecer. La voz de Theron no es así. Theron es arrogancia, es fuego contenido.

Él es otra cosa. ¿O es que ya no sé distinguir?

—¿Y sin ella? ¿Quién eres?

Silencio.

—Un don nadie.

—Bueno —suspiro, dejando que mis dedos jueguen con un pedazo de pasto—, bienvenido al barco.

Nos quedamos en silencio. Yo en el suelo.

Él en las sombras. Y por una vez, no necesito hablar más. Porque con él, el silencio también duele. Y a veces… duele mejor que cualquier palabra.

Capítulo 24



Me ha roto…

EL FANTASMA

Yo soy el Fantasma.

Y ahora mismo, estoy hecho de sombras y furia. La lluvia comienza en silencio al principio, como si también tuviera miedo de tocarla. Las gotas se estrellan contra su piel pálida, contra ese rostro que incluso dormido parece estar suplicando descanso. Su respiración es suave, su cuerpo rendido sobre el césped empapado. No se mueve. No tiembla. No protesta.

Y eso me destruye.

Porque ella debería estar gritando, corriendo, maldiciendo al mundo.

Pero no. Está allí, dejándose empapar, como si ya no le importara. Como si no creyera que alguien vendría a salvarla. Y es que no lo hará nadie.

Excepto yo. Siempre ha sido así desde el principio.

Me acerco, cada paso hundido en barro. Mi ropa ya está empapada, mi máscara escupe gotas por los bordes. Pero no siento frío. Solo fuego. Un fuego que nace en mi pecho y se expande hasta los puños.

Ella dijo "de todo". Le hicieron de todo.Y yo…

Yo los voy a encontrar. A cada uno. Y los voy a matar.

Pero primero, me voy a encargar del imbécil que le hizo llorar esta noche.

—Mi pajarito… —susurro mientras me agacho.

La recojo con cuidado, como si fuera de cristal. Su cuerpo es liviano en mis brazos, pero cada segundo con ella me pesa en el alma. No abre los ojos. No se inmuta. Solo se acurruca contra mí, sin saber quién soy. Sin saber lo que haría por ella. Lo que ya he hecho.

Entro a la barcaza sin mirar alrededor. El interior huele a ella: a libros mojados, a flores secas, a sueños rotos.

La llevo directo a su cama que está a solo unos pasos. La recuesto con delicadeza, con una ternura que no sabía que quedaba en mí. Su vestido negro se le pega al cuerpo como una segunda piel, y joder… está empapado. Frío. Peligroso.

No quiero hacerlo.

No quiero tocarla así.

No así.

Pero si no lo hago, enfermará. Y prefiero que me odie por haberla visto vulnerable, a que amanezca con fiebre temblando sola en esta barcaza.

Respiro hondo.

Mis manos tiemblan.

—Lo siento —murmuro, aunque sé que no puede oírme—. No es por deseo, es por ti. Solo por ti.

Deslizo el vestido con lentitud, luchando contra cada curva, contra mi propia conciencia. Intento no mirar, joder, de verdad lo intento. Como un caballero. Como si no la deseara. Como si no soñara con esto cada noche desde que la vi.

Pero entonces… lo veo.

Una marca. En su vientre bajo, casi cerca donde la hice ver las estrellas cuando la toqué, justo donde el encaje muere y la piel habla.

Una Z. Con una corona encima.

Tinta negra. Precisa. Cruel.

Joder.

No.

No, no, no…

Mi respiración se corta. El corazón me martilla las costillas. La máscara me aprieta el rostro como una trampa y sin pensarlo, me la quito. La dejo caer al suelo con un golpe hueco. Estoy aquí, frente a ella. Desnudo. Expuesto.

Y ella no me ve.

Pero yo sí la veo.

Y esa marca… esa jodida marca… La conozco. Conozco la Z. Conozco esa corona.

La trata.

Ella…

Se la llevó la trata y sobrevivió, joder. Sobrevivió porque escapó, tuvo que hacerlo, nadie sale, solo las hacen entrar, pero nadie sale, al menos nadie vivo.

Mi garganta se cierra. Siento un rugido formarse en el fondo del alma. La rabia me quema las entrañas. La impotencia me perfora los huesos.

Mi pobre Josephine.

Mi ángel.

Mi maldita ruina.

Mi todo.

Y ni siquiera lo sabe aún.

Que estoy aquí.

Que la vi.

Que ya no hay vuelta atrás.

Ahora sé quién te marcó.

Y te juro por lo que me quede de alma…

que lo va a pagar.

CAPÍTULO 25



“Ella es mía…”

THERON

Me limpio la sangre del labio con la mano, la sensación metálica me hace fruncir el ceño. Fue un golpe limpio, directo, preciso. No lo vi venir. El hijo de puta apareció de la nada, como si la oscuridad lo hubiera engullido y lo hubiera escupido justo frente a mí. Un parpadeo, y su puño ya estaba contra mi rostro, dándome un dolor agudo que recorre mi mandíbula.

Respiro hondo, el ardor en el labio me irrita, pero no me voy a dejar vencer por esto. La rabia hierve en mis venas, mi cuerpo se tensa, mis puños se cierran con fuerza. Lo encontraré, hijo de puta. Te voy a hacer pagar por esto, por cada centímetro de mi piel que tocaste. No importa cuán bien te escondas, no importa cuánto tiempo me lleve. No te vas a escapar.

Limpio la sangre con más rabia de la que debería, mi mirada fija en el vacío mientras mis pensamientos se alinean con el propósito. El golpe solo es un recordatorio: siempre tengo que estar preparado, siempre tengo que anticiparme. Esta vez, no será una simple lección para ti, será el principio de algo mucho más doloroso.

—Solo me dijo tres palabras —murmuro, con la voz aún densa por la rabia—: "Ella es mía".

Ella.

Josephine.

Sé que estaba hablando de ella. No necesito confirmación. El modo en que lo dijo, el veneno en su voz, la obsesión que cargaba cada sílaba… era él. Su amante. El fantasma. El jodido fantasma que la mira desde las sombras, que la ronda como si tuviera algún derecho sobre ella.

Mis nudillos crujen al apretar el puño. Lo voy a encontrar. Voy a hacer que me mire a los ojos cuando lo destruya.

Escucho pasos a lo lejos. Ronnie y Iván vienen hacia mí, ambos con esa mezcla de tensión y respeto pintada en la cara. Ronnie me mira el labio, luego me lanza una media sonrisa.

—¿Entrenamiento duro? —pregunta con sorna.

—Algo así. —Escupo sangre al suelo y me enderezo—. ¿Qué tienes?

Ronnie se acomoda la chaqueta, como si no supiera por dónde empezar.

—Hay un hombre que quiere conocerte. Dice que sabe dónde está tu hermana.

Mi cuerpo se queda inmóvil por un segundo. Lo miro, buscando señales de broma o mentira. Pero no hay nada. Sólo seriedad.

—¿Un hombre? —repito—. Los hombres que aparecen de la nada no son de confianza.

—Lo sé —responde Ronnie con calma—, pero este no es cualquiera. Se apellida Ashford. Infiltra a sus hombres en la trata, ha desmantelado algunos burdeles en Asia, ha estado desmontando células durante años. Parece que ha seguido una pista que lo llevó hasta Europa... y tiene información valiosa.

Mi mente va a mil.

—¿Cómo sabe que es mi hermana? Nadie sabe de Hunter. Nadie.

Iván interviene ahora, con su voz grave:

—Por otro hombre, un Suizo, lider de la mafia. Los vio juntos, creo que el tipo se hizo su amigo y los escuchó hablar, ella…ella dijo tu nombre y donde encontrarte. Tambien su hombre encontró un diario. Lo encontró en uno de los almacenes que desmantelaron en Yakarta. Estaba oculto en un doble fondo, dentro de una mochila. La mayoría estaba escrito en clave, pero hay nombres… uno de ellos, Hunter. Y hay dibujos, fechas, incluso una fotografía desgastada. Una niña con los ojos vendados, y en el reverso, tu nombre completo escrito a mano.

Me cuesta tragar saliva. Sabían de Hunter, fue por mí, se la llevaron por mí.

—¿Estás diciendo que alguien lo sabía?

—O que ella lo escribió —responde Ronnie—. Tal vez como forma de pedir ayuda. Tal vez sabía que algún día lo encontrarías.

Siento el corazón golpear con fuerza contra mis costillas.

—¿Dónde está ese hombre? El tal Ashford y el Suizo.

—Ashford en el muelle. Esperando. Dice que no tiene mucho tiempo. Preguntale por el Suizo.

Asiento. No me gusta. No confío. Pero si hay una mínima posibilidad de que sea real… de que mi hermana esté viva y en algún rincón del mundo esperándome… no voy a desperdiciarla.

—Prepárense. Si esto es una trampa, quiero saberlo antes de que siquiera respire cerca de mí. Pero si es verdad… —miro a Ronnie y a Iván con los ojos encendidos—, entonces este hombre va a tener mi atención completa.

…

La tensión en el aire se corta como un cuchillo cuando los tres nos dirigimos hacia el vehículo. No hay más palabras. Solo el sonido del motor arrancando, el rugir bajo el metal, el ruido sordo de los neumáticos rozando el asfalto. El viento nocturno entra por las rendijas de las ventanas, agitando la memoria, como si cada centella en el cielo me recordara a Josephine, a la imagen de su rostro

asomando entre las sombras, como si siempre hubiera estado a un paso de escapar, como si todo esto fuera una prueba.

La ciudad de Londres se despliega ante nosotros, una jungla de luces y sombras. Mis pensamientos son un torbellino de dudas y promesas rotas. Cada esquina podría ser una pista, cada calle un callejón sin salida. Mi hermana… y ese maldito fantasma.

El muelle llega rápido, y no me sorprende ver que la zona está desierta, la humedad del mar lo envuelve todo. Las luces parpadean como si lucharan contra la oscuridad que se despliega sobre nosotros. El coche se detiene a unos metros de un pequeño embarcadero. Allí está él. Un hombre de traje oscuro, erguido, como si no le importara la lluvia que empieza a caer, la niebla que se levanta entre las sombras.

El ambiente está cargado de tensión cuando me encuentro cara a cara con el hombre que, al parecer, es el mensajero de Ashford, lo sé porque una fotografía del tipo me llegó en el camino y no se ve como él. Mis hombres y Ronnie e Iván tienen las armas listas, pero no apuntan directamente, solo se mantienen alerta. Yo también lo estoy, pero mi mirada está clavada en el tipo frente a mí. No me gusta su calma. Todo esto me huele a un juego de poder.

El hombre me mira con una frialdad calculada y, con una voz firme, dice:

—Señor Sterling, lamento mucho que el señor Ashford no haya podido venir. Me envió a mí en su lugar. De todas formas, yo fui quien encontró a su hermana.

Al escuchar su mención de mi hermana, mi estómago da un vuelco. Un nudo de tensión me oprime el pecho, pero logro mantener el control.

Ronnie e Iván siguen vigilando cada uno de sus movimientos, sin bajar las armas, pero con una ligera calma, como si ya estuvieran acostumbrados a este tipo de encuentros.

—Tranquilo —continúa el hombre con voz pausada—, el señor Ashford y usted luchan por lo mismo.

Mi ceja se levanta, una sombra de desconfianza cruza mi rostro.

—No sé de qué hablas, solo soy un neurocirujano.

El tipo sonríe, un gesto frío y calculado. Es algo viejo, pero parece que ha visto demasiado, usa gafas y no creo que se le escape nada. Su mano está en su arma, lo puedo ver, pero somos más, aunque su auricular me dice que alguien más está escuchando está conversación.

—Sabemos que es eso y mucho más, señor Sterling. Solo los grandes lo saben: sus aliados y enemigos. El señor Ashford es lo primero. No es un enemigo.

No me convence. Todo en él me grita que está manipulando algo, pero no tengo tiempo para cuestionarlo demasiado. Necesito respuestas.

—¿Cómo encontraste a mi hermana? —pregunto, mi voz firme, aunque mis puños están apretados, esperando la respuesta.

El hombre hace una pausa, como si saboreara el momento. Finalmente, habla con voz grave.

—La vi. Estaba con el Viper, el líder de la mafia suiza. Parece que eran cercanos... amigos.

"Amigos". Esas palabras me golpean como un martillo. No puedo creer lo que estoy escuchando. He escuchado hablar de ese hombre y el maldito es muy bueno en lo que hace, no como yo, por supuesto, pero que esté cerca de mi hermana lo hace mi enemigo.

—¿Amigos? —le respondo con dureza, mi incredulidad evidente—. ¿Me estás diciendo que a mi hermana la tiene un hijo de puta suizo que además es el líder de la mafia?

El hombre no se inmuta ante mi tono. Su mirada sigue fija en la mía, como si todo esto fuera una simple transacción.

—Así como usted odia el mundo de la trata, también lo hace él —responde con calma—. Lo conocemos. Yo solo soy un soldado, me infiltro y rescato. Pero lo que vi llamó mi atención, él estaba dándole un cuchillo, ella pudo matarlo ahí mismo en ese restaurante, pero no lo hizo. Creo que él estaba demostrándole algo. He visto a muchas mujeres ser vendidas, ejecutadas, pero también hay otras, las especiales, se venden o alquilan por una noche con gente importante, era la primera vez que miraba a su hermana y creo que también fue su primera vez fuera del cautiverio donde la tienen.

También encontré un diario con una fotografía de su hermana y su nombre.

El hombre saca el diario, lo sostiene en su mano, y lo extiende hacia mí. Un impulso primario me lleva a intentar quitárselo de las manos de inmediato, pero cuando estoy a punto de hacerlo, se detiene. Su voz se vuelve más grave.

—Queremos que nos ayude primero.

Mi mirada se endurece.

—¿Ayudarles? —repito, una mezcla de incredulidad y furia.

El tipo sigue sin inmutarse, su expresión inalterada.

—Usted y mi jefe quieren lo mismo.

Mi ceño se frunce. Esta conversación no me gusta ni un poco.

—Así que quieren una alianza —digo, entendiendo lo que hay detrás de sus palabras.

Él asiente, casi sin pestañear.

—Así es. La mafia suiza y de Londres es lo que el señor Ashford necesita para desmantelar ese infierno. Lamento mucho tener que decirle esto, señor Sterling, pero si se toma el tiempo para pensarlo, me temo que no podrá salvar a su hermana. Si Viper, el señor Maximilian Hass es descubierto no volverá a ver a su hermana. Creo que el señor Viper no sabe que ella es su hermana.

El frío en mi pecho se intensifica, pero todo lo que sé es que tengo que tomar decisiones rápidas. El peso de encontrar a mi hermana me hace seguir su juego por ahora.

—Bien, pero tengo que reunirme con el señor Ashford —le digo, sin darle demasiada importancia a sus palabras de "alianza" por el momento—. No te ofendas.

—No me ofendo, señor. Solo soy un mensajero. El señor Ashford se reunirá con usted pronto.

Me entrega el diario con un gesto firme, y me cuesta no arrancárselo de las manos. Lo sostengo con fuerza mientras sigo observando al hombre.

—¿Y mi hermana? —pregunto, cada palabra cargada de desesperación contenida.

El soldado no parece afectado por mi tono. Responde de manera seca, como si todo estuviera calculado en su mente.

—Si Viper puso los ojos en su hermana, sabrá quien es, la traerá con usted. Se pondrá en contacto primero. El señor Viper no confía en cualquiera.

Esas palabras me retumban en la cabeza, pero no me doy el lujo de mostrar debilidad. Estoy en control, aunque no lo sienta.

—Bueno, yo tampoco —respondo, mi voz baja, pero llena de veneno—. Y si hablas con él, dile eso: me aseguraré de encontrarlo primero y traer a mi hermana a casa.

El hombre asiente, sin un atisbo de emoción en su rostro.

—Se lo diré, señor Sterling.

Lo miro un último segundo antes de que se dé media vuelta y se pierda en la oscuridad de la noche. Siento el peso del diario en mis manos, y aunque no tengo todas las respuestas, sé una cosa con certeza: no me detendré hasta traer a mi hermana de vuelta.

Capítulo 26



No tengo miedo…

JOSEPHINE

El sonido del metal rozando contra sí mismo llena la habitación. Es un sonido frío, afilado, que me hace tragar en seco.

Estoy atada. No con sogas, sino con algo mucho peor: él.

Su presencia es la verdadera atadura. Su control. Su sombra acechando cada uno de mis movimientos.

El hombre enmascarado se inclina sobre mí, la calavera cubriendo su rostro, dejando visibles solo sus ojos. Son oscuros, insondables, y me observan con una intensidad que me hace sentir desnuda. No importa que todavía tenga la ropa puesta. Bajo su mirada, es como si ya no existiera nada entre nosotros.

En su mano sostiene algo delgado y afilado. Una navaja.

La desliza entre sus dedos con una facilidad aterradora, girándola con movimientos perezosos, como si fuera una extensión natural de su cuerpo.

—¿Tienes miedo? —pregunta, su voz amortiguada por la máscara, volviéndose un susurro grave y peligroso.

Niego con la cabeza.

Él ríe, un sonido bajo y gutural que me recorre la piel como un escalofrío.

—Mentirosa.

El filo de la navaja roza mi clavícula, apenas un roce, pero lo suficiente como para que mi piel se estremezca. No corta. No todavía. Es un juego. Uno en el que él dicta las reglas.

Desliza la punta del metal lentamente por mi cuello, bajando hasta mi pecho, apenas aplicando presión. Mis labios se separan, mi respiración se agita, pero no es miedo lo que me invade. Es algo peor. Algo que no quiero admitir.

—Mira cómo reaccionas. —Su tono es puro veneno, una burla envuelta en terciopelo.

La navaja sigue su recorrido descendente, trazando líneas invisibles sobre mi piel. Y luego, sin previo aviso, un pequeño desgarro.

Mi camisa se abre con un sonido breve y cortante.

Mi cuerpo entero se tensa, mi pulso golpea con fuerza en mis venas.

—No me gusta la ropa innecesaria. —Él inclina la cabeza, observando su propio trabajo como si fuera un artista satisfecho con su obra.

Mi respiración es errática cuando la navaja vuelve a moverse, esta vez trazando un camino descendente por mi estómago, tan lentamente que siento cada segundo alargarse en mi piel.

—Sabes lo que más me gusta de esto… —murmura, presionando la punta del metal justo por debajo de mi ombligo—. Que no puedes decidir si quieres que me detenga… o que continúe.

Mi cuerpo arde, mi mente se ahoga en contradicciones. Él lo sabe. Lo disfruta.

De repente, su otra mano se desliza por mi muslo, fuerte, posesiva. Me estremezco. No por miedo, sino por la brutal conciencia de que ya no tengo control.

Él lo tiene todo.

La navaja se desliza más abajo, y su toque se vuelve más exigente.

—Vas a rogarme que termine… o que nunca lo haga. —Su promesa cae como un golpe sobre mi piel ardiente.

Y en el fondo, sé que tiene razón.

Abro los ojos de golpe.

El ruido de la lluvia es ensordecedor. Golpea el techo de la barcaza con furia, como si quisiera abrirse paso a la fuerza. Estoy sudando frío. El pijama se me pega al cuerpo, y tengo la garganta ardiendo. Me duele la cabeza, como si alguien me hubiese golpeado con un mazo mientras dormía.

Y ese ruido. La gotera.

La maldita gotera.

Miro hacia la esquina, donde la lona que había puesto la semana pasada ya no está. El viento debió arrancarla. El cubo

debajo está al borde de rebalsarse. Si no hago algo pronto, el agua va a inundarlo todo. No puedo dejar que pase de nuevo. No con mis libros allí. No con mis cosas.

Me arrastro fuera de la cama. Me tiembla el cuerpo entero. Busco mis botas, las de goma vieja, con barro seco aún pegado a los costados, y un chubasquero que apenas me cubre del viento. Abro la puerta.

El frío me corta la cara de inmediato.

La lluvia cae como cuchillas, y el viento me empuja hacia atrás, haciéndome tambalear. Pero sigo adelante. Subo al techo de la barcaza con torpeza, sujetándome con fuerza. Me cuesta ver, el agua corre por mi cara, por mi cuello. Extiendo el plástico nuevo para cubrir la gotera, luchando contra la fuerza del viento.

Y entonces…

Resbalo.

Siento el mundo girar, el techo desaparece de debajo de mis pies. Mi espalda golpea contra la baranda de metal y luego… la oscuridad.

…

Cuando vuelvo a abrir los ojos, no estoy en mi barcaza. La cama bajo mi cuerpo es demasiado suave. Las sábanas huelen a madera, y un aroma que… no, no puede ser.

Parpadeo con fuerza.

—Josephine.

Theron.

Intento incorporarme, pero la cabeza me da vueltas.

—¿Cómo te sientes? —su voz es baja, cargada de preocupación.

—¿Qué… qué hago aquí? —pregunto con un hilo de voz.

Me examina con una linterna médica, sus dedos firmes, profesionales, pero la manera en que me mira no tiene nada de clínico.

—Sigue mi dedo, por favor.

Obedezco, tragando saliva. Mis ojos siguen el movimiento de su mano. Ese rostro perfecto está tan cerca que me cuesta mantener la calma.

—¿Cómo te llamas?

—Josephine.

Él asiente, satisfecho.

—Bien. Creo que estarás bien.

—¿Qué me pasó?

—Te encontré desmayada, estabas sangrando. Vi tus botas, el techo mojado, la lona rota… no fue difícil deducir lo que había pasado. Ibas a enfermarte si seguías ahí.

—Y me trajiste aquí —susurro.

—No iba a dejarte tirada con la cabeza abierta.

Lo miro, intentando leerlo. Está más desordenado de lo habitual, con el cabello revuelto y la mandíbula tensa. Su camiseta negra está pegada a su torso, mojada. Debió sacarme del agua. Debió cargarme bajo la lluvia.

—Sé que fui un idiota. Lo siento —dice, rompiendo el silencio.

Lo miro con incredulidad.

—¿Lo sientes?

—Sí, Josephine —responde, su voz ronca—. No soy bueno en estas cosas, sabes… pero contigo...

Se detiene. Cierra los ojos por un segundo, como si buscara las palabras. Luego me mira de nuevo, y lo que veo en sus ojos me deja sin aire.

—Contigo es distinto. Me jodes la cabeza. Me haces querer cosas que no deberían importarme. Y aún así, aquí estoy.

—¿Qué cosas?

Sus ojos bajan a mis labios. Luego suben. Su respiración se entrecorta apenas. Se acerca, lo suficiente como para que sienta el calor que emana de su cuerpo.

—La manera en que me miras cuando crees que no me doy cuenta —susurra—. El hecho de que vives sola en una barcaza con goteras, y aún así no pides ayuda. Que te levantes bajo la tormenta a arreglar un techo. Que te caigas y ni siquiera llores. Que no te rindas.

Me tiembla el pecho. Sí me he rendido, pero la vida no parece escucharme, sigo despertando cada mañana, haciendo las cosas de nuevo, una y otra vez.

Quiero llorar. No sé si es por sus palabras o por lo cerca que está.

—Y tú, Theron… ¿qué haces con todo eso?

Él sonríe con un gesto amargo.

—Intento no destruirlo.

Se inclina más. Sus labios casi rozan los míos.

—Pero te juro que cada parte de mí quiere probarte, Josephine.

Mi corazón late con fuerza. Él está ahí, tan cerca, y no me toca, como si temiera romper algo. Como si yo fuese más frágil de lo que aparento.

—Hazlo —susurro.

Sus ojos se clavan en los míos, intensos, hambrientos. Pero no se mueve.

—No esta vez —murmura.

—¿Por qué no?

—Porque acabas de golpearte la cabeza. Porque estás vulnerable. Porque si lo hago ahora… no me voy a detener.

Cierro los ojos, frustrada.

—Entonces aléjate.

—No puedo.

Me acaricia el rostro con el dorso de la mano. Su tacto es suave, contrario a todo lo que representa. Me estremezco.

—Te quedarás aquí esta noche —ordena.

—Theron…

—No discutas. Te haré algo caliente para beber y revisaré de nuevo la herida. Mañana… mañana veremos qué mierda hacemos tú y yo.

Y se levanta. Su figura desaparece por la puerta mientras yo me quedo ahí, en su cama, envuelta en su olor, temblando por dentro. No por la fiebre. Por él.

Estoy en su cama. No debería estar aquí, pero no puedo moverme. No quiero moverme.

Puedo olerlo en las sábanas. En mi piel. En la forma en que el silencio vibra en esta casa. Oigo sus pasos allá a lo lejos, en la

cocina. El golpeteo de algo caliente en la estufa. Sus movimientos firmes, controlados. Me abruma. Me tranquiliza.

Pero cuando la puerta se abre de nuevo y lo veo entrar con la taza entre las manos, mis piernas se tensan. Theron me observa con algo oscuro en la mirada. Se sienta al borde de la cama y me entrega la taza. Ahora lleva unos pantalones de dormir y… no tiene camisa. Puedo ver cada parte, cada tatuaje, cada…parte, hermosa de su cuerpo, tan perfecto…tan…

—Bébelo. —Su voz es baja, áspera.

¿Qué?

Lo hago, aunque me tiemblan las manos. Cuando dejo la taza a un lado, él no se aparta. Me mira con una mezcla de hambre y contención. Y entonces, sin decir nada, me abre las piernas. Su fuerza es controlada, cuidadosa, pero determinada. Yo no lo detengo. Dejo que lo haga. El aire se corta cuando sube mi camisa. Me siento expuesta. Vulnerable. Pero también… viva.

Y entonces lo ve. La marca en mi vientre bajo.

Una Z. Una corona.

Grabadas con fuego. Con dolor. Con pasado. Theron se congela.

—¿Qué es eso? —me pregunta con voz temblorosa.

Desvío la mirada.

—No voy a hablar de eso contigo ahora.

—¿Entonces cuándo?

—Nunca. ¿Por qué?

Levanto la vista. Me está mirando como si ya supiera la respuesta, pero necesitara oírla de mi boca.

—Porque voy a encontrarlos, Josephine —dice—. Por ti. Y voy a matarlos.

Me quedo sin aire.

—Voy a salvarte.

Lloro. Lloro de verdad, sin poder contenerlo. Me lanzo hacia él y lo abrazo. Lo aprieto con desesperación. Su pecho está caliente. Late con fuerza. No es un asesino, él es una buena persona, un buen médico.

—Me salvaste —le susurro—. Ese día… ¿recuerdas? Ya lo hiciste.

—No fue suficiente —gruñe. Su voz se rompe—. Era un niño. Hubiera hecho más.

—Hiciste lo que podías hacer. Y ahora estamos aquí.

Hay un silencio que quema. Una pausa larga, llena de todo lo que nunca se dijo.

—¿Escapaste?

Asiento.

—Sí, lo hice. Escapé.

Me mira. Sabe que hay más.

—¿Qué más quieres saber, Theron? ¿Cuántos me violaron? ¿Cuántas pollas metieron en mi boca?

Él traga saliva, pero no me detiene.

—Fueron muchas. También me ataban. Les gustaba hacer eso. ¿Quieres atarme tú también?

Y entonces me besa. No como antes. Este beso duele. Es crudo, desesperado. Como si intentara borrar cada cicatriz con la boca, con la lengua, con la rabia. Me empuja hacia el colchón, y siento su cuerpo arder sobre el mío.

Pero luego se aparta.

Se pone de pie.

Sale de la habitación.

Y cuando regresa… trae…unas cuerdas. Mi cuerpo se tensa de inmediato. Niego con la cabeza.

—¿Qué haces?

Se acerca. Se arrodilla frente a la cama, con los ojos en los míos.

—Quiero que me ates. A la cama. Quiero que tú tengas el control.

Lágrimas vuelven a mis ojos. Lo veo ahí, ese hombre indomable … rogándome con la voz rota. Lo veo y entonces lo comprendo.

Quiere salvarme. Quiere borrarlo todo.

—¡Hazlo!

No es un grito.

Es un lamento. Una súplica. Quiere que lo haga. Quiere entregarse. Quiere liberarme de mi historia… dejándome escribir una nueva sobre su piel. Y yo también lo deseo. Así que me levanto de la cama. Tomo las cuerdas con manos temblorosas. Y lo ato. No como víctima. Como sobreviviente. Como mujer. Como dueña de mí misma, por primera vez. Sus muñecas están atadas al cabecero de hierro.

Lo hice con firmeza.

Con intención.

Theron me mira desde abajo, con el pecho desnudo, la respiración agitada. Nunca lo había visto así. Nunca lo había sentido así.

—¿Te sientes seguro? —pregunto, mi voz es apenas un susurro, pero él asiente, sin dudar.

—Contigo, siempre.

Me tiembla el cuerpo, pero no es por miedo. Es por lo que él me hace sentir… por lo que me permite sentir. Me mira desde la cama, atado, con los músculos tensos, la respiración contenida. Entonces, lo dice. Con esa voz ronca, rota, pero tan segura.

—Si alguna vez vas a confiar en alguien, que sea en mí. Si alguna vez vas a hacer algo solo porque lo deseas, hazlo ahora. Si quieres dominar, dominarme de verdad… —levanta apenas la barbilla, sus ojos se clavan en los míos—. Si quieres vengarte del mundo… si quieres aprender a sentir otra vez… si quieres sentirte adorada… si quieres que alguien bese tus cicatrices…

Hace una pausa.

Un silencio brutal.

—Siéntate en mi rostro, Josephine.

Mi corazón se detiene.

—¿Qué…? —respiro, apenas un murmullo.

—Hazlo. Ahora. Quiero saborearte. Quiero darte placer con mi boca hasta que te rompas sobre mí. Hasta que te olvides de todo. Déjame hacerlo. Déjame arrodillarme desde abajo.

No sé si estoy llorando o jadeando. Me acerco. Llevo solo ropa interior y una camiseta que debe ser suya. Me quito las bragas. Mis rodillas tiemblan al subir a la cama. Me coloco sobre él, sobre su

pecho primero. Lo miro. Sus ojos no se apartan de los míos ni un segundo.

—¿Estás seguro? —le pregunto. Porque necesito escucharlo otra vez. Porque mi cuerpo está ardiendo, pero mi alma aún duda.

Él asiente.

—No quiero que te sientas usada, quiero que te sientas elegida. Hazlo por ti. Porque puedes. Porque nadie más decidirá por ti nunca más.

Siento un nudo en la garganta. Lo hago. Me deslizo hacia arriba. Mi cuerpo temblando, mis piernas abiertas, mis muslos a cada lado de su rostro. Él jadea bajo mí, y yo no sé si estoy viva o soñando.

Y entonces su boca me toca.

Un gemido ahogado escapa de mí. Me arqueo hacia atrás. Él me come con su boca con fuerza, me devora sin prisa, como si no hubiera nada más en el mundo.

Y por primera vez, no siento miedo.

Por primera vez, me siento adorada.

Su lengua es todo: consuelo, castigo, placer y perdón.

Mis dedos se aferran al cabecero. Me mueve con su boca como si fuera suya, me hace gritar su nombre, me hace olvidarme de todos los otros. Y cuando me deshago en su boca, cuando mi alma se rompe y mi cuerpo se incendia… Lloro. Pero esta vez… no es por dolor. Es por él. Mis labios tiemblan. Él está atado. Pero soy yo quien está temblando.

—Eso es. Buena chica.

Me inclino sobre él. Le beso el cuello. El mentón. La comisura de los labios. Siento cómo su cuerpo se tensa bajo el mío, como si estuviera al borde de una explosión.

—Te deseo —susurro, sin máscara, sin miedo—. Pero también me duele.

—Lo sé —gruñe—. No voy a obligarte a nada. Pero, si lo haces… que sea porque te mueres por tenerme. No por pena. No por el pasado. Solo por eso.

Lo miro a los ojos. Su mandíbula está apretada, sus puños cerrados, tirando contra las cuerdas. Lo está controlando todo.

Incluso atado. Muchas veces fui atada, golpeada, escupida, insultada. Pero nada de eso se ve como esto. Esto es otra cosa, devoción, control, incluso…incluso amor. ¿Será posible? Que alguien pueda sentir amor o una entrega completa por mí. Puedo hacer lo que sea, así. Hacerle daño, golpearlo, escupirlo. Pero no lo hago, jamás podría verlo como una presa.

Ni siquiera el corazón me late por miedo. Por un ataque de pánico, él no me los recuerda. ni El Fantasma me hizo que los recordara, es como si borraran eso de mí. Así que quiero esto, lo quiero tanto.

—Lo quiero —digo con un hilo de voz—. Quiero tener el control… por primera vez. No por ellos. Por mí. Porque tú... me haces sentir viva. Me haces sentir algo bueno.

Él respira hondo, como si mis palabras fueran gasolina y su pecho, fuego.

—Entonces hazlo. Pero hazlo bien —gruñe—. Móntame como si me odiaras. Como si me desearas. Como si no pudieras respirar sin esto.

Mi cuerpo se estremece.

Desciendo. Mis labios bajan por su pecho. Le muerdo, sin suavidad. Un gemido ronco se escapa de su garganta.

—Joder, Josephine…

Me acomodo sobre él, rozando su abdomen con mis caderas. Mis dedos lo guían. Él aprieta los dientes. Le bajo la ropa, no tiene ropa interior y libero su gran polla, una hermosa y brillante polla. He visto muchas, pero esta es mía. Esta la deseo. Y voy a tomarla. A él. A todo. Su espalda se arquea violentamente, tirando de las cuerdas. Maldice en voz baja. Y su voz es un golpe de placer que me sacude desde dentro.

—Así… —masculla—. Maldita sea… así me vas a matar.

Mis movimientos son lentos, pero firmes. Él no aparta la mirada. Está siendo consumido. Por mí. Por nosotros. Su polla es demasiado grande que duele, me desgarra, me abre y ese dolor nunca lo había sentido, y tiene algo más. Aprobación.

Me inclino hacia adelante. Mis pechos rozan su pecho desnudo. Mi cabello cae sobre su rostro. Su respiración choca con

mis labios. Pero no lo beso. No aún.

—¿Me odias por esto? —susurro, moviéndome con más intensidad.

Él suelta una risa seca, grave, sucia.

—Te quiero por esto, porque me dominas, porque por fin estás usando todo el fuego que llevas dentro. Eres mía, pajarito.

Me detengo.

Lo miro.

Mis manos tiemblan sobre sus hombros. Me arde el alma.

—¿Qué dijiste?

—Eres mía, Lirio de tigre. Desde que eras solo una niña con ojos grandes y miedo en el cuerpo. Eres mía desde el infierno. Y voy a sacar a todos los hijos de puta que te hicieron daño. Uno por uno. Te juro por mi maldita alma.

No puedo respirar.

Me dejo caer sobre él sin dejar de moverme. Lo beso. Lo muerdo. Lo devoro.

Y él, atado, sin poder tocarme, se rinde. Pero no es una derrota. Es redención. Y grito de nuevo cuando otro orgasmo me alcanza. Esto es una locura, estamos locos. Salvajes. Rotos. Y por primera vez, completos. Mis manos tiemblan cuando lo miro. No hay más cuerdas. Las soltó. Las arrancó como si fueran papel. Sus ojos me arden. Me perforan.

—Theron… —susurro, pero ya no tengo control de nada y quiero más, pero no sé si pueda pedirlo en voz alta—por favor…

Él me toma por la cintura con una mano y me arrastra hacia él con fuerza. La otra sube, directa, sin pausa, se enreda en mi cuello. Aprieta. No demasiado. Solo lo justo para que mi respiración tiemble. Para que mi cuerpo se encienda.

—¿Esto quieres? —gruñe contra mi boca—. ¿Esto necesitas?

Asiento. Apenas puedo hablar. Pero él necesita escucharlo.

—Dímelo, Josephine. Dímelo ya.

—Quiero que lo hagas fuerte —susurro contra sus labios—. Duro. Hazme tuya como si no existiera nada más.

Sus pupilas se dilatan. Su respiración se rompe. Y entonces me empuja hacia la cama con violencia controlada. Mi espalda choca

con las sábanas. Él se coloca encima, abriéndose paso entre mis piernas como una tormenta.

Me arranca el resto de la ropa y no queda nada más.

—No me pidas piedad —dice entre dientes—. No me la pidas esta noche.

—No la quiero —respondo jadeando—. No esta noche.

Y él entra.

De una.

Fuerte. Cruel. Perfecto. Un gemido se escapa de mi garganta, pero no es de dolor. Es de liberación. Es rabia hecha placer. Furia hecha cuerpo.

Me embiste como si me reclamara. Como si por fin tomara lo que siempre le perteneció.

—Eres mía —dice contra mi cuello, mientras su mano vuelve a cerrarse alrededor de él—. Mía, ¿me oyes?

—¡Sí! —gimo—. ¡Tuya!

Mis uñas le rasguñan la espalda. Mis piernas lo atrapan. Cada estocada es un latido nuevo, una memoria que se rompe, una cicatriz que arde y sana al mismo tiempo.

Él no se detiene. No me deja escapar. No quiero escapar.

—Más fuerte… —le digo. Y sus ojos se oscurecen aún más.

Me levanta la cadera y me penetra más profundo. Más salvaje. Me hace gritar. Me hace olvidar cómo se respira.

Lo miro. Está hermoso en su locura. En su hambre.

—¡Theron!

Y entonces me besa. Un beso salvaje. Dominante. Devastador. Nos consumimos. Nos rompemos. Nos destruimos. Y al final, cuando la tormenta pasa, estoy sobre su pecho, temblando. Y sus brazos me envuelven como un refugio al que nunca supe que podía volver.

Capítulo 27



Canto para él…

JOSEPHINE

Regresé a mi hogar, aquellas pequeñas paredes de madera vieja y hierro oxidado que llamaba hogar. Estaba en las nubes, en el cielo de Theron Sterling, pero así como me subió, todo se esfumó.

Estaba desaparecido de nuevo. Primero fueron dos días. Me repetí que estaría bien. Que debía respetar su espacio. Que si estaba en silencio, era porque algo importante lo retenía. Pero ahora ha pasado una semana y media. Y yo… me aferro a su guitarra como si pudiera traerlo de regreso. Como si al acariciar sus cuerdas pudiera acariciarlo a él también. Cierro los ojos y la rasgueo suave, como él lo hacía. Me siento en una esquina de la calle, donde los adoquines están rotos y la gente pasa apurada, y canto.

Canto para él.

Canto por mí.

Una moneda cae cerca de mis pies, fuera del tazón y otra más. No las recojo. No me importa el dinero. Solo quiero que el viento lleve mi voz hasta donde sea que esté.

Sé que está buscando a su hermana.

Sé que repite su nombre mientras duerme. Lo vi esa noche, la forma en como se retorcía mientras me abrazaba cuando dormía, repetía su hombre una y otra vez, Hunter.

Y me partió el corazón.

Termino la última estrofa, la más suave, la más rota, y guardo la guitarra en su funda con manos temblorosas. Regreso a casa caminando lento. Arrastrando los pies. Saludando con una sonrisa apagada al vecino viejo de la esquina que ya no ve con claridad.

Abro la puerta. La humedad me da la bienvenida. Todo sigue igual. El desorden que dejé está intacto. La camisa que traría puesta ese día que regresé a casa está sobre la silla, pero su olor, sigue en mí. La forma en cómo me folló se reproduce una y otra vez en mi

cabeza. Tengo que regresar a la realidad. Él aparecerá. Siempre lo hace.

Cocino algo simple. Huevos con arroz y un poco de pan duro que remojo en agua caliente con sal para que parezca sopa. Me siento a comer sola, como siempre, frente a la pequeña ventana cubierta de polvo.

Theron me alimentó con huevos frescos, tocino recien hecho, pan dulce, tostadas francezas. Mi estómago ruje. Insistió en comprarme comida antes de venir y le dije que no. Dijo que solo iría a encargarse de algo en otro hospital y regresaría, solo tres días, pero no fue así y de nuevo, no ha llamado, yo tampoco lo he hecho.

No sé cómo comportarme con lo que sea que tengamos. Es una locura. Somos tan diferentes.

Y entonces lo escucho.

El crujido.

El quejido sordo de la madera.

El sonido que no proviene detrás de mí.

Contengo el aliento. Las cucharas temblorosas entre mis dedos.

—¿Theron? —susurro.

Nada. Solo el silencio. Me levanto, despacio. Camino con pasos suaves hacia la habitación.

Otro sonido. Un leve golpe. Como si algo —alguien— hubiese chocado con la mesita del fondo. Me acerco más. El aire está más frío. Siento que algo me observa desde la sombra entre las cortinas.

Veo la caja de comida sobre mi mesa. Me ha traido comida.

—Estás loco… —murmuro para mí misma, sin decidir si lo digo como advertencia o súplica.

Y entonces lo escucho de nuevo.

Mi nombre. Susurrado con una voz que no debería estar aquí.

—Come.

Mis piernas flaquean. Porque esa voz no es de Theron. No es humana. Y yo… yo sé que el pasado aún no me ha soltado. Veo el espejo que cambié de posición, sobre mi cama, para poder verlo, para poder sentirlo y no me tome por sorpresa. Espero que no se dé cuenta de que también lo he estado esperando cada noche.

—Josephine… —la voz vuelve a reptar por las paredes, más clara esta vez. Burlona. Con un deje de ternura que me descoloca.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, aunque en el fondo… ya lo sé. Siempre lo he sabido.

—¿Tan fácil te olvidas de mí? Y yo que pensé que habías sentido algo cuando me colgaste ese espejo sobre la cama. Vaya forma de ignorar a un amante *muerto*.

Me paralizo.

El aire se siente más espeso, como si alguien —algo— estuviera respirando muy cerca de mí. Giro la cabeza lentamente, hacia el rincón donde la sombra se arremolina como humo viejo. Ahí, justo ahí, algo se mueve. No con forma humana, pero con presencia.

—No estás aquí —murmuro—. No eres real.

—¿Y qué es lo real, Josephine? ¿El hombre que se va sin decir adiós? ¿Las noches en las que lloras abrazando su camisa? ¿O soy más real yo, que jamás te dejo sola?

Me aprieto los brazos contra el cuerpo. Trato de calmar el temblor. Él sigue hablando.

—Cantaste para él otra vez, ¿no? Qué conmovedor. Si tuviera un corazón, seguro lo sentiría romperse. Me has roto tantas veces, pajarito.

—Déjame en paz.

—Eso es lo más gracioso, pajarito… nunca estuviste en paz. Ni cuando él está, ni cuando él se va. Pero yo sí estoy. Siempre. Observándote. Escuchándote. Sintiéndote.

Su voz baja de tono, se vuelve más íntima. Más peligrosa en su dulzura.

—¿Sabes qué es lo que más odio de él? —dice—. Que no te ve como yo te veo. Que te deja vacía. Que cree que follarte es suficiente cuando tú necesitas más… Necesitas que te adoren. Que te teman. Que te obedezcan. Y yo lo haría. Sin dudarlo.

—Cállate.

—¿Por qué? ¿Porque sabes que tengo razón? Porque te gusta cuando te hablo así. Porque te hace sentir… viva.

Me muerdo el labio.

—¿Qué quieres de mí?

—Todo. Tu voz. Tus lágrimas. Tus pensamientos oscuros. Ese suspiro que escapas cuando crees que nadie te oye. Quiero que me mires, Josephine. Que me aceptes. Que dejes de esperar al hombre de carne y te entregues al que ya no tiene nada que perder.

Un frío me recorre la espalda. La lámpara parpadea. La guitarra suena una sola nota, como si alguien la hubiera tocado con suavidad.

—Tú… me estás volviendo loca.

—No. Te estoy amando. Que es distinto. Pero si quieres que deje de hacerlo… tendrás que sacarme. Con un beso. O con fuego.

Me cubro los oídos, pero su voz sigue, como un veneno dulce:

—Theron no volverá pronto, Josephine… ¿y tú? Tú tienes hambre de algo que ni siquiera él ha podido darte en estos días desde que se marchó.

La guitarra vuelve a sonar.

Yo solo cierro los ojos… y empiezo a temblar.

—Sígueme —dice la voz, más baja, más cerca. Ya no viene de las paredes. Viene de él ahora frente a mí. La oscuridad de su máscara es lo único que veo.

—¿Adónde?

—Afuera. Quiero mostrarte algo.

Mis piernas se mueven antes que mi voluntad. Es como si algo dentro de mí ya supiera que no hay marcha atrás. Salgo de la barcaza, cruzo el viejo muelle con pasos inseguros, mientras la bruma se espesa sobre el río. La luna se refleja rota en la superficie del agua, y yo, por un segundo, no puedo respirar.

—Mírate —susurra él detrás de mí—. Mírate bien.

El agua está quieta. Tan quieta que parece un espejo. Y allí estoy yo… y él, detrás de mí. Alto. Con esa máscara negra y las manchas blancas de calavera, la que solo veo en sueños o pesadillas. La que ahora es real. Su silueta envuelta en sombra, como si no perteneciera del todo a este mundo.

—¿Lo ves, Josephine?

—¿Qué?

—Somos iguales. El uno para el otro. Dos reflejos rotos. Dos secretos que sangran. Nadie más podría entenderte como yo. Nadie podría tocarte como yo. Estoy hecho para ti y por ti.

Su mano envuelve mi cintura. Su cuerpo, frío y etéreo, se apoya contra el mío, pero aún así… lo siento. Su tacto. Su deseo. Su poder.

—Sé que me deseas también —murmura en mi oído.

Mi piel se eriza. Podría decir que no. Podría huir. Pero no lo hago.

Porque en ese instante…

Lo deseo.

Me dejo tocar.

Su mano asciende por mi torso con una lentitud que me desarma, hasta llegar a mi cuello. Lo envuelve, no con fuerza, sino con posesión, como si dijera: *"ya eres mía"*. Me estremezco.

—Theron no te ve como yo te veo —dice él, su voz ronca, envenenada de anhelo—. Él ama tu luz… pero yo… yo amo también tu oscuridad.

Mis ojos siguen clavados en el reflejo, y lo veo a él, enmascarado, detrás de mí, adorándome como si fuera lo único que ha querido en siglos.

—Dímelo —me susurra—. Dime que me deseas.

Abro los labios… pero no sé qué decir.

Porque aunque parte de mí se niegue…

Otra parte grita que sí.

—Seré todo lo opuesto a él, pajarito —murmura con esa voz que me atraviesa como el filo de una navaja en la niebla.

Sus palabras me envuelven. Me acarician por dentro. Y cuando sus manos bajan por mi cintura, cuando su boca —invisible, invisible pero real— roza mi clavícula, yo me dejo hacer.

—Ya has follado con él. ¿Te gustó?

Asiento, casi sin aliento. No puedo mentirle. No a él.

—Fue duro —le digo. Sus ojos, tan oscuros, parecen relucir tras la máscara. No dice nada por unos segundos, y entonces:

—Entonces yo te follaré despacio.

Sus palabras me parten en dos. Me abren. Me rompen el juicio.

—Si no te dijo que te amaba… entonces yo te lo diré.

Sus manos se enredan con las mías, su pecho se funde en mi espalda. Me voltea con delicadeza, como si aún me respetara… y entonces me besa. No con labios, sino con su alma. Con todo lo que es.

—Déjame mostrarte lo que te mereces. Déjame ser mejor que él. Elígeme a mí, pajarito —dice con esa mezcla de deseo y desesperación.

Y yo… yo cedo.

Cedo porque estoy cansada de sentirme sola. Porque su deseo me hace sentir viva, aunque me abrace la muerte. Porque hay algo entre nosotros que no entiendo… pero que tampoco puedo negar.

Mi ropa es quitada, prenda por prenda, suavemente, como Theron la desgarró, El Fantasma se toma tu tiempo, y cuando estoy desnuda y húmeda para él, solo escucho el sonido de su brageta cuando libera su polla y me roza el muslo.

Dios. Es grande.

Me gira con firmeza, colocándome justo frente al reflejo ondulante del agua. Ahí estoy yo… y él, detrás de mí, como una sombra que me posee sin permiso. La imagen es tan perfecta como perturbadora: su máscara tocando apenas mi nuca, su cuerpo alineado al mío como si fuéramos dos mitades del mismo pecado.

Y entonces lo siento.

Poco a poco me va llenando. Con cada movimiento, con cada susurro de su aliento en mi oído, mi cuerpo se rinde, se curva, se ofrece sin lucha. Es un tacto medido, lento… pero tan endemoniadamente preciso que mi traidor cuerpo tiembla al borde del orgasmo, solo con sentirlo así, tan dentro, tan mío.

Me toma.

Ahí mismo. Frente al agua. Bajo la luna que parece palidecer ante lo que estamos haciendo.

Como si el universo guardara silencio solo para vernos arder.

Sus embestidas son pausadas, sí, pero cargadas de una devoción

oscura, reverente. Como si cada centímetro de mi piel fuera un templo que él adora con furia contenida.

Su mano enguantada desciende por mi abdomen con una lentitud que me rompe en fragmentos, hasta encontrar mi clítoris donde arde toda mi sensibilidad. Y cuando lo acaricia en suaves movimientos, me pierdo. Me disuelvo. Me quiebro. Me entrego.

Y mientras lo hace, mientras me posee como si ya fuera suya desde hace mucho, susurra en mi oído:

—No tienes que amarme hoy. Pero lo harás. Lo harás cuando entiendas que soy yo quien vino por ti cuando nadie más lo hizo.

Mis piernas tiemblan.

El reflejo en el agua se distorsiona por culpa de mis jadeos, por el vaivén de su cuerpo y el mío, por el deseo que me ahoga y me arrastra.

No debería sentirme así. No debería permitirle esto.

Pero lo hago.

Y no solo lo permito… lo busco. Lo necesito.

—Mírate, pajarito —susurra contra mi oído, su voz ronca, cargada de placer contenido—. ¿Lo sientes? ¿Cómo respondes solo a mí?

No puedo hablar.

No puedo pensar.

Solo sé que su mano sigue entre mis muslos, sus dedos sabiendo exactamente qué hacer, cómo quebrarme desde dentro.

Gimo. Alto. Sin vergüenza.

Me arqueo hacia atrás, mi nuca chocando con su máscara, como si mi cuerpo necesitara afirmarse contra él para no desvanecerse por completo.

Sus caderas siguen empujando dentro de mí, suaves, controladas… letales.

Como una canción que va construyendo un clímax que sé que me va a destruir.

—Estás tan jodidamente viva conmigo —dice, con una mezcla de ternura y obsesión en la voz—. Y aún así piensas que fue un error. Que deberías haberte resistido.

Mis labios se entreabren, pero no hay palabras.

Solo respiro. Solo gimo. Solo me rompo.

—Dime que no me sientes —insiste, su boca ahora en mi cuello—. Mírame a los ojos y miente.

Me obliga a mirarlo. A ver el reflejo.

Mi rostro encendido. Mis ojos enrojecidos de lujuria. Su máscara. Su presencia.

Una versión de mí que no reconozco… pero que me gusta demasiado.

—Eres fuego, Josephine —dice, su voz quebrándose por el esfuerzo de contenerse—. Y ardes más fuerte cuando es conmigo.

Y entonces sucede.

Mi cuerpo se tensa, se curva, se contrae, y el orgasmo me sacude de pies a cabeza, robándome el aire, arrancándome un grito que se funde con el eco del bosque.

Él no se detiene. Me acompaña, su respiración temblando, sus manos apretando mi cintura mientras se entrega conmigo, dentro de mí, hasta el final.

Hasta que ambos quedamos ahí, agotados, jadeando, aún fundidos, aún encadenados por algo que va más allá del deseo.

Silencio.

Excepto por el agua. Y por nuestros corazones desbocados.

—¿Lo sientes ahora, pajarito? —me susurra—. Yo ya te elegí. Ahora te toca a ti.

Abro los ojos de golpe.

Mi corazón late con fuerza.

Estoy sola. En mi cama. La bruma ya no está. El agua. El reflejo. Su voz.

Todo se esfumó.

—Tuvo que haber sido un sueño —me susurro.

Pero no lo fue. Siento mi piel ardiente. El temblor entre mis muslos. Las lágrimas en mis ojos. Veo la bandeja de comida, devorada y algunas migajas de pan en el suelo.

Demonios. Todo…todo fue real.

—Yo no soy así… —me convenzo a medias—. Jamás sería infiel. Estoy enamorada de Theron.

Pero no puedo ignorarlo. El fantasma… él no es solo un fantasma.

Será mejor que se lo diga a Theron.

Tengo que decirle la verdad.

Capítulo 28



El doctor…salvador.

JOSEPHINE

El hospital huele a desinfectante y a silencios que duelen.

Camino por el pasillo con los brazos cruzados sobre el pecho, como si así pudiera sostener los pedazos de lo que me queda. Sé que vengo a confesar algo imperdonable, sé que puede odiarme después de esto. Pero necesito verlo. Necesito enfrentar la verdad. Aunque me destroce.

Me acerco al mostrador de recepción, nerviosa, y la mujer tras el cristal levanta la vista apenas.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta.

—Estoy… estoy buscando al doctor Theron Sterling. ¿Está aquí?

La mujer entrecierra los ojos un momento, como si repasara algo en su mente, y luego asiente.

—¿La señorita Josephine?

Me congelo.

—Sí… ¿cómo sabe mi nombre?

Ella sonríe apenas.

—El señor Sterling dijo que si alguna vez venía a buscarlo, la dejara pasar sin problema. Su despacho está en el piso doce. Puede encontrarlo ahí.

Me cuesta respirar. ¿De verdad pensó en mí… incluso antes de esto?

Digo gracias, aunque me tiemble la voz, y camino hacia el ascensor. Cada piso que subo me pesa como una culpa más. Cuando por fin llego, el pasillo está casi vacío. Solo el sonido de mis pasos me acompaña.

Al fondo, una puerta con su nombre grabado.

Toco.

Antes de que pueda intentar otra vez, dos hombres de traje oscuro salen. Aterradores, preligrosos y me ven con extrañesa.

—Señorita…

—Lo siento, estoy buscando a Theron…

—Déjenla pasar —interrumpe la voz que he escuchado mil veces en mi cabeza, ronca, suave, poderosa.

Me hacen a un lado y entonces lo veo.

Y el alma se me escapa del cuerpo.

Theron Sterling. De pie junto a su escritorio, con un traje oscuro que parece tallado para él. Su cabello rubio ligeramente revuelto, la mandíbula tensa. Está hermoso. Inalcanzable. Tan hombre, tan él.

Y yo no merezco desearlo más. No después de lo que hice.

Me quedo paralizada.

Pero él no.

Camina hacia mí y me ve de pies a cabeza, he elegido unos vaqueros desgastados y un sueter naranja, también me he maquillado para ocultar mis ojos hinchados de tanto llorar por la culpa, me siento sucia además de que no quiero que Theron vea las marcas que El Fantasma dejó en mí, como si pudiera verlas, es una locura y, sin darme tiempo a hablar, me toma del rostro con ambas manos y me besa. Un beso suave. Cálido. Tranquilo. Tan diferente al huracán que traigo dentro que casi me desarma.

Cuando se separa, su mirada me acaricia.

—Estás hermosa. ¿Cómo estás? —pregunta.

Trago saliva. Mi pecho duele.

—¿Cómo estás tú? Han pasado días…

—Lo sé —responde, su voz baja, algo rota—. Y lo lamento. Te prometo que no volverá a pasar.

—¿Tienes a alguien más?

No sé por qué lo digo. Por qué lo pregunto. Pero sale. Él frunce el ceño, sorprendido.

—No. No hay nadie más. Estoy ocupado… con la búsqueda de mi hermana y en cirugías complicadas. A veces siento que… no quiero salpicarte con mi mierda, Lirio de tigre.

—Pero puedes hacerlo, Theron —susurro—. Salpícame. Por favor.

Él me observa con una tristeza que no entiendo.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—No lo sé —respondo.

La televisión de su despacho está encendida. En la pantalla, una imagen borrosa, sangre en un callejón, una voz en off que dice palabras que no escucho.

Solo leo. Otra matanza. Otra firma. El fantasma.

—Oh, Dios… —digo, y mis piernas no me sostienen.

Caigo.

Theron me sostiene antes de que toque el suelo, me envuelve en sus brazos y me acomoda en el sofá con un gesto urgente.

—Josephine, ¿qué tienes?

—El fantasma… —respiro agitada—. El jodido fantasma…

—¿Qué sucede? ¿Lo conoces? ¿Te ha lastimado alguien?

Miro sus ojos. Azul hielo. Tan sinceros. Tan limpios.

Y me desmorono.

—No… yo… te hice daño a ti.

Él frunce el ceño. No lo entiende. Aún no.

—Tú nunca podrías lastimarme, Josephine. Aunque lo intentaras.

Mis labios tiemblan. La garganta me arde. El pecho me duele como si algo dentro de mí se quebrara para siempre.

—Te engañé —susurro—. Te engañé.

Silencio.

Largo. Absoluto. Theron no se mueve. Ni un parpadeo. Ni un suspiro. Sabe lo que he hecho, como al última vez cuando desapareció. Él lo sabe.

Solo sus ojos. Sus ojos cambian. Se vacían. Se endurecen.

El color del hielo cuando está a punto de romperse.

—¿Por qué? —pregunta. No grita. No golpea. Solo deja caer la palabra como un cuchillo.

—No lo sé… —respondo—. Estaba confundida, y él… El Fantasma… me hizo sentir como si…

—¿Qué te hizo sentir… para que lo dejaras tocarte?

Lo dice con los dientes apretados. Como si cada letra le costara respirar.

No tengo excusas. No tengo justificaciones.

—Theron… por favor…

Pero ya no está. Da un paso atrás. Luego otro.Y sin decir nada más, sin mirarme una vez más… se va. La puerta se cierra con un sonido seco. Me quedo ahí, en el sofá, con la boca abierta, sin poder respirar. Y entonces salgo corriendo. Bajando escaleras, perdiendo el aliento, dejando mi dignidad en cada piso. Como si pudiera alcanzar lo que acabo de romper.

Pero ya lo perdí.

Una vez más. Lo he perdido todo.

Capítulo 29



Ella es mía, joder…

THERON

Confundida. Esas fueron sus palabras y su excusa.

Y yo. ¿Confundido?. No, eso no lo describe bien. Es más bien furia, rabia pura, una sensación de tener el pecho apretado y el estómago revuelto, como si todo lo que había logrado construir en mis años de lucha por el control se desmoronara con una sola confesión. Josephine no debería haberme dicho eso. Pero no es solo eso, es cómo lo dijo, como si no fuera nada, como si se hubiera entregado a él tan fácilmente. ¿Cómo se atrevió?

Mi mirada se fija en el paciente, en sus heridas, en la sangre que sigo manejando con precisión. Mi mente es un caos, pero mi mano no tiembla. He sido entrenado para esto. Pero eso no significa que no sienta el peso de las palabras de Josephine resonando dentro de mi cabeza.

Una maldita excusa. Eso es lo que se dijo ella. Y lo sé, lo sé porque esa es la única forma en la que ese bastardo juega. Se infiltra, se desliza en las mentes de las personas hasta que no pueden pensar en nada más que en su maldita presencia. Y ahora él tiene a Josephine, de alguna manera la ha poseído de una manera que ni yo sé cómo hacerle frente.

—Doctor Sterling—me llama la enfermera—¿quiere que termine yo?

Niego con la cabeza, mi voz sale más áspera de lo que pretendía.

—No. Yo me encargaré.

Mi mente sigue presa de esa maldita imagen: Josephine en el suelo, sus ojos llenos de lágrimas, su cuerpo temblando mientras se arrepentía de algo que ni siquiera podría comprender del todo. ¿Es que me estaba traicionando? ¿O simplemente lo que hizo fue un reflejo de su propia debilidad, algo que ese hijo de puta supo manipular?

El sonido del hilo pasando por la piel rota me ancla al presente. Mi respiración se regula, pero la ira sigue burbujeando bajo la superficie. Cada punto que la enfermera pone, me siento más distante, como si todo esto fuera un paréntesis en mi vida. El hospital es mi refugio, pero ya no siento la misma paz. El tiempo, esas ocho horas que han pasado volando, me pesaron más que todas las horas que he pasado en la sala de operaciones.

¿En qué momento Josephine dejó de ser la mujer en la que confiaba y se convirtió en una de las tantas presas que han caído ante él?

Mi mirada se desliza hacia la puerta, como si pudiera ver más allá de las paredes del hospital, como si pudiera encontrar respuestas ahí, pero todo lo que veo es oscuridad, y esa maldita sombra del Fantasma. Y entonces, sin quererlo, siento un escalofrío recorrerme. ¿Qué tan profundo había llegado él en su mente? ¿Había algo en ella que ahora estuviera más rota que antes?

Siento un impulso, una necesidad de ir tras ella, pero no sé si quiero enfrentarla. No sé si quiero saber si lo que me dijo es cierto. Si sus palabras fueron solo un escape o si, de alguna manera, me estaba revelando su verdadera traición.

El maldito hospital parece tragarse cada segundo de mi vida, y cada vez que cierro los ojos, solo veo su rostro. No puedo evitarlo, no puedo escapar. Por eso, me cambio rápido, arranco el maldito equipo y dejo todo atrás. Necesito salir. Necesito despejar mi cabeza, o lo que va a suceder es que yo mismo me voy a llenar de sangre, no la de los pacientes, sino la de alguien mucho más cercano. La furia que siento está tan cerca de estallar que tengo que moverme. Si me quedo aquí, si me quedo mirando esos pasillos blancos y fríos, la presión en mi pecho me va a matar antes de que pueda hacerle nada a esa hija de puta.

Me doy prisa, salgo sin mirar atrás, y ahí están Ronnie e Iván, como siempre, observando el cambio en mí. Ambos saben lo que eso significa. No tengo que decir nada. Ni una sola palabra.

—¿Dónde está? —les pregunto, mi voz una amenaza que no necesita ser verbalizada.

Ellos me miran, y ya saben. No necesito explicar nada más, el solo hecho de que pregunte, ya lo dice todo.

—Está en un evento esta noche. —Ronnie responde, y aunque su rostro sigue impasible, veo la sombra de algo más en su mirada. Sabe que este es el tipo de noche que puede volverse mortal, y no le estoy dando ninguna opción. Estoy más allá de los límites.

—Bien. Iremos. —Suena como una sentencia. Y lo es.

…

Llegamos al lugar otro jodido hotel al aire libre esta vez, y el aire me estorba asi como las personas a mi alrededor. Luces brillantes, risas artificiales, y la música está tan alta que no puedo escuchar ni mis propios pensamientos. Pero en medio de esa multitud, ella está ahí.

Josephine.

El maldito vestido blanco que lleva parece un maldito himno de pureza, pero yo sé lo que esconde.

Ese vestido es nuevo.

Lo sé porque me sé su armario de memoria.

Me la imagino, en ese vestido que la hace parecer como un ángel caído, pero yo sé que no lo es. Yo sé lo que tiene detrás de esos ojos, lo que es capaz de hacer. Y aunque quiera negar que me importa, no puedo. No puedo dejar de pensar en ella, en cómo me miró esa maldita noche, cómo sus palabras calaron hasta lo más profundo de mi alma.

Cuando la veo, el mundo se desvanece. La gente a mi alrededor, la música, las risas, todo se vuelve ruido. Y todo lo que quiero es atravesar esa maldita multitud, ir hacia ella y arrancarle la verdad de la boca. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué le pasa? ¿Por qué no lo vi antes?

Es tan jodidamente hermosa, con sus ojos oscuros como un pozo sin fondo, sus labios rojos, y ese cabello que cae en ondas perfectas, reflejando destellos naranjas bajo las luces del lugar. Y el vestido. El maldito vestido blanco. Me gustaría destrozarlo con mis manos, desgarrarlo, hacerla mía de una vez por todas, en frente de todos. No me importaría, no me importaría si la gente mira o no. Lo

único que quiero es dejar claro que ella me pertenece, que el maldito Fantasma no la va a tener. Que nadie más va a tocarla.

Me acerco. Mis ojos no se apartan de ella ni un segundo. Ella, por supuesto, me ve, y por un maldito segundo, su rostro palidece, como si todo su mundo se viniera abajo. Y lo sé, lo siento, lo noto. Ella sabe lo que significa que yo esté aquí. Han pasado tres días, tres días malditos de tormento, y ella está en un escenario, cantando una maldita canción de amor. ¿Será por mí? ¿Será por él? Cada nota que canta me golpea como un puño en el estómago. Cada palabra que sale de su boca me hiere, porque no sé si la canta para él o para mí. No sé si esa canción está dirigida a su amante o si está pensando en mí, en lo que le hice, en lo que aún puedo hacerle.

Y cuando la maldita canción termina, todo se detiene. La gente aplaude, pero a mí no me importa. Ella me sonríe, esa sonrisa que una vez me hizo sentir como el hombre más afortunado del mundo. Pero no la devuelvo. No me importa su sonrisa. Yo no soy ese hombre. No soy el mismo que era antes. Ella ya no tiene control sobre mí, ni sobre mi ira. La ignoro. Me doy la vuelta con rapidez, como si ella fuera un espectro que ya no quiero ver. No le doy la satisfacción de una reacción. No la miro. No me importa lo que haga. Pero joder, dentro de mí, todo se revuelca. Algo en mi interior se rompe cuando siento que la dejo atrás. No sé si es la rabia, la confusión o el dolor. Pero lo que sé es que no puedo seguir dejándola ir. No puedo seguir ignorando lo que está pasando entre nosotros. Es una guerra silenciosa, una batalla que apenas está comenzando, y yo no voy a ser el que se quede atrás.

Mientras me alejo, siento que ella sigue ahí, en cada paso que doy, como una sombra que no puedo deshacerme. Quizás no la estoy ignorando. Tal vez simplemente estoy esperando. Esperando a que ella caiga de nuevo en mi trampa.

Capítulo 30



Una cuota más…

JOSEPHINE

Estoy de pie bajo las luces cálidas del escenario cuando mis ojos lo encuentran.

Theron.

Si fueras un rey allá arriba en tu trono
If you were a king up there on your throne

¿Sería lo suficientemente sabio para dejarme ir?
Would you be wise enough to let me go?

Para esta reina que crees que eres dueña
For this queen you think you own

Quiere ser cazador de nuevo
Wants to be a hunter again

Quiero ver el mundo solo otra vez
I want to see the world alone again

Tomar una oportunidad en la vida otra vez
To take a chance on life again

Así que déjame ir
So let me go

Mi voz aún tiembla por la última nota de la canción, pero no es el nerviosismo lo que me sacude por dentro. Es él. Su presencia lo llena todo, me consume, como si fuera una sombra que se posa sobre mi piel, un recordatorio de todo lo que rompí. Lo miro, y por un instante creo que también me mira, pero luego… se da la vuelta. Sin una palabra. Sin una mirada. Se marcha como si yo fuera humo, como si jamás hubiera significado nada.

Me parte el corazón.

Y no lo culpo.

—Estuviste genial, Josephine —dice Tiago con una sonrisa sincera, aplaudiendo con suavidad a mi lado.

—Gracias… —murmuro, apenas audible, mientras me despido con una leve reverencia.

Pero ya no escucho su voz. Ya no escucho a nadie. Solo lo busco a él. Recorro con la mirada el salón del hotel, atravesando los trajes de gala, los rostros que ríen, las copas que se chocan. Pero no está. No hay rastro de Theron. Y entonces, algo en mi interior se revuelve. Necesito hablar con él. Necesito pedirle perdón. Decirle que no sé cómo pasó, que no fue lo que él piensa, que yo… que yo lo amo, joder. Que me duele su dolor más que el mío.

Y además, ¿por qué vino?

Este no es su tipo de lugar.

Es un evento para abogados retirados, lleno de políticos aburridos y empresarios retirados, no para un cirujano joven, mucho menos uno con su historia. Algo no encaja.

El aire del salón se me hace pesado. Salgo al exterior. La brisa nocturna me golpea la cara y agradezco ese frío repentino. Algunas personas ya se están yendo. Conversan cerca de los autos, despidiéndose con besos. Yo camino entre ellos, buscando su figura alta, su andar determinado, su presencia brutal… pero no lo encuentro.

Entonces la siento.

Esa mirada.

Esa presencia.

No es la de Theron. No es la sensación de seguridad intensa que me despierta su furia. Esto es algo distinto. Algo frío. Puro veneno.

Y antes de que pueda darme la vuelta, lo escucho. Pasos.

Demasiado cerca. Intento correr. Mis tacones resbalan en la piedra húmeda, y ni siquiera logro gritar. Una mano áspera cubre mi boca con fuerza, y todo mi cuerpo se tensa en un espasmo de puro terror.

—Me temo que no has pagado tu cuota, Josephine —susurra una voz que no reconozco, ronca, áspera.

—Yo… yo no… —balbuceo contra la mano que me inmoviliza.

—No te preocupes, el jefe te quiere a ti.

¿Jefe? Oh, Dios. Me han encontrado. Mi pasado me ha encontrado.

Mi alma se congela. Lucho, pataleo, araño con fuerza, pero hay otros dos hombres más. Me arrastran. Uno lleva un cigarrillo que cuelga de su labio como una maldita amenaza. El hedor a sangre seca y sudor me revuelve el estómago.

—¡No! ¡Por favor! —logro gritar al fin, solo para recibir un golpe en el rostro que me hace ver estrellas.

Nadie me ve. Nadie me oye. Están demasiado ocupados diciendo buenas noches bajo la tenue luz de la entrada del hotel. Y la oscuridad me traga.

Estoy perdida. Mis piernas ya no me sostienen. Me empujan hacia un callejón lateral, oscuro y húmedo, donde un coche negro espera con las puertas abiertas. Pero justo cuando todo parece condenado…

Lo escucho.

Una presencia.

Fría.

Letal.

—¿Fantasma?—El nombre se escapa de mi boca con desesperación, como un rezo.

Pero no es él. En cambio, el verdadero ser aparece.

Desde las sombras.

Como un espectro.

Como la muerte misma.

Sale de las sombras como si perteneciera a ellas, el rostro sombrío, el abrigo sacudiéndose a cada paso como una extensión viva de su rabia. Su mano sostiene un arma. No, dos. Una pistola y un cuchillo, y en ningún momento duda en usarlos.

—Theron… —susurro, pero mi voz apenas se oye.

Dispara al primero sin pensarlo.

Un agujero limpio en la frente.

El cuerpo cae como si se derrumbara el mundo.

Mis manos se llevan solas a la boca. No puedo gritar. Estoy paralizada.

El segundo hombre intenta correr, y Theron lo sigue con la mirada como si fuera una presa en medio de la selva. Otro disparo. No hay piedad. No hay vacilación.

Solo ejecución.

Y el tercero... ni siquiera tiene tiempo para rogar. El cuchillo le atraviesa el cuello. Un corte seco. Preciso. Silencioso.

Yo no respiro.

Porque algo dentro de mí se rompe.

Algo que no sé si alguna vez podré reparar.

Theron no se detiene. Se inclina sobre uno de los cuerpos, le limpia el arma con la solapa del traje. Sus manos no tiemblan. Su respiración es constante. Solo cuando levanta la mirada y me encuentra, su expresión se suaviza. Pero ya es demasiado tarde.

Lo he visto.

Todo.

No al médico.

No al doctor Sterling.

No al hombre que me miraba como si yo fuera el centro de su universo. He visto al otro.

Al real. Y no sé quién demonios es.

Estoy en shock. Congelada. Mi garganta quema, pero no me sale ni una palabra. Él se acerca a mí, y retrocedo, como si tuviera fuego en los pies.

Esto no puede estar pasando.

No puede.

Theron salva vidas.

Eso es lo que hace.

Eso es lo que siempre creí que hacía.

Él salva vidas… no las quita.

—Lo siento, Lirio de tigre —dice. Su voz es baja, tan baja que me llega más al hueso que al oído.

Pero no hay culpa en ella. Solo algo que me aterra. Algo que no entiendo.

¿Lo siento por qué?

¿Porque me tocó verlo? ¿Por qué me ha estado mintiendo todo este tiempo?

Uno de los hombres que estaba en su despacho del hospital aparece a su lado como un fantasma. El otro detrás, con su chaqueta abierta y la mano sobre la pistola por si queda algún enemigo vivo en las sombras.

—Llévenla a casa —ordena Theron. No me toca. No me mira más.

—Sí, jefe—dicen al unisono.

Jefe.

Es él. El jefe de Londres.

Y yo no puedo moverme.

Solo puedo observarlo mientras da la espalda a los cadáveres como si no fueran nada. Como si no hubiera hecho algo monstruoso.

Pero algo dentro de mí —algo retorcido— lo entiende.

Ahora lo entiendo.

Cuando desaparece.

Cuando no responde mensajes.

Cuando hay sangre en sus mangas y dice que fue una cirugía complicada.

Esto es lo que hace.

Dios mío.

Esto es lo que realmente es.

No. No puede ser.

—No… —musito, pero ya no sé si le hablo a él o a mí misma.

Me están levantando del suelo, con cuidado, pero yo sigo mirando a Theron. Sigo viéndolo entre las sombras, con la sangre aún fresca en sus zapatos, y la calma de un depredador que acaba de recuperar lo que es suyo.

Y mientras me llevan lejos, en el fondo de mi alma, lo sé:
Estoy más segura en sus brazos que en cualquier parte del mundo.

Y también…
más perdida que nunca.

Capítulo 31



Mi Lirio de tigre…

THERON

La veo dormir y me da paz, se ha quedado dormida en el auto, no pude dejar que Ronnie e Ivan se la llevaran, aunque les pedi hacerlo. Solamente la metieron al auto por mí, no tenía derecho a tocarla.

Suspira dormida. Siempre me da paz todo lo que tenga que ver con mi Lirio de tigre. No voy a desaparecer de nuevo. No tiene sentido hacerlo. La metí en esto, desde que puse mis ojos en ella, desde aquella vez que esa bala iba directo a mi cabeza.

Ella salvó al monstruo y ni siquiera lo sabe.

Cuando la oscuridad me envuelve, no hay nada más que hacer.

No hay bisturí.

No hay sala de cirugía.

No hay batas blancas.

Solo mi sombra… y lo que hago con ella. Desaparezco para protegerla.

Para mantenerme cuerdo. Para no destruir todo lo que toco.

Aunque eso signifique alejarme de ella. Aunque eso la destruya a ella.

Josephine me vio.

Joder.

Me vio matar. Me vio ser lo que realmente soy.

Y sé que lo que había entre nosotros—lo poco o mucho que fuera—puede haber muerto esta noche, en ese callejón, con los cuerpos aún calientes en el suelo.

Me detengo bajo el puente del Eastway, la sangre seca en mis nudillos. El teléfono no ha dejado de sonar. Y finalmente lo cojo.

—¿Theron? Ya era tiempo que respondieras. —La voz de Paolo tiene ese acento italiano con arrogancia innata.

Perfecto.

—¿Ahora qué quieres, Paolo?

—¿Mal día? —dice, aunque aquí es de noche.

Cierro los ojos. Inhalo por la nariz. Exhalo por la boca.

Sí. Un jodido mal día.

—Ella me vio.

Silencio al otro lado. Luego un resoplido burlón.

—¿Ella? ¿Te refieres a esa chica que conociste hace un par de meses? ¿Ya dejaste de acosarla?

—No la acoso. El Fantasma lo hace. —Me arrepiento apenas lo digo. Pero es verdad.

Él ríe. Casi lo oigo sonarse los dedos.

—¿Te vio matar?

—Sí.

—¿Ya sabe que lideras la mafia de Londres?

—No… pero Josephine es inteligente. Creo que lo ha sospechado desde antes. Solo que ahora tiene pruebas. Me vio con la sangre en las manos. Me vio cortar una garganta sin dudar. Me vio mirar a la muerte sin parpadear.

—¿Y por qué diablos te vio matar?

—Iban a llevársela.

Mi mandíbula se tensa. La imagen se repite en mi cabeza como una maldita cinta rota: sus ojos llenos de terror, el temblor de sus manos, la sangre en su mejilla. Mi pequeña Lirio de Tigre iba a ser atada, golpeada, vulnerada.

Y yo… tarde. Siempre jodidamente tarde.

—Alguien está jodiéndome. Y creo que es alguien de su pasado. Alguien que sabe que ahora me pertenece.

—Eso suena fuerte.

—Lo es. Porque es verdad. Ella es mía.

Silencio. Luego la voz más suave de Paolo.

—Lo entenderá, *fratello*. Dale su espacio.

—No quiero dárselo.

La quiero cerca. Quiero asegurarme de que respira. Quiero ponerle una cadena en el tobillo y meterla en mi cama solo para poder verla cada vez que abra los ojos.

Pero no puedo.
Y eso me enloquece.

—Cuando Molly se enteró de que pagué a su padre para casarme con ella, se enfureció —dice Paolo, intentando consolarme —, pero lo entendió. Al final, lo entendió todo. Solo necesitaba tiempo.

—No es igual —gruño.

—No, no lo es. Tú eres más decente en esa parte creo. Y más letal. Pero que no se te suba a la cabeza, bastardo.

Le sonrío. Apenas.

—¿Para qué me llamaste?

—Roco está preocupado por ti. Me pidió que te marcara. Se enteró de lo que ha estado haciendo el Fantasma. Muchas muertes en poco tiempo. ¿No crees que es sospechoso?.

—Me importa una mierda lo que diga tu Don. Díselo.

Paolo se ríe, satisfecho.

—Se lo diré. Le encantará.

Cuelgo sin despedirme. Miro el móvil un segundo. Tengo muchos mensajes sin leer, ninguno es sobre Hunter, todos son de Josephine. Mensajes sin responder, diciendome buenos días, dandome las buenas noches. Y pidiendo perdón por… por nada, ella no tiene que pedirme perdón por nada.

No los leo de nuevo.

Solo los dejo ahí… latiendo en la pantalla como una herida abierta.

La dejo en su cama. Me seguro de que todo esté limpio y ordenado para ella. También dejo la compra hecha, necesita mantenerse fuerte y comer bien, muy pronto la sacaré de esta mierda que llama hogar. Muy pronto, Lirio de tigre.

Luego arranco el coche. La noche me traga otra vez. Y yo dejo que lo haga. Porque si la toco ahora, si la veo… no voy a ser capaz de dejarla ir.

Y no puedo arrastrarla conmigo. No mientras esté cubierto de sangre.

Pero Dios, cómo me está costando no volver a por ella.

Capítulo 32



¿Por qué no me mata?

JOSEPHINE

Horas.

Horas en el mismo rincón del suelo.

Con la chaqueta de alguien más sobre mis hombros. Sé que es de él, me la puso cuando me quedé dormida en el auto, su auto, el auto de sus matones.

No me muevo. No lloro. Solo respiro.

Mis manos tiemblan.

El rostro de Theron se repite en mi cabeza. Su mirada. Su voz. La forma en que mató sin pestañear.

¿Quién es él realmente? Esta mañana me saludó mi pequeño refrigerador lleno de comida. Sospechoso. Tambien había ordenado un poco mi desastre, el que hice antes de salir esa noche que canté. Necesitaba liberar un poco de tensión, mi intención jamás fue verlo esa noche ahí entre la multitud.

—La mayoría son de profesión dudosa—me había dicho Tiago riendo—pero pagan bien, así que estaremos bien. Cantamos y nos vamos.

Debi saberlo desde el instante en que lo vi ahí. Se suponía que era un médico.

Un sanador.

No… eso.

No ese monstruo. No ese hombre oscuro cubierto de sangre que desapareció entre las sombras sin mirarme una sola vez más.

Y entonces lo siento. El aire cambia.

No tengo que girarme para saber que está aquí. El Fantasma. El debe de saber la verdad, él lo sabe todo, él me advirtió, y bueno, el muy hijo de perra tenía razón.

No hace falta tocarme. No hace falta que hable. Su presencia lo llena todo. Ese escalofrío que siempre llega antes que él… y esta vez, no me asusta.

—Ya te enteraste de la verdad —dice con voz baja, cortante como un cuchillo afilado—. Bien. ¿Quieres que me encargue ahora?

De matarlo, a eso se refiere.

Sigo mirando al vacío. Mi voz apenas es un susurro:

—¿Por qué mejor no me matas? —le digo. —Se han divertido conmigo lo suficiente, ya me follaron, ya me rompieron. Hazle un favor, si debo morir preferiría hacerlo de tu mano.

Un silencio.

—Así puedes buscar a otro pajarito al que molestar —añado, con amargura.

Él se ríe. Pero no suena divertido.

—¿Y por qué? Me gusta el pajarito que ya tengo.

Aprieto los dientes. Mi garganta se cierra.

—¿Te parece divertido?

—¿Verte llorar? —dice acercándose, apenas un paso—. No.

Una pausa tensa.

—Quiero matarlo.

Lo miro por fin. Y odio que sus ojos no tengan expresión. Que nada en él se quiebre.

—¿Por qué no lo has hecho?

—¿Quieres que lo haga? Solo tienes que decírmelo… y lo haré.

Trago saliva.

—Hazlo si puedes —le digo, cerrando los ojos con fuerza—… o él te matará a ti. De hecho podemos morir los tres si hace falta.

El silencio se vuelve denso, insoportable. No sé si va a reírse o a matarme.

Pero no me importa.

Nada importa.

Porque Theron me mintió. Y yo lo amaba. O algo parecido. Y ahora… solo quedan sombras.

Silencio.

No hay viento. No hay ruido afuera. Solo el reloj marcando la hora exacta en que todo se rompe.

Él se ríe.

No fuerte. No burlón.

Sino de esa forma que hiela la sangre. La forma en que se ríe alguien que ya ha matado antes. Muchas veces. Y que no tiene prisa por hacerlo de nuevo.

—¿Así que confías en él más que en mí?

Abro los ojos. Lo tengo frente a mí. Inclinado. Sus ojos, dos abismos que parecen saber todo de mí.

—No es eso.

—Sí lo es. Crees que porque viste su rostro real, él es el monstruo y yo el bufón. Pero tú no sabes nada, Josephine.

Quiero hablar. Pero no puedo. Hay algo en su forma de mirarme que me paraliza. Una calma inquietante. Como si estuviera decidiendo si matarme o no.

Algo conocido.

—Tú lo provocaste —dice de pronto, con suavidad venenosa —. ¿Sabías eso? Lo llevaste al borde. Le contaste lo que hiciste conmigo… y aún así esperas que te mire como si fueras santa.

¿Cómo lo sabe?

—No espero nada —respondo, ahogada—. No después de esto.

Él ladea la cabeza.

—Te equivocaste de enemigo, pajarito.

—Entonces mátame. Hazlo tú. Termina lo que empezaste.

Mi voz es una rendija rota. Un grito que nunca se alza.

Pero él no se mueve.

—No. No te voy a matar, Josephine. No hasta que me lo supliques de verdad. Y eso… eso llegará. Cuando él te deje. Cuando entiendas que tú no estás hecha para la luz. Que perteneces a nosotros. A mí.

Me acerco, sacando la fuerza desde lo más profundo del miedo.

—No te pertenezco.

Me sonríe. Dios… esa sonrisa, aunque no pueda verla. No hay nada humano en ella.

—Sabes que sí. Te gustó lo que te hice ahí afuera, te hice sentir viva.

Todo mi ser palpita porque lo recuerdo. Su voz corta el aire como un cuchillo, directo, sin anestesia.

—¿Sabes quién es él?

Asiente. Apenas. Mis labios tiemblan.

—Sí. Lo sé.

Mis ojos no pueden evitar buscar los suyos. Lo necesito, aunque me destruya.

Él se queda quieto. Un segundo. Luego ladea la cabeza. No como si estuviera feliz, sino como si viera una pieza del rompecabezas encajar justo donde quería.

—¿Quieres romperte más?

—Ya estoy rota —susurro—. Desde antes.

El aire es denso, como si las paredes respiraran conmigo. Me arde el pecho, me duele la verdad que estoy a punto de escuchar. Pero lo digo igual, porque ya no hay vuelta atrás.

—Así que dímelo. ¿Quién es él?

Él no duda. No esta vez.

—Él es... el jefe de la mafia de Londres.salva y quita vidas, qué ironico ¿no?

Mi respiración se corta.

Es como si me hubieran metido bajo el agua helada y de pronto todo lo demás deja de importar. Mi pecho sube y baja rápido. Mis manos buscan un punto donde sostenerse, pero no hay nada. Solo él. Solo su presencia.

Y entonces, vuelvo a llorar. No de rabia. No de sorpresa.

Sino de una verdad demasiado pesada.

Theron.

El hombre que me salvó.

El hombre que me tocó como si pudiera curarme.

El mismo que mató sin pestañear.

El mismo que lleva una doble vida, llena de sangre, secretos y muerte.

—Te lo dije —murmura el Fantasma, y entonces me rodea con sus brazos, arrastrándome hacia él como si fuera una niña pequeña y él fuera la única cosa sólida en un mundo en ruinas.

Me acuna. Me sostiene.

—Te dije que te rompería, pero aquí estoy. No te preocupes.

Sus palabras deberían darme miedo.

Pero en este instante, en este lugar donde todo se quebró…
yo solo me aferro a los brazos del enemigo, porque es lo único que no se está cayendo a pedazos.

Y eso me asusta más que cualquier bala. Despues de un rato, se va. Así. Como siempre lo hace. Desapareciendo en el aire, como un fantasma.

Pero esta vez, el silencio que deja atrás no es solo vacío.
Es amenaza. Y yo sé, sé sin dudas… que esto apenas está empezando.

Capítulo 33



¿Su paga?

JOSEPHINE

El hospital está silencioso a esta hora. Cada paso que doy hacia su despacho retumba como si fuera un tambor de guerra. Irónico, pienso. El escondite perfecto para el jefe de la mafia de Londres: entre quirófanos, batas blancas y los más vulnerables.

Llego en tiempo record, uno de sus hombres está afuera, no me ve, pero sabe que estoy ahí y no me detiene cuando entro sin avisar. El despacho huele a menta y a algo más... a él.

Lo encuentro revisando unos papeles, impecable como siempre, con esa elegancia que oculta perfectamente la sangre que corre tras sus manos.

Dejo un sobre sobre su escritorio.

—¿Qué es esto, Josephine? —levanta la mirada sorprendido cuando ve el sobre.

—Mi paga del mes, *señor*. Estoy atrasada, pero le pagaré pronto.

Él alza una ceja, muy despacio. Ese maldito *señor* no pasa desapercibido.

—Lirio de tigre… acabas de cometer un error.

—¿Un error? No lo creo. Es la tarifa que se cobra. Y ahí tiene la mía.

Se inclina hacia atrás, y sus ojos me perforan.

—No tienes que pagarme nada.

—¿Por qué? ¿Porque soy pobre?

—No. Porque eres *mía*.

—¿Suya? —me río, un sonido seco, dolido—. ¿Cómo podría el jefe de la mafia de londres ser mi dueño? Podrá tener el poco dinero que me queda, pero jamás a mí.

Él se levanta. La silla se desliza hacia atrás con un chirrido.

—No lo entiendes —dice, y cruza el espacio que nos separa como un lobo que huele debilidad—. *Eres. Mía.* Y yo soy tuyo. Me

gustas, y te gusto.

—Se equivoca, *señor.* Eso era antes…

—Deja de llamarme señor. Última advertencia, Lirio de tigre.

Su aliento roza mi rostro. Su mano toca mi cabello, juega con las mechas naranjas como si fueran hilos de fuego entre sus dedos. Luego, su palma se posa en mi mejilla, y la ternura me desarma más que cualquier amenaza.

—Entonces… ¿ya no te gusto?

—No me gusta la gente mentirosa.

—Yo no te mentí.

—¿Ah, no? Hacerse pasar por un hombre normal, y ser mi amigo…

—¿Quién dice que soy normal? ¿Y quién dice que quiero ser tu amigo? Ya te follé, eso cuenta demasiado a ser solo amigos. ¿No crees?

—Sabes a lo que me refiero. Deja de jugar conmigo.

—Siempre haces las preguntas equivocadas, Josephine. Siempre. Yo no mentí. Soy médico. Tengo dinero. Y jamás dije que era bueno para ti. Pero aquí estás. Temblando frente a mí. Y no es por miedo. Es por lo que te hago sentir.

Se inclina. Su boca cerca de la mía.

—Dime… si probara tu coño aquí, ¿todavía pensarías que quiero ser tu amigo?

—¿Qué?

—Preguntas correctas.

Su cinismo me enciende la rabia. Pero no niego que mi cuerpo traiciona mi mente. La cercanía, su voz, su olor… todo en él es un arma.

Tengo mil preguntas en la lengua. Pero él tiene razón. Nunca pregunté lo que debía. Quise creer que era diferente. Quise creer que era bueno. Un medico millonario, nadie lo es, a menos que herede un imperio. Ademas, desaparece por semanas enteras.

Pero ser el jefe de la mafia no es solo ser diferente… es ser una tormenta que decide qué vive y qué muere.

—¿Qué será entonces? —me susurra.

—Déjame ir.

—Vienes aquí, me lanzas tu dinero a la cara… ¿y crees que podrás irte así de fácil?

Trago saliva. *Estúpida.*

—¿Vas… vas a matarme?

Él se ríe, bajo, oscuro.

—¿Matarte? Si te hubiera querido muerta, lo estarías desde hace mucho tiempo.

Su mano llega a mi cadera. Aprieta, firme. No duele. Pero quema.

—Entonces… ¿qué quieres hacerme?

—Preguntas correctas. Buena chica.

Hace una pausa. Me observa.

—Besarte.

—¿Besarme?

—Tómalo como un pago. Insistes en pagar… quiero un beso. Dame todos los besos que te pida y tu deuda quedará saldada.

—Hijo de puta.

—¿No?

—No. Puedes tomar el dinero y metértelo donde te quepa. Pero jamás me tendrás. No de nuevo. No así. Así que acabe con todo esto, *señor*…

No lo veo venir. Y entonces saca el arma. Ahogo un grito cuando me toma la mano y coloca el arma en ella.

—¿Qué estás haciendo? —chillo.

—Querías que acabara con esto. Esta es la única manera, Josephine. Una bala en mi cabeza. Como debió ser desde un inicio.

—¿Desde un inicio?

Sus ojos no se apartan de los míos.

—Cuando te conocí, tenía esta misma arma en mi cabeza. Pero algo me detuvo.

—¿Qué?

—Tú, Josephine. Te escuché cantar. Tu voz me detuvo. Me salvaste sin saberlo. Así que eres la culpable de que yo siga vivo.

Me tiemblan las manos. Las lágrimas ya no se detienen.

—Si ahora me odias, si todo se ha acabado, entonces acaba conmigo. Porque no hay razón para que siga viviendo si vas a seguir

llamándome *señor*. Si vas a mirarme con miedo. Si vas a alejarte… romperme.

Mi corazón se cae a los pies.

Theron iba a matarse.

El médico brillante. El salvador. El monstruo. Y entonces lo entiendo. Esa es su guerra. Él está entre el bien y el mal. El salvador y el verdugo. ¿Quién no querría morir? No lo culpo, he estado ahí. Sé lo que se siente, y aunque no lo sepa. Él también me ha salvado.

—Theron…

—Eso suena mejor…

No lo dejo terminar. Me lanzo hacia él. Lo beso. Como si fuera la única forma de evitar su final. Es un beso roto, desordenado, desesperado. Y por primera vez… él se siente humano.

Lo beso.

Como si al hacerlo pudiera borrar todo.

Como si pudiera curarlo.

Como si el fuego entre nosotros pudiera consumir las mentiras, el dolor, y esa parte de mí que aún quiere huir.

Sus labios me responden con hambre contenida. Con furia. Con una ternura que arde.

Sus dedos se clavan en mi espalda.

Me sostiene como si de verdad pensara que voy a desvanecerme.

Y lo haría. Juro que lo haría. Si me soltara.

Pero entonces…

El sabor del beso cambia.

Ya no es desesperación.

Es despedida.

Me separo de golpe. Jadeando. Confundida. Aturdida por la tormenta que acabamos de soltar.

—Esto no arregla nada —susurro, con la voz hecha cenizas.

Theron baja la mirada. Se aparta como si yo le quemara.

—Lo sé —responde, y por primera vez su voz suena rota, humana… *vulnerable*—. Pero por un momento… me permití pensar que sí.

—No puedes hacer esto —mi garganta arde, como si cada palabra me desgarrara—. No puedes darme eso y luego recordarme quién eres.

—¿Quién soy, Josephine? ¿Eh? —da un paso hacia mí—. ¿Soy el médico que salvó a esa niña en el turno de la madrugada? ¿El que se queda hasta el amanecer firmando papeles para evitar que cierren una planta entera? ¿O soy el bastardo que le disparó a su propio primo porque traicionó a la familia?

—¡No soy tu maldita terapeuta!

—¡No! Eres peor.

Eres mi redención… y mi condena.

Me paralizo.

—No digas eso…

—¿Por qué no? —Su voz se quiebra, y en un parpadeo, su rabia vuelve. Como un latido acelerado, como un disparo inesperado —. ¿Crees que no sé lo que te hice? ¿Crees que no me odias más de lo que yo me odio?

Pero aquí estás.

Temblando por mí.

Besándome.

Y luego corriendo.

—Porque no sé qué parte de ti es real, Theron —grito. Las lágrimas ya no son discretas, son una caída libre—. ¡No sé si me salvaste o si solo me estabas estudiando como a una presa! ¡No sé si fui una pieza de tu juego!

—¡No eras una pieza! —ruge, y el golpe de su voz me hace retroceder—. Fuiste mi única salida. Mi única luz. Maldita sea, Josephine… ¡Eras mi canción favorita en medio del caos!

Sus palabras me atraviesan.

Quisiera no creerle.

Quisiera que mintiera.

Pero sé que dice la verdad. Y eso lo hace peor.

—¿Y qué hago con eso, entonces? ¿Qué se supone que haga con tu dolor? ¿Con tu verdad?

—Lo cargas conmigo.

—¿Y si no quiero?

Él sonríe. Triste. Derrotado.

—Entonces mátame. Tienes el arma. Y si no puedes apretar el gatillo…Quédate.

Silencio.

Mi respiración es un latido más.

Mis labios, aún tibios por el beso, tiemblan contra el metal frío del arma.

Y entonces me derrumbo.

—No quiero que mueras. Y ademas se llama chantaje, eres médico sabes lo que es jugar con la mente.

Theron se acerca, despacio. Con una suavidad que no le pertenece. Toma el arma de mis manos con cuidado, como si fuera un niño con miedo. La deja sobre su escritorio.

Y me abraza.

No dice nada.

Solo me sostiene.

Fuerte.

Como si ese fuera su único ancla al mundo.

—Estoy tan jodido, Josephine…

—Lo sé —respondo, y cierro los ojos—. Yo también.

Me abraza.

Y por un momento, siento que el mundo se detiene. No hay disparos. No hay mafias. No hay mentiras. Solo está él.

Theron Sterling.

Su pecho sube y baja con fuerza. Me envuelve. Me huele. Me siente. Y entonces, sus labios buscan los míos de nuevo. Pero esta vez no hay rabia. No hay furia. Solo hambre lenta. Necesidad cruda. Un susurro contra mi boca.

—Yo también puedo dartelo todo, Josephine… nunca lo olvides. Soy tu luz y tu oscuridad… Pero tú… tú eres mi todo.

Dármelo todo.

Sus palabras me rompen.

Me reconstruyen.

Me vuelven a romper.

Me alza por la cintura y me sienta en su escritorio sin dejar de besarme.

Sus manos acarician mis piernas. Mis muslos. Mi espalda.

Como si me memorizara.

Como si cada trazo suyo fuera una promesa.

—Theron… —mi voz apenas es aire. No sé si lo detengo o lo imploro.

—Dímelo —susurra contra mi cuello—. Dime que me quieres aquí. Dime que no me vas a empujar otra vez.

Mis dedos se enredan en su cabello.

—No te vayas.

Eso es todo lo que necesito decir.

Él me mira, y sus ojos están llenos. No de deseo. No solo. Hay algo más. Algo más profundo. Algo que no había visto antes.

Amor.

O algo que se le parece tanto que da miedo.

Me quita la blusa despacio. Como si desvestirme fuera una ceremonia sagrada. Como si mi piel fuera su única religión.

Yo hago lo mismo con su camisa, temblando, viendo los tatuajes que cubren su pecho. La marca de la mafia. La cruz negra. Las cicatrices.

Y aún así… lo quiero.

Así, roto. Así, oscuro.

Su cuerpo se pega al mío. Calor contra calor.

Sus labios bajan por mi cuello, por mis clavículas.

Su lengua se desliza suave por mi piel, encendiendo cada rincón dormido.

—Tan hermosa… —murmura con la voz quebrada—. Tan jodidamente mía…

Me tumba despacio sobre el escritorio.

Se acomoda entre mis piernas con la devoción de quien toca algo que no merece.

Ya estoy preparada cuando me toca, desde que entré creo que mi cuerpo me traicionó.Y entra en mí con una suavidad que me hace llorar.

—Tu coño me reciba tan bien.

No hay prisa.

No hay brutalidad.

Solo la maldita ternura de dos personas que sangran por dentro… y que por fin se permiten sentir.

Despacio. Me está follándo despacio.

Sus embestidas son lentas, profundas, marcadas por cada respiración contenida, por cada mirada que grita lo que la boca no se atreve a decir.

—Eres mía —susurra sobre mis labios, hundiéndose más—. Y ahora lo sabes. Lo sientes. Dentro de ti. Yo soy el que te llena, Josephine. No solo el cuerpo… el alma. Y sabes que amo tu oscuridad.

Amo tu oscuridad.

—Theron… —lloro contra su boca. Porque ahora lo he entendido, lo he entendido todo. Me ha dado migajas todo este tiempo. Para que lo viera yo misma, para que mi cuerpo reaccionara como él quería.

—Llora —me dice—. Llora, pero no huyas. Te quiero así. Rota. Mía. Real. Yo voy a reconstruirte siempre, recogeré los pedazos así como tú me has traido a la vida.

Ya lo ha hecho. Y yo no puedo hacer otra cosa más que quedarme.

Aferrarme a él. A sus movimientos. A su voz. A su promesa.

Porque en su oscuridad…Encontré la mía.Y tal vez, solo tal vez, eso es amor. Pero es momento de acabar con todo. Con él, con el fantasma así me cueste la vida de nuevo, no puedo amarlos a los dos.

No. Todavía.

Capítulo 34



Un enemigo más...

THERON
Hace tres semanas

Sabemos donde está mi hermana. Es mi culpa que se la llevaran, yo la metí en esto y yo la sacaré, por eso no dejé que Roco ni Paolo intervinieran. Querían traer a sus amigos rusos, la bratva, pero me negué.

Nadie salvará hoy a mi hermana excepto yo.

Veo el movil y respondo de inmediato, se ha tardado mucho en responder. No le gustó que lo encontrará. Sé quién es el señor Ashford, conozco su cara y ahora sé a lo que se dedica, no querrá joder conmigo.

—Ya era hora—le digo—¿Dónde está ella?

—¿Qué le hace pensar que lo sé?

—Sé que se reunió con Maximilian Hass. Y él tiene a mi hermana o la querrá, para estas alturas ya debe de saber que mi hermana tiene una corona sobre su cabeza.

—O una diana, señor Sterling. Siendo el jefe de la mafia de Londres, eso la pone más en peligro, ¿no cree?

—Lo sé. ¿Dónde está?

—Recibirá un mensaje mañana con la ubicación, la transacción se hará mañana si todo sale bien. el señor Hass se comunicará con usted.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces considerelo un enemigo más a la lista.

—¿Cómo usted, señor Ashford?

—Yo…yo ya no tengo nada que perder, señor Sterling.

Le creo. Parece un hombre solitario, roto. Me vi reflejado en él por un segundo, si no fuera por Josephine, la fuerza que me dio para no rendirme. Si tan solo lo supiera. Aun guardo esa bala, esa que debería estar en mi cráneo.

—¿Quién era? —sé que no tengo derecho a preguntárselo.

Resopla del otro lado y susurra en otro idioma. Uno que no conozco, pero sé quién sí.

—Ella era mi hermana.

—¿Murió?

—Sí. Le pedí a dios que muriera antes de que acabaran con ella.

Lo entiendo. Yo tambien lo pedí. No tengo que preguntárle quién o qué le arrancó a su hermana. Ahora estoy a punto de recuperar a mi hermana. Me costó millones encontrarlo a él y al suizo, también algunos hombres porque los hijos de puta tienen muchos enemigos en europa.

Y por fin los encontré. Por fin podré traer a mi hermana a casa. Me encargaré de ese suizo de mierda. Lo mataré y luego, protegeré a mi hermana, no la enviaré lejos esta vez.

—Hasta luego, señor Ashford.

Capítulo 35



Todo se detiene

THERON
Presente

Aún siento su piel en mis manos. El calor de su cuerpo pegado al mío.
Sus lágrimas. Sus gemidos. Josephine. Le prometí que volvería. Le juré que no desaparecería por mucho tiempo esta vez.

Y por primera vez en años, quise cumplir una promesa. No por mí.
Por ella.

La dejé. Confundida. Temblando. Aún con mi nombre pegado en la boca.

—No te vayas —me había dicho.

Pero el mensaje llegó en ese momento que aun me derramaba fuera de ella. La ubicación confirmada.

Mi hermana.

Hunter.

Viva y me será devuelta. Y sin embargo… algo me huele a mierda. No es paranoia. Es instinto. Y en este mundo, confiar puede costarte todo. No confío en ese cabrón suizo.
Maximilian Hass.
Demasiado limpio. Demasiado sonriente. Y la forma en que opera es…diferente.
No.
No me gusta un carajo.

Ahora, estoy aquí. Zona rural. Casi vacía. Árboles secos. Camino de tierra.
Y un maldito silencio que no me gusta. Ivan al volante. Ronnie al lado. Armados. Tensos. Como yo. La camioneta se detiene con un chirrido seco en medio de la nada. El silencio pesa como una amenaza. Miro a Ivan. Él asiente hacia adelante, con el mentón tenso.

—Allí —murmura.

Un coche negro. Elegante, brillante a pesar del polvo del camino. Apagado. Parado. Silencioso como un cadáver. La puerta del conductor se abre.

Un hombre desciende.

Cabello negro, perfectamente peinado hacia atrás. Mandíbula fuerte, sombra de barba. Chaqueta de cuero que cruje con cada paso. Sus botas pisan el suelo como si todo le perteneciera. Es grande, alto como yo, y no necesito que me digan quién es. Lo sé. Su sola presencia lo grita.

Maximilian "Viper" Hass. El suizo.

El jefe de la mafia suiza.

Se detiene a unos metros. Me observa con un rostro neutral, pero hay algo en su mirada que… no encaja con los monstruos que suelo enfrentar. Mis dos hombres se ponen en guardia con sus manos listas en sus armas y alrededor otros de mis hombres apuntandole a todo el que se acerque en la cabeza. Incluido al propio suizo si las cosas no salen bien.

—Señor Sterling —dice con un marcado acento alemán, el idioma mas dominado de suiza, su voz grave, educada, peligrosa—. Es un gusto conocerle, finalmente.

—¿Ella está ahí? —pregunto, tenso, sin desviar la vista del coche.

Él asiente, muy despacio.

—Lo está.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? —escupo con desprecio—. Tengo mucho dinero.

El viper deja escapar una risa corta, sin humor.

—Si de tener algo hablamos… dinero tengo de sobra. Lo que no tengo es una mujer como ella en mi vida. Y… la quiero tener.

A ella se refiere a Hunter, mi jodida hermana menor. Me le adelanto un paso, el pecho inflado por la furia que me quema.

—¿Qué mierda está diciendo?

—Su hermana, señor Sterling —dice con calma, como si estuviéramos negociando acciones—. Quiero su bendición.

Saco el arma.

Apunto directo entre sus cejas.

—¿Pero qué mierda? —mi dedo roza el gatillo—. Permíteme volarte los sesos. Antes de que mi hermana acabe en manos de un hombre como nosotros.

No se mueve. Ni un parpadeo. Solo levanta una mano con lentitud.

—No es necesaria la violencia, Theron.

—Mi hermana ha estado secuestrada por meses —gruño—. Y de pronto la encuentra. Y ahora me pide mi bendición. ¿Está demente?

—No es como lo piensa. Le juro que si yo estuviera en su lugar, también estaría fuera de control. Cuando llegué a ese bar, ella era parte del "catálogo". Era mi dama de compañía esa noche. Pero nunca la toqué. Nunca lo hago con chicas que están en ese negocio. Yo me encargo de destruirlos, pero cuando me enteré de quién era, sabía que tenía que hacer lo correcto. Matarlos a todos y regresarla a casa.

Se atreve a sonreír apenas. Nostálgico. Maldito loco.

—Pero ella… ella me cautivó. Es hermosa. Es única. Me recordó a ese cuento infantil… ¿cómo se llama? Blanca Nieves. Su cabello negro. Su piel, como porcelana. Cedosa. Perfecta.

Aprieto la mandíbula.

—Será mejor que cierre la puta boca y me entregue a mi hermana.

—No soy el enemigo, Theron.

—Bueno, lo será, señor Hass, si continúa llamando Blanca Nieves a mi hermana como si fuera un maldito trofeo.

Él asiente, serio esta vez.

—No la veo como un trofeo. La veo como algo sagrado.

Ve hacia atrás y otro hombre igual de peligroso como la mierda se baja y entiende la señal de Hass cuando abre la puerta de atrás.

Una puerta del coche negro se abre. Mi estómago se hunde. Una figura desciende. Pequeña. Frágil.

Ella. Hunter.

Mi hermana. Cabello suelto. Revuelto. Ropa limpia. Llora. Nuestros ojos se encuentran.

Corre.

—¡Theron! —grita, y su voz es puro cristal quebrado que se clava directo en mi pecho.

No pienso. Me echo a correr hacia ella. Mis piernas no me pertenecen. El mundo se vuelve eco, vacío, ruido blanco.

Y cuando mis brazos la envuelven…

Todo se rompe.

Todo se sana.

Todo duele.

Todo al mismo tiempo.

Ella solloza contra mi pecho y yo la aprieto como si pudiera fundirla conmigo. Como si al tenerla entre mis brazos pudiera borrar cada segundo de lo que vivió. Está aquí.

Mi hermana está aquí.

Y no dejaré que vuelva a alejarse jamás.

Tan pronto cuando la suelto, se desata el caos y mi mundo tiembla.

¡CRACK!

Un disparo y veo al hombre de Hass caer al suelo.

—¡Sácala de aquí! —grita Hass en alemán y saca su arma, se pone a disparar como un maldito loco.

El infierno se desata.

Otro disparo.

Otro más.

Hunter grita y se agacha contra mi pecho.

Ivan acelera para acercar el auto y tomo a mi hermana para subirla al auto. Ronnie saca la automática y comienza a disparar con precisión de cirujano.

Yo también.

Bang. Bang. Bang.

Tres cuerpos caen al suelo. Pero hay más. Salen del puto desierto y veo otros autos venir, inclusos mis hombres comienzan a moverse.

Esto fue una trampa o alguien más lo supo.

Una maldita carnada.

Nos querían muertos.

—¡Sácanos de aquí! —ladro, cubriéndonos mientras retrocedemos.

Ronnie cubre mi espalda. Ivan casi destroza el volante intentando maniobrar el coche. El jodido auto es blindado pero si tienen otras armas, seremos una noticia mañana mismo.

Hunter sigue temblando en mis brazos, apretando mi camisa con los puños cerrados.

—Shhh… ya, pequeña, ya estoy aquí… —susurro contra su frente.

El coche ruge por el camino de regreso. Disparos aún detrás.
Pero yo solo pienso en una cosa: ¿Quién coño quiere vernos muertos *a los tres*?

…

La carretera se estira frente a nosotros, serpenteando entre árboles y silencio. El motor ruge, pero el interior del coche está cargado de algo más pesado que el aire. Mi brazo sigue rodeando a Hunter, como si todavía necesitara comprobar que está aquí, que no es una alucinación, que no me la van a volver a arrancar.

Entonces el móvil vibra en mi bolsillo.

Miro la pantalla.

Número desconocido. Suiza.

Contesto con los dientes apretados.

—¿Qué?

—¿Ella está bien? —La voz profunda, familiar, retumba en el auricular.
Maximilian Hass. El hijo de puta sigue vivo.

—¿Qué?

—Responda, Theron. ¿Ella está bien?

Respiro hondo. Miro a mi hermana.
Llora en silencio, pero me mira con esa mirada que conocí desde que éramos niños, esa que dice "intento ser fuerte, pero ya no puedo más".

—Sí. Ella estará bien —murmuro, tragándome el nudo en la garganta.

—Bien —dice él, y se escucha como un suspiro de alivio. Silencio breve. Luego su voz se suaviza, casi inaudible—. Pásemela, por favor.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Solo un momento. Necesito oírla.

Miro a Hunter. Algo en sus ojos cambia. Se tensan, se agrandan, como si supiera quién es.

Joder.

Le extiendo el móvil, y ni siquiera duda. Lo toma enseguida.

—Sí... sí... —dice, y se le quiebra la voz—. Gracias, Max.

¿Max?

Pongo los ojos en blanco tan fuerte que casi veo mi propio cerebro.

—¿Max? —murmuro con sarcasmo, cruzando los brazos y mirando al frente como si eso calmara el veneno que me sube a la lengua.

Ella no me responde. Solo aprieta el teléfono contra su oído como si necesitara escucharlo a él para respirar.

Y yo, por primera vez, no sé si quiero frenar el coche… o estrellarlo.

Capítulo 36



Real

JOSEPHINE

Te quiero así. Rota. Mía. Real.

Su voz resuena en mi mente, una y otra vez, mientras trato de bloquearla, pero no puedo. Me atormenta, me consume, como si estuviera incrustada en cada rincón de mi ser. La ausencia de El Fantasma significa solo una cosa: El Fantasma va a matarlo. Sé que lo hará. Yo se lo pedí. Y ahora… ahora, debo acabar con todo. La idea de lo que está por venir me hace sentir un nudo en el estómago, un torbellino de caos y desesperación.

La infidelidad.

La mentira.

Dejar la idea de que lo matara en el aire cuando estaba más vulnerable que nunca.

Mis dedos se cierran con tanta fuerza sobre el timón de la barcaza que los nudillos se me tornan blancos, casi fantasmales. Las palmas sudan, el metal resbala, pero no aflojo. No puedo. No debo. El rugido del agua a mi alrededor se mezcla con el latido frenético de mi corazón, un tambor desesperado que retumba dentro de mi pecho. El viento sopla con violencia, enredando mi cabello en mi rostro, cegándome por momentos, como si incluso el aire quisiera detenerme.

Las olas chocan contra los costados de la barcaza con una furia creciente, como si el río mismo intentara devorarme. Mis pensamientos son un nido de serpientes, enredados, venenosos. No logro separarlos de mi ansiedad. Necesito huir. Necesito dejarlo todo atrás, desaparecer de esta pesadilla, escapar de mi propia culpa. Pero no importa cuánto intente avanzar… la barcaza no responde. Como si estuviera tan rota como yo.

La dirección en la que navego se retuerce bajo mis pies. El agua se vuelve más densa, más oscura. Más profunda. El aire se llena de humedad y amenaza. Un escalofrío me recorre la espalda,

uno que no tiene nada que ver con el frío. Mis brazos tiemblan al intentar girar el timón, pero se traba, como si una fuerza invisible me negara la fuga. Como si me obligara a enfrentar lo inevitable.

Ni siquiera sabe que estoy aquí. Le hice saber que estaba bien. sé que está cerca de encontrar a su hermana, ahora lo sé, porque sé quien es él. Me he enamorado del jefe de la mafia y nadie se sale con la suya, ni siquiera yo. Pero voy a intentarlo, voy a huir de todo, de él. Si me quedo, no podré, sé que no podré renunciar a lo que siento. Por él.

Por *ellos.*

—Por favor… —susurro, sin saber a quién le hablo. ¿A mí? ¿A él? ¿A Dios?

Mi respiración se rompe. Jadeo. El pecho me arde. Siento que me ahogo, aunque aún no haya agua en mis pulmones. Pero ya está ahí, lo sé. El desastre, la sentencia que he firmado con mis propias manos. Y de pronto, algo cruje. Un sonido seco, filoso. La barcaza se sacude bruscamente hacia un lado, y el impacto me lanza hacia adelante. La barcaza se tambalea, se ladea.

Estoy entrando en una zona equivocada, poco profunda, y no me doy cuenta hasta que el fondo roza con violencia el casco.

Un crujido.

Un golpe seco.

El agua comienza a filtrarse.

El casco ha golpeado con algo debajo del agua, la tierra con rocas, no es temporada de moverse, sé que encontraría el lago seco si avanzaba… no lo sé. Solo siento cómo el mundo se inclina y el agua comienza a colarse por la grieta que se ha abierto como una herida en el vientre del barco.

Aunque el lago esté seco como para mover la barcaza más allá de donde llegué, hay una corriente fuerte que podría ahogarme.

—No… no, no, no… —Mi voz tiembla mientras me arrastro hasta el borde, pero ya es tarde.

El agua entra con furia. Mis piernas ya están empapadas. El nivel sube. La madera gime como un animal moribundo. Todo se inunda, por fuera y por dentro. La barcaza se hunde. Y yo también.

Y el agua comienza a entrar, lenta, imparable, como si la tormenta misma se estuviera tragando todo. La presión aumenta, me siento atrapada, el agua fría me rodea, se filtra entre mis ropas, me llega a las rodillas, luego a la cintura, subiendo con rapidez.

Casi no puedo respirar. La barcaza se hunde lentamente, el agua es más profunda de lo que pensaba. Mis pies ya no tocan el fondo, mi cuerpo se balancea con la corriente. Intento agarrarme a algo, pero el agua me empuja, me arrastra. Ya no tengo fuerzas para luchar, solo siento el peso de todo lo que he hecho, todo lo que está por venir.

Y yo… me hundo.

El pánico me paraliza, pero no es solo por el agua. No. Es por la oscuridad que se cuela en mi mente, por los recuerdos que revientan como disparos en medio del caos.

De pronto el sol se oculta y todo oscurece, ni siquiera puedo ver las estrellas, todo está negro.

Y los recuerdos vienen.

La habitación sin ventanas.
El olor a sangre seca en las paredes.
Las cadenas.
La risa de uno de ellos mientras me arrojaban al suelo.
Y luego él.
El Fantasma.

—Nunca estuviste en paz… deja de esperar al hombre de carne y te entregues al que ya no tiene nada que perder.—me dijo una vez, con los dedos manchados de lo que no quiero recordar.

—Quiero que me dejen en paz —contesto a la nada.

Y él rió. Se inclinó. Me acarició como si fuera algo suyo. Me destrozó, pero también me devolvió partes que otros habían arrancado sin permiso.

Me enseñó a no sentir. Y luego me obligó a sentirlo todo.

Y ahora... ahora estoy sola.
Rota.
Hundida.

El agua me traga lento.

No lucho.

No grito.

Solo me dejo caer con la barcaza que se hunde, como si entregarme al fondo fuera más fácil que quedarme a flote. Como si rendirme fuera el único acto de libertad que me queda.

Pero entonces…

Un estruendo. Una sombra en el agua. Un golpe de realidad.

Manos fuertes. Un grito desgarrado.

—No te atrevas —gruñe la voz que me arranca del abismo—. No te atrevas a dejarme así.

Como una sombra que emerge del infierno. Como un ángel de cólera.

Sus manos fuertes me sujetan del brazo, me levantan sin esfuerzo. No dice nada, pero su mirada me lo grita todo:

No va a dejarme morir.

No hoy.

No así.

—¿Por qué? —murmuro, apenas consciente. El agua me llega al pecho. Mis piernas ya no responden. Mi voluntad tampoco.

Theron no responde.

Solo me arrastra, sin preguntas, sin explicaciones.

Su cuerpo es calor en medio del frío, su respiración agitada es lo único que oigo entre el zumbido del río y mis pensamientos rotos.

Theron.

Me levanta con una fuerza rabiosa. Me arrastra hacia la orilla, su respiración descontrolada, su cuerpo temblando más de furia que de frío.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo? —me zarandea, me sacude—. ¿Crees que así termina todo?

Me echo a llorar, no por miedo. Por enojo. Porque no quería que me salvara.

—¡Déjame! —le grito, empapada, rota, con la garganta cerrada—. ¡Déjame desaparecer!

Theron me aprieta contra su pecho. No con ternura. Con rabia. Como si estuviera a punto de romperme otra vez.

—No. No te dejo. No te vas. No así.

—¡No tienes derecho!

—Me gané ese derecho desde que saliste de esa cafetería hace diez años.

Me suelta, de golpe. Me lanza su chaqueta. Yo apenas puedo respirar. ¿Pero qué estoy haciendo?

—No quería hacerte esto.

—Pues ya lo hiciste —responde, seco, implacable—. Y ahora, ¿quieres morirte como si yo no importara una mierda?

—No se trata de ti.

—¿Ah, no? ¿Y qué carajo crees que es esto? —señala la oscuridad a nuestro alrededor. Ni siquiera el sonido de la noche nos llega, es todo oscuridad—. ¿Crees que voy a quedarme mirando cómo intentas dejarme?

Me rodea. Se agacha frente a mí. Me mira como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Mírame, joder.

Lo hago. Y en sus ojos no hay compasión. Hay desesperación contenida. Dolor. Rabia.

—Podrás odiarme. Podrás no quererme. Pero no vas a dejarme atrás.

—¿Y si ya no quiero vivir?

—Entonces te quedas por mí —espeta, brutal, sin vacilar—. Porque yo digo que vivas. Vivirás.

Silencio.

Él lo rompe, una vez más.

—No te vas. No así. No sin mí.

No sin mí.

Irme. Eso es morir para él. Dejarle, irse. Me pregunto quién más lo ha dejado. Si tiene familia. No sé nada de él, pero él tampoco sabe mucho, solo que vio, solo lo que ha pasado los últimos diez años. ¿pero qué más tengo para ofrecer que no sea eso? Mi dolor.

Y cuando me recoge del suelo, cuando me mete en su coche como si fuera suya… lo entiendo.

No vine aquí a morir.
Vine a ver si él me dejaría hacerlo.

Y no lo hizo.

Y no lo hará.

El coche avanza a toda velocidad, devorando la carretera mojada. No hay música. No hay palabras. Solo el sonido de los limpiaparabrisas y el latido desbocado de mi corazón. Voy envuelta en su chaqueta, temblando.

Pero no es por el frío.

Theron no ha dejado de mirarme de reojo ni un segundo, como si temiera que me desvaneciera de nuevo, como si dejar de vigilarme fuera una amenaza.

—¿Pensabas que ibas a escaparte así de fácil? —su voz corta el silencio como una navaja—Estacionar tu barcaza en otro lugar o hundirte en ella y ya está. ¿Eso es todo?

No respondo.

No puedo.

Mis labios tiemblan. Mi garganta duele.

—Mírame —gruñe.

No lo hago.

Entonces frena de golpe. El coche derrapa, el cinturón me aprieta el pecho. Grito. Mi corazón se paraliza.

—¡Theron!

—Mírame —repite, con los nudillos blancos aferrados al volante—. Porque si no me miras ahora, no sé qué mierda voy a hacer.

Lo miro.

Y lo que veo en sus ojos no es furia. Es tormenta. Necesidad. Algo tan oscuro que me traga entera.

—No entiendes lo que me hiciste —dice, más bajo—. Me rompiste cuando decidiste que era mejor morir que quedarte conmigo.

—No lo hice por ti...

—Me importa una mierda por quién lo hiciste. El resultado fue el mismo: tú… lejos de mí.

Pega un puño al volante.

—Jodidamente lejos de mí.

Vuelve a arrancar. La velocidad es brutal.

—No vuelvas a hacerlo —masculla, sin mirarme esta vez—. No vuelvas a tomar una decisión sin mí.

—No eres mi dueño —le escupo, débil, pero firme.

Él se ríe, una risa rota y oscura.

—¿Estás segura? —dice, con sarcasmo venenoso—. Actúas como si no me hubieras entregado todo antes de desaparecer.

Su despacho. La forma en que me tomó. Tiene razón, soy suya. Siempre he sido suya.

Se gira, apenas un segundo, su mirada prendida en la mía.

—Tu cuerpo. Tus gritos. Tus silencios. Tus malditas cicatrices.

Pausa. Respiración agitada.

—Miéntete a ti misma, Lirio de tigre —repite—. Pero tú… tú sí me perteneces.

Mi pecho se aprieta.

No hay escape. No hay tregua.

Solo Theron.

—¿Y si ya no quiero ser tuya? —susurro, con la voz quebrada.

—Te encierro. Te amarro. Te vigilo. Lo que haga falta.

—Eso no está bien...

—¿Tú crees que yo soy bueno? —vuelve a reír, pero sin humor—. No, Josephine. Yo no soy el bueno. Soy el que te va a mantener viva. Aunque me odies por eso.

Me mira de nuevo. Firme. Posesivo.

—Porque si no vas a quedarte por ti… Te vas a quedar por mí.

El coche ruge, tomando las curvas con violencia. La carretera parece una serpiente que nunca acaba, una trampa en la que no puedo escapar. Siento el peso de su mirada en cada segundo, como si sus ojos me quemaran. Y aunque mis pensamientos siguen atados a la idea de huir, mi cuerpo sigue aquí, tenso, atrapado entre él y este coche.

No puedo dejar de mirarlo de reojo, aunque mi respiración esté acelerada. Theron es una tormenta hecha carne. Todo en él está retorcido, posesivo, crudo. Y yo soy la maldita presa.

El silencio entre nosotros se hace denso, pesado. Como si estuviéramos a punto de estallar, pero sin poder tocarnos.

—¿Es esto por quién soy? —su voz rasga el aire, baja y dura. La pregunta me sacude, porque, al igual que su mirada, está cargada de algo profundo, algo que ni él entiende del todo.

Me quedo callada por un segundo, con el pecho apretado, el maldito caos dentro de mí. No quiero decir lo que estoy pensando. No quiero darle razones para que me siga mirando de esa forma.

—¿Acaso… —su voz se alza un poco, más peligrosa— me tienes miedo, joder?

Miedo.

Eso, por supuesto. Miedo. ¿Miedo a él? ¿al jefe de la mafia? No. Eso jamás. Pero al fantasma... esa es otra historia. A él le tengo miedo. A lo que me hizo, a lo que sigue queriendo hacer. Y sobre todo, a lo que va a hacerle a Theron.

—No... —digo, tragando saliva. La mentira me sabe amarga en la lengua, pero la suelto con una seguridad rota—. Al fantasma le tengo miedo. Dijo que iba a matarte.

Esas palabras se quedan flotando entre nosotros. Los ojos de Theron se tornan oscuros, y su mandíbula se tensa hasta límites imposibles. La rabia arde bajo su piel, pero también… algo más. Algo que no puedo identificar, algo que lo hace aún más peligroso.

—Bien, tenemos otra cosa en común —responde, la voz áspera, casi desafiante. No me mira directamente, pero sé que está observándome desde el rabillo del ojo, esperando una reacción, esperando que algo se quiebre en mí.

—¿Cuál es la otra cosa? —le respondo, sintiéndome vacía, pero también atrapada por el retorcido juego que estamos jugando.

Él aprieta el volante con tal fuerza que sus nudillos se ponen blancos, su respiración se vuelve más pesada. Lo veo, veo cómo la furia en sus ojos se mezcla con algo más. Algo que no me atrevo a nombrar. Es como si un demonio estuviera luchando por salir de él, y yo fuera la razón.

—Que los dos nos rehusamos a dejarte ir —responde con una voz baja, casi peligrosa, como si cada palabra fuera un juramento. No hay duda en su tono. No hay un ápice de vacilación.

Mis labios tiemblan, pero no sé si por el miedo o por algo más.

—¿Qué quieres decir? —digo, más por miedo a lo que pueda pasar si no respondo que por curiosidad.

Theron no se detiene, no se calma. Su mano izquierda deja el volante y se desliza hasta mi brazo. La toca con fuerza, casi como si temiera que fuera a desaparecer si no me sujeta lo suficientemente fuerte.

—Que yo me niego a dejarte ir. Y el hecho de que intentes matarte con esa barcaza, de que intentes desaparecer como si todo fuera tan fácil, joder, eso me dice que tú también te niegas. Aunque lo niegues, aunque lo mires con ese aire de indiferencia, te lo digo: tú también te rehúsas a dejarme.

El coche frena de golpe, y me empuja contra el asiento. Mi respiración se corta. No sé si quiero llorar, gritar, o hacerme una bola en el asiento. La presión de sus palabras me ahoga.

—¿Qué quieres que haga, Theron? —pregunto, la voz apenas un susurro, pero se siente como un grito. Mi pecho se agita—. ¿Que me quede contigo? Despues de las mentiras, los engaños.

Sus ojos se vuelven aún más intensos. Su mirada fija en mí es feroz, como si intentara devorarme.

—Lo que quiero, lo que necesito, es que no te vayas. Que no te mueras. Que no te dejes destruir. Y si eso significa que tengo que ser un hijo de puta para que lo entiendas, lo seré. Porque me niego a perderte, me niego a dejarte ir.

Sus palabras caen pesadas sobre mí, como una condena. El mundo fuera del coche parece desvanecerse, como si todo estuviera girando alrededor de su voz, de su necesidad. No hay escape. No hay salida. Estoy atrapada, y lo sé.

—No me hagas esto, Theron —susurro, intentando liberarme de su agarre, pero él me retiene más fuerte, más posesivo—. No me hagas sentir que no tengo otra opción. No me hagas sentir que… que tengo que quedarme contigo después a pesar de los engaños.

Él no se mueve. Sus ojos, llenos de furia, pero también de una tristeza imposible, se clavan en los míos.

—No tienes otra opción —dice, con una calma fría y brutal—. Y lo sabes.

El coche avanza de nuevo, y con cada kilómetro que dejamos atrás, siento que la distancia entre él y yo se acorta. Mi mente grita

por rebelarse, por irse, por no ceder… pero mi cuerpo, mi alma, mi corazón… están atrapados, también me rehúso a irme.

Y, tal vez, también me rehúso a dejarlo ir a él.

Está sufriendo por mí.

—Lo siento, Theron—digo a punto de quedarme dormida, ahora aferrada a su mano en mi regazo—nunca quise dejarte.

Capítulo 37



De nuevo… perdida.

JOSEPHINE

Despierto con la sensación extraña de no estar sola.

El techo sobre mi cabeza es blanco, sin grietas. Las sábanas huelen a limpio. Huelen a él. A jabón caro, a madera húmeda, a tabaco que no ha fumado pero que flota en el ambiente como si alguna vez lo hubiera hecho. Escucho pasos fuera, un murmullo de voces. No reconozco las palabras, pero su tono me es familiar. Uno firme, autoritario. El otro más contenido, como si supiera que no puede decir todo lo que piensa.

Salgo al balcón.

Theron está abajo, en el jardín. Habla con uno de sus hombres, ese que siempre está cerca. No sé su nombre, pero lo sabré. Lo veo en su postura: esos dos hombres no son solo guardaespaldas. Son sombras. Se mueven como si supieran dónde va él antes de que él mismo lo decida.

—No quiero que le quites los ojos de encima—ese es Theron.

Como si lo sintiera, levanta la vista.

Me clava una mirada que ya no arde como anoche. Es más cálida. O más vacía. No lo sé. Pero no quema. Y eso, por alguna razón, duele más. Me alejo sin decir nada, con el frío del metal del balcón todavía en los dedos. Entro al lavabo. Todo está ordenado. Preparado. Como si alguien pensó en lo que yo necesitaría antes de que siquiera lo pensara.

Hay ropa doblada al pie de la cama. De mi talla. Leggins negros. Un suéter ancho, gris, suave al tacto y unas zapatillas deportivas también de mi talla color naranja. Me visto después de una larga ducha que intento usar para arrancarme la noche anterior del cuerpo. Pero el agua no lava memorias.

Cuando me miro al espejo, algo en mí se detiene. La ropa es nueva. Limpia. Cómoda. No recuerdo cuándo fue la última vez que algo me quedó tan bien.

—Te queda bien —dice una voz tras de mí.

Me sobresalto. Theron está ahí, apoyado en el marco de la puerta. No sé cuánto tiempo lleva observándome.

—Lo siento. No quise asustarte —añade, con esa voz que puede ser cuchilla o abrigo.

—Está bien —miento.

Él se cruza de brazos. Me observa de arriba abajo, sin deseo, pero con posesión. Como si al vestirme con cosas que él compró, también le perteneciera un poco más. En cambio él, no está relajado, lleva pantalones formales que se abrazan a sus piernas moldeadas y fuertes, una camisa oscura y sin corbata que hace resaltar el azul intenso de sus ojos.

Hermoso. Como un angel caído.

—No quería que mis hombres te vieran en pantalones cortos. Mandé a comprar esto. Hay más en el clóset. Vestidos. Zapatos. Ropa interior. Si necesitas algo, solo dímelo. O a Ronnie e Iván.

—¿Quiénes?

—Mis hombres de confianza. Te los presentaré. Pero antes, quiero que desayunes con nosotros. Hay alguien que quiero que conozcas.

—Está bien.

Él se acerca. No como un lobo que acecha. Sino como un lobo que ya decidió que eres suyo. Me rodea con sus brazos. Su cuerpo está tibio. Firme. Inquebrantable.

—Lo siento si fui duro contigo anoche —susurra contra mi cabello—. La idea de verte así... rendida. Sin pelear. Sin gritar. Sin vivir. Me jodió.

—A mí también —respondo sin pensar.

Le agradezco. Por salvarme. Por no dejarme. Por cargarme cuando yo ya no quería moverme. Entonces lo digo, aunque la voz se me quiebre.

—Ahora tengo que buscar dónde vivir. Mis ahorros estaban ahí. Todo. Hasta tu guitarra… Lo he perdido todo.

Él me aprieta más fuerte. Su corazón late contra mi mejilla. Fuerte. Constante.

—No tienes que preocuparte por eso ahora, *Lirio de tigre*. Me tienes a mí.

—Pero… eres el *jefe* —le digo, apenas, como si el cargo pudiera ser una barrera.

—También soy médico. Tengo dinero. Esta casa es lo suficientemente grande para los dos.

No dice "quiero que te quedes".

Dice: *vas a quedarte*.

Y aunque las mariposas se agitan en mi estómago, hay algo dentro de mí que no las deja volar del todo. Algo que me susurra que esto no es tan simple.

—Te hice daño —le recuerdo—. ¿Cómo puedes pedirme que viva contigo si yo... te engañé?

Theron guarda silencio. Su mirada baja a la mía. No hay reproche. Solo esa oscuridad calmada con la que aprendí a convivir desde que lo conocí.

—Yo también lo hice —dice, sin más.

—¿Así que estamos a mano?

Se ríe, pero no es una risa feliz. Es hueca. Fría. Como si acabara de contar un chiste en un funeral.

—Ni por cerca, *Lirio de tigre*. Pero vamos. Te alimentaré.

Me suelta. Pero no por completo. Su mano sigue en la mía cuando comenzamos a caminar hacia la cocina.

—Quiero que conozcas a alguien.

Lo miro, dudando.

—¿Quién?

Él solo sonríe, como si supiera que estoy a punto de conocer a otro nombre que no podré olvidar. Y quizás… otra parte de su mundo de la que ya no voy a poder escapar. Camino detrás de él por pasillos amplios y silenciosos. Las paredes están cubiertas con fotografías antiguas, cuadros sin marco, estanterías llenas de libros que parecen leídos más de una vez. Nada en esta casa grita lujo… todo susurra historia. Su historia.

—¿Siempre has vivido aquí? —le pregunto.

—La Mansión Sterling ha permanecido en mi familia por años. Tenemos apego a ciertas cosas cuando nos hacen sentir bien.

Aunque, hay demasiados fantasmas en ella.

El suelo cruje bajo mis pasos, y por alguna razón no me siento intrusa. Hay alfombras gruesas que amortiguan el sonido, cortinas pesadas que filtran la luz. Y a pesar del frío de afuera, aquí todo se siente cálido. La mansión no es riqueza, es imperio y uno muy grande, es hermosa en su originalidad.

Theron me espera al final del pasillo, y abre la puerta con cuidado.

El comedor es amplio, de techos altos y lámparas colgantes. La mesa está servida para cuatro, aunque solo hay tres sillas puestas. Huele a pan recién hecho. A café. A huevos, queso y frutas cortadas con precisión casi quirúrgica. Todo está dispuesto con esmero, como si el desayuno fuera una ceremonia, no una costumbre.

No se le compara a los desayunos en casa que tuve hace muchos años. Mis padres siempre estaban ocupados, el único que siempre se preocupaba por mí era mi hermano mayor.

Theron se sienta a mi lado. Me sirve una taza de café sin preguntar cómo lo tomo. Y está perfecto. Justo como me gusta. No dice mucho al principio. Se limita a pasarme el pan, las mermeladas, a observarme con esos ojos que saben más de lo que dicen.

Y por un momento, me olvido. Me olvido de todo.

Hasta que escucho pasos.

Y la veo.

Una chica de cabello negro azabache, piel de porcelana y labios rosados. Los ojos son como los de Theron, azules como el oceano, que esconden muchas cosas. Delicada como una figura de cristal. Sus ojos me atrapan de inmediato. Hay tristeza en ellos. Tristeza antigua. Conocida.

—Ella es Hunter —dice Theron con suavidad, como si su nombre fuera algo que se debe pronunciar despacio—. Mi hermana.

Me giro hacia él. Por un segundo, no es el médico, ni el jefe. Es un hermano. Hay algo en él… algo que no le había visto hasta ahora.

Paz. Felicidad. Orgullo, incluso.

—Hola, Josephine —dice ella con una voz que es tan suave como su aspecto y suena tímida—. Theron me ha hablado mucho de ti estos últimos días.

Días. La encontró. La encontró mientras yo estaba…

Me volteo hacia él, buscándole con la mirada. Y él asiente. Tranquilo.

—Te dije que la encontraría. —me dice, con la voz tan baja que casi parece una promesa rota cumpliéndose al fin.

Hunter me abraza. Y no puedo evitarlo. Lloro. Lloro como si la conociera de toda la vida. Como si su dolor fuera el mío. Porque lo veo. Lo veo en sus ojos. En la forma en que se aferra a mí como si también necesitara sostenerse de algo. De alguien.

—Lo siento —susurro contra su hombro—. No quería llorar…

Pero cuando me separo de ella, veo que también tiene los ojos mojados. ¿Le habrá contado Theron lo mío? ¿Sabe que también fui raptada? No importa. Nos entendemos sin palabras. Theron se acerca, colocándose entre nosotras, con esa presencia protectora que no necesita levantar la voz para dominar la sala.

—Desayunemos —dice.

Y lo hacemos. Pero hay algo diferente en el aire ahora. Una calma rota. Un silencio compartido. Una herida abierta entre tres personas que, por alguna razón, comienzan a sentirse como un mismo latido.

Me cuesta creer que esto sea real. Que yo esté aquí.

Theron me aparta la silla como todo un caballero. Su mano se desliza por mi espalda baja con una familiaridad que me estremece. Me siento. A mi derecha, Hunter ya está sentada, con las piernas cruzadas, observándome con una sonrisa tranquila. Su cabello negro cae como una cortina brillante sobre sus hombros, y su piel de porcelana parece más frágil a la luz del sol. Usa un vestido bastante grande, ha perdido peso. Pero intenta ser ella de nuevo, la forma en cómo se sienta, con naturalidad y su sonrisa que sé que es fingida, no porque no se sienta feliz de estar en casa, es porque cuesta volver a sonreir cuando sales del infierno.

Como si la conociera desde siempre. Como si pudiera sentir su dolor y ella el mío. Theron se aclara la garganta suavemente, con

esa incomodidad masculina de no saber qué hacer con las emociones ajenas, pero sin apartar los ojos de nosotras. Hay algo en su expresión. Paz. Orgullo. Devoción.

—Josephine canta —dice, de pronto—. Tiene una voz que te parte el alma. Y… me está enseñando a tocar guitarra para que ya dejes de darme lata.

Hunter sonríe, como si eso confirmara algo que ya intuía.

—¿Ah, sí? Así que además de jefe de la mafia y médico, ahora eres alumno de música.

Ella lo sabe. Como si el tema de la mafia fuese algo natural en la familia. ¿Su padre lo era? Seguramente sí. He leído que, estos titulos se heredan, quizás Theron por eso es médico también porque no quería ser un mafioso, qué sé yo.

—Y ella es mi novia —añade Theron, como si no pudiera no decirlo.

Yo me atraganto con el café. Hunter suelta una carcajada, siento que ha sido la primera sonrisa autentica y me alegro de ser yo la causante, y Theron me mira con esa calma peligrosa suya.

—¿Lo soy? —pregunto en voz baja, algo juguetona, algo nerviosa.

—Considéralo que estemos casi a mano.

—¿Casi?

Hunter suspira exageradamente.

—Dios, lenguaje de novios. Me encanta.

Estamos riendo los tres cuando entran dos hombres por la puerta lateral. Ambos altos, vestidos de negro. Uno tiene el cabello recogido en una coleta y tatuajes que se asoman por el cuello. El otro parece una sombra viviente.

Son sus hombres, ellos deben ser Ronnie e Iván. Ahora los veo más a detalle, son letales. Theron cambia. Se pone de pie y su presencia se vuelve densa. Comandante.

—Me tengo que ir —nos dice, con voz más baja—. Pero no tardaré.

Se inclina y besa a Hunter en la cabeza, como si fuera aún una niña.

Luego viene hacia mí. Me toma el rostro con una ternura devastadora y deja un beso en mi boca.

—No hagas planes —susurra—. Hoy quiero que cantes para mí.

Se va sin esperar respuesta, pero no me importa. Mi cuerpo todavía siente su cercanía.

—¿Vienes? —me dice Hunter, levantándose—. Te enseñaré el jardín. Aunque es más bien un bosque encantado, para ser honesta.

La sigo. Caminamos por un sendero de piedra entre arbustos bien cuidados. A lo lejos se escuchan los pájaros, y el aire huele a lavanda y menta. Todo es tan distinto a donde he estado. A lo que he vivido. Y sin embargo… no me siento ajena.

Hunter toma una flor y se la pone en el cabello. Luego me mira.

—¿Crees que sanaremos? —pregunta otra vez, con esa esperanza temblorosa. —Theron no me dio detalles, yo tampoco le he dado los míos, pero por la forma en cómo reaccionaste al verme, sé que lo sabes. Donde he estado todo este tiempo. Lo entiendes, por eso te conmoviste.

Miro el cielo entre las ramas, los destellos del sol filtrándose, y entonces lo recuerdo todo: los brazos de Theron, las charlas, las miradas silenciosas, la música. Las noches en que no sentía que iba a morirme.

—Sí —le digo, con certeza esta vez—. Sanaremos. Tomará tiempo. Pero llegaremos ahí.

Y lo creo. Aunque esté rota, aunque todavía me tiemble la voz. Lo creo.

Un camino de piedra cubierto por hojas que ya empiezan a teñirse de cobre y oro. El otoño viene despacio, como si no quisiera interrumpirnos. Pero se siente. En la brisa. En las sombras largas.

Ella va delante, ligera, casi danzando sobre la hierba húmeda. Su vestido blanco flota a su alrededor como si fuera parte del aire.

—Es hermoso aquí —susurro, más para mí que para ella.

—Lo es —dice sin mirarme, como si ya supiera lo que pienso —. Theron cuida cada rincón. No lo parece, ¿verdad?

—No. Parece más del tipo que quema jardines que el que los cultiva.

Hunter suelta una risa suave.

—Sí, pero los jardines no lo traicionan. Ni lo hieren. Ni se van sin decir adiós. Así que les tiene paciencia. Lo hemos abandonado ¿sabes?. Primero fue la muerte de nuestra madre, despues mi padre y luego me envió lejos. No lo culpo, yo también quise irme, nunca quise dejarle, pero quería estar lejos de todo…esto.

—¿Es…algo malo que sea el jefe? —pregunto. No tengo idea de lo que es, además de matar y no meterse con él.

—Mi padre lo era, también mi abuelo. Es un imperio que no acabará nunca. Es el legado de la familia. Sé cómo suena, la mafia. Pero no somos malos, mi padre no lo era. Era justo, era atento, ayudaba a la comunidad. Theron también lo hace. ¿sabías que sus operaciones son pro bono?

Niego con la cabeza, sintiendo admiración por primera vez hacia ese tipo de poder.

—Él quería ser algo más que solo el jefe. Mi padre quiso ser abogado, pero mi abuelo no lo dejó. Cuando Theron le dijo a nuestro padre que quería ser médico lo apoyó. Pero hubo un momento de tomar las riendas. No sé cómo Theron lo ha hecho, manejar sus hospitales y lo demás. Lo admiro por eso.

Caminamos un rato en silencio, hasta llegar a una glorieta de madera con enredaderas trepando los postes. Nos sentamos. Ella se quita los zapatos y estira las piernas sobre el banco, en paz consigo misma.

—Entonces, ¿Theron te habló de mí?

—Sí. —me dice de repente—. Cuando vine a casa pude verlo, la forma en cómo me miraba, me cuidaba. Incluso durmió en el suelo en mi habitación. Era como si pusiera qué hacer. Cuando le pregunté no dio detalles, pero lo entendí. Luego me habló de ti.

Asiento, sin saber muy bien qué responder. Juego con mis dedos, con las uñas cortas, desgastadas.

—Bueno… hace diez años pensó que yo era una ladrona.

Se ríe.

—¿Cómo es eso?

—Yo…yo escapé—siento la bilis en mi garganta pero por alguna razón se siente bien hablarlo. —Buscaba algo de dinero para poder tomar un tren y econtré una en una cafetería donde tu hermano llegó con sus amigos, me llamó ladrona, pero al final me dio dinero y algo de comer.

—Cielos. Lo siento. Theron es así —dice con una sonrisa torcida—. Apunta y dispara antes de preguntar.

Me río un poco. Pero el humor se va rápido.

—Estuve…raptada por siete meses y soy libre desde hace dos, pero llegué aquí hace un par de semanas —dice Hunter, sin rodeos, con una calma que me parte el pecho.

—No tienes que contarme si no quieres.

—Está bien, me siento cómoda contigo.

Tomo sus manos y ella está temblando al igual que yo. Hablar no es fácil, pero es necesario. Mis labios se abren sin pensarlo.

—Yo estuve un año.

Nos quedamos calladas.

—Lo siento —dice ella con lágrimas contenidas—. De verdad.

Yo también siento tantas cosas. Pero solo logro asentir.

—¿Crees que sanaré? —me pregunta de nuevo, como si lo que realmente quisiera saber es si algún día podrá dormir sin sobresaltos. Si algún día podrá reír sin culpa.

Y entonces lo recuerdo todo.

Las noches en la barcaza, su voz ronca cantando conmigo, enseñándome a colocar los dedos en los trastes, la manera en que me miraba cuando pensaba que no lo veía. El tacto de sus manos, el olor a tabaco y salvia. La forma en que dijo "mi novia", como si fuera un hecho inamovible.

—Sí —respondo con firmeza—. Claro que sanarás. Lo harás por ti misma, con el tiempo. Cuando conocí a Theron me hizo sentir cosas que jamás pensé que llegaría a sentir. Es algo normal despues de…ya sabes.

Hunter niega más para sí misma que para mí.

—No, ellos no…me violaron. —susurra y sus ojos se llenan de lágrimas—Ellos vendieron mi virgnidad a alguien.

—Oh, Hunter. —aprieto su mano y ella me ve a los ojos—Lo siento tanto.

—El que me compró fue quien me salvó. —y ahí está, conozco esa mirada, es la misma que pongo yo cuando recuerdo a su hermano. Su toque, sus caricias. —se llama Max, quizás no vuelva a verlo. Me trajo a casa, siempre estaré en deuda con él. Nunca me tocó, odia el mundo de la trata. Se hace pasar por comprador para salvar a las chicas, al principio no lo entendí ni confiaba en él. Pero luego, supo quien era y me prometió traerme a casa. Theron parece odiarlo, pero creo que solo está celoso.

No puedo ocultar mi dolor y ella parece darse cuenta.

—Lo siento, Josephine. —me abraza—sé que no todas tienen. ¿suerte? No lo sé, a veces creo que no debí sobrevivir, no es justo.

—No, nunca pienses lo contrario. Y claro que tienes suerte y eso está bien. que hayas sido salvada, que hayas sido rescatada, está bien, lo mereces.

—Pero tú…diez años.

Me limpio la primera lágrimas y hago lo mismo cuando veo sus lagrimas salir a chorro de sus ojos.

—Y ahora estamos acá. Y no nos iremos de nuevo. Sanaremos. A nuestra manera, con nuestro dolor, sanaremos.

Hunter sonríe y asiente. Y por primera vez, me parece que lo cree.

—¿Sabías que cuando éramos niños Theron odiaba que le tocaran el cabello?

—¿En serio?

—Sí. Mi madre decía que era como un gato salvaje. Solo se dejaba peinar si estaba dormido.

Río.

—Suena como él. Aunque ahora no parece tan salvaje.

—Oh, lo es —dice ella, y luego me mira—. Pero contigo… es otra cosa. Está más… vivo. No lo veía así desde antes de que papá comenzara a moldearlo para la mafia.

—¿Y tú?

—¿Qué hay de mí? —pregunta.

—¿Cómo estás realmente?

Hunter se encoge de hombros. Mira las hojas moverse, el cielo entre los árboles.

—A veces bien. A veces me dan ataques de pánico. No puedo estar sola mucho tiempo, aunque no me hayan tocado, jugaron con mi mente, fueron crueles, me mataron de hambre y me tenian en una jaula en la oscuridad. Pero ahora que estás aquí… no sé. Es como si el aire fuera menos denso.

Me acerco y tomo su otra mano.

—Estamos vivas. Eso ya es una especie de milagro.

Hunter asiente, con lágrimas nuevas en los ojos.

—Y tenemos a Theron.

—Sí. A nuestro modo, lo tenemos.

Nos quedamos ahí, respirando hondo, viendo el jardín como si fuera el último refugio en un mundo hostil. Y por un momento, lo es.

Capítulo 38



Mi vida entera está aquí…

THERON

Han pasado cinco días desde la última vez que dormí más de tres horas. Cinco días desde que me convertí en el monstruo que la ciudad necesita que sea. Todo ses por encontrar a Z, y destruir la puta corona que le gusta tatuar en sus victimas.

He hecho cosas que no quiero repetir en voz alta. He hecho sangrar a hombres que no suplicaron, y a otros que lloraron como niños. He tomado vidas con mis propias manos, y también he salvado unas cuantas. En algún lugar de mí aún queda ese médico que soñó con cambiar el mundo, pero ahora ese sueño está sepultado bajo montañas de pecado. Lo que hago… lo hago por ellas. Por Hunter. Por Josephine.

Cuando por fin cruzo la entrada de la casa, dejo las armas en la mesa de seguridad y avanzo, sintiendo el cuerpo cansado, sucio. Mis botas aún tienen barro, sangre seca, una mezcla de lo que soy y de lo que detesto. Pero entonces los oigo.

Risas.

Risas que no deberían estar en este lugar. Que no deberían estar en mi mundo.

Me detengo en seco, siguiendo el sonido hasta el jardín. Ahí están.

Hunter y Josephine. Juntas.

Mi hermana tiene una corona de flores mal hechas en la cabeza, y Josephine intenta trenzarle el cabello. Se ríen, se empujan con suavidad, como si fueran niñas de nuevo. Y luego la guitarra. Mi guitarra, o bueno una nueva que compré para ella. La que Josephine tocaba antes de todo esto. La que me enseñó a tocar cuando aún era "ella y yo" bajo las sombras de un mundo podrido.

Escucho su voz.

Canta. Sin miedo. Sin pena.

Y todo en mí se aquieta.

El caos, la sangre, los gritos… se borran. Todo tiene sentido de nuevo. Verlas ahí, vivas, riendo, respirando. No necesito nada más.

Han pasado días. Días en los que la he observado desde la distancia, dándole espacio, dándole aire… pero el deseo de acercarme no se ha disipado. Se ha transformado en necesidad.

Ella está viva. Aquí. Bajo el mismo techo que yo. Y sin embargo, cada noche, cuando la dejo irse sola a su habitación, siento que la pierdo de nuevo.

No puedo más.

Quiero un momento con ella. Un nosotros. Un paréntesis al horror, a la sangre, al pasado. Necesito que volvamos a ese instante donde todo era posibilidad. Donde su risa era mía, y mis promesas le pertenecían.

Así que eso hago.

He comprado un vestido para ella. Uno que no deja lugar a dudas.

Rojo como el pecado.

Largo hasta la mitad del muslo, con un tajo a la altura de la cadera que grita peligro. La espalda completamente descubierta, solo dos finas tiras cruzadas, como un susurro de tela sobre su piel. El escote profundo, atrevido, lo justo para dejar a la imaginación sin descanso. Tela suave, como agua deslizándose por fuego.

Lo dejo en su cama, junto con una nota escrita con mi puño y letra:

"Esta noche. Terraza. Sé tú. Yo me encargo del resto."

Esta noche, la espero en la terraza. El cielo está despejado, pero el aire huele a lluvia, a esa tensión eléctrica que precede la tormenta.

Ella llega.

Y por un segundo me olvido de todo.

Camina hacia mí con el vestido ceñido como una promesa, el cabello suelto, los labios rojos como si supieran exactamente lo que provocan en mí. No dice nada. Solo me mira. Y me basta.

Se sienta a mi lado en silencio. Hasta que rompe la distancia entre nosotros y apoya su cabeza en mi hombro. Siento su

respiración, cansada pero tranquila. Y por un instante, es como si la guerra hubiera terminado.

—¿Estás bien? —susurra.

—Estoy hambriento —respondo, girando apenas el rostro hacia ella—. De ti. De tu voz. De lo que éramos.

Ella no me contesta. Solo cierra los ojos.

—Echo de menos cantar —dice al fin.

—¿Por qué no lo haces?

—¿Puedo hacerlo?

—Nunca te diré que no. No cuando amas algo, Lirio de tigre. Si quieres cantar, hazlo. Ivan y Ronnie cuidarán de ti. Nadie va a tocarte mientras yo respire.

—Gracias —susurra.

La tomo del mentón, obligándola a mirarme. Mi voz baja, oscura.

—No lo hago por ser bueno, Josephine. Lo hago porque soy un bastardo que no puede vivir sin ti. Porque cuando te escucho cantar, mi oscuridad se calla.

—Y cuando no canto… ¿qué escuchas?

—Mis monstruos.

—¿Y yo los apago?

—Tú los haces arder.

Nos miramos en silencio. Ella tiembla. Pero no se aparta.

—Te necesito —murmura.

—Entonces rómpeme —respondo—. Pero no te vayas.

La beso.

Es lento al principio. Como si quisiéramos recordar cómo encajábamos antes de todo. Pero después… después todo arde. Mis manos se deslizan por su espalda desnuda, mis labios rozan su clavícula, y ella gime contra mi boca.

—Theron… —dice con voz quebrada—. Estoy rota.

—Yo también.

—¿Y si no sanamos nunca?

—Entonces arderemos juntos. Hasta que no quede nada.

La lluvia comienza como un susurro. Primero unas gotas dispersas, tímidas, como si también quisieran observarnos en

silencio. Luego, el cielo rompe por completo y la humedad cae como una cortina, empapando la terraza, el suelo de piedra, nuestros cuerpos.

Ella levanta el rostro y cierra los ojos, dejando que las gotas resbalen por su piel. Parece una visión. Mística. Salvaje. Irreal.

Mi instinto grita. Me olvido de la cena. De todo.

Tengo hambre.

De ella.

La beso otra vez, sin pedir permiso esta vez, con una desesperación que no logro ocultar. Mis manos se aferran a su cintura, la acercan más, hasta que no hay aire entre nosotros. Ella tiembla bajo mis dedos. Sus labios se abren bajo los míos. Y la lluvia no cesa.

El vestido rojo se pega a su cuerpo, dibujando cada curva, cada línea que ya es mía. Mis dedos encuentran el nudo de la tela detrás de su cuello y lo deshacen, lentamente, mientras ella me mira con los ojos brillantes.

—Theron… —jadea—. ¿Aquí?

—Aquí. Ahora. No voy a esperar más.

La empujo suavemente contra una de las columnas de piedra del balcón, mis manos en sus muslos, en su espalda, explorando todo como si fuera la primera vez. Y de algún modo, lo es. Porque esta versión de ella… libre, viva, valiente… me enciende de una forma distinta.

Meto mi mano por debajo de su vestido encontrando mi cena, humeda, lista para mí y ansiosa.

—Tu coño también llora como la noche, Lirio de tigre. ¿Estás ansiosa por mi polla?

Ella me envuelve con sus piernas, sin dejar de mirarme, sin miedo, como si supiera exactamente lo que está a punto de pasar. La lluvia corre por su cuello, por sus clavículas. Yo sigo cada gota con la boca.

Libero mi polla y como si tuviera vida propia, sabe como encajar, en su coño caliente y me hundo dentro de ella con un perfecto movimiento.

—Joder…encajas tan bien en mí, pajarito.

Nuestros movimientos son lentos al principio. Como una melodía. Como una canción sólo para nosotros.

—Oh, Dios no pares—Ella gime

Me araña la espalda. Me muerde el cuello.

—Eres mío —dice entre dientes. Y juro que voy a correrme como un maldito crío por escuchar esas palabras por fin salir de su boca.

—Lo he sido desde el primer día —respondo.

Y como si pudiera verlo en sus ojos, sé lo que quiere y entonces todo se vuelve más salvaje.

Más desesperado. Salgo y entro de un solo empellón. Y la follo duro.

—¡Theron!

Los latidos de nuestros cuerpos se sincronizan con el rugido de la tormenta. Y en medio de la oscuridad, entre el viento y los relámpagos, sus gemidos se elevan como un rezo. Grita de placer. Lo hace sin miedo. Como si gritar fuera una forma de liberarse, de romper las cadenas que la ataron durante tanto tiempo. Como si su voz en esa noche húmeda fuera una victoria sobre todo lo que intentó destruirla.

Yo la sostengo.

Yo la guío.

Yo me pierdo con ella.

—Tienes permitido correrte ahora, Lirio de tigre. Pero no he acabado contigo, joder.

Finalmente se derrumba sobre mí, jadeando, temblando, su cuerpo aún vibrando por todo lo que acabamos de compartir, la abrazo con fuerza.

—Te amo —le susurro al oído, apenas audible por encima de la lluvia.

Ella me mira. Y no dice nada.

Pero no hace falta.

Porque en sus ojos lo veo todo.

…

El amanecer es suave.

El cielo aún guarda rastros de la tormenta de anoche. Las hojas del jardín tiemblan bajo el peso de la humedad, y el aire huele a tierra mojada. A renovación. A algo que no puedo nombrar, pero que siento como un nudo bajo la piel.

Josephine aún duerme, envuelta en mis brazos, el vestido rojo olvidado a un lado de la cama. Sus mejillas están sonrojadas, su respiración lenta. Su paz es tan frágil que duele mirarla.

Pero algo en mi pecho arde. Una sensación que no puedo apagar.

Después del desayuno, ella se cambia, esta vez con un vestido blanco sencillo, a pesar del frío ella parece llevarlo bien, vaporoso, que baila con el viento mientras camina. Hunter aparece, sonriente, sosteniéndole la guitarra. Esa guitarra que apenas ha tocado desde que vive aquí. Pero hoy... hoy algo ha cambiado.

No quiero quitarle esto, pero algo en mi pecho pesa y no es la felicidad de tener a las dos mujeres más importantes en mi vida bajo el mismo techo, es algo más. El fantasma, esa sobra que parece que ella quiere esperar cada noche saltar por ese balcon pero no aparece, veo la decepción, la extrañesa.

No soy idiota.

—¿Estás segura? —le pregunto, ajustándole la correa sobre el hombro.

—Sí. Quiero hacerlo.

Hunter la toma de la mano.

—Vamos. El centro de Londres está lleno. Será bonito.

Me mantengo detrás, como sombra. Como protección.

Mi Hunter. Mi Josephine. Juntas.

Y por un momento, todo en el mundo parece encajar.

...

El centro de Londres está vivo. Personas caminando con bolsas, niños corriendo, voces, autos. Es real, ruidoso, libre. Josephine encuentra un rincón junto a un café y se sienta en una banqueta oxidada. Acaricia las cuerdas de la guitarra como si saludara a una vieja amiga. Afina. Respira hondo.

Y canta, Wings de Birdy.

La luz del sol entra sigilosamente

Sunlight comes creeping in

Ilumina nuestra piel
Illuminates our skin

Vimos pasar el día
We watched the day go by

Historias de todo lo que hicimos
Stories of all we did

Me hizo pensar en ti
It made me think of you

Bajo un billón de estrellas
Under a trillion stars

Bailamos encima de los autos
We danced on top of cars

Tomó fotografías del escenario
Took pictures of the stage

Tan lejos de donde estamos
So far from where we are

Me hicieron pensar en ti
They made me think of you

Oh, las luces se apagan
Oh, lights go down

En el momento en que estamos perdidos y encontrados
In the moment we're lost and found

Yo solo quiero estar a tu lado
I just wanna be by your side

si estas alas pudieran volar
If these wings could fly

Su voz.

Dios. Su voz atraviesa la calle, el aire, las vidas. Todo se detiene. Hasta yo. Como si el universo entero dejara de girar solo para escucharla. Hunter la mira con lágrimas en los ojos. Yo aprieto los puños. Me mantengo alerta. Siempre alerta.

Entonces, Tiago aparece. Se une a ella como si nada. Sonríe, saca su armónica del bolsillo trasero y le sigue el ritmo. La canción se transforma en algo vivo. Vibrante. Un instante eterno. Y ahí, por un segundo, somos niños otra vez.

La calle se llena de aplausos. Josephine ríe, rie de verdad. Por primera vez en tanto tiempo, ríe con el corazón. Hunter le aplaude, orgullosa. Tiago se inclina, hace una reverencia exagerada, y justo cuando Josephine va a decir algo, levanta la mirada y sonríe hacia mí.

Y entonces… Lo escucho. Un clic. Un silbido en el aire. El impacto. El cuerpo de Tiago se sacude como un muñeco. Una línea roja cruza su frente y luego… explosiona.

BAM.

La sangre. Los sesos. Todo salpica el vestido blanco de Josephine. Hunter grita.

El sonido del disparo todavía retumba cuando el caos se desata y toda la gente comienza a gritar y correr.

—¡CÚBRELAS! —rujo.

Mis hombres ya se están moviendo. Ronnie toma a Hunter y la tira al suelo, cubriéndola con su cuerpo. Ivan saca su arma, busca con la mirada. El café revienta los pedazos de cristal de la ventana y caen cerca de ella. Gente corriendo. Más disparos. Están en los techos.

—¡FRANCOTIRADOR! —grita Ivan.

Yo me lanzo sobre Josephine, la arrastro hacia la pared de piedra. Josephine no reacciona. Está congelada. Sus manos están cubiertas de sangre. Mira a Tiago, su cuerpo inerte aún con la armónica en los dedos.

La sacudo y tomo su rostro.

—¡Josephine! ¡Mírame!

Sus labios tiemblan. No puede hablar. Tiembla entera.

—¡T…Tiago! —grita al fin. Se lanza, pero la retengo con fuerza.

—¡NO! ¡Ya no está! ¡No puedes ir!

Ella lucha contra mí, con furia. Con dolor.

Entonces, un segundo disparo. La bala roza mi oreja y se clava en la pared junto a nosotros. Josephine se cubre los oídos, sollozando. Hunter no se suelta de Ronnie. Y yo siento el veneno subir por mi columna.

Veo a mis hombres, saben lo que estoy pensando.

—Los quiero vivos —digo entre dientes.

Ivan ya está en movimiento. Dos de los míos trepan los techos por los laterales. Ronnie cubre con fuego. Sin tiempo que perder los hombres que se ocultaban, salen a la luz, rendidos. Uno de los atacantes cae desde lo alto como una muñeca rota. Otro se rinde. Grita que no le disparen.

Pero yo ya estoy en pie.

Y cuando lo alcanzo…

—¿Quién te envió? —gruño.

—¡Fue Z! ¡Era para ti! ¡No para ellas!

Z. El hijo de perra.

Aprieto la mandíbula. Lo dejo caer inconsciente de un solo golpe.

Tiago…Su cuerpo sigue ahí, y Josephine, en cuclillas a su lado, llora en silencio.

Me acerco. Me arrodillo frente a ella.

—No fue tu culpa.

—Yo… solo cantaba… —susurra—. Él sonreía.

—Lo sé.

—¿Por qué?

—Porque eras feliz. Y hay quienes no soportan vernos libres.

La guitarra está partida. La calle vuelve a moverse lentamente, como un reloj descompuesto que intenta volver al tiempo real. Y nosotros… quedamos rotos en el centro.

Tiago está muerto. Josephine está rota. Y yo… Yo estoy más cerca que nunca de mi peor versión. Y esta vez, no voy a contenerla.

Capítulo 39



Mi nostalgia

THERON

No he dormido.

No podía.

Estuve toda la noche de pie, con el mismo maldito abrigo, cubierto en sangre seca que no era mía, viendo cómo el suelo de la calle era fregado una y otra vez por la gente de limpieza. Las tiendas cercanas fueron cerradas. Las cámaras de seguridad borradas. Las cuentas en redes de cada testigo silenciadas antes de que pudieran subir un solo segundo de lo que pasó.

Y yo… me aseguré de que nadie viera nada.

Nadie iba a ver cómo mi Josephine se desmoronaba en medio de la calle, con la sangre de su amigo empapándole el vestido. Nadie iba a ver cómo Hunter se encogía contra la pared, abrazándose las piernas como si todavía tuviera trece años, como si estuviera de vuelta en esa jaula en la que la tuvimos que sacar.

Nadie iba a verme con un arma humeante en la mano, los ojos encendidos de odio, arrastrando el cuerpo de uno de los tiradores por el suelo como si fuera un saco de basura.

No.

Eso es solo mío.

Solo nuestro.

…

La mansión está en silencio. Josephine y Hunter están arriba, sedadas, protegidas. Ivan no se ha despegado de la puerta de Hunter, y Ronnie está sentado junto a la escalera, girando su navaja entre los dedos. Ambos están tensos, listos para cualquier cosa.

He atado los cabos. Todo estaba ahí, grabada en la piel de mi Lirio de tigre y también de mi hermana. Josephine me lo dijo. Lo vio cuando estaban juntas en el jardín. Se han hecho demasiado cercanas y no imagino a ambas abriendose ante el dolor de que solo

ellas saben por lo que pasaron, pero me alegro que se tengan la una a la otra.

La Z.

—¿Lo sabías? —le digo a Ronnie, con voz baja, pero dura como el plomo.

Ronnie no me mira, pero asiente.

—La vi. Ayer. Una chica en la entrada del casino *La Z con una corona*. Tenía el mismo tatuaje que… tus chicas.

El corazón se me encoge. Ivan se levanta de golpe, sus ojos llamean.

—¿Estás seguro? —pregunta él.

—No es un tatuaje común. Es exactamente igual. Y tiene sentido, maneja un casino, el mas sucio de la ciudad, no me sorprendería que estuviera en la mierda de trata desde hace años, las chicas van y vienen en su casino.

Ese símbolo maldito. Ese grabado como de hierro ardiendo que usaban para marcar a las niñas que atrapaban. Un código. Una señal. Como si fueran propiedad.

La garganta se me cierra. Aprieto los dientes tan fuerte que siento la presión en la sien.

Z.

—¿Richard Zimmers?

—Sí —responde Ronnie—. Ese cabrón. Las marca con la Z, es creativo y obvio el muy hijo de puta. Pero cometió el error de marcar a tu hermana también. Solo bastaba con ver desnudas a una se esas perras del casino.

El nombre me revienta en la lengua. El dueño del casino más sucio, más podrido, más oculto del subsuelo. Traficante disfrazado de empresario. Sonrisa de político, manos de carnicero.

Yo le advertí. Le dije que no se metiera con ella. Le dije que si volvía a tocar lo que era mío, lo desollaría en su propio despacho. Pero lo hizo. Y no solo con Josephine. Hunter también.

Mi jodida Hunter.

—No es coincidencia —gruñe Ivan. —Pudo haber averiguado de Hunter. Incluso antes, cuando lo amenazaste. Y lo de Josephine,

bueno. Puede que te haya visto con ella. Si es su chica de hace diez años, querrá recuperarla.

—Sobre mi cadaver. Ella siempre fue mía. —los veo.

Ahora todo encaja. Josephine era una victima más y luego mi hermana se convirtió en venganza, Josephine escapó y en lo que ella sabe, nunca la buscaron. Zimmers no solo juega sucio: lo controla todo. Las chicas. Las casas. Los datos. Las listas negras. Los nombres. Y ese diario que ahora tengo en mi poder. Solamente vi la fotografía de mi hermana, pero sé que si lo veo más, encontraré una fotografía de mi Lirio de tigre. El diario es eso. Sus favoritas.

Es un juego sucio. Un enemigo más a mi lista y a quien voy a destripar. Su nombre. El suyo acaba de subir a la cima de la mía.

Y la va a pagar.

Con todo.

Camino hasta el salón y ellos me siguen. Abro una botella. Whisky fuerte. Me arde, pero no me importa. Necesito claridad. Precisión. Furia canalizada.

—¿Dónde está ahora?

—En el casino. Hoy tiene una fiesta privada. Clientes importantes —responde Ronnie.

—¿La misma mierda de siempre?

—Sí. Camuflada como cata de vinos y subastas de arte.

Qué poético.

Me paso una mano por el rostro.

—Quema su casino y libera a esas chicas. A cada una de ellas.

—Joder, sí.

—Prepárense. Esta noche, arde *La Z*.

…

Pero antes…

Antes, subo.

Entro al cuarto.

Josephine está despierta. La veo sentada junto a la ventana, mirando hacia el jardín donde ayer se desangró la música. Tiene una manta sobre los hombros. El cabello aún huele a humo y a lluvia.

—Theron… —susurra al verme.

Camino hasta ella. Me arrodillo frente a su silla.

—No permitiré que vuelva a pasarte nada. Nunca más.

—Lo mataron delante de mí…

—Lo sé. Y juro por Tiago que no va a quedar así.

Sus ojos se humedecen, pero no cae ninguna lágrima.

—¿Vas a matar al que lo hizo?

—Sí. A todos los que lo hicieron. Y a los que lo permitieron. Y al que se sentó a mirar mientras lo firmaba.

Toma aire. Baja la mirada. Y entonces, levanta una mano temblorosa y me acaricia el rostro.

—No quiero perderte en el intento.

—No vas a hacerlo —le prometo—. No ahora que te tengo solo para mí.

Y en esa promesa hay sangre.

Y guerra.

Y un amor tan oscuro que brilla en la oscuridad.

Capítulo 40



Lo amo

JOSEPHINE

No escucho mi respiración.
Ni siquiera parpadeo.

Solo está ese clic. El que hizo la puerta cuando Theron se fue. y ahora otro clic. El eco. El sonido seco y final del disparo que le atravesó la cabeza a Tiago.

Y después, el silencio. Un silencio cruel, hiriente, lleno de cosas que ya no se pueden decir. Mis piernas tiemblan. Siento la tela húmeda del vestido pegada a mi piel. No es sudor. Es sangre. Y no es mía. Es de él. Tiago.
Mi amigo. Ahora está muerto. Como mis padres. Como mi hermano. Como todo lo que alguna vez tuve y amé.

Y no puedo más.

Camino como un espectro por el balcón hasta llegar donde no se puede caminar más y me derrumbo en el suelo, pegando mi espalda al barandal. Las luces parpadean. El viento silba. O tal vez soy yo, temblando, rompiéndome en mil partes.

Llorar ya no es suficiente. Y entonces… lo siento. El frío. Ese frío particular que siempre precede a su presencia.

Mi pecho se aprieta. ¿Qué es?

—¿Me extrañaste, pajarito?

Cierro los ojos. No me atrevo a mirar todavía.

—Sí —susurro—. Más de lo que debería.

Cuando alzo la vista, está ahí.
Apoyado contra la pared, con esa expresión que mezcla burla, ternura y tragedia. Ni siquiera voy a preguntarle cómo pudo entrar y burlas a la felicidad. Al final, creo que es eso, un verdadero fantasma.

El fantasma.

Él.
Mi otro todo.

—Lo has elegido a él —dice, acercándose con pasos silenciosos, como si flotara en la habitación.

—No fue una pregunta —respondo. Me tiemblan las manos. No sé si de culpa… o por verlo de nuevo.

Él se arrodilla frente a mí, toma mi cara entre sus manos frías, perfectas, y me obliga a mirarlo.

—Lo amo —digo. Me duele pronunciarlo, pero es verdad—. No espero que lo entiendas.

Ladea la cabeza, burlandose como siempre de mí. Un destello oscuro atraviesa su mirada oscura, pero no retrocede.

—Entiendo más de lo que crees —responde—. Lo que no entiendo… es por qué, si lo amas a él, lloras por mí.

Y en ese instante, rompo. Caigo contra su pecho y lo abrazo. Como si fuera real. Como si no fuera un recuerdo. Un susurro. Una maldición. Y él me envuelve. Me envuelve en sus brazos. Fríos. Eternos.

—No fue tu culpa —me susurra, hundiendo la cara en mi cuello—. Ninguna de las muertes lo fue. La de tu amigo, ni la de tu familia. No puedes cargar con esto sola.

—Pero lo hago —lloro—. Siempre lo hago. Siempre termino… sola.

—No estás sola, pajarito —me dice—. Siempre que te rompas, yo voy a venir a buscar tus pedazos.

Y por un segundo, solo por uno… siento que no me estoy muriendo por dentro.

—Theron me ve como si fuera todo —le digo—, pero tú… tú me ves como si supieras que ya no queda nada.

—Porque sé lo que se siente no tener alma —responde, besando mi sien con un roce que duele más que mil balas—. Porque los muertos reconocemos a los muertos.

Y cuando me separo, mi vestido está limpio y es de otro color, pero la herida sigue abierta… pero hay algo en su presencia que me da una última gota de fuerza.

Theron se ha ido esta noche por venganza, por justicia que solo él me puede dar. Pero parte de mí sigue esperando algo. Supongo que no podré tenerlos para siempre a los dos.

Capítulo 41



Arde la Z

THERON

Esto no parece una fiesta… más bien un funeral.

Eso digo mientras entro al puto casino. La música suena a todo volumen, las luces parpadean en rojo y púrpura, y el olor a cigarro barato y alcohol derramado me revuelve el estómago. Iván y Ronnie caminan detrás de mí. No hay fichas girando ni risas falsas esta noche. Solo mesas vacías, ruletas inmóviles y un silencio demasiado tenso para ser real.

El club VIP del casino está vacío.

Demasiado vacío.

Y entonces lo siento.

Esa punzada en la nuca.

Es una emboscada.

Y justo cuando pienso eso, las puertas se cierran de golpe. Se apagan las luces principales. Y todo se inunda de rojo.

—¡AL SUELO! —grita Iván.

La primera ráfaga de metralla cae desde los balcones superiores.

Cubierta. Disparos. Estallidos.

Saco mis pistolas y ruedo tras una mesa de blackjack mientras el cristal de la lámpara estalla sobre mi cabeza. Ronnie lanza una granada de humo, cubriendo el campo con niebla espesa. Gritan, se confunden.

Idiotas.

Me muevo entre las sombras como un espectro.

Uno. Dos. Tres.

Cae un cabrón con un tiro en el cuello. Otro recibe dos balas en la cara. El tercero intenta suplicar. No le dejo terminar.

—Querían verme sangrar —susurro mientras le clavo el cuchillo en el estómago—. Pues sangren conmigo.

Una bala roza mi costado. El calor me arde pero no me detengo.

Las máquinas traganíqueles estallan a mi paso, la ruleta gira sola, salpicada de sangre.

El puto lugar está ardiendo. Subo las escaleras del balcón con rabia ciega. Un tipo intenta encender un lanzallamas—otra vez ese truco—pero le disparo directo al tanque.

Boom.

Todo el techo tiembla. El fuego consume la barra de bebidas. Las botellas revientan, una a una. Corro a través del fuego, ni siquiera jadeo aunque estoy cubierto de sangre y sudor. Veo al último hombre. Temblando. Apuntándome.

Dispara.

La bala me roza el hombro.

—Mal movimiento —le digo.

Le clavo el cuchillo en el pecho y lo arrastro contra la pared iluminada por luces de neón titilantes. Su cuerpo cae con un sonido sordo. El charco se expande.

Estoy temblando.

Pero no de miedo.

De furia.

Z no está aquí.

—Jodido cobarde —escupo—. ¡Mándame tus perros, Zimmers, pero no te escondas!

Mis pasos retumban entre los cadáveres. Saco el teléfono. Marco un número.

—Traigan bidones. Todo. Quiero este lugar en el suelo antes del amanecer.

—Theron —responde Iván con voz baja, cubierto de heridas —. ¿Estás seguro?

—No lo quiero cerrado. Lo quiero muerto.

Cuelgo. Me quedo en medio del salón principal, donde las cartas de póker están esparcidas junto a los casquillos de bala y los dientes rotos. El casino se llenó de sangre esta noche. Pero mañana, arderá.

…

Cierro la puerta despacio, aunque mi entrada es un desastre. Las botas empapadas en sangre dejan marcas en el suelo pulido. Me

arde el costado por una cortada que no vi venir. Mi brazo está entumecido por el retroceso de las armas, el cuello me sangra por un rasguño profundo. Pero nada de eso importa.
Porque entonces la veo.

Está en el sofá, acurrucada como una niña perdida. Ha estado llorando. El rostro húmedo por lágrimas secas. Y el cuerpo encogido como si se estuviera protegiendo… del mundo, de mí, de la vida. Me acerco, dejando mi abrigo hecho trizas caer al suelo. Me arrodillo frente a ella. La observo. Tan rota. Tan mía.

Sus párpados tiemblan, se entreabren.

Y entonces me ve.

—Theron…

Mi nombre suena como un susurro desgarrado, como un anhelo pronunciado al borde del abismo. Se incorpora de a poco, medio dormida, medio llorando, hasta que su mano toca mi rostro, manchado, sucio, cubierto de la noche que acabo de arrastrar conmigo.

—¿Estás herido? —pregunta.

—No como tú —le respondo.

Ella se quiebra de nuevo, pero esta vez no se esconde. Se lanza hacia mí, se aferra a mi cuello como si el mundo la estuviera devorando y yo fuera el único pedazo de tierra firme en medio del caos.

—Te necesito —murmura contra mi piel—. Te necesito, Theron.

—Estoy aquí.

—Necesito olvidar —me dice, y sus dedos se enredan en mi camiseta, tirando de ella como si quisiera arrancar más que tela—. Necesito algo. Necesito sentirme viva. Hoy… hoy sentí que moría de nuevo cuando te fuiste.

Y yo también.

La rabia aún me hierve en el pecho. Las imágenes del casino, los cuerpos cayendo, el infierno que desaté… Todo eso aún está en mis músculos, en mi aliento.

Pero verla así…Verla tan rota…Me jode más que todo eso junto. La levanto en brazos. Ella no protesta. Su cabeza se apoya en

mi hombro, pequeña, rendida, devastada. La llevo a la habitación, pero no la acuesto. Me siento con ella en mi regazo, y solo entonces hablo.

—No vas a morir. No mientras yo respire.

—Pero ya lo hice —susurra, con la voz rasgada—. Una parte de mí murió allá, hace diez años, cuando los perdí a todos y ahora a mi único, al único que me quedaba. Era mi amigo, Theron. Solo quería que fuera feliz. Solo quería que viviera…

—Y alguien le quitó eso —gruño—. Y ese alguien ya está muerto. Aunque no lo sepa todavía. Yo puedo ser tu amigo, cariño. Tu amante, tu sombra, todo lo que quieras y no vas a perderme.

Sus ojos se alzan a los míos, cristalinos, llenos de dolor y algo más.

—Hazme olvidar —me pide. Y no es sexo. No es deseo. Es desesperación.

Así que la beso. No suave. No casto. La beso como si el mundo se estuviera acabando. Como si tuviera que devolverle la vida a través de mi boca. Y cuando gime contra mis labios, cuando su cuerpo empieza a temblar bajo el mío, sé que esta noche no se trata de placer, ni de venganza.

Se trata de vida.

De aferrarse a lo único real que queda entre los dos: nosotros.

Capítulo 42



PARTE 1

JOSEPHINE

Lo veo caminar hasta su closeth y saca un maletin médico. No veo lo que saca, solo lo veo a él, ahora desnudo, aun cubierto de sangre. Este es el real él, el verdadero Theron Sterling y me encanta.

—¿Confías en mí? —algo brilla en su mano y yo asiento—Usa las palabras, Lirio de tigre.

—Sí. Confío en ti.

Sonríe. No es una sonrisa de deseo, es de alivio. ¿esto es lo que hace? ¿lo que le gusta hacer?

El filo del bisturí roza mi clavícula, y el frío me quema la piel.

Mi respiración se entrecorta. Cada fibra de mi cuerpo me grita que me quede inmóvil, que no haga ningún movimiento en falso. Él lo sabe. Lo siente en la rigidez de mis músculos, en la manera en que mi pecho sube y baja en respiraciones superficiales.

Corta mi vestido con presición y ahora no hay nada que nos separe de sentirnos.

—Eres tan frágil… —susurra junto a mi oído, su voz grave, entretenida, como si esto fuera un simple experimento para él.

El bisturí desciende lentamente, deslizándose por mi esternón, dejando una línea invisible de hielo sobre mi piel caliente. Sabe lo que está haciendo, sabe que cada roce hace que mi cuerpo se tense aún más.

—¿Sabes lo fácil que sería cortarte? —su voz es baja, casi tierna—. Un ligero movimiento en la dirección equivocada y…

Inclina la cabeza y su lengua traza un camino cálido sobre mi cuello, justo donde la hoja acaba de pasar. La sensación contrastante me hace estremecer.

—Me pregunto cómo reaccionarías —murmura—. ¿Te asustarías? ¿Llorarías? ¿O te excitaría aún más?

El nudo en mi garganta es tan grande que no puedo responder.

Él lo disfruta. Puedo sentirlo en la manera en que su pecho sube y baja con calma detrás de mí, en la forma en que inclina la cabeza para observar cada reacción de mi cuerpo.

—No tienes que responderme —su boca roza mi mandíbula, su sonrisa apenas perceptible—. Tu cuerpo ya me está dando la respuesta.

El bisturí sigue su camino descendente, trazando líneas invisibles sobre mi vientre hasta detenerse justo en el borde de mi humedad.

—¿Debería seguir bajando? —pregunta, juguetón—. ¿O te da miedo lo que pueda hacer?

Mi cuerpo entero se tensa, pero mis caderas, traidoras, responden con un ligero temblor.

Él se ríe, bajo y peligroso.

—Eso pensé.

Gira el bisturí en su mano y la hoja desaparece. Ahora es el mango el que se desliza contra mi piel, la base fría y dura explorando la parte interna de mis muslos con precisión quirúrgica.

—Déjame comprobar algo… —su voz es solo un murmullo mientras la presión del bisturí aumenta justo donde más lo odio necesitar.

Un jadeo se escapa de mis labios.

Su mano libre sube por mi cuello, tomando mi mandíbula con firmeza. Me obliga a girar la cabeza hasta que sus labios rozan los míos.

—Si te mueves… te cortaré.

Es una mentira. Sé que lo es.

Pero la duda es suficiente para que mi cuerpo obedezca. Me quedo inmóvil, el aire atrapado en mis pulmones, mi corazón golpeando con fuerza en mi pecho.

Él deja escapar un sonido de satisfacción.

—Buena chica.

La presión del bisturí aumenta, deslizándose más profundo, tocando cada punto con precisión milimétrica. La combinación de la amenaza y el placer me deja en el borde de la cordura.

—Mírate… —se burla, con su boca rozando la mía—. Tan desesperada y asustada al mismo tiempo.

Su lengua traza una línea caliente sobre mi labio inferior antes de atraparlo entre sus dientes y morder suavemente.

—¿Sabes qué es lo mejor de esto? —su voz es pura malicia—. Que ni siquiera necesito tocarte con mis manos para hacerte rogar.

Desliza el bisturí más profundo.

—Dime… ¿quieres que me detenga?

Mi orgullo me obliga a apretar los dientes.

Él sonríe.

—Eso pensé.

Su otra mano se desliza sobre mi estómago, sujetándome en su lugar mientras el bisturí sigue su trabajo.

—Déjame ver cuánto puedes soportar antes de romperte.

Y entonces, me destruye.

Capítulo 43



Parte 2

Deslizo el bisturí más profundo.
No con fuerza, no para herirla…
sino con la precisión de un cirujano que quiere que sienta todo.

El acero frío roza la piel de su muslo, apenas abriéndose paso en una caricia que quema y estremece a la vez.
Ella tiembla. Jadea.
No por miedo.
No por dolor.

Por lo que eso significa.

—Dime… —susurro cerca de su oído, mientras la hoja dibuja un trazo lento sobre su piel—. ¿Quieres que me detenga?

Sus labios tiemblan. Sus ojos brillan de lágrimas que no caen.
Su orgullo es tan grande como el mío.

Apreta los dientes. No dice nada.

Yo sonrío.

—Eso pensé.

Mi mano libre se desliza sobre su abdomen, firme, conteniéndola, sujetándola con fuerza. La obligo a quedarse justo donde la quiero. No hay escapatoria, ni necesidad de una. Está aquí porque quiere. Porque me necesita. Porque nos rompieron esta noche, y esta es la única forma de recomponernos.

—Déjame ver cuánto puedes soportar antes de romperte —susurro, y entonces la hoja dibuja un último camino.

No hay sangre, solo la promesa de ella.
Solo una línea fina, perfecta, que recorre su carne como una confesión grabada con precisión quirúrgica.

Y entonces, se quiebra.

No en gritos.
No en súplicas.
Sino en el sonido suave de un gemido tembloroso, ahogado contra mi cuello, mientras su cuerpo se rinde completamente al mío.

Y yo…

Yo no la salvo.

No la curo.

No la protejo.

La poseo.

Como si fuera lo último humano que me queda.

Su cuerpo tiembla bajo el mío, marcado, vulnerable, pero más viva que nunca.

Los ojos cerrados, la respiración cortada, los labios entreabiertos como si aún pudiera gritar, aunque ya no le quede voz.

Su alma se rompe con belleza.

Como un cristal tallado que al quebrarse se vuelve más afilado, más letal.

Más ella.

—No estás muerta, Josephine… —susurro, bajando mi rostro al hueco de su cuello, respirando su aroma mezclado con sangre, sudor y deseo—. No mientras yo siga aquí.

Mis labios rozan su piel, calientes, furiosos.

Cada beso es una promesa no cumplida.

Cada mordida, un castigo que ella me ruega con los ojos que no diga en voz alta.

—Hazme sentir —musita.

Y entonces me mira.

Como si todo lo que soy estuviera colgado de ese momento.

Hazme olvidar.

Hazme doler.

Hazme existir.

La levanto. Sin ternura. Sin pausa.

La alzo como si fuera mía. Como si la noche y el dolor no pudieran tocarla si la cubro con mi cuerpo.

Y la llevo hasta el borde de la cama, no sin antes empujar todo al suelo con una furia que no disfrazo.

El bisturí cae. La sangre aún arde en mi palma.

No la suelto. No me detengo.

Ella me abraza como si se fuera a desvanecer.

Y yo, yo la tomo como si ella fuera el único ancla que me impide volver a convertirme en el monstruo que dejé salir esta

noche.

La tomo por debajo de su trasero y llevo mi boca hasta su coño para devorarlo. Ella se mueve, está al borde y no estoy dentro de ella todavía. Pero mi lengua, y mis dedos lo estarán.

Lamo toda su raja y muerdo suavemente su clitoris, luego lo acaricio y meto un dedo, luego dos y se humedece más.

—¿Esto quieres? —le gruño contra su coño—. ¿Sentir?

Ella asiente, jadeando.

—Te daré todo lo que quieras. Ya tienes mi alma. —no dejo de bombearla con mis dedos hasta que se corre. Me pongo de pie y mi polla está goteando, cediento de su coño.

Y entonces me fundo en ella.

No con dulzura.

No con compasión.

Con necesidad.

Con esa rabia sorda que solo siente quien estuvo a punto de perderlo todo.

Con el hambre de un hombre que no ha dormido, no ha comido, no ha llorado, no ha gritado, pero sí ha matado.

Su cuerpo me recibe como si fuera suyo desde siempre.

Y yo me entierro en ella con todo lo que soy.

Sudor, aliento, furia.

Su espalda se arquea, mis dedos dejan marcas en su piel, nuestras respiraciones se mezclan.

Ella llora, pero no de dolor.

Mi dedo va directo a su clitoris de nuevo y hago que se corra. Ella es tan sensible, tan pura, tan mía.

Llora porque, por fin, se siente viva.

Y yo muero un poco más.

Porque si alguna vez la pierdo, no quedará nada de mí.

Sin que se lo espere le doy la vuelta hasta que su culo queda al aire y mi palma va directo a unas de sus mejillas, de nuevo, y otra vez. Hasta que grita y su coño llora más por mí.

No hay luz en la habitación, solo el resplandor pálido de la luna filtrándose por las cortinas.

Y aun así, la veo.

Brilla. Brilla de esa forma rota que me hace querer romperme con ella.

Sus piernas tiemblan, pero no se aparta.

Su cuerpo es una ofrenda y una maldición.

Y yo, como un hombre condenado, la devoro sin pedir perdón.

Mi palma se desliza por su nuca, tirando de su cabello hacia atrás.

Su boca se abre, gimiendo mi nombre como una súplica disfrazada de desafío.

—Eres mía —le gruño contra la garganta, mi voz rasgando el silencio y de nuevo estoy dentro de ella, suave primero y luego como una maldita bestia de la oscuridad—. Lo fuiste desde la primera vez que me miraste con esos malditos ojos.

Ella jadea. Sus uñas se clavan en la cama. Me gusta. Me recuerda que esto es real. Que ella está aquí. Que sigue viva.

Tomo ambas manos hacia atrás mientras mi polla sigue dentro de ella. Sus manos buscan apoyo, sus dedos tiemblan.

Pero no me pide que me detenga.

—Theron…

—Shh —muerdo su hombro, bajando nuestras manos por sus caderas—. No quiero que pienses. Solo siente. Déjame ser lo único que recuerdes esta noche.

Y la penetro de nuevo, más profundo, más salvaje.

Ella grita. Y mi nombre escapa de sus labios como un rezo, como un grito de guerra.

Cada embestida es un castigo.

Cada gemido, una confesión que jamás diremos en voz alta.

La quiero.

Dios, la quiero tanto que me duele.

Su cuerpo se dobla, pero no la dejo caer.

La sostengo con una mano en su garganta, apretando justo lo suficiente para que sus ojos se llenen de lágrimas… y placer.

—Dime que me odias —le susurro contra la oreja, hundiéndome una vez más en ella—. Dímelo, Josephine.

—Te odio… —jadea, temblando—. Porque te amo.

Y entonces lo pierdo.

La levanto, la lanzo sobre la cama de nuevo de espalda, me arrastro sobre ella como el demonio que soy.

La beso como si el fin del mundo nos estuviera rozando los talones.

Mis dedos bajan por su estómago, dejando marcas, caminos, cicatrices de placer.

Y entonces, le muerdo el muslo.

Fuerte.

Ella se arquea. Grita. Llora. Se ríe. Se parte en pedazos debajo de mí.

Mi lengua, mi boca, mis dedos. Todo en ella. Todo por ella. Hasta que tiembla. Hasta que implosiona.

Y cuando finalmente me mira, rota, temblando, con el cabello pegado al rostro y el pecho jadeando…
sé que no hay salvación para ninguno de los dos.

—Vas a quedarte conmigo, ¿verdad? —le pregunto, sin aliento.

—Estoy rota, Theron.

—Yo también.

Silencio.

—¿Vas a decirme quién me llevó hace diez años si lo averiguas?

—No me pidas eso.

Lo entiendo. Es demasiado.

—¿Al menos me dirás si está cerca de mí? ¿De nosotros?

Suspira y me ve.

—Sí, te lo diré. Te lo prometo.

Lo beso.

—Gracias.

Después, solo gemidos ahogados mientras vuelvo a tomarla.

Más lento esta vez. Más cruel. Más profundo.

Ella me pide más. Me desafía. Me maldice. Me bendice.

Y yo la amo.

Como solo los condenados saben amar.

Capítulo 44



Los malos no mueren rápido

JOSEPHINE

No puedo dormir.

La casa está en silencio, pero dentro de mí hay un grito constante, como una alarma que no sé cómo apagar. El vestido blanco es lo que veo en el espejo, odio el blanco. Lo odio, pero aún siento la sangre en mi piel, pegajosa. El eco del disparo sigue resonando en mi oído.

El clic. El grito ahogado. Los pedazos de Tiago en mis piernas. Miro mis manos. No están manchadas. Pero yo lo estoy.

—¿No vas a dormir? —su voz me corta la respiración.

Me giro de golpe. No hay nadie.

—¿Te olvidaste de mí tan rápido, pajarito?

Ahí está.

Apoyado en la pared, vestido de negro, como siempre. Sus ojos brillan en la oscuridad como si la entendieran mejor que nadie. No sé si es real. No sé si me importa.

—Sí… te extrañé.

Él se acerca. No hace ruido. No deja huella en el suelo. Pero lo siento. Lo siento todo.

—Sigues aquí, lo sigues eligiendo —me dice, con una media sonrisa amarga.

—Yo…

—¿Lo amas?

—Sí. No espero que lo entiendas, te lo dije.

—No necesito entenderlo, solo quiero saber si vas a sobrevivir a esto.

Me abraza. Su pecho es frío, pero su abrazo es el único lugar donde no siento que me voy a romper. Me aferro a él como si fuera la última persona viva en el mundo. Como si no fuera un fantasma. Como si no fuera solo una parte de mi mente tratando de salvarme.

—No quería que muriera —susurro.

—Lo sé.

—Tiago era… era bueno. Y ahora ya no está. Como mi hermano. Como mis padres.

—Y tú sigues aquí, Josephine. Rota, pero viva.

—¿Eso se supone que me consuela?

—No. Pero te recuerda que puedes romperte más.

Me echo a llorar. Me odio por eso. Odio que no pueda evitar temblar, que no pueda dejar de ver su cabeza estallar frente a mí.

Ni Tiago ni mis padres no tenía nada que ver. Era solo una luz en toda esta oscuridad. Y la oscuridad ganó.

—¿Por qué siempre se van los buenos? —pregunto.

—Porque los malos como yo nos escondemos mejor. Porque los monstruos no morimos fácil, pajarito.

Siento su mano en mi nuca, acariciando mi cabello. Me aferro a su pecho como una niña pequeña. Como una mujer cansada. Como alguien que ha empezado a olvidar lo que se siente estar viva.

Theron no está. Pero esta noche está El Fantasma.

…

La casa está en silencio, pero no dentro de mí.

Me había quedado dormida por momentos, exhausta por todo lo que el cuerpo humano puede resistir. Pero el insomnio no me suelta. El trauma no descansa. Me arrastro por el pasillo, envuelta en una manta. Descalza. Siento cada madera bajo mis pies, crujir como si también llevara peso.

Escucho voces. Bajas. Gruesas. Y entonces escucho su voz. Theron.

—Zimmers lo sabía desde el principio —dice.

Su tono es grave. Lleno de veneno.

El nombre me atraviesa como una daga.

Zimmers.

Sigo avanzando. Me pego al marco de la puerta del despacho. Nadie me ha visto. Mi respiración se acelera.

—El casino era solo una pantalla —dice otra voz, creo que Iván—. El tipo tiene una red entera de tráfico bajo la mesa.

—Y las marcó. A Josephine y Hunter —murmura Theron—. Como a las demás. Como si fueran su propiedad.

Marcó.

Mi respiración se detiene.

Z.

La Z.

La que llevo en el vientre.

Esa cicatriz que nunca pregunté. Esa marca que me sigue ardiendo en sueños. Que a veces juraría que me arde despierta.

Theron lo sabe. Sabe quién me llevó hace diez años. El que también se llevó a Hunter. El pasado, el pasado me ha encontrado y Tiago murió por mi culpa.

Él. Zimmers.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Me aparto del despacho, retrocedo como si algo me hubiera golpeado el estómago. Me meto al baño y me encierro. El frío del suelo me quema las rodillas. Me miro en el espejo. No reconozco a la mujer frente a mí.

Recuerdos.

No. No.

No lo quiero recordar.

Pero lo hago.

—Eres mi favorita —susurraba esa voz, la voz del monstruo.— Pero no eres especial.

Lágrimas caen, pero no las siento.

—Te escaparás, lo sé. —decía él—. Siempre lo intentan. No importa. Encontraré otra como tú. Siempre hay otra.

Me tapo la boca con la mano. Quiero gritar. Quiero arrancarme la piel. Quiero que no sea cierto.

Pero lo es.

Zimmers.

Z.

El dueño del casino.

El mismo que destruyó a Hunter.

El mismo que ahora sé… me destruyó a mí.

Y Theron lo sabe.

Salgo corriendo del baño. Nadie me ve. Subo las escaleras, me encierro en la habitación. La puerta no hace ruido al cerrarse,

pero dentro de mí hay una explosión. Me desplomo en el suelo, junto a la cama. Tiemblo. Gimo. Me acurruco.

No estoy bien.

No estoy entera.

Y ahora lo sé todo.

Capítulo 45



“Favorita”

JOSEPHINE

No sé cuánto tiempo llevo bajando las escaleras. Cada paso es más pesado que el anterior. Las voces en mi cabeza no paran. La de Zimmers. La mía. La de ese pasado que tanto luché por enterrar.

Y entonces lo escucho.

Su voz.

—Zimmers lo movió antes de que llegáramos. Maldito cabrón… —dice Theron, dentro del despacho, la puerta apenas entreabierta—. Sabía que nos iba a esperar, pero no esperaba una trampa así.

¿Acaso ese monstruo está aquí en Londres? El casino que mencionan, la muerte de Tiago, el ataque. Theron llegando a casa

despues de su cazería.

Él lo sabía.

Zimmers.

El nombre que me rompió la infancia.

El que me tatuó una letra que ahora siento arder.

El que me llamaba *"favorita"*, pero nunca *"especial"*.

Empujo la puerta.

Él se gira.

Y me ve.

Y lo sabe.

Me lo prometió. Me dijo que me lo diría.

—Tú sabías —susurro.

Sus labios se presionan, los ojos se oscurecen. No dice nada. No intenta acercarse. No intenta negarlo.

—¿Desde cuándo?

Silencio.

—¡¿Desde cuándo sabías de ese hombre?! —mi voz se quiebra, pero sigo en pie—. ¿Desde antes de conocerme? ¿Desde después? ¿¡Cuándo!?

—Trabajaba para mí —responde, al fin. Bajo. Frío. Mortal. Como él. —No sabía que era él detrás de todo, hasta…hasta hace poco.

—¿Y no me lo dijiste?

—No quería que recordaras, Josephine —responde—. No ibas a soportarlo.

—¿Y quién te dio derecho a decidir eso? ¿Quién te dijo que podías ser mi juez, mi escudo y mi verdugo al mismo tiempo?

—Te salvé.

—No me salvaste de *eso*. Me salvaste dos veces, me diste dinero y comida, de esos hombres que querían mi miedo y de morir ahogada, Theron, pero no del dolor. Él sigue aquí. *Yo sigo aquí.*

Sus puños están cerrados. Se nota que lucha por no romper algo, por no quebrarse.

—Te estabas reconstruyendo. No iba a permitir que el recuerdo de ese cabrón te arrancara lo que empezabas a tener otra vez… paz. Música. A Hunter. A mí.

—¡No es tu decisión!

Mis lágrimas caen ahora sin que las pueda detener.

—No soy tu proyecto de redención. No soy tu buena obra del año. ¡Soy una mujer que ha sido rota y pegada tantas veces que ya no sé quién soy!

Respiro hondo, porque si no, me desarmo ahí mismo.

—Y me callé. Porque quería creerte. Porque quería amar sin miedo.

—Y me amaste —dice, como una sentencia.

—Sí.

—¿Y ahora?

Lo miro. Todo en mí se rompe. Pero también se enciende.

—Ahora necesito estar sola.

…

La lluvia golpea los cristales como si alguien allá afuera estuviera llorando por mí.

No puedo dormir. El colchón es demasiado suave. La habitación demasiado oscura.

Y la casa… llena de él.

De su olor. De sus silencios.

De sus malditas decisiones.

Estoy sentada frente a la ventana cuando lo escucho entrar. Sin zapatos. Sin armas visibles. Solo él.

Theron.

Se acerca como si supiera que me va a perder. Ve los moretones que tengo cuando me lancé al suelo y algunos vidrios rotos cayeron en mí desde el ataque en el centro.

—¿Te duele? —ese es Theron, el médico que se preocupa por todos.

No me giro.

—No físicamente.

Siento cuando se detiene tras de mí. Apenas a unos centímetros. Como si supiera que no puede tocarme. Como si su cuerpo aún quisiera, pero su alma supiera que esta vez… no hay redención.

—Lo hice para protegerte.

—¿Y cuándo vas a entender que yo no necesito un guardián? —me giro, por fin, y sus ojos me atrapan como cada vez, pero esta vez no me salvan.

—Desde que te conocí supe que iba a destruirte —dice, con los ojos tan rotos como los míos—. No sabía cuándo ni cómo, pero lo sentí. Porque yo no sé amar sin poseer. Sin dominar. Sin romper.

—¿Y entonces por qué no me dejaste ir? —susurro. Pero la pregunta no es una súplica. Es una condena.

—Porque eras mía desde el primer segundo. Porque te vi, y supe que ibas a hacerme arrodillar. Y lo hiciste, Josephine. Me hiciste querer ser algo que no soy.

La habitación se achica. El corazón se me sube a la garganta.

—Zimmers me rompió el cuerpo. Pero tú me rompiste la confianza. ¿Y sabes qué es peor? Que a ti te amo.

Silencio.

Silencio de los que ya se dijeron todo.

Sé que son excusas, solo busco un motivo para alejarlo y morirme en la autocompasión, él debería de saberlo. O quizás solo quiero que El Fantasma aparezca, él parece entenderlo mejor y me odio por eso. Lo odio a él. Los odio a los dos.

—Vete —le digo. Pero mi voz tiembla.

—No voy a dejarte sola.

—Ya lo estás haciendo.

Doy un paso atrás. Él intenta sujetarme. No lo permito. Mis dedos tiemblan, mi boca se abre, pero no sale nada. Porque si hablo más, lloro. Y si lloro, me quedo.

—Theron… —mi voz se quiebra—. No puedo seguir amando a alguien que me hace sentir segura y perdida al mismo tiempo.

Sus manos se quedan en el aire. Sin tocarme. Sin forzarme.

Y ahí lo entiendo. Él también está dolido. Pero en silencio. Como siempre.

—No te detendré —dice, al fin—. Si vas a buscar venganza, no seré yo quien te lo impida, pero no lo harás sola, sobre mi jodido cadaver. Pero si algún día ya no puedes respirar sin que te duela… recuerda que yo ya estoy muerto sin ti.

Capítulo 46



Más mentiras...

THERON

Estoy cerca. No me importa que Josephine no quiera hablarme. Joder claro que me importa. ¿A quién quiero engañar?

Lleva dos días evitándome, y la tensión entre nosotros ha crecido tanto que el aire en la habitación se siente denso. Ella se duerme antes de que yo toque la almohada y se levanta al amanecer, ya vestida y lista para su día. No la culpo, pero no puedo evitar sentir que su distancia me consume.

Pero lo peor de todo es Hunter. Ambas mujeres están enfadadas conmigo, y eso me jode. Ambas, furiosas, aunque por razones distintas. En el fondo, eso me inquieta aún más. No quiero que me odien.

Hoy, como cada mañana, entro al comedor. Solo está Hunter. La veo allí, sentada, con esa mirada de reproche clavada en mí, como si quisiera atravesarme. Envio un mensaje a mis hombres.

¿Dónde está?

Me envían una fotografía de ella, está en nuestro balcón, leyendo y desayunando ahí mismo.

Alivio.

Estoy solo, claro. No he probado la comida; todo lo que quiero es revisar, una vez más, la información que acaba de llegar sobre Zimmers. Hay algo en su paradero que me hace sentir una presión constante sobre el pecho, pero a Hunter parece no importarle.

—No comeré contigo. —dice con esa voz desafiante que siempre me irrita.

La observo sin inmutarme, los ojos clavados en la pantalla de mi tableta. Tardo un segundo en reaccionar.

—Me iré en un segundo.

Ella murmura algo que no consigo entender del todo. La miro, y veo algo más allá de la furia. Es... tristeza.

—¿Qué? —pregunto, incapaz de contener mi curiosidad.

Hunter se levanta y se coloca las manos en las caderas, su postura altiva como siempre. La tensión en sus hombros está al límite.

Ella es jodidamente valiente y fuerte aunque no lo sepa. Si no fuera mi hermana no permitiría ese enfrentamiento de ella. Pero es mi pequeña mocosa.

—Sabes, debería ser yo también el molesto contigo. —digo, sintiendo cómo las palabras empiezan a resbalar de mis labios como veneno—. También me has ocultado cosas. Pero a diferencia mía, lo hice por el bien de las dos.

Ella se tensa. Es lo que esperaba.

—Yo no te he ocultado nada. —su voz tiembla, y no puedo evitar notar lo nerviosa que está.

—¿Ah, no? —la interrumpo, mi tono cargado de desconfianza —. ¿Con quién hablabas por teléfono hasta media noche cuando todos dormimos? ¿Con Viper? ¿Ese estúpido Suizo?

El color rojo en su rostro es la respuesta que no quiero ver. Lo he logrado. Atrapada.

—No es asunto tuyo lo que haga. —dice, sus manos ahora apretadas en puños—. ¿Además, estás espiándome?

La miro, impasible. La verdad es que no tengo excusas. Sí, la he estado observando, pero no de la manera en que lo piensa.

—Mientras vivas bajo mi techo, todo lo que tenga que ver contigo me concierne, Hunter. —mi voz suena más fría de lo que quiero, pero no me importa.

—Entonces me iré. —sus palabras me golpean como un cuchillo afilado, y mi corazón da un vuelco.

—¿Con quién? ¿Con él? —me levanto de golpe, los puños estampándose contra la mesa con un ruido ensordecedor. Los músculos en mi cuerpo se tensan—. Sobre mi puto cadáver.

—Soy una adulta, Theron. —dice, su voz temblorosa pero llena de un orgullo que me desquicia.

Es entonces cuando tomo la tableta y le doy un sorbo al café frío, intentando calmarme, pero el malestar sigue aquí.

—Eres una Sterling. Que no se te olvide. —mi tono se endurece, pero hay algo en mi voz que no puedo controlar.

—Suenas como nuestro padre. —su reacción es inmediata, su rostro se cierra y su expresión se vuelve más dura, como si me hubiera golpeado de verdad.

Maldita sea.

—Qué bueno que no está para ver lo que pasó contigo, ¿no crees? —las palabras se me escapan antes de que pueda pensar. Inmediatamente, me arrepiento. Sus ojos se llenan de lágrimas, y el daño está hecho que casi me quema. No quiero ver eso. No quiero ser el causante de esa herida.

Hunter gira sobre sus talones, sus pasos apresurados resonando por la casa. Sale corriendo, y yo me quedo allí, con un nudo en la garganta y el dolor atravesando mi pecho.

—Hunter… joder. —susurro, pero ya es tarde. La puerta se cierra de golpe detrás de ella.

Quedo solo, y en el aire pesado de la habitación, no puedo evitar preguntarme si alguna vez seré capaz de reparar lo que acabo de romper.

Capítulo 47



Me follaría hasta perdonarlo...

JOSEPHINE

—¿Y por eso estás molesta?

Su voz, rasposa y baja, se cuela entre las sombras como un susurro malintencionado. Lo odio. Lo odio porque suena tranquilo. Como si nada de esto fuera importante. Como si todo lo que acabo de descubrir no pesara como plomo en mi pecho.

—¿Acaso te parece poco que me haya ocultado esa información? —escupo, cruzando los brazos, sintiendo cómo me arde la piel bajo la rabia.

Él no se inmuta. Se limita a observarme desde detrás de esa maldita máscara, como si pudiera leer cada grieta de mi alma con solo inclinar un poco la cabeza. Me dan ganas de arrancársela. De verlo sangrar.

—Pero dijiste que él no sabía que Zimmers era el mismo hombre… el que te llevó.

—Y que mató a mi familia —termino por él, con la voz temblando de ira contenida. Me arde la garganta. Me arden los ojos. Me arde todo. Y él solo está ahí, como si fuera un espectro sin culpa.

—Si estás tan molesta con él, puedo esperarlo y matarlo —dice con esa calma aterradora que solo él puede manejar. Da un paso más, sus botas resonando en el suelo como un eco de amenaza—. Además… ¿por qué carajo te deja sola?

Se refiere a Theron, y la sola idea me carcome. No es como las otras veces en las que lo menciona con desdén. Esta vez hay algo más en su tono. Algo que me hiela la sangre.

—Porque le pedí espacio —murmuro, bajando la mirada, aunque su presencia es demasiado intensa para ignorarla. Bueno... técnicamente lo corrí. Le grité. Cerré la puerta. Y no volvió.

—Yo no te daría espacio —gruñe, su voz más baja, más oscura—. Yo te follaría hasta que me perdonaras.

Suena como una promesa. Una amenaza. O ambas.

Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo desde la columna hasta la base del vientre, como si su voz pudiera tocarme sin que sus manos lo hicieran. Me estremezco, maldiciéndome por la forma en que mi cuerpo responde a él… a pesar de todo. A pesar de que no sé quién es. A pesar del peligro.

Y tal vez… precisamente por eso.

—Yo te follaría hasta que me perdonaras —gruñe de nuevo, y su voz me roza como si fuera una mano, como si pudiera arrastrarme con solo hablar.

No respondo. No puedo. Mi garganta está seca y mi pecho se agita, traicionándome. Él lo nota, claro que lo nota.

—Te follaría hasta hacerte gritar ahora mismo —susurra, más cerca. El calor de su cuerpo se filtra a través del espacio entre nosotros como humo denso—. Hasta hacerlo venir.

Suena cruel. Suena oscuro.

—No sabes cuántas veces he fantaseado con él viéndonos. Viendo cómo te deshaces por mí.

Mi pecho se contrae. Siento su mano rozarme el brazo, lento, casi reverente. Y entonces sube, se desliza por mi cuello, roza mi mandíbula y me obliga a alzar el rostro. Sus dedos enguantados son fríos. O tal vez soy yo la que está ardiendo.

—Estás enfermo —susurro, con un temblor que no logro controlar.

—No. Estoy maldito —responde, con una sonrisa que sé que hace detrás de esa maldita máscara—. ¿Y tú, Josephine? ¿Estás tan limpia como crees? ¿O te gusta que te desee así?

—No me gustas —miento.

—¿Ah, no? —sus dedos bajan, se posan en mi cintura, me aprietan como si reclamaran algo que no debería ser suyo—. Entonces dime por qué estás temblando. Dímelo mientras te beso.

Y lo hace.

Sus labios caen sobre los míos sin permiso, sin duda. No es un beso dulce, ni lento, ni siquiera amable. Es un beso con hambre. Con rabia. Con esa oscuridad que lo envuelve todo, que me arrastra y me hace odiarme por no resistirme. Solo siento su máscara, pero de alguna forma, también sus labios, cuando cierro los ojos.

Mi espalda choca contra la pared mientras su cuerpo se alinea con el mío. Su mano se pierde en mi cabello, tirando apenas para forzarme a recibirlo más. Lo odio. Lo deseo. No sé si estoy llorando o gimiendo. Tal vez ambas.

—No voy a ser él —dice contra mi boca, sin dejar de besarme, como si pudiera devorar la mentira antes de que la diga—. No voy a pedirte permiso. No voy a dejarte ir.

—Y sin embargo… —susurro, jadeando— sigues con esa máscara.

—Porque si me la quito, Josephine… —apoya su frente contra la mía, sus dedos bajan a mi muslo, suben como una amenaza entre mis piernas— …no me vas a odiar lo suficiente para alejarte.

Mis labios tiemblan. No sé si lo que siento es miedo o deseo. O esa combinación venenosa que me hace querer más.

—Dime que me detenga —dice.

Y yo, rota, jadeante, con el corazón hecho pedazos por todos… no digo nada. Pero me aparto, él gruñe. Sé que va por lo que quiere, pero jamás cruza esa línea. Siempre me deja ceder.

—¿Cómo es que entras aquí? —pregunto, mirándolo con los ojos entrecerrados. No hay alarma, no hay caos. Solo está él, como siempre. Presente donde no debería.

—Tienen una seguridad de mierda —dice, encogiéndose de hombros con esa arrogancia que me da ganas de romperle los dientes. Como si no me hubiera besado hace un momento—. Pero no te preocupes, es fácil para mí. Tú estás a salvo mientras yo esté cerca.

—Qué generoso —digo con sarcasmo. Él da un paso más, como si el peligro fuera parte de su perfume.

—¿Vas a decirme quién eres? —pregunto. Estoy cansada de adivinar. Cansada de imaginar qué rostro hay detrás de esa voz que me persigue en sueños y pesadillas.

—¿Y qué emoción habría en eso?

Me dan ganas de golpearlo otra vez.

—¿Vas a huir conmigo? —me pregunta entonces, como si fuera una broma. Como si no estuviera temblando por dentro.

—Ahora que estoy molesta, te diría que sí. —mi voz es seca, honesta. No sé si lo odio más a él o a mí por no salir corriendo ya.

—Sí, pero estás enamorada —dice con una suavidad que me desconcierta—. Y toda esa mierda.

Bajo la mirada, respiro hondo. Estoy agotada. De ellos. De mí. De todo.

—Sí… toda esa mierda —susurro, más para mí que para él. Porque es verdad. Esa mierda es real. Y duele.

Capítulo 48



Mi amante nocturno

JOSEPHINE

Han pasado dos semanas desde la última vez que me miró a los ojos con honestidad. Pasó de dormir a mi lado a dormir en su despacho. Ahora apenas lo veo y sé que es mi culpa.

También El Fantasma ha desaparecido. Dos semanas de sábanas frías entre nosotros, de palabras no dichas, de fantasmas reales y emocionales que se han vuelto parte de esta casa.

Y ahora, lo veo entrar.

Theron cruza el umbral de nuestra habitación en silencio. Su rostro es una máscara de algo que no logro identificar al principio… hasta que cae de rodillas.

Así. Sin previo aviso. Como si el peso del mundo finalmente lo hubiera vencido.

—¿Qué haces? —mi voz es apenas un susurro, temblorosa. Y corro hacia él. De inmediato siento el olor a alcohol. Está borracho.

—Dime qué quieres que haga para que me perdones —dice, y algo dentro de mí se rompe un poco más.

—Theron… no hay nada que perdonar.

—Sí, sí lo hay —su voz se quiebra—. Te prometí que te protegería que ya no mentiría. Que nunca volverías a sentirte sola. Y fallé. Esta ausencia… esta distancia… me está matando, Josephine.

Silencio. Solo el leve crujido del suelo debajo de sus rodillas, el aire espeso entre los dos.

—¿Con quién hablas cada noche?

Mi cuerpo se tensa.

—¿Qué…?

—Te he escuchado. Sé que hablas con alguien. No soy idiota.

—Es la televisión… —respondo sin convicción.

—No mientas —dice, con los dientes apretados—. ¿Acaso es él? ¿Se ha atrevido a cruzar la seguridad? ¿Tu…amante nocturno?

El tono en su voz me hace levantar la mirada. Furia. Dolor. Terror disfrazado de rabia.

—Josephine... dime la verdad.

Lo veo caer aún más. No solo de rodillas. Lo veo rendirse. Lo veo romperse frente a mí como si el peso de su amor fuera más del que su alma puede soportar.

Nunca lo había visto así. Nunca tan humano. Y mi mundo se rompe.

—Theron… oh, Dios, Theron…

—¿Acaso él y tú…? ¿Vas a volver a dejarme? —su voz ya no es una orden, ni un juicio. Es un susurro desesperado, el llanto silencioso de un niño perdido.

—Theron…

—Dímelo. Dímelo ahora o me volveré loco.

Trago saliva. Duele. Todo duele.

—Está bien —digo, cerrando los ojos—. Él ha venido algunas noches. Y hablamos. Solo hablamos… a excepción una noche.

Theron contiene el aliento, como si cada palabra fuera un disparo directo a su pecho.

—Él me besó. Fue a través de su máscara. Pero lo detuve.

El silencio que sigue es sepulcral.

—Lo merezco —murmura, agachando aún más la cabeza—. Merezco que lo prefieras a él ahora.

Me acerco más, arrodillándome frente a él. Tomo su rostro entre mis manos, obligándolo a mirarme.

—No lo prefiero a él. Sigo aquí, contigo.

—¿Lo quieres?

Respiro hondo. Y respondo con una verdad que me desgarra.

—Te amo a ti.

Pero él no se detiene. Su mirada arde.

—Y si yo no existiera… ¿lo preferirías a él?

Eso es trampa. Pero entiendo su desesperación. Su miedo. Y no le mentiré.

—Sí —respondo, con la voz hecha cenizas—. Si tú no existieras, lo elegiría a él.

Pero tú estás aquí. Y el ahora, el hoy… mi corazón es tuyo. Solo tuyo.

Theron asiente, como si esa respuesta lo matara y lo salvara al mismo tiempo. Se pone de pie con los ojos vidriosos, se inclina hacia mí y deja un beso suave en mi frente.

Y luego se va.

La puerta se cierra detrás de él, y yo…

Yo me derrumbo en un mar de llanto, abrazando mi propio cuerpo como si pudiera consolarme a mí misma.

Pero no puedo. Porque algo en los dos acaba de romperse. Y ya no sé si sabremos cómo volver a armarlo.

No lo soporto. No puedo dejarlo ir así.

No con esa mirada rota. No con esa herida abierta entre nosotros.

Me pongo de pie tambaleándome por el peso del llanto y cruzo el pasillo descalza, con la respiración agitada. El eco de mis pasos rebota en los muros, como si el silencio mismo me empujara a avanzar.

La puerta de su despacho está entreabierta. Dentro, la penumbra lo envuelve. Theron está sentado en su sillón de cuero, con una copa de cristal colgando entre los dedos. El whisky oscuro baila dentro, pero no ha bebido ni una gota.

—Theron.

Él no se gira. No se inmuta.

—No me importa que estés borracho —digo, entrando como una ráfaga, cerrando la puerta tras de mí—. Ya hablaste tú. Ahora me toca a mí.

Se queda en silencio. La luz tenue del escritorio apenas roza su perfil, pero puedo ver la tensión en su mandíbula.

—¿De verdad crees que esta distancia ha sido fácil para mí? —pregunto con la voz rota—. ¿Crees que no he sentido cada segundo de tu ausencia como si me arrancaran la piel?

Theron deja la copa sobre la mesa con un golpe seco.

—Te amo —digo con fuerza, como si al decirlo pudiera arrancarle la rabia de los huesos—. Te amo, Theron. Maldita sea, te amo y me está matando no poder tocarte también.

Él se gira entonces. Sus ojos están inyectados de algo peor que rabia: culpa.

—No estoy borracho, Lirio de tigre —su voz es grave, rasposa, con ese apodo que solo él me dice cuando se le cae la máscara.

—Entonces no tienes excusa.

—¿Excusa para qué? ¿Para no arrancarte ese maldito beso de los labios a punta de celos? ¿Para no buscarlo y matarlo por siquiera haberte rozado?

—No fue culpa suya —miento a medias.

—No. Fue tuya. Porque tú lo dejaste entrar. Tú… lo miraste con los mismos ojos con los que antes me mirabas solo a mí.

—¡Porque tú me dejaste sola!

—¡Te estaba protegiendo!

—No me protegías. Me abandonabas. Y tú no eres mi guardián, Theron. Eres el hombre que amo. ¡No quiero a un carcelero!

Se levanta. Con violencia. El sillón cae hacia atrás con el golpe.

—¿Y quieres a un fantasma en su lugar? —gruñe—. ¿Quieres a alguien que se oculta tras una máscara, que se mete a tu cuarto como una plaga mientras yo me desangro aquí… creyendo que aún tengo derecho a ti?

Se acerca, paso a paso, como una tormenta contenida.

—Si lo amas a él, dímelo. Si piensas irte con él, hazlo ahora. Pero no vuelvas a mirarme con lástima. No soportaría que el amor que me diste se convierta en caridad.

—¿Tú crees que esto es lástima? —le golpeo el pecho con ambas manos, desesperada—. ¡Esto es amor! Amor que me desgarra porque no sé cómo seguir respirando si tú no estás cerca.

Me toma las muñecas y me aprieta contra él. Su rostro a centímetros del mío.

—¿Y si yo ya no soy el hombre que mereces?

—Entonces tampoco lo es él. Porque a ninguno de los dos los elegí por merecerme. Los elegí porque, joder, me enamoré.

Theron baja la mirada. Sus labios rozan los míos. No me besa aún. Solo respira sobre mi boca como si estuviera decidiendo entre

el pecado y la redención.

—Tengo miedo de hacerte daño, Josephine.

—Ya me lo hiciste. Y aún así estoy aquí. Porque prefiero mil veces romperme contigo… que sanarme lejos de ti.

Y entonces me besa.

No con dulzura. No con culpa. Sino como quien muerde una fruta prohibida. Me arrastra hacia él con violencia contenida, con necesidad, con ese amor torcido y brutal que nos une desde el primer día.

Mis piernas rodean su cintura sin pensarlo, mi espalda choca contra la pared del despacho, y sus labios bajan por mi cuello como si me suplicara perdón con cada caricia.

—No voy a perderte, Josephine —susurra con la voz rota contra mi piel—. No otra vez.

—Entonces no me sueltes —le respondo—. Nunca más.

Y él no lo hace.

Capítulo 49



Tiene que ser un sueño

JOSEPHINE

Theron está inusualmente tranquilo esta tarde. Vestido con camisa blanca remangada y el rostro serio, pero contenido. Me acaricia el brazo mientras me siento a su lado en la mesa del comedor. Hunter también está allí, aunque algo nerviosa.

—Quiero que conozcan a alguien —dice Theron de pronto—. Fue quien me ayudó a encontrar a Hunter. Ahora trabajaremos juntos.

Yo frunzo el ceño. ¿Alguien nuevo? ¿Después de todo lo que hemos vivido?

La puerta se abre.

Mis latidos se detienen.

Lo veo entrar.

El aire se vuelve denso.

Entra un hombre alto, vestido con ropa sobria, elegante. Su presencia impone. Lleva una cicatriz fina cruzándole la mandíbula, y sus ojos…

Sus ojos.

Ese color. Ese brillo apagado. El mundo se detiene.

Mi mundo.

Mi silla se vuelca hacia atrás mientras me levanto de golpe. Mi pecho sube y baja sin control. La sangre abandona mis extremidades y una náusea me revienta desde el estómago.

Lo estoy viendo.

No puede ser.

No puede ser él.

Pero lo es.

—Josephine… —murmura Theron, confundido por mi reacción.

Pero yo ya no escucho.

Mis piernas ceden.

El aire abandona mis pulmones.

La copa que sostenía resbala de mis manos y cae al suelo, estallando en mil cristales.

Y yo también caigo.

Caigo de rodillas.

El hombre se queda petrificado. Me mira con ojos vidriosos, con un paso tembloroso hacia mí.

—No… —susurro—. No… tú estás muerto. ¡Tú estabas muerto!

El mundo se tambalea. La sala entera se encoge.

Theron se pone de pie al instante y desenfunda su arma. La apunta con una precisión letal al invitado que acaba de entrar.

—¿Cómo coño la conoces? —gruñe, apuntándole directo al pecho.

Y entonces…

—Porque es mi hermana —dice el hombre. Y su voz se quiebra.

Un silencio sepulcral. Solo el latido descontrolado de mi corazón.

—No… —repito, sin aliento, con las lágrimas cayendo por mis mejillas—. ¿Noel?

Él asiente. Se arrodilla frente a mí con miedo y esperanza a la vez.

—Soy yo, Jo. Soy tu hermano.

Mi cuerpo se sacude. Mis labios tiemblan. No sé si gritar o reír o llorar hasta la muerte.

—Te vi morir —balbuceo—. Te vi… ¡vi cómo te llevaban! ¡Cómo te arrastraban! ¡Te dejaron! ¡Te dejé!

Él me envuelve con los brazos antes de que mi grito se convierta en sollozo. No tengo fuerzas para rechazarlo.

—No me dejaste. Yo nunca dejé de buscarte.

Theron baja el arma lentamente. Está pálido, con la mandíbula tensa. Hunter cubre su boca con ambas manos.

Y yo… yo solo lloro.

Lloro como esa niña rota que perdió a su hermano en una noche llena de fuego y gritos.

Y por primera vez desde entonces…
Ya no estoy sola. Y entonces…Todo se oscurece.

Capítulo 50



De rodillas

THERON

La siento en mis brazos. Ligera. Frágil. Aun con los ojos cerrados, el rostro pálido, como si el mundo acabara de quebrarse en dos… y ella hubiese caído justo en la grieta.

—Josephine… —susurro, alzándola con cuidado mientras el silencio en la sala se vuelve insoportable.

Camino con pasos firmes hasta el salón, donde la deposito sobre el sofá más amplio. Me arrodillo junto a ella, reviso su pulso, examino su respiración. Soy médico, demonios. Sé que esto es un simple desmayo por la impresión. Pero verla así, tan indefensa, con esa lágrima seca en la comisura de sus pestañas, me parte en dos.

Hunter toma su mano enseguida. No dice nada, pero sus sollozos llenan el vacío. Ella sí llora. Porque Hunter todavía tiene esa parte pura que yo hace mucho enterré.

Me giro hacia él. Noel Ashford.

El mismo bastardo que me ayudó a encontrar a mi hermana. El mismo que ahora reclama a la mujer que amo como su sangre. Y sin siquiera saberlo… le devolví a su hermana.

Sonrío. Una de esas sonrisas oscuras que no llegan a los ojos. Saco el arma de nuevo. Lo apunto con calma.

—Pruebas —escupo. No necesito decir más. Sabe exactamente a qué me refiero.

Nuestros hombres —los suyos, los míos— se han tensado alrededor como lobos esperando a ver quién cae primero.

Noel se adelanta un paso y saca algo del bolsillo interno de su abrigo. Una fotografía desgastada, protegida por una funda plástica. Me la lanza y la atrapo al vuelo. La miro.

Ahí están. Ella, con quince años, cabello negro como tinta, sonrisa cálida. Está con sus padres. Y con él. Con Ashford.

—Ella también es una Ashford —dice. Su voz no tiembla. —¿No lo sabías?

—Josephine Noel Lee—repito su nombre—así dijo que se llamaba.

El hombre, cuyo nombre ahora conozco. Se ríe, pero es una sonrisa muy lejos de ser real. Parece conmovido.

—Mi nombre y el apellido de soltera de nuestra madre. Astuta.

Sí, lo es, joder.

—¿Cómo carajo terminaste convirtiéndote en un verdugo? —pregunto, bajando el arma.

—Por ella. —Sus ojos no vacilan—. Me dieron por muerto. Me dejaron atrás. No supe nada de ella. Hice cosas… cosas horribles. Robé a quienes merecían ser robados. Me metí en el fuego con tal de seguir el rastro. Y lo construí todo. Sangre, muerte, alianzas. Todo para encontrarla.

—Dijiste que tu hermana había muerto.

—Porque era mi misión, Sterling. No la tuya. No me voy a disculpar por mentirte. Lo volvería a hacer.

Mierda.

Miro la foto de nuevo. Recuerdo esa noche en que la conocí. Tenía 16, sí. Llegó a esa cafetería a robar, pero terminó robándome el alma. Tenía esa forma de mirar el mundo, como si cada detalle le cantara un secreto. Me obsesionó desde entonces. Nunca supe de dónde venía, nunca conecté puntos. Y ahora… todo encaja.

Noel sigue mirándome. Cuando lo vi la primera vez, noté sus rasgos asiáticos, sí. Me recordó a ella. Pero jamás imaginé que su hermano también fuese otro mafioso como yo.

—Ella no es parte de esto. —le gruño. —No le diré nuestros planes.

—Estoy de acuerdo.

Vuelvo a mirar a Josephine. Se mueve ligeramente. Los párpados tiemblan. Está despertando.

—No te acerques a ella —le advierto.

—Es mi hermana, que lo decida ella.

Josephine abre los ojos. Parpadea. Está confundida, asustada. Me lanza una mirada, luego gira el rostro... y lo ve.

Su hermano.

El aire en el salón se corta como cuchillo.

—Noel… —susurra ella. Y lo dice con una mezcla de ternura, incredulidad y miedo.

Yo no sé qué hacer.

Pero sé que, si ella da un paso hacia él… no voy a poder contener lo que arde dentro de mí.

—Theron… —ella me llama.

No sé si es una súplica o una advertencia.

Pero sé que esto apenas comienza.

Su voz.

Dulce. Rota. Un eco de todo lo que no quiero perder.

—Theron… —me mira como si esperara que yo la salve de algo que ya está ocurriendo dentro de ella.

Y me mata. Porque no puedo matar a su propia sangre. Por querer arrebatármela y llevársela lejos.

—Estoy aquí —respondo, apenas un susurro, sin dejar de mirar a Noel.

Josephine se incorpora lentamente en el sofá, con la respiración agitada, como si estuviera emergiendo de un sueño oscuro. Hunter le acaricia el brazo, intentando calmarla, pero Josephine solo lo mira a él.

A su hermano.

—¿Cómo…? —susurra. Le tiemblan los labios—. ¿Cómo es posible?

Noel da un paso hacia ella, pero yo lo detengo con el brazo extendido. No aún.

—Déjala respirar —gruño.

Él levanta las manos, no en rendición, sino con paciencia. Mierda, tiene los mismos ojos que ella cuando se enoja. Y esa idea me trastorna.

—Estuve buscándote todos estos años —le dice Noel, con una voz que quiebra hasta el silencio—. Pensé que estabas muerta, como tú pensaste de mí. Pero no… sobrevivimos. A nuestro modo. Aunque nos rompieron por dentro.

Josephine sacude la cabeza. No lo acepta. No todavía.

—Me golpearon, me violaron, me vendieron, me encerraron, una y otra vez por un año —La voz se le eleva—. ¿Dónde estabas, Noel? ¿Dónde estuviste cuando me arrancaron de todo? Dejé de esconderme, cantaba en las calles. ¿qué hacías tú? ¿convirtiéndote en un asesino?

—Muerto para el mundo. Vivo para encontrarte —responde sin titubear—. No hay noche en la que no me haya odiado por perderte. No sabía que seguías en inglaterra. He desmantelado todo tipo de organizaciones de trata por todo asia y europa. No sabía… no sabía que vivías y que estabas tan cerca.

Ella lo mira como si quisiera creerle… pero su dolor la mantiene cautiva.

—Tarde. Llegaste tarde —dice, casi en un suspiro. Sus ojos se llenan de lágrimas—. Él me encontró primero —y me señala. A mí. Al demonio con bata blanca que ha hecho cosas que no puede contar ni en voz baja.

Y sin embargo… soy su hogar.

—Josephine —le digo, sin poder contener la urgencia—. No tienes que decidir ahora. Pero si vas a dudar… duda aquí. Conmigo.

Ella se gira. Me mira.

—No estoy dudando de ti. Solo digo la verdad. Si mi hermano mayor ha venido a llevarme, no lo haré. No me iré. Estamos rotos ¿recuerdas?.

Esta no es ella. Solo siente dolor. Está siendo un poco dura con el tipo y no la juzgo, pero ya se le pasará, él tiene que jodidamente saberlo.

—Entonces rómpete. Pero hazlo conmigo. —Me arrodillo frente a ella, como lo hice días atrás—. No sé cómo arreglar todo lo que te pasa por dentro, pero juro que me voy a quedar mientras intentas juntar los pedazos.

Ella solloza. Por fin. No en silencio, no en rabia, sino en dolor crudo.

Hunter la abraza. Noel solo observa, con los ojos húmedos pero el cuerpo tenso.

—Theron… —dice Josephine, apenas audiblemente—. Si tú me dejas… yo no sé cómo sobreviviría esta vez.

La tomo de las manos.

—No me voy. Ni aunque me lo pidas.

Noel carraspea, incómodo. Tal vez celoso. Tal vez solo… hermano.

—No quiero separarla de ti —dice—. Solo quiero recuperar lo que alguna vez tuve. Está claro que es toda una adulta ahora. ¿Y qué sucede con tu cabello?

Josephine se ríe y le dedica una mirada.

—Siempre quise hacerle algo.

—Pero papá y mamá no te dejaron—termina él. —Te queda bien. Eres una chica hermosa y adulta. Ya no eres una mocosa.

Veo a Hunter, es como nuestras peleas. Se siente todo tan familiar. Tan…natural. Casi conmovedor.

—Entonces demuéstralo. Pero si alguna vez haces algo que la dañe… —me acerco, susurro junto a su oído con veneno contenido —. Yo te cazaré como a los hombres que juro destruir cada noche.

Noel me mira. Asiente. Hay algo entre nosotros que se parece al respeto. O la amenaza compartida. Josephine se recuesta otra vez, agotada. Y yo, con el corazón temblando en el pecho, me siento a su lado. Tomo su mano. Y esta vez… no la suelto.

Capítulo 51



Familia...

JOSEPHINE

Estoy temblando. No sé si del frío, de la memoria, o de todo lo que está ocurriendo en tan poco tiempo. Noel y yo estamos solos ahora. Hunter se llevó a Theron con una mirada sutil, con esa suavidad que ella solo le guarda a él. Sé que le pidió que me diera espacio.

Pero a lo lejos los veo. Theron me está observando. Como si su alma dependiera de cada uno de mis gestos. Le sonrío. No por cortesía, sino por amor.

Y él asiente con un suspiro que puedo leer a la distancia. Sabe que estaré bien. Sabe que lo amo. Sabe que esto no cambia lo que somos.

No para mí.

Cuando me vuelvo hacia Noel, sus ojos ya me están estudiando. Son los mismos de aquel niño que recuerdo a ratos, borrosos, llenos de luz. Pero ahora hay algo oscuro detrás de ellos. Algo que entiendo demasiado bien.

—Recuperé los cuerpos de *eomeoni* y *appa*[2]—dice en coreano, sin rodeos. Como si el dolor fuera un idioma en común entre nosotros.

Mi mundo se derrumba un poco más.

—¿Qué…?

—Tardé dos años en encontrarlos —continúa, con la voz ronca, contenida—. Estaban en una fosa de cuerpos no recuperados. Yo… los enterré como se merecían. En una colina al sur de Gales. Les construí un lugar bonito. Con flores. Con paz.

—El lugar favorito de mamá.

No puedo más. Me echo a llorar. Me lanzo sobre él. Y él me abraza.

Fuerte. Como si supiera que si afloja… yo me rompo para siempre.

Lo observo con detenimiento, como si mi memoria necesitara memorizarlo de nuevo.

Tiene el cabello negro, corto, cortado al ras en los lados y ligeramente más largo arriba, rebelde, como si jamás pudiera domarse del todo. A diferencia de mi imagen infantil de él, su rostro ha cambiado. Ya no es el niño que reía con la boca llena de helado, tampoco el chico rompecorazones de la universidad; ahora es un hombre hecho de sombras y cicatrices invisibles.

Su piel es clara, aunque marcada por tinta oscura que serpentea desde su cuello hasta desaparecer bajo la camiseta negra que lleva puesta. Puedo ver los tatuajes salir por debajo de las mangas, adornando sus brazos con símbolos que no entiendo, pero que sé que significan algo… o todo. Algunos son antiguos, otros recientes. Todos cuentan una historia que aún no he escuchado.

Noel no es corpulento como Theron. No tiene ese cuerpo brutal de boxeador. Es más ágil, más afilado. Músculos suaves al ojo, pero tan firmes como el acero cuando se mueve. Su fuerza no grita, susurra. Como un arma escondida. Letal. Preciso.

Y sin embargo… Hay una ternura en su mirada cuando me observa. Una especie de dolor que lo hace humano. Quizá más humano que todos nosotros.

Noel Ashford es una paradoja con forma de hombre:

Un asesino que llora por sus padres.

Un hermano que ha vivido solo para encontrarme.

Una sombra con un corazón que aún late.

Y yo lo amo.

Lo amo como se ama lo que se creía perdido para siempre.

—Gracias… Noel… gracias… —le susurro entre sollozos, contra su cuello. Y él me sostiene, y por un instante, soy solo una niña en los brazos de su hermano perdido.

—Me dolió cada día no saber si tú también estabas muerta. Me volví un fantasma de mí mismo —murmura—. Pero cada vez que dormía, te veía. Tu sonrisa. La voz de Mamá en mi cabeza diciéndome que tenía que encontrarte. Y lo hice.

Nos separamos apenas unos centímetros. Lo suficiente para que yo lo vea sonreír con los ojos aguados.

—¿Cómo es que acabaste aquí? —pregunta con la voz rasgada—. ¿Dónde has vivido todo este tiempo? ¿Cómo escapaste?

—¿Cómo es que estás vivo cuando yo vi como te disparaban? —mi hermano se toca el pecho, donde seguro tiene las cicatrices de las balas.

Él suspira, y entonces esa sonrisa se borra. Se convierte en algo más oscuro. Más real.

—Me dejaron morir en esa calle. Pero sobreviví. Una mujer me encontró. Era parte de un grupo de contrabandistas. Me entrenaron. Me enseñaron a hacerme invisible y a disparar sin pestañear. Robé dinero, información. Maté a hombres con nombres que podías pronunciar y a otros que ni el diablo se atrevía a mencionar. Construí un imperio con sangre y miedo… todo para destruir las redes que nos hicieron esto. Y para encontrarte a ti.

—¿No te enamoraste? —pregunto con un nudo en la garganta —. ¿Nunca?

Él niega despacio.

—No tuve tiempo para el amor. Viví para destruir. Para redimir. Y cuando empecé a entender el poder que había construido, me di cuenta que todo tenía que acabar con ellos. Con los monstruos.

Y por un segundo veo algo en él. Algo que también he visto en Theron.

La rabia. El castigo autoimpuesto. La redención que nunca llega.

—¿Y tú? —me pregunta con suavidad, casi temiendo la respuesta—. ¿Cómo sobreviviste?

Abro la boca… pero no sé por dónde empezar. Así que me limito a tomar su mano, apretarla fuerte, lo destruiría si supiera la verdad, a detalle, lo que viví cada día. No puedo hacerle eso, no ahora.

—Te lo contaré. Todo. Pero… no hoy. Hoy solo quiero saber que me estás tocando y no desapareces. No desapareces como lo has hecho siempre cuando pienso en ustedes. Sé que mamá y papá no estarán aquí. Pero tú eres real. Eres mi familia.

—No voy a desaparecer, Jo. Nunca más.

Y ahí, con las manos entrelazadas, con nuestras cicatrices compartidas, siento por primera vez en años que una parte de mí

está volviendo.
No la inocente. No la niña.
Sino la hermana. La que alguna vez creyó en algo parecido al hogar.

Capítulo 52



Arderá todo...

THERON

El cigarro se consume entre mis dedos, la brasa parpadea en la oscuridad de mi despacho. Tres cirugias por la mañana de emergencia. No quería, pero Josephine insistió. Eran dos niños y una anciana.

No pude negarme. No despues de verla sonreir en la mañana, no despues de volver a ver la luz y esperanza en sus ojos. Ahora estoy aquí. Claus se ha adueñado del sofá, con su chaqueta de diseñador arrugada y el pelo revuelto. Ronnie y Ivan vigilan las ventanas como perros bien entrenados.

Y Noel, el maldito Ashford, está de pie junto a la chimenea, con los brazos cruzados y la mirada clavada en las llamas. Como si esperara que algo ardiera de verdad.

—¿Hace cuánto no hacemos esto? —pregunta Claus, girando levemente el vaso de whisky entre los dedos.

—¿Estar todos en una misma habitación sin dispararnos? —respondo, soltando el humo—. Hace años.

—Me dan nostalgia las balaceras, sinceramente —comenta Ronnie, sin mirar a nadie.

—A ti lo que te da nostalgia es matar gente sin consecuencias —responde Ivan, apoyado en la barra con los brazos cruzados.

Claus se incorpora, su tono cambia.

—Tenemos que planear esto bien. No hay margen de error. Si uno de nosotros cae, todo se va al carajo.

—Ya lo sabemos —murmura Noel.

Lo miro de reojo. Sigo sin decidir si confiar en él o no. Es su hermana, sí. Pero también es mi vida. Y ese cabrón lo sabe.

—¿Seguro que quieres estar en esta mesa, Ashford? —pregunto con tono seco.

—¿Quieres que me arrodille y te lo jure? —me responde, sin pestañear.

—Quiero que estés dispuesto a morir.

—Ya morí una vez. Ahora vine a matar.

Silencio. Muy bien.

Claus saca su tablet y la conecta al proyector portátil. Imágenes satelitales llenan la pantalla.

—Base de Zimmers. Praga. Subterránea. Guardias rotativos cada dos horas. Cámaras. Dos rutas de escape que podemos bloquear.

Y ahí está mi mejor amigo. El hijo de puta que lo parió la tecnología. Es un empresario, un hacker. Está más limpio que yo ante la sociedad, pero solo nosotros sabemos la verdad. Está tan jodido en el crimen organizado que parecemos hermanos de sangre.

—Y la tercera —interviene Ivan—. Un túnel que conecta con el viejo sistema del metro.

—¿Y quién coño sabe por dónde saldrá ese hijo de puta? —dice Ronnie.

—Por donde menos lo esperemos —respondo, frustrado.

De pronto, se oye un golpe en la puerta. No es un llamado. Es una declaración.

Todos levantamos la vista.

Ronnie camina hacia la entrada, con la mano en el arma.

Abre.

Y ahí está.

Maximilian Hass. Viper.

Traje negro. Corbata suelta. Impecable. Ojos helados.

Detrás de él, dos hombres que ni se inmutan.

—¿Interrumpo algo? —su voz es tan suave que corta.

—Solo tu funeral, Hass —gruño.

—Qué alivio, pensé que llegaba tarde —dice con esa sonrisa insoportable.

Avanza hasta la mesa. Nadie lo detiene. Nadie puede.

—Sterling —dice, extendiendo la mano.

lo miro y la toma. El hijo de puta tiene agallas o ganas de morir.

—Viper —respondo.

Y no me gusta.

—¿Cómo carajos...? —empiezo.

—Él es parte de esto —interviene Noel, sin rodeos.

El hijo de puta que quiere quitarme a mi hermana. Pero claro, nadie lo sabe. Solo yo y él.

Maximilian se sienta a la cabecera sin preguntar.

Se sirve whisky. Da un sorbo. Se acomoda como si fuera su casa.

—Escuchen —dice. —Nos guste o no, estamos en esto juntos. Zimmers está respirando el mismo aire que nosotros. Yo quiero que deje de hacerlo. Sé el plan, ya Noel me puso al tanto y también voy a protegerlas, las sacaré yo mismo de la isla.

—¿Y tú qué ganas llevándote a las chicas? —pregunto con desconfianza.

—Su vida. Nada más. Ni Hunter ni tu mujer estarán seguras si ustedes siguen aquí enfrentando a monstruos. Déjenme llevarlas. Sé esconder lo que me importa.

Y ahí está lo que necesitaba. Lanzo mi bebida a la pared, nadie parece estar sorprendido. Me acerco a Viper que ya está de pie. No es más alto que yo, no conozco una mierda de su vida, solo su reputación y no es muy buena. Tiene mejor reputación un perro callejero que él. Pero su presencia es una maldita bomba silenciosa.

Y no me gusta.

—¿Quién te importa?

—Hunter —responde sin pestañear.

Lo agarro de la camisa y lo empujo contra la pared.

Mis nudillos crujen contra su pecho, pero él no se inmuta.

Solo me mira.

—Ni se te ocurra tocarla —gruño.

—Ya lo hice. Cuando la encontré hecha pedazos. Cuando la abracé para sacarla de esa celda. ¿Te molesta eso, Sterling?

—Voy a matarte.

Maximilian sonríe. Una de esas sonrisas letales que te dan ganas de estrellarle el rostro contra el concreto.

—Lo dudo. Eso lastimaría a Hunter.

Hijo de puta, bastardo.

—Theron —interviene Claus, desde su sitio—. No es el momento.

—Yo tampoco estoy de acuerdo con que él las saque del país —añade Ronnie, levantando una ceja—, pero si seguimos midiéndonos las pollas, vamos a morir todos sin que nadie se las lleve.

—Y eso no es negociable —suelta Ivan, mirando al techo como si el drama le diera pereza.

Noel interviene por primera vez.

—¿Confías en mí, Sterling?

Lo miro.

Asiento una vez, seco.

—Entonces confía en él —dice, señalando a Viper—. Él también perdió algo. Por eso se mueve así.

Lo suelto. Maximilian baja la mirada. Se ajusta la chaqueta. Vuelve a hablar, esta vez más bajo.

—Hunter tiene miedo. Y tú estás demasiado ocupado siendo una maldita arma para verlo.

—No te atrevas a hablar de ella. —respondo, el pulso tamborilea en mis sienes.

—No lo haré. Las cuidaré. ¿crees que no quiero pelear? Lo quiero. Pero me importa más mantenerlas a salvo. No confío en nadie, por eso quiero hacerlo yo.

Silencio.

—Recuperaron a su hermana. Yo perdí el doble. —gruñe y es como si su alma saliera de su cuerpo cuando habla—eran gemelas, tenían dieciséis. Mataron a mi madre, se las llevaron. Luego recibí videos de lo que les hicieron, luego me las entregaron en pedazos.

—Joder—escucho que alguien sisea. Yo he dejado de respirar, porque siento su dolor de alguna manera, porque entiendo lo que el bastardo intenta decir.

—Yo ya era un asesino, pero ellas no merecian morir así. No así. Y me prometí que acabaría con todo.

Claus se pone de pie.

—Se terminó la escena. Todos tenemos motivos. Todos tenemos heridas. Pero el plan es uno solo.

—Sacamos a las chicas, destruimos a Zimmers y si queda algo de nosotros después de eso, nos matamos con honor —agrega Ronnie.

Maximilian se aleja de la pared.

Me lanza una última mirada.

Firme. Seca.

Pero ya no desafiante.

Hay algo más.

Y eso me jode más. Porque lo entiendo, y lo respeto…bueno, más o menos. Mientras no mencione a mi hermana y la llame blancanieves en mi presencia, estamos bien.

—Ronnie y yo entramos primero. Silenciosos.

—Noel y Theron harán ruido. Ataque frontal. Distraen.

—Maximilian recoge a las chicas y vuela. Literalmente.

—Ivan cierra las salidas del túnel con explosivos.

—Yo... —dice Ivan—, sabía que me iba a tocar lo divertido.

—¿Y qué hago si veo a Zimmers? —pregunta Ronnie.

—Me lo dejas vivo —respondo y luego veo a Viper y le tiendo la mano—Te enviaré su cabeza.

Maximilian la toma y asiente, entendiendolo todo.

—El jet está listo. Mi piloto no habla, no mira, no recuerda. Ni siquiera tiene redes sociales.

—¿Y qué pasa si Hunter no quiere irse contigo? —pregunto.

—¿Qué pasa si la tuya se niega también? —contraataca. ¿Acaso cree que mi hermana es suya?

Hijo de puta. Bastardo.

—Entonces lo haré por la fuerza. Porque las quiero vivas. Y tú también.

Nos miramos.

No hay odio.

Solo una jodida comprensión que no quiero sentir.

Claus nos observa a todos.

—No somos héroes —dice—. Pero esta vez, vamos a hacer algo bien.

Ronnie asiente. Ivan sonríe de lado. Noel se mantiene firme. Viper alza la copa.

Y yo, por primera vez, no estoy seguro si este infierno nos va a consumir…

…o si por fin vamos a quemar el mundo antes de que lo hagan por nosotros.

Capítulo 53



Un plan…no me gustan los planes…

JOSEPHINE

La cena fue… perfecta.

No lo digo solo por la comida ni por el vino ni por el restaurante lujosamente reservado para nosotros. Lo digo porque él me miraba como si no fuera a verme nunca más. Y yo, por dentro, sentía que no volvería a respirar si dejaba de mirarme así.

La mesa estaba en el centro de un salón de cúpula dorada, con candelabros de cristal iluminando todo de forma tenue, como si estuviéramos bajo agua, flotando en una burbuja donde el tiempo no existe.

Y sin embargo, existía. Él estaba impresionante. Traje negro, camisa desabrochada al cuello, sin corbata, con el cabello peinado hacia atrás de forma desordenada, rebelde. Las sombras de su barba lo hacían ver más peligroso. Y más mío.

Yo llevaba un vestido color vino oscuro, ceñido a mi cuerpo, con espalda descubierta y una abertura en la pierna que se deslizaba con cada paso.

Su mirada al verme fue puro pecado.

—No tienes idea de lo jodidamente hermosa que estás —murmuró cuando me vio bajar las escaleras hacia él.

—Entonces dímelo de nuevo —susurré, y me ofreció el brazo con esa sonrisa torcida que me hace temblar.

…

La cena es entre risas suaves, roces de dedos y silencios cómodos. Hasta que deja el cubierto sobre el plato con más lentitud de la necesaria. Y lo sé. Va a desaparecer.

Algo viene.

Algo se va.

—Josephine —dice, su voz más grave de lo habitual—, tengo que decirte algo.

Mi estómago se encoge.

—Dime.

—Tengo un plan. Tienen que irse, tú y Hunter. Por un tiempo, mientras yo me encargo de algo.

—¿Es por Zimmers?

Asiente. Traga saliva.

—Quiero que protejas a Hunter. Sé que se cuidarán entre sí.

—¿Y tú? —mi voz tiembla, aunque intento contenerla—. ¿Vas a vivir?

—Lo haré —responde sin dudar—. Te lo prometo.

—No puedes prometer eso, Theron. —Ahora sí, lloro. El maquillaje debe estar arruinado, pero no me importa.

—Quiero hacerlo. Joder, quiero aferrarme a esa promesa como si fuera una cuerda en medio del infierno.

—No es justo.

Me toma la mano por encima de la mesa, sus dedos cálidos y ásperos envuelven los míos.

—No lo es. Pero es lo que hay. Y si salgo de esta, no volveré a soltarte nunca.

…

En el auto me quedo dormida. El calor de la noche, el vino, el cansancio… o el miedo. No lo sé. Pero me dejo ir. Hasta que el coche se detiene.

Un portazo suave.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Me bajo sin hacer ruido, mis tacones pisan el suelo húmedo. Estamos en un viejo local, un lugar que parece una antigua clínica en remodelación. Las paredes descascaradas, el letrero caído, las ventanas cubiertas de polvo.

Me acerco.

Escucho un grito.

Uno solo.

Desgarrado.

Luego, silencio.

Me congelo. Mis dedos tiemblan. No por miedo.

No.

Sino porque ya sé lo que está pasando.

Lo veo.

Theron está ahí, de espaldas, los hombros tensos, los puños

manchados.
Ivan y Ronnie están a un lado.
El cuerpo del hombre —o lo que queda de él— yace en una silla, atado con correas metálicas, sangrando aún.

—Jefe —dice Ivan, y Theron se gira.

Nuestros ojos se encuentran.

—Alguien tenía que vigilarla. Saquenla de aquí. —ordena con voz baja.

Ellos obedecen sin discutir.

—No… no me iré. —protesto.

Camino despacio. No tengo miedo. No de él. Esto es lo que es. Lo acepté hace tiempo.

—Esperen afuera—le dice.

Ronnie e Iván se ven entre sí y salen.

—Josephine… —intenta hablar, pero no lo dejo.

—¿Qué hizo?

Frunce el ceño, como si le costara entender a qué me refiero.

—El hombre. ¿Qué hizo?

Theron suspira. La sangre gotea de su mano.

—Planeaba robarse a dos chicas universitarias. Las iba a subastar. Noel era el comprador asignado.

—¿Y por qué mi hermano no está aquí?

—Porque yo quería hacerlo. No por venganza. Por rabia. Todos ellos fueron los que te lastimaron. Para mí, son todos ellos, siempre lo serán y los mataré.

Veo hacia una mesa en la esquina. Instrumentos quirurgicos. El hombre recibió un tratamiento rapido y doloroso. Así que esto es lo que hace. Tortura, hace sangrar, cobra la justicia.

Asiento. Bajo la mirada por un segundo.
La sala huele a sangre, a metal oxidado y a rabia. Pero también a justicia.

—Bien.

Él se tensa.

—¿Estás… estás molesta?

Levanto la vista.
Lo miro directo a los ojos.

—¿Por matar a un bastardo como él? No. No estoy molesta, Theron.

Sus ojos se nublan. Se acerca. No lo detengo.

Me besa.

Pero no es un beso.

Es una caída. Una necesidad. Una declaración muda de lo jodidos que estamos y de cuánto nos pertenecemos.

Me devora.

Y yo a él.

Su boca es sangre y fuego. Me toma por la cintura con firmeza y me alza sin esfuerzo, sentándome sobre la mesa metálica.

Hace apenas minutos, allí descansaban pinzas, cuchillas, correas. Herramientas de dolor.

Y yo, estoy más que lista para él.

—Dime que eres mía —gruñe, entre besos y jadeos.

—Siempre. Desde que me miraste la primera vez.

Los grilletes chirrían al moverse por el eco. La sangre fresca aún gotea al lado.

Pero nada importa.

Solo él.

Solo yo.

Aquí.

Sus manos recorren mi cuerpo como si necesitara recordarme por si no vuelve.

Y yo lo dejo. Porque si va a ser la última vez, quiero que me consuma entera. Su respiración es feroz. La mía es desesperada.

No hay sutileza. Solo pasión rota. Dolor compartido. Amor en ruinas.

El cadáver está ahí, acabado.

Sangre fresca gotea al suelo en intervalos lentos, rítmicos, como si marcara el pulso de lo que acaba de ocurrir.

Pero yo no tiemblo.

No me alejo.

No grito.

Ese hombre se lo merecía.

Y él lo sabía.

—¿Tienes miedo? —me pregunta, su voz ronca, manchada por la sombra de lo que acaba de hacer.

—No —respondo con una honestidad brutal.

Sus ojos me recorren con ese brillo salvaje que aparece cuando acaba de matar. Cuando su parte más oscura está aún despierta, hambrienta.

Lleva las mangas manchadas, los dedos aún calientes de sangre.

Yo debería correr.

Pero me quedo.

Ahora solo estamos él y yo.

Mi falda se arruga bajo mis muslos al acomodarme, las piernas abiertas para recibirlo sin palabras.

No hay ternura en su primer movimiento.

Solo hambre. Necesidad. Furia mezclada con deseo.

Sus labios me toman como si yo fuera su única redención.

Como si, en mi piel, pudiera borrar la oscuridad que lo devora por dentro.

Y yo dejo que me consuma.

Su mano sube por mi muslo, dejando un rastro de calor en mi piel.

Me estremezco, pero no por miedo.

Es otra cosa. Una entrega diferente.

—Podrías decirme que me detenga —gruñe contra mi cuello—. Que esto está mal.

—¿Y mentirte? —le susurro.

Él sonríe. Oscuro. Letal. Bello.

Me embiste con una fuerza que arranca un gemido de mi garganta.

La mesa cruje bajo nosotros.

El cadáver sigue haciéndonos compañía.

La sangre sigue goteando.

Pero en este momento, no hay pecado que pese más que este deseo.

Soy suya.

En este lugar profano.

Sobre esta mesa que conoció el dolor.
Ahora conoce el amor más brutal.
Y aunque el infierno nos espere después…
Aquí, ahora, ardo por él.

…

Cuando terminamos, su frente está contra la mía. Temblamos. Y lloramos sin decirlo.

—Vuelve a mí —susurro.

—Siempre.

Capítulo 54



Vuelve a mí…

JOSEPHINE

El aire pesa.

Lo siento cuando Hunter y yo salimos de la mansión, cuando la puerta se cierra detrás de nosotras, separándonos de ese mundo de voces, estrategias y decisiones que cambian destinos.

La noche está húmeda. Las luces del auto negro nos esperan como faros en un abismo.

Max, como lo llama Hunter, está apoyado contra la puerta, con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en Hunter. Su chaqueta oscura se funde con la sombra, pero sus ojos… sus ojos no dejan de buscarla. No dice nada, solo la observa como si estuviera conteniéndose, como si algo dentro de él estuviera hecho de dinamita.

Hunter le sostiene la mirada. Confiada. Pero tiembla un poco al caminar. Yo lo sé. La conozco. En el poco tiempo que hemos convivido, ha sido un libro abierto y como una hermana para mí.

Damos unos pasos cuando escucho los pasos de Theron detrás. Se acerca. Lo siento antes de verlo. Lo siento… dentro de mí.

Me detengo.

Giro.

Él está frente a mí.

Los ojos que tanto amé —que amo— están bañados de rabia contenida, de dolor mudo, de amor desesperado. Me toma de la cintura con una suavidad feroz, como si estuviera intentando memorizar cada parte de mí en un solo segundo.

Se inclina.

Me besa.

No como despedida. Sino como promesa.

—Por favor, vuelve a mí —me dice, la voz ronca, rota.

—Tú regresa a mí. Acaba con todo.

Él asiente.

—Lo haré, Lirio de tigre.

Me acaricia la mejilla. Sus dedos tiemblan. Nos despedimos. Nos vamos al auto. Mi hermano tambien está prsente y me despido de él con un abrazo.

—Manténte a salvo. —le digo.

La puerta se cierra. Viper ya está en el asiento del conductor. Hunter a mi lado. Ivan y Ronnie están en la otra camioneta. Claus se quedó adentro con Theron, al menos eso creo…

El motor ruge. Y lo comienzo a llorar, veo hacia atrás y Theron está viendome. El auto Empieza a avanzar. Y entonces… Theron aparece corriendo. Golpea la ventana, me señala. Viper frena. La puerta se abre antes de que nadie lo impida. Theron me arranca del auto, me jala hacia él como si el mundo estuviera a punto de arder y yo fuera su último respiro.

Me besa de nuevo.

—No me hagas esto, joder.

Su voz es un disparo al pecho.

—No me hagas despedirme de ti así.

—Lo siento… —sollozo contra su boca—. Seré fuerte. Por ti.

—Ya eres fuerte. —me mira, con los ojos más oscuros que el pecado—. Por ti.

Me besa de nuevo. Esta vez no ve hacia atrás.

Y yo tampoco.

Hunter abre la puerta. Me toma de la mano sin decir nada. Yo tiemblo, pero ella me aprieta los dedos con fuerza. Subimos al auto. Arranca. No miro atrás.

No puedo.

Capítulo 55



Todo es sangre…

THERON

El auto desaparece. El rugido del motor se disuelve en el aire denso de la madrugada, y con él se va mi último pedazo de calma.

Ella lloraba.

La vi.

A través de la ventana empañada, con la luz rasgando su perfil, sus lágrimas eran cuchillas que me desgarraban el alma en cámara lenta.

Y aún así, se fue.

Por mí.

Por esta puta guerra. Y por mantenerla a salvo.

—¿Estás seguro de esto? —escucho la voz de Claus, tensa, contenida.

No respondo de inmediato. Solo miro la dirección en la que el auto se ha perdido. Siento el viento golpearme en la cara, pero no me enfría. Nada lo hace.

—No. —respondo finalmente.

La verdad más cruda.

Porque no lo estoy. Porque nunca estuve seguro de que pudiera dejarla ir sin arrancarme con ella.

—Podríamos ir con ellas. —dice Ronnie. Él siempre tiene ese tono entre rebelde y protector, como si su corazón fuera una granada sin espoleta.

—Este plan es una mierda, pero una mierda necesaria. —interviene Ivan, firme como siempre. El cabrón suena como un muro. Y ahora mismo, necesitamos muros. Necesitamos todo lo que no sea debilidad.

—No hasta que esto termine. —les recuerdo.

Termine…

Como si esto fuera a terminar en algo que no sea sangre.

Respiro hondo, pero no me llena el pecho.

Me giro y veo donde desapareció el auto. Viper está en camino al aeropuerto donde lo espera su jodido jet. Y esa mirada, la reconocí desde que la vi en su rostro, es como yo miraba a Josephine, es como la miro. Las sombras lo cubrían, pero sé que sus ojos no dejaban de mirar a Hunter ni un solo segundo desde que salió por la puerta.

Todavía no olvido nuestra breve conversación cuando llegó y las chicas aun no bajaban para despedirse.

—Cuídalas. A las dos.

No sonrió. No hizo bromas.

—Con mi vida.

Me escudriñó como si pudiera ver lo que estaba ocurriendo dentro de mí.

Tal vez sí puede. Tal vez todos pueden. Estoy al borde del colapso, pero de pie. Porque no me queda otra.

—Pero si no las quieres perder… —dice, bajando la voz—. Acaba con Zimmers antes que él te alcance a ti.

La imagen de ella llorando regresa a mí. Veo todo lo que no puedo proteger mientras ella esté lejos de mí. Y entonces siento cómo algo se quiebra dentro. Una parte antigua. Una parte que se había aferrado a la idea de que todo esto podía tener final feliz.

Ya no.

Ahora solo hay cacería.

Y el primero en caer, será Zimmers.

—Prepárense —murmuro—.Lo quemaremos todo.

Ronnie se tensa. Claus asiente. Ivan tira el cigarro y lo pisa.

Nos vamos. Y en cada paso, en cada respiración, en cada pensamiento, solo hay una cosa latiendo en mi mente con violencia:

Estoy yendo por ti, hijo de puta. Y voy a arrancarte la cabeza.

Capítulo 56



Traición...

JOSEPHINE

El rugido del jet corta el silencio como una promesa. Estamos a punto de subir. Hunter aprieta mi mano con fuerza. No ha dicho mucho desde que dejamos a Theron, pero no necesita hacerlo. Ambas sentimos el mismo nudo en el pecho. La misma urgencia. La misma esperanza asustada.

La voz de Viper resuena tras de nosotras.

—Cuidado con las escaleras.—advierte, y sus palabras son lo último que escucho antes de que todo estalle.

Un disparo. Luego dos. Después, el caos.

El ruido es ensordecedor.

El cielo, todavía rojo por el atardecer, se tiñe ahora con sombras que caen como una emboscada.

Los hombres vestidos como nuestros guardias levantan los rifles automáticos al unísono.

Pero no disparan al aire.

Disparan a matar.

Hunter grita antes de que mi mente procese lo que está pasando.

—¡MAX!

Vuelvo la cabeza.

Todo dentro de mí se congela.

Veo a Maximilian dar un paso en falso.

Una mancha roja florece en su costado. El impacto lo hace retroceder y cae de rodillas.

Su abrigo negro se abre como las alas de un cuervo roto.

Y entonces, se desploma.

—¡¡MAX!! —grita Hunter, su voz es un alarido que me corta por dentro.

Ella corre hacia él. Instintivamente. Como si su cuerpo no supiera hacer otra cosa más que ir a él. Pero yo la atrapo. La sujeto

por el brazo con ambas manos, frenándola justo antes de que una bala silbe junto a su pierna.

—¡No! ¡Hunter! ¡Quédate conmigo, por favor! ¡O saldrás lastimada también!

Ella forcejea, desesperada, y me mira como si acabara de traicionarla.

—¡No puedo dejarle! ¡No puedo! ¡No a él!

Los ojos se le llenan de lágrimas, la rabia le tiembla en la mandíbula.

—Lo sé… —le digo, tragándome mis propios gritos—. Lo ayudaremos. Pero primero tenemos que vivir, ¿sí? Por nosotras.

Disparo tras disparo. Voces que gritan. Órdenes en alemán, en otro idioma que no reconozco… en ese idioma universal del horror.

La arrastro conmigo entre dos autos estacionados cerca del jet. Ella cae de rodillas, las manos en la cabeza, temblando. Yo me echo sobre ella. No pienso en nada más que en protegerla. Mi cuerpo cubre el suyo.

—Tranquila —susurro, aún sin creer lo que veo—. No nos van a encontrar. Aún no.

Pero el infierno no tiene compasión. Un grito ahogado. Pasos rápidos. Botas negras.

Y luego… un golpe seco en la parte trasera de mi cabeza. Siento cómo el mundo se me desarma. Una ola de dolor explota detrás de mis ojos y el suelo se vuelve líquido. No sé si estoy vomitando o llorando o muriendo.

Escucho a Hunter gritar mi nombre.

—¡¡JOSEPHINE!! ¡¡NO!! ¡¡SUÉLTALA!!

Quiero responderle. Quiero decirle que estoy bien. Que corra. Que escape. Pero no puedo moverme.

Todo me pesa.

Todo duele.

La vista me vuelve de a poco, borrosa y empañada. Y entonces lo veo.

A ese hombre cuyo nombre no sabía, pero reconozco su mirada, escucho su voz en mi cabeza aún.

Zimmers.

Su silueta primero. Luego su cara. Su voz.

—*Mi favorita* —dice con una ternura nauseabunda.

El vómito me sube por la garganta.

—¿Pensaste que podrías desaparecer de mí así, caramelo?

Me acaricia el rostro.

El mismo gesto con el que alguna vez me decía que era "especial". No única. No irreemplazable. Solo especial para él.

—No me toques... —le escupo, aunque me tiemblen hasta los dientes.

Se ríe. Bajo. Como si mi rebeldía fuera una anécdota de infancia.

—Te dije que eras mi favorita. Pero no la única. Las favoritas vuelven solas… o las traigo de regreso. Tú viniste a mí por tu propia cuenta. ¿No es eso hermoso?

—Él vendrá por ti —le digo con la poca voz que tengo. Pero no tiemblo.

Esta vez no.

Zimmers sonríe.

Pero no es una sonrisa cualquiera.

Es lenta, glacial, como si saboreara mi valentía como quien se deleita con un postre antes de aplastarlo con el puño.

—¿Y el Viper? —se burla—. ¿Vendrá por tu nueva amiguita? Oh, no, acabo de matarlo.

Hunter forcejea a pocos metros. Oigo su respiración, el chirrido de sus botas sobre el suelo. Pero no la veo.

—¿Qué harás, Josephine? ¿La vas a empujar tú misma a la línea de fuego, como hiciste con aquella niña?

Me quedo inmóvil. La sangre se me hiela.

—¿Cómo se llamaba? —dice, fingiendo pensar, ladeando la cabeza con su tono pastoso y cruel—. La niña de las trenzas… la que lloraba mientras tú temblabas. La que murió ese día.

Sus palabras son cuchillas en mi garganta.

Yo no hablo.

Pero mi mente grita su nombre.

Astrid.

Zimmers me mira.

Y entonces suelta una carcajada suave, como si hubiera leído mi mente.

—Astrid… eso es. La mataste, Josephine. —Se inclina hacia mí, tan cerca que siento su aliento—. Al huir de mí ese día. Esa bala iba para ti.

Siento que el mundo se detiene.

—Ella gritó tu nombre mientras sangraba en el suelo. ¿Te acuerdas? No pudo arrastrarse. Era tan pequeña. Tan frágil. Y tú… corrías. Seguro que corrías.

—¡Cállate! —le escupo, pero mi voz se quiebra. Es un grito ahogado, desgarrado, nacido del infierno que me dejó viva.

Él se ríe.

Una risa de loco.

—Te miraba incluso entonces, ¿sabes? Las cámaras. Tus ojos. Esa expresión. Te rompiste por dentro desde el día uno, cuando maté a tu familia, Josephine, pero no del todo. Te dejé justo al borde. Porque las favoritas no se rompen. Se moldean.

—Te juro que voy a matarte… —mi voz se arrastra como una serpiente herida.

—¿Tú? —me agarra del mentón con fuerza, obligándome a mirarlo—. No puedes ni sostenerte en pie sin temblar. Pero mírame. Mírame bien.

Lo hago. Porque no quiero darle el gusto de parpadear.

Ni un segundo.

—Voy a hacer que esta vez lo veas. A conciencia. Vas a mirar. Cada lágrima. Cada suplica. Cada grito que no quieras oír. Esta vez voy a romperte. No vas a poder cerrar los ojos, mi caramelo. Porque si lo haces, le disparo a la otra. A la hermanita de Theron.

Hunter.

Mi cuerpo quiere gritar, saltar, morderlo, desgarrarlo.

Pero no puedo moverme.

No aún.

—Y después —continúa, como si estuviéramos hablando del clima—, cuando ya estés como esa vez… cuando no quede nada dentro de ti, ni siquiera la sombra de esa niña que eras…

Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano. Su toque es el equivalente a la gangrena.

—Entonces vendrás sola. Con tus rodillas ensangrentadas. Como antes.

Me echo hacia atrás, jadeando, resistiéndome al impulso de vomitar.

—Nunca más… —le juro—. No vas a romperme. Alguien más lo hizo y se llevó las piezas.

Zimmers se relame los labios. Fascinado.

—Poético —dice—. Eso me excita más.

Se gira hacia los hombres. Les da instrucciones. Nos levantan. La cabeza me late. Las piernas no responden. Pero la furia está allí. Viva. Ardiendo como un fósforo pegado a mi pecho.

No soy la misma.

No esta vez.

Se gira hacia Hunter, que está forcejeando con dos hombres que la sostienen por los brazos.

—¡Suéltame! ¡¡SUÉLTALA, BASTARDO!! —grita ella, la cara roja, las lágrimas corriendo como ríos furiosos.

Zimmers la observa como si fuera una obra de arte.

—Qué hermoso espectáculo. El amor de las niñas rotas. Me encanta. Me excita.

—¡Hijo de puta! —escupe Hunter, sacudiéndose.

—¿Sabes lo que me emociona más? —dice Zimmers, inclinándose frente a mí—. Pensar en lo que haré antes de que El Fantasma y Theron lleguen. Porque van a llegar. ¡Claro que sí! Ellos siempre llegan tarde. Siempre justo después de que... —me mira de arriba abajo— dejo mi huella.

Llorar no me sirve. Pero lo hago igual. El terror es tan físico que me duele el estómago.

—Por favor… no la toques. No a ella. —le digo. Le ruego. Me arrastro sobre mis palabras.

—Oh, pero Josephine… —susurra—. ¿No me enseñaste tú que las favoritas no dan órdenes?

Ve a uno de sus hombres. Nos levantan a la fuerza. Me duele todo el cuerpo. El oído izquierdo zumbando, el mundo girando.

—¡JOSEPHINE! —grita Hunter. La separan de mí. Se resiste, me busca, la cara manchada de tierra y lágrimas.

La siento cerca, pero no puedo alcanzarla. Solo alcanzo a rozarle los dedos. Un instante. Y luego, nos arrojan a un auto negro, sin placas, con vidrios polarizados.

Zimmers sube en el asiento del copiloto. Se gira y nos observa como si fuéramos parte de su colección de trofeos.

—No se preocupen, niñas. Nos vamos a divertir.

Cierra la puerta con un sonido seco.

Y en ese instante… sé que algo dentro de mí murió otra vez.

Capítulo 56



Todo arderá…desde los cimientos

THERON

El teléfono suena. Una vez. Dos.
Contesto antes del tercer timbrazo, porque algo en mi pecho se contrae.

—¿Max?

Del otro lado, solo escucho un jadeo, como si el aire le costara.
Y luego su voz. Sucia. Rota.

—Las tiene.

Mi mundo se quiebra.

—¿Qué dijiste? —susurro.
Pero ya lo sé. El silencio que sigue lo confirma.

—Zimmers… se las llevó… mis hombres, me traicionaron.

Un ruido seco, como si dejara caer el móvil. Luego un gruñido ahogado.

—Me dispararon, Theron… Lo siento…

Y se corta.

No pienso.

Lanzo el teléfono con todas mis fuerzas contra la pared. Estalla en pedazos. Pero no me basta. Pateo la mesa, la rompo contra el suelo. Tiro las sillas, los vasos, todo lo que encuentro.
Todo lo que no puedo controlar.

—¡HIJO DE PUTA! —grito, con la garganta desgarrada.

Claus irrumpe en el salón, seguido por Noel, Ronnie e Ivan.
Pero no los escucho. No veo nada más que ese vacío negro que me jala hacia adentro.
Ese puto infierno donde ellas ya no están.

—¿Theron? —la voz de Noel, más grave que nunca—. ¿Qué pasó?

Me giro como un lobo acorralado. Me tiemblan las manos. La boca.

—Zimmers las tiene. A las dos… Traicionaron al Viper.

El silencio que cae es absoluto.

Nadie respira. Nadie se mueve.

Hasta que Ronnie y Ivan actúan sin decir palabra. Arman sus armas y salen a toda velocidad. Solo los pasos acelerados. El chirrido del auto al arrancar.

Claus me observa. Sabe que estoy al borde.

—Voy con ellos —dice.

—No —lo detengo—. Tú no.

Lo miro con los ojos encendidos. Hecho un animal.

—Tú te quedas. Y las rastreas.

Claus duda por una milésima de segundo. Sabe que lo que estoy pidiendo es imposible… hasta que recuerda.

—Los aretes —dice, en un suspiro.

Josephine y Hunter. Los aretes que se regalaron el mes pasado. Tenían rastreadores integrados. Solo los usamos como prueba, pero ellas lo llevaban. Por alguna razón, ellas también lo presentían.

Mi corazón late con fuerza nueva.

—Encuéntralas. Claus, por lo que más quieras… encuéntralas.

Él asiente sin más y corre a su equipo.

Yo me dejo caer sobre el suelo, con los puños apretados.

No puedo respirar. Cada segundo que pasa sin saber de ellas, es otro cuchillo.

…

Horas después

La mansión huele a sangre y medicina.

Maximilian entra, cargado por dos de sus hombres. Su traje está empapado de rojo. Pero vive.

Ronnie lo sostiene mientras se desploma en uno de los sillones. Ivan le quita la camisa con urgencia y ve el impacto en el costado.

—La bala rozó el hígado. Por poco —murmura.

—¿Dónde? —es lo único que Max puede decir.

Levanto la mirada desde donde estoy, aún sentado en el suelo.

—Vamos a encontrarlas.

Él asiente, con dificultad.

—Se las llevó en un auto negro. Vidrios polarizados. Cambiaron de vehículo una vez. Me arrastré hasta mi móvil. Pero no pude ver más.

—Hiciste lo que pudiste —le dice Noel.

Max niega, con la cabeza ladeada por el dolor.

—No es suficiente. Ella gritó mi nombre. La oí, Theron.

La habitación se hunde en ese silencio cruel otra vez. Yo me levanto. Me acerco a él. Lo miro a los ojos. Pudiera matarlo, pero al ver el terror en sus ojos, la idea de perder a Hunter…lo mata y me encuentro en la misma posición que él.

Desesperado.

Perdido.

—Yo se la entregué a Zimmers, Max. No fue tu culpa, debí saber que dejó señuelo en su última ubicación. El hijo de puta es astuto, pero no como yo.

Max me sostiene la mirada. Aprieta la mandíbula.

—Y yo no la protegí cuando debía.

Los dos nos callamos. Porque en ese momento entendemos que no hay culpable.

Solo hay sangre.

Y hay que vengarla.

—Claus —gruño.

—Ya casi —responde desde su equipo—. El rastreador de Josephine está activo. El de Hunter se movió, pero ahora está detenido. Lo tengo.

—Dime que tienes coordenadas.

Claus gira el monitor hacia mí. La pantalla muestra un mapa, una zona boscosa al norte.

Un punto parpadea en rojo.

—Aquí.

Mi pulso se acelera.

—Prepara todo.

Ronnie ajusta su arma. Ivan ya está junto a la puerta, esperando mi señal. Max, pálido, pero de pie. Claus sigue revisando

la ruta, mientras Noel carga más municiones.

Y justo cuando voy a dar la orden de salida,
mi móvil suena.

Un número desconocido. Pero mi estómago ya sabe quién es.

Contesto.

—Hijo de puta, pagarás con tu cabeza esto. Te lo adverti, te dije que con ella no… y ahora, mi pequeña hermana…

La voz de Zimmers rompe el aire como una cuchilla.

—No te preocupes, Theron… si no puedes salvarlas tú, lo hará tu peor enemigo.

Noel gira la cabeza. Max me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Qué estás diciendo? —escupo, encendiendo el altavoz.

Zimmers ríe, bajo, venenoso.

—El fantasma. Así lo llaman, ¿no? Ese que la sigue. Que la toca cuando tú no miras. Que la hace cantar mientras tú solo sabes gritar. Ella ruega que El Fantasma venga por ella en lugar de ti.

Mi corazón se congela.

—Mientes.

—¿Estás seguro? Josephine no. A veces, ni ella puede distinguir quién es quién en su cabeza. Qué dulce locura, ¿no? —pausa—. Parece que tienes competencia, Sterling.

Silencio.

Noel aprieta los dientes. Claus se aparta del equipo, furioso. Ronnie levanta la mirada como un perro de guerra a punto de soltar la correa.

Y yo…

Yo solo escucho el eco de su risa apagarse.
Después, la línea se corta.

Max se apoya en la pared, sangrando todavía.

—¿El fantasma… es real?

—Dejará de serlo. —respondo. Aunque no estoy tan seguro.
No ahora. No después de cómo Josephine me miraba algunas noches.
Como si yo fuera alguien más.

Claus me saca de mis pensamientos.

—Theron. Tenemos que movernos. Si seguimos perdiendo tiempo…

—Vamos —ordeno, con la voz rota y la furia a flor de piel—. Que ese hijo de puta vea que no hay nadie que me gane… ni vivo ni muerto.

—Iré yo también. —dice Max.

—Tú no vienes —le digo. —te dispararon.

Él me lanza una sonrisa torcida.

—¿Y qué? No estoy muerto. Mientras respire, nada me lo impedirá. Ella gritó mi nombre, Theron.

Y eso basta. No voy a detener al hijo de puta.

Capítulo 57



Iré por ella…

EL FANTASMA
Horas antes.

Llueve.

La ciudad huele a mugre, a gasolina, a algo muerto.

Estoy en el callejón, apoyado contra un muro cubierto de grafitis borrosos. La farola más cercana parpadea como si supiera que no debe iluminarme. El agua me empapa la capucha, resbala por mi abrigo negro, por las cicatrices que ya no sangran.

Las luces de los autos pasan frente a mí. Nadie me ve. Nadie quiere hacerlo.

El móvil vibra en mi bolsillo.

Número desconocido. Pero su energía es asquerosamente familiar.

Sabía que llamaría.

El eco del agua golpea las paredes húmedas del refugio. La lluvia afuera no cesa, pero aquí adentro, solo hay silencio… y espera. Estoy sentado en el borde de la mesa metálica, girando el encendedor entre los dedos, ese que ella sostuvo una vez. El cuarto está casi a oscuras, apenas iluminado por una lámpara colgante. No necesito luz. Yo veo en la oscuridad.

—Te he visto con ella —dice una voz rasposa, cobarde.

Una pausa.

—Con mi favorita.

Mis dientes se aprietan.

Me incorporo despacio, dejando que el silencio pese.

—¿Favorita? —mi voz es baja, mortal—. Será mejor que aproveches bien tus últimas palabras… porque voy por ti. Y cuando te encuentre, Zimmers… Te arrancaré la puta cabeza.

Una carcajada suave, pegajosa, suena al otro lado.

—Ira… me gusta. Theron y tú quieren mi cabeza, me pregunto quién perderá.

Otra pausa.

—Bien. Eso quiero. Que vengas por mí.

Un zumbido se cuela por la línea, como si él estuviera en un sitio lleno de máquinas, de tortura, de muerte.

—Sabrás cómo hacerlo.

Y entonces, con un susurro envenenado, remata:

—Eres el Fantasma, después de todo.

La llamada se corta.

Mi mandíbula cruje.

Me doy vuelta, abro la pared falsa del refugio y saco el maletín. Adentro, mis herramientas: armas, cuchillos, la máscara. La vieja máscara de cráneo que ya nadie se atreve a mirar a los ojos.

Si Zimmers quiere jugar, entonces El Fantasma se va a levantar de entre los muertos.

Y esta vez…

No habrá testigos.

Capítulo 58



Part 1

JOSEPHINE

El olor del metal oxidado me revuelve el estómago.
Me despierto con la cabeza apoyada en una superficie dura y fría, y el zumbido de las luces fluorescentes me perfora el cráneo. Parpadeo. La nuca me arde. Me toco. Sangre seca.

—Hunter… —susurro, pero no la veo.
Giro el cuello. Me cuesta moverme.

La habitación es pequeña. Sin ventanas. Las paredes están cubiertas con azulejos blancos manchados de humedad. Hay cámaras en las esquinas. Todo parece demasiado limpio… demasiado clínico.

Como un hospital de los que no curan.

Entonces la veo.

Hunter. Atada a una silla metálica, inconsciente. Tiene una venda en la frente. Un hilo de sangre le baja por la mejilla. Su camiseta está rota.

—¡Hunter! —me arrastro hacia ella, mis tobillos tiemblan. Estoy descalza. Mis zapatos se quedaron en algún rincón del aeropuerto.
Como mi libertad. Intento tocarla, pero algo tira de mi brazo. Una cadena. Estoy esposada al suelo.

La puerta se abre.
Y entra él.

Zimmers.

Mi cuerpo entero se tensa, como si cada célula recordara su voz antes que mi conciencia.

—Qué bueno que ya estás despierta, *favorita*.

Esa palabra me golpea el pecho como una daga.

—No me llames así —gruño.

Él sonríe. Lleva guantes quirúrgicos. Como si esto fuera parte de algún experimento. Quizás lo es. Quizás siempre lo fue.

—Tu nueva amiga está viva. Por ahora. Aunque debo admitir que grita más que tú. Quizá también sea más interesante.

—No la toques. Te juro que…

—¿Tú me vas a jurar algo? —se acerca a mí y se agacha, cara a cara—. La niña que temblaba con solo oír mis pasos… ahora intenta amenazarme. Qué poético.

Mi garganta arde, pero no me callo.

—*Él* vendrá por mí.

Zimmers ladea la cabeza.

—¿Theron?

No respondo.

—O tal vez El Fantasma… ¿Sabes que hablas dormida, Josephine? Lo hiciste en el trayecto. Dijiste su nombre. Theron. Luego lo negaste. Dijiste: "no eres él" y empezaste a llorar. Fascinante.

Me estremezco.

—¿Y sabes quién también vendrá? —se gira hacia Hunter—. El Viper. ¿No es así, pequeña? Parece que está vivo.

Ella abre los ojos. Llorosa. Aún aturdida.

—Max… —susurra.

Zimmers se ríe.

—Vaya. Tres por el precio de uno. Esto va a ser muy divertido.

—No vas a salir con vida de esto —le escupo. Literalmente. La saliva le salpica el rostro, pero no se inmuta.

Solo se limpia con una servilleta blanca… como si lo disfrutara más así.

—Dime, Josephine… —vuelve hacia mí—. ¿Vas a hacer que la maten a ella también?

Mi mente se parte en dos. Recuerdo su mano sujetando la mía. El disparo. Su cuerpo cayendo.

—Cállate…

—¡Y aún así te atreves a hablarme de salvadores! —explota —. ¡Todos los que se acercan a ti mueren! ¿Qué crees que pasará con esta?

Señala a Hunter. Ella lo mira desafiante, pero su mentón tiembla.

—Mátame si quieres —dice con voz baja, frágil, pero valiente —. Pero no toquen a Josephine.

—Oh, qué dulzura… —Zimmers se agacha frente a ella y le acaricia la mejilla, pero ella le escupe.

Él se ríe.

—Ambas con carácter. Me encantan los proyectos difíciles.

Aprieta un botón en la pared. Unos cables descienden del techo. Electrodos. Herramientas de tortura. Hunter y yo nos miramos. Sin palabras.

Solo miedo.

—Esta vez, no correrás, *favorita* —dice mientras activa las luces—. Esta vez, mirarás.

Y las luces parpadean mientras el chirrido del metal llena la sala.

Entonces nos lo dice, como quien anuncia el acto final:

—Una sufrirá el dolor físico. Y la otra, el psicológico. Elijan.

Me giro hacia Hunter. Ella niega con la cabeza.

—No —le digo—. Yo. Yo lo haré.

—No —me dice ella.

Pero ya es tarde.

Zimmers ya ha elegido.

Zimmers sonríe cuando ve nuestras reacciones.

Como si hubiera esperado ese momento desde siempre. Como si separarnos fuera el verdadero inicio de su juego.

—¿Saben qué es más efectivo que el dolor? —dice, paseándose entre nosotras con las manos a la espalda—. El silencio. La distancia. La incertidumbre.

Chasquea los dedos.

Dos hombres entran. Altos. Uniformados de negro. Uno lleva una jeringa en el bolsillo del chaleco. Me lanzo hacia Hunter como puedo, a pesar de las esposas, a pesar del ardor en mis piernas.

—¡No! ¡Déjenla!

—¡No, Josephine!—grita ella mientras forcejea, pero uno de los hombres la golpea con la culata del arma en el estómago.

—¡Hijos de puta! —chillo.

Zimmers me observa con una serenidad que quema.

—No la van a matar —me dice—. Aún no. Solo quiero saber cuánto puedes resistir tú… sabiendo que la están quebrando en la habitación de al lado.

—¡Cobarde! ¡Úsame a mí!

Pero ya la están arrastrando. Las botas de Hunter raspan el suelo. Ella intenta sujetarse a cualquier cosa: la silla, la cadena, la pared.

—¡Josephine!

—¡Hunter! ¡No te voy a dejar! ¡¡No te voy a dejar!!

El grito se me desgarra desde el pecho cuando la puerta se cierra tras ellos.

Quedo sola. La sala se vuelve más grande. Más fría.

Más vacía.

Zimmers no dice nada. Solo se me queda mirando. Cruza los brazos.

—Ahora sí —murmura, acercándose—. Vamos a hablar.

Me doy la vuelta. No quiero que vea mis lágrimas. Pero ya es tarde. Me las lame con los ojos.

—No tengo nada que decirte.

—Claro que sí —dice en voz baja, casi seductora—. Porque cada vez que hablas, alguien muere. Y yo quiero saber cuántas palabras te quedan antes de que supliques por silencio.

Se agacha y me acaricia el cabello con los nudillos, como si fuera un animal enfermo.

Me congelo.

—¿Qué vas a hacerle? —pregunto. Mi voz ya no es mía.

—Aún nada —responde con una sonrisa torcida—. Pero la oscuridad es una maestra cruel. Y ella… no tiene tu resistencia.

—Te va a matar. El Fantasma, Theron o El Viper. Te van a hacer pedazos.

—Quizá. Pero antes de eso… tú vas a romperte para mí. Otra vez.

Sale de la sala. Y la dejo irse.

Porque no puedo moverme. Porque mi cuerpo tiembla y mi alma se llena de ese silencio que él tanto quiere.

Capítulo 59



Sin cabeza…

El FANTASMA

La oscuridad siempre me ha pertenecido.

Camino entre ella como un animal hambriento, con la capucha sobre el rostro y los pasos sin sonido. Hay una niebla leve, húmeda. El suelo está manchado de algo que no me interesa descifrar. El olor a metal, a óxido y sangre reciente, lo cubre todo.

Los veo.

Cinco sombras de pie frente a mí.

No dicen nada.

Solo me miran.

Y eso basta.

El miedo no siempre grita. A veces, solo se esconde tras ojos abiertos, tras una mandíbula tensa, tras la inmovilidad de quien sabe que está frente a algo que no debería existir.

No llevo armas de fuego. No necesito.

En mi mano, el machete. Largo. Fiel. No necesito más.

Me deslizo por la cerca como una sombra y encuentro a dos de ellos fumando. Ni se inmutan. El primero no ve venir el filo que le abre la garganta. El segundo intenta correr, pero no alcanza a gritar. El machete entra entre sus costillas como mantequilla caliente.

No dejo que caigan. Los sostengo y los suelto despacio. No quiero alertar a nadie. Aún no. Toco el auricular en mi oreja. Solo está encendido, nadie habla… hasta que escucho algo.

Disparos.

Gritos.

—¡Métela al cuarto! ¡Amárrala como a la otra!

—¿Ya está despierta? Entonces que grite.

—Vas a amar esto, Zimmers.

Mi mandíbula se tensa.

No respondo.

Solo entro.

No corro.

No suspiro.

No parpadeo.

Mi cuerpo se funde con la oscuridad mientras cruzo la primera puerta. Hay dos hombres dentro, uno con un bate, otro con una navaja. Se miran entre ellos, luego me ven a mí.

Uno intenta hablar. No lo dejo.

El machete lo parte desde el hombro hasta la cadera. El otro retrocede, resbala en la sangre de su compañero y grita. Pero aquí no hay quien escuche. Salvo los muertos. Avanzo. Piso sobre cuerpos que ya olvidaron su nombre.

Cada paso es un golpe seco.

Cada aliento, un latido de furia.

Otro pasillo. Luz parpadeante.

Dos más.

Uno apunta un arma.

—¡Alto! —grita.

No le dejo terminar.

Lanza la bala y me muevo. No hacia atrás.

Hacia él.

Mi hombro embiste su pecho y lo estrello contra la pared. Le clavo el machete por debajo del mentón.

El segundo intenta correr. No llega a la esquina.

Le corto el tendón de Aquiles.

Grita. Lo dejo ahí. Que lo escuche Zimmers. Que lo huela.

Sigo avanzando.

Los gritos se apagan, pero las puertas no. Entro a una habitación y el hedor me golpea. Cuerpos. Jaulas. Cadenas.

Este lugar… es un altar. Y su dios lleva mi nombre en la lista negra.

Uno más viene. Cuchillo en mano. Me mira como si fuera un espejismo. Como si esperara que me desvaneciera.

Pero no lo hago.

Su cuchillo no llega a tocarme.

Mi machete sí.

Lo atraviesa. De lado a lado. Y lo sostengo ahí, mirándolo. Quiero que sepa que no hay cielo para ellos.

Solo yo.

Sigo caminando.

Y entonces… escucho.

Un grito.

Bajo.

Pero sé que es ella.

Mi pajarito. Corro ahora. Por primera vez.

Rompo una puerta con el hombro.

Dos hombres sobre Hunter. Uno la sujeta. El otro ríe mientras le habla al oído. Ella forcejea, pero su fuerza se desvanece.

Mi machete silba.

Uno cae.

El otro no entiende lo que pasó hasta que ve su propia sangre brotarle del abdomen porque otro hombre se me adelanta.

Viper.

Hunter cae de rodillas. Me ve. Su boca tiembla, pero no habla.

—Max… —susurra.

—Te tengo —dice su voz por el auricular—. La tengo. La saco ahora.

No me detengo.

No puedo. Sigo por el corredor opuesto. Me guío por el silencio. Ese que es más aterrador que los gritos. Y ahí la encuentro.

Mi pajarito.

Josephine.

Está en una silla.

Cabeza baja.

Manos atadas.

Cabello cubriéndole el rostro.

No se mueve.

No respira.

Y mi mundo se hace añicos.

Caigo de rodillas.

Mi machete choca contra el suelo.

Y ni siquiera lo siento.

—No… —mi voz no sale.

No… por favor… no ahora…

Y ahí acaba.

Mi mundo.

Mi alma.

Todo.

Silencio.

Solo silencio.

Mi pajarito.

Mi alma se quiebra.

No corro.

No grito.

La oscuridad ya no me protege. Me traga. Y ahí, cuando estoy a centímetros de ella, el capítulo termina. Porque no sé si llegué a tiempo.

Y el mundo se vuelve tan frío como su cuerpo quieto frente a mí.

—Estoy aquí, Pajarito.

Capítulo 60



Mírame de verdad

JOSEPHINE

—Estoy aquí, pajarito.

Su voz me corta como un cuchillo.

Estoy encadenada a la silla, la sangre se ha secado en mis mejillas, mis costillas duelen con cada respiración, pero nada me duele más que escucharlo.

No.

—No… —mi voz sale baja, rota—. No. No debiste venir…

Y entonces lo veo.

Zimmers. Ese monstruo que habitaba mis pesadillas, ese demonio que me rompió… sale detrás de mí como si el infierno lo hubiera escupido.

—¿Qué tenemos aquí? —dice con esa sonrisa torcida que tantas veces vi antes de cerrar los ojos y desear no despertar—. Reunión entre dos amantes.

Dos hombres se lanzan sobre él. Sobre Fantasma.

—¡No! —grito, pero el dolor me hace toser sangre.

Los golpes resuenan como truenos en la habitación húmeda. Fantasma cae. Le pegan en el estómago, en la cara, con tubos de metal. La sangre le chorrea por el cuello.

Y yo no puedo hacer nada.

—Quítate la máscara, *Fantasma* —ordena Zimmers mientras se acerca a él—. Quiero verte la cara antes de reventarle la cabeza a tu noviecita.

—¡No lo hagas! —grito con la poca fuerza que me queda.

Pero nadie me escucha.

Los hombres lo atan como a un animal. Y Zimmers se gira hacia mí.

Sus pasos son lentos. Disfruta esto. Como siempre. Como lo hacía antes.

—¿Sabes lo que le hacía? —le pregunta a Fantasma con la misma voz con la que solía decirme que era su favorita… pero no especial.

—No la toques —gruñe él, su voz más grave que nunca—. Te juro que si la tocas…

Zimmers se ríe.

—No puedes moverte. Te meto una bala y esto se acaba. Pero… ¿dónde estaría la diversión?

Y entonces… me toca.

Su mano sucia, áspera, maldita… roza mi cuello. Su piel sobre la mía me arranca un grito ahogado, como si me abriera una cicatriz que creía cerrada. Baja lentamente, jugando con los bordes del desgarro en mi blusa, y yo me estremezco.

—¿Sabes qué es lo que más extraño? —susurra Zimmers en mi oído, como una serpiente—. Tu temblor. Ese temblor que no podías controlar. Me decía que aún eras mía.

Su otra mano se desliza por mi clavícula y entonces baja, sin prisa, como si ese toque fuera un derecho adquirido. Como si tuviera permiso. Como si no le importara que Fantasma esté allí, viéndolo todo. Como si lo disfrutara más por eso.

Yo me retuerzo, intento morderlo, escupirle… pero él me golpea con la palma abierta, fuerte, en la mejilla, y mi cabeza choca contra la pared detrás de mí. La sangre me sabe a metal.

—¡No! —grita Fantasma, su voz rasgada, violenta.

—Quédate ahí como el perro que eres —le escupe Zimmers, sin siquiera mirarlo.

Y entonces su mano va más abajo.

Rasgando lo poco que me cubre. Me toca donde no debe. Me invade como lo hacía antes. Como si mi cuerpo fuera su trofeo. Su propiedad. Como si yo fuera esa niña rota de nuevo, atrapada en un cuarto sin ventanas.

Y yo me congelo. Pero no por miedo. Sino por rabia. Por impotencia. Por él.

Por mi Fantasma. Porque sé que lo está viendo todo. Que está atado. Que está rompiéndose.

Porque sus gritos son peores que los golpes.

—¡NO! ¡NO LA TOQUES, MALDITO! ¡TE VOY A MATAR! —ruge como un animal atrapado, con una voz tan desgarrada que me hace llorar.

—¿Escuchas eso? —Zimmers me dice con esa sonrisa cruel, mientras su mano no se detiene—. Está perdiendo la cabeza. Qué romántico.

—¡MÍRAME! —le grito a través de mis lágrimas a Fantasma—. ¡NO LO HAGAS! ¡NO TE QUITES LA MÁSCARA! ¡No dejes que vea tus ojos! ¡Solo cierra los tuyos! ¡Por favor! ¡No veas esto!

Porque prefiero que me lastimen mil veces más antes que verlo así. Antes que verlo romperse por culpa mía.

Zimmers tiene otros planes. Me deshata y entonces me arroja al suelo y sé lo que hará a continuación. Cuando escucho el sonido del pasado, ese sonido metálico del cinturon y sus pantalones siendo desabrochados.

—¡NO, NO, NO! —grita El Fantasma frente a mí.

Nuestros ojos se cruzan. Y algo… cambia. No sé si es la forma en que lo miro. O si es el miedo que tengo de perderlo para siempre. Porque si ve esto, lo destruirá.

Pero lo veo. Lo veo rugir. Como un animal salvaje.

Como una bestia herida.

Y rompe las malditas cadenas.

Todo pasa en segundos.

Uno de los hombres gira, pero ya es tarde. Fantasma le arrebata el arma y le dispara entre los ojos.

El otro corre. Otro disparo.

Silencio.

Zimmers se ríe. Aún tiene el arma apuntando hacia mí.

Y entonces… las luces se apagan.

Disparos.

Mi cuerpo se encoge instintivamente.

Y en medio de la oscuridad… lo siento.

Sus brazos rodeándome.

Su cuerpo cubriéndome.

Cada bala que atraviesa la habitación.

—¡NOOOOO! —grito, y no me importa nada. Ya no me importa si lo saben, si lo escuchan, si muero.

Y entonces… silencio. Las luces regresan.

Y ya no me abraza.

Ahora está de pie.

Sostiene un machete ensangrentado.

Y en la otra mano…

La cabeza de Zimmers.

Sus ojos aún abiertos, la sonrisa muerta congelada.

—Te dije… que te cortaría la cabeza —dice con un hilo de voz… y entonces cae.

Mis piernas me tiemblan mientras me arrastro hacia él.

—No. No, no, no… —lloro—. No me hagas esto…

Sus ojos me buscan. Aún está consciente. Aún respira.

—Mírame… —sisea.

Lo volteo. Lo tomo en mis brazos.

Está lleno de sangre. Pecho. Costillas. Estómago.

Las balas… todas fueron para mí.

Y las recibió él.

—¿Por qué no usaste un maldito chaleco antibalas? —grito entre lágrimas.

Su sonrisa es débil… pero sigue ahí.

—Porque no me importa morir, pajarito…

—¡Pues a mí sí! —le grito, con el alma ardiendo—. ¡A mí me importa! ¡Tú me importas, maldita sea!

Él respira lento. Los párpados se le caen.

—Mírame… de verdad.

Temblando, mis dedos tocan su máscara.

Y se la quito.

Y ahí está.

Su sonrisa.

La misma de aquella vez… cuando me salvó.

—¿Por qué? —susurro—. ¿Por qué así?

—Porque… quería que me miraras… antes de morir.

—No vas a morir —digo, y lo beso. Le doy todo en ese beso. Todo el amor que no pude gritar antes. Toda la rabia. Toda la

ternura—. Te amo. ¡Te amo tanto!

—¿No estás… molesta? —dice, con la voz rota—. Todo este tiempo… fui yo.

—Siempre supe que eras tú.

Su expresión cambia. Asombro. Dolor.

—¿Qué?

Y entonces recuerdo:

—Joder…encajas tan bien en mí, pajarito…

—Déjame mostrarte lo que te mereces. Déjame ser mejor que él. Elígeme a mí, pajarito…

—Te quiero por esto, porque me dominas, porque por fin estás usando todo el fuego que llevas dentro. Eres mía, pajarito…

—Siempre deseé que fueras tú —le confieso, con lágrimas cayendo sin freno—. La forma de besarme… incluso detrás de esa máscara. La manera de tocarme. La forma en la que me hacías tuya. Sabía que eras tú.

Él cierra los ojos un momento, débil.

—El Fantasma odiaba a Theron… pero nunca lo mató. A esos hombres que me amenazaron… los hizo pedazos. Pero a ti… nunca. Porque tú eras él. Porque siempre me amaste.

—No fueron los únicos muertos —tosé sangre—. Hubo más. Los busqué a todos.

—No me dejes —suplico—. Por favor no me dejes…

Escucho pasos, los nuestros, lo sé. Se detienen, ve toda la escena, ya deben de saberlo o siempre lo supieron. Sé que sí. Pero no me importa. No voy a separarme de él.

No ahora.

Lo elijo a él. Los elijo a los dos.

—Lo siento… pajarito…

Y cierra los ojos.

Y grito.

Lo sacudo.

Le beso la frente. La boca. El pecho.

—¡Theron! ¡THERON! ¡Vuelve!

Pero ya no me oye.

EPÍLOGO



THERON

DIEZ AÑOS ATRÁS

Camina rápido, como si huyera.

Lleva una bolsa de papel contra el pecho, y el cabello enredado por el viento. No dijo nada. Solo tomó lo que le di y bajó la cabeza. Como si le pesara. Como si no mereciera ni siquiera eso.

La veo salir de la cafetería. Correr. Es pequeña. Frágil. La ropa le cuelga. El rostro le tiembla.

Quiero seguirla.

Quiero detenerla.

Quiero hacer algo más. *Algo más*.

Pero es tarde.

Se ha marchado.

Y me quedo ahí, entre las luces cálidas de la calle y la lluvia que empieza a calar el cemento.

Alguien la lastimó. Lo sé. Lo sentí. Como se siente un bisturí cuando atraviesa piel sana. Lo sientes… aunque no sea tuya.

El miedo en sus ojos. El vacío. La forma en que no podía sostenerme la mirada.

Nunca lo olvidaré.

…

Esa misma noche.

Estoy frente al espejo. Mi habitación de la universidad huele a desinfectante y a café quemado. Llevo días sin dormir. Aún tengo la bata del hospital colgando en una silla.

Y entre mis manos… está la máscara.

Negra. En forma de calavera. Solo mostrará mis ojos azules, tendré que pensar en ocultar eso también.

La mirada nueva me saluda. Sin expresión. La compré esa tarde. No sé por qué. Solo supe que… tenía que tenerla. Miro mi reflejo. Veo mis manos temblar. Y algo en mí… algo se deshace.

Soy un hombre que disecciona cerebros. Que sabe cómo se apagan las emociones. Cómo se forman los traumas. Cómo se

mueren los recuerdos. Y, sin embargo, nada de lo que estudié me preparó para lo que sentí al verla. Ni para lo que siento ahora.

Me pongo la máscara.

Y todo se apaga.

El pulso baja. La angustia desaparece. La empatía se silencia. Es como si una sombra se acurrucara dentro de mí. Como si la muerte misma me susurrara al oído: *así es como se cura el mundo*.

La justicia no tiene rostro. Y yo tampoco. Los libros dicen que la corteza prefrontal regula el control emocional. Que la amígdala responde al miedo. Que los psicópatas tienen una desconexión entre ambos.

Me miro otra vez. Tal vez eso soy ahora. O tal vez… nunca tuve esa conexión para empezar. Pero ahora tiene propósito.

Ella.

Ella tiene miedo. Ella está allá afuera. Y los que le hicieron daño siguen respirando.

Mi bisturí no basta. Necesito otra herramienta. Mis manos tiemblan al sostener el machete.

—Por ella —susurro, con la máscara puesta—. Tengo que barrer las calles.

Uno por uno.

Y lo haré sonriendo.

EL FANTASMA



UNA SEMANA DESPUÉS

Estoy fuera de turno. Son las tres de la mañana.

El barrio huele a podredumbre y desesperación. Siento la sangre latir en mis oídos como un tambor de guerra.

Lo veo salir del club. El mismo hombre que aquella tarde en la cafetería le gritó. El que le agarró la muñeca. El que le pidió algo que no se le pide a una niña con hambre.

He investigado. Tiene nombre, dirección, y un historial de denuncias archivadas.

Y sigue libre.

Y ella sigue perdida, con ese mismo miedo en los ojos.

Yo ya no tengo nombre.

Ahora… solo tengo una máscara.

Camino tras él.

Mi bata ya no es blanca. Es mi abrigo negro. Como yo. Como el vacío que me habita desde que vi esos ojos llorando.

Él me ve. Se ríe.

—¿Qué pasa, Halloween se adelantó?

No le contesto.

Levanto el machete. El primer golpe le corta el brazo.

No grita. *Chilla*. La sangre me salpica el pecho.

No siento nada. No… *eso no es del todo cierto*. Siento algo que no tiene nombre. Algo que no se enseña en las aulas. Algo que ni los libros de anatomía ni los de psiquiatría pueden explicar.

Es justicia. En carne viva.

Cuando cae al suelo, tiembla.

Me arrodillo frente a él.

Miro su rostro.

—¿Sabes lo que ocurre cuando destruyes el alma de alguien? —le susurro mientras inclino la hoja hacia su cuello—. Lo que haces, se queda en su sistema. Como un tumor. Como un parásito.

—Por favor…

—¿Sabes lo que yo hago con los parásitos?

Silencio.

Le corto la garganta.

No una, sino *dos veces*, como un protocolo quirúrgico. Preciso. Implacable. Irreversible.

La sangre no me mancha.

Me bautiza.

…

Estoy en el baño del hospital. Tengo las manos limpias. Las uñas recortadas. Nadie nota nada. Nadie sospecha nada. Pero ya no soy el mismo. El bisturí ya no basta. La justicia no se firma con documentos. No se suplica a los jueces. No se negocia.

Se toma.

Y yo la tomaré por ella.

Ni siquiera he asesinado así en nombre de la mafia que gobierna mi padre. Es por ella. Por esa niña con ojos rotos que corrió de la cafetería con un sándwich en la mano… y el alma hecha pedazos.

Pajarito, donde quiera que estés…

Ya estoy en camino.

JOSEPHINE



EN EL PRESENTE
OCHO MESES DESPUÉS

Estamos solos.

Nuestra nueva casa en Londres es grande, silenciosa, fría por fuera y tibia por dentro. Hay una taza de té sobre la mesa. Una manta sobre mis piernas. Y a mi lado… él. Theron.

Theron, sin máscaras. Sin vendas. Sin sangre. Solo él. El hombre que me amó en silencio. El que gritó por mí. El que mató por mí.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurro, acariciando la línea de su mandíbula, donde aún se ve una cicatriz que no se borrará nunca.

—Siempre.

—¿Cuándo empezó todo? Lo de… El Fantasma.

Me mira. Traga saliva.

Y entonces su voz tiembla, como si esas palabras llevaran años ardiéndole en el pecho.

—Fue por ti. —Me mira, sin parpadear—. Quería vengarte.

Mi corazón se detiene un segundo.

—Pensé… que no te volvería a ver nunca más. Y si no podía encontrarte, al menos podía hacer eso. Vengarte. Salvar a chicas como tú. Cazar a cada uno de esos hijos de puta que respiran como si nunca hubieran lastimado a nadie.

—Theron…

—Yo era estudiante de medicina, ¿sabes? Soñaba con salvar vidas, no con… arrebatarles las suyas. Pero cuando te vi… esa vez en la cafetería, con hambre, sucia, temblando… supe que algo en mí no volvería a ser igual.

—¿Ese día?

Asiente.

—Te di un sándwich. Te di lo único que podía darte en ese momento. Pero fue insuficiente. Me sentí inútil. Después vi al tipo que te gritó y te tocó… y no pude soportarlo. Empecé a buscarlo. A todos los malos. Me convertí en otra cosa. Esto, lo que soy ahora —dice señalándose el pecho—. No lo odio. No me arrepiento. Porque te trajo de vuelta.

Las lágrimas me arden.

Me inclino, beso su frente. Luego lo abrazo. El calor de su cuerpo me calienta, la tinta en su cuerpo me hace sentir orgullosa, de lo que es, de lo fuerte que es y también vulnerable por mi culpa.

—Vamos a tatuarnos —le digo, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano.

Él parpadea.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Quiero que esto quede marcado. Lo bueno. Lo que viene. Lo que renace.

…

El estudio está en la parte baja de la ciudad. Anónimo. Limpio. Callado. Él va primero. Se quita la camisa, se sienta. Cierra los ojos. El lirio se lo tatúa en el corazón. Naranja, brillante. Delicado. Fuerte.

Donde las balas no pudieron matarlo.

—Es mi flor favorita —susurra y toca mi cabello, casi no hay naranja en mi cabello, no lo he retocado, pero lo haré pronto, o no. —. Porque siempre florece, incluso en tierra muerta.

—Como tú —le digo.

Luego me toca a mí. Me borra el viejo tatuaje. Aquel que me marcaron sin permiso, sin amor, sin alma.

Y en su lugar, pido pájaros. Tres. Pequeños. Libres.

—Eres libre, pajarito —me dice con voz baja, pero firme.

—Y tú mi cielo —respondo.

Cuando llegamos a casa, el silencio entre nosotros ya no es una pausa… es tensión contenida. De esa que arde bajo la piel.

Theron me mira con una mezcla de calma y deseo. La misma mirada que me ofreció la primera vez que me salvó. Solo que esta vez, él es quien quiere ser salvado.

—Josephine… —dice con la voz rota, las manos temblorosas —. Esta vez… tú tienes el control.

Se arrodilla frente a mí. Me entrega una cuerda de seda negra. Sus ojos no se apartan de los míos.

—¿Estás seguro?

—Siempre he estado seguro contigo.

Lo llevo a la cama. Lo guío como si lo conociera desde dentro. Theron se recuesta, expone sus muñecas, y sin decir nada más, yo misma lo ato al cabecero. Firme. Suave. Segura.

Él jadea.

—¿Estás bien?

—Estoy donde quiero estar. En tus manos. En tu poder.

Me deslizo sobre él. Lo monto con suavidad, saboreando cada centímetro, cada respiración contenida, cada estremecimiento. Lo beso lento, le muerdo el cuello. Lo observo perder el control por primera vez.

Y cuando él se arquea, gimiendo mi nombre, yo me inclino sobre su pecho.

—No cierres los ojos.

—No puedo —responde con un suspiro que suena a rendición.

Lo monto con movimientos profundos, seguros, hasta que su cuerpo tiembla bajo el mío, amarrado, expuesto, vulnerable… mío.

Cuando el clímax finalmente nos sacude, mi pecho se aplasta contra el suyo, nuestros corazones latiendo en un mismo ritmo. Entonces me levanto suavemente… y tomo la máscara.

Él me mira, apenas respirando. Y yo la coloco sobre su rostro, cubriendo lo que otros temerían… pero que yo amo.

—Dijiste que yo tenía el control —susurro, mientras acomodo la máscara con cuidado—. Y yo… te quiero así también. En todas tus formas. Como médico. Como bestia. Como fantasma.

Él se queda callado unos segundos. Luego sonríe bajo la máscara.

—Joder… —su voz es apenas un gruñido—. Cásate conmigo.

Me detengo.

—¿Qué?

—Cásate conmigo, pajarito. Eligeme.

Sus ojos brillan como carbones encendidos tras la máscara.

—Eres mía.

Me inclino y le beso los labios cubiertos por el frío del metal.

—Y tú mío, Theron, fantasma.. Y siempre te eligiré. En todas tus versiones.

Se sacude un poco contra las cuerdas, jadeando, pero no para soltarse… sino para demostrar que aún así, incluso rendido, me desea.

—¿Eso es un sí? —me derrite el corazón verlo tan nervioso.

—Sí, para siempre.

…

Me quedo sobre él, acariciando la línea de su tatuaje, donde el lirio todavía arde sobre su corazón.

Porque este momento no es solo deseo.

Es unión.

Es pacto.

Es pertenencia absoluta.

Él me abraza después. Su pecho contra mi espalda. Sus dedos jugando con el tatuaje recién hecho.

—¿Duele?

—Solo un poco —respondo.

—El mío no duele nada.

—¿Por qué?

—Porque tú estás ahí. Marcada para siempre.

Lo beso una vez más. Y sé que esta vez, al fin, no tendré que correr. Porque estoy donde pertenezco. Con él.

Con mi Fantasma.

Con Theron.

EPÍLOGO EXTRA



THERON

Chicago, ocho meses después.

El viento afuera trae el eco de la ciudad que nunca duerme, y aquí, en el corazón de uno de los clubes más secretos del bajo mundo de la Bratva, las risas suenan como disparos bien dirigidos: secas, fuertes, con ese matiz de hombres que han matado y sobrevivido demasiado.

Las paredes están forradas en terciopelo burdeos. Cuadros de arte clásico robado. Humo de habano flotando lento. En el centro, una mesa larga de caoba con vasos de cristal, botellas de licor ruso,

italiano y escocés, y platos que ya nadie toca. Porque la conversación es la cena esta noche.

Estoy sentado entre Paolo Santoro y Roco Barone, mis dos viejos amigos de la Cosa Nostra en Chicago. Frente a mí, Bear Romanov, el pakhan de la Bratva, mastica un puro apagado con la mirada fija en los movimientos de su hermano, Anton, que bromea con Roco. Su otro hermano, el menor, Konstantin Romanov revisa su reloj sin prisa. Y a un costado, silencioso como una sombra letal, Dimitri Markov, su mano derecha, sorbe un café negro como el abismo.

Café en un jodido club.

—¡Y lo peor es que juró que jamás se enamoraría! —grita Roco, señalándome con una carcajada—. *Mujeres son un riesgo emocional innecesario*, dijo una vez. Lo tengo grabado.

—Y míralo ahora —agrega Paolo, alzando su copa—. Con un tatuaje en el pecho y un anillo en el bolsillo.

Me echo hacia atrás y los miro a todos. Están disfrutando demasiado.

—No se burlen tanto, malnacidos. Les recuerdo que fui el primero en advertirles que cuando encuentras algo real... no lo dejas ir.

Los conozco a todos, y la confianza se ha ganado con el tiempo. Así que por eso, los dejo que se burlen un poco de mí.

Dimitri levanta una ceja.

—Pensé que eso sólo lo decías de las cirugías cerebrales.

—De las cerebrales y de Josephine —respondo sin dudar, con una sonrisa torcida.

Y entonces la veo. Está allí, al otro extremo del salón, rodeada de las mujeres de mis colegas, riendo, con una copa de vino blanco entre los dedos. Lleva un vestido negro que abraza sus caderas y deja al descubierto el tatuaje más reciente: un bisturí en su pierna desnuda. Es una obra de arte. Como ella.

No sé si es la luz, o si soy yo viéndola con los ojos de alguien que ya la perdió una vez... pero Josephine parece brillar. Como si no tuviera cicatrices. Como si nunca la hubieran roto.

Y sin embargo, yo sé la verdad. Las heridas que no se ven. Las noches en que la abrazé mientras temblaba. Las veces que repitió en susurros: "Estoy aquí, estoy viva, estoy contigo."

Ripley Romanov se acerca a mí. Otro médico como yo, un veterano, una leyenda y el único que merece mi respeto aquí y no estos bastardos.

—Ella encaja aquí.

Lo miro. No es una pregunta.

—Sí. Lo hace. Pero eso me da miedo.

—Porque si encaja, significa que no podrás sacarla de este mundo —agrega Bear, escuchándonos sin mirarnos.

—No quiero sacarla. Quiero protegerla desde adentro. Ya no hay salida para mí. Así que haré de este infierno algo habitable... para ella. Ustedes saben a lo que me refiero. Veo varias cabezas asintiendo. Cada uno tiene su historia, lo sé. Lo he visto desde la oscuridad.

Roco se levanta, con su copa al aire.

—Por la mujer que domó al cirujano oscuro, al Fantasma, al maldito hijo de puta de Londres.

—Por Josephine —corean los demás.

Ella gira al escuchar su nombre. Me ve. Y sonríe. Dios... esa sonrisa.

—Y por el nuevo Código negro.

Viper, Claus, Noel y yo. Eso somos ahora, el código negro, y limpiaremos las calles por y para ellas.

Camino hacia ella. Siento los ojos de todos clavados en mí, pero ya no importa. No tengo que esconderme. No tengo que usar una máscara.

Cuando llego hasta su lado, ella me mira y baja la voz.

—¡Estaban hablando de nosotros! ¿Roco está imitando tu acento británico?

—Seguro dijo "bloody hell" y me hizo parecer un idiota.

—Exactamente eso.

Nos reímos. Me inclino y le susurro al oído:

—Te amo.

—Y yo a ti—está a punto de besarme, cuando alguien entre risas la arrebata de mí.

Sus nuevas amigas.

El club está lleno. Huele a whiskey caro, a tabaco, a perfume dulce. La música baja un poco y el escenario se ilumina. La voz de Rocco se escucha de fondo, animando al público:

—¡Vamos, damas! ¡Es su momento!

Las mujeres de nuestros amigos —esposas, amantes, compañeras de guerra y de vida— comienzan a subir, una por una, entre aplausos. Y entre ellas, aparece ella. Mi Josephine.

Mi pajarito.

Sus ojos me buscan desde el escenario, brillantes bajo las luces, su vestido negro se amolda a cada curva como si fuera parte de su piel. La veo reírse al tropezar con el escalón, ver a Paolo haciendo una señal de "te voy a grabar todo esto", y a Roco ya llorando de risa con su copa de vino en alto al ver a su mujer también.

Cada una toma un micrófono. No están afinadas. No saben cantar. Pero eso no importa.

Empiezan una canción conocida, una de esas de amor, rota y alegre a la vez, que suena en bodas y funerales por igual.

Y Josephine… Josephine canta. En coreano. Sobre esa nueva serie de netflix que me hizo ver una y otra vez. Sobre esa chica que llamaba a su marido, haciendose pasar por una amenaza.

Me recordó al fantasma. A ella. Nosotros.

Al principio se ríe, suelta una carcajada al escuchar a la novia de Anton desafinar brutalmente. El público también ríe, incluso los tipos más rudos de las mafias aquí presentes. Los Romanov. Los Markov. Los Barone. Los Santoro. Todos con sus rostros marcados por la guerra, las pérdidas, el crimen… y ahora, por una sonrisa que solo una mujer puede dibujarles.

Y entonces la escucho cantar. Su parte.

Su voz es perfecta, es real. Es vida. Es ella.

Y yo sonrío. Me derrito.

Mi alma, esa que creí muerta bajo la máscara, revive cuando la oigo reír. Cuando la veo con esa libertad que un día pensé que

nunca tendría. Cuando canta, cuando alza su mano hacia mí, como si pudiera tocarme desde ahí arriba.

Y yo pienso:

Le dije que volara… mi pajarito. Mi Lirio de tigre.

Y lo hizo.

Voló hacia mí.

FIN.



SÉ QUE LO QUIERES. Y ESTO DEBÍA SER UNA SORPRESA PERO VOY A DECIRTELO AHORA.

HABRÁ LIBRO DE HUNTER Y VIPER.



Serie:

CÓDIGO NEGRO

LIBRO 1: VIPER

¿Quieres un adelanto de la historia de Hunter y Viper?
Sigue leyendo…


Hunter Sterling
KRIS BUENDIA

HUNTER



El frío del suelo de mármol atraviesa mis pies desnudos. Las luces son demasiado brillantes, el aire demasiado denso, y el vestido… si se le puede llamar así… apenas cubre mi cuerpo.

Seda negra, escote profundo, espalda descubierta. Fue hecho para humillarme, para volverme un objeto, una pieza de exhibición.

No hay espejo, pero lo veo reflejado en los ojos de los hombres que se pasean del otro lado del vidrio polarizado. No necesito más que sus miradas para saber que me ven como algo que se compra, que se toma.

Mis muñecas tiemblan, aunque intento ocultarlo, y mis labios están partidos por la falta de agua. No sé cuánto tiempo llevo aquí. No sé si es de noche o de día. Lo único que tengo es este instante y el panel de cristal frente a mí.

—Ahí la tienen, caballeros —dice el vendedor con una sonrisa que me da náuseas—. Intacta. Hermosa. veintitrés años recién cumplidos. Educación alta, modales suficientes, buen material para moldear… y virgen.

Trago saliva. Lo odio. Lo odio con todo mi cuerpo.

Pero entonces lo veo.

En medio de la multitud tras el panel, él aparece.

Apenas levanta el rostro y todo se silencia dentro de mí.

Tiene el cabello perfectamente peinado, un corte clásico pero desordenado. Sus facciones están talladas con precisión, como si la rabia y la elegancia hubieran encontrado el modo de convivir en su rostro. Sus ojos… no sé si son grises o verdes, hay demasiada sombra y distancia… pero su mirada. Dios. Su mirada me arranca el aliento. No me mira como los demás. No me ve como carne. Me observa como si ya supiera algo que yo no.

—¿Cuánto inician las pujas? —pregunta un hombre mayor al fondo.

—Cincuenta mil —responde el vendedor.

Algunos murmuran. Otros ríen. Pero él no.

—Veinte millones—habla y todo callan— y quiero probar la mercancía primero —su voz es tranquila, profunda, cortante.

El silencio se vuelve tensión.

—Señor, no puede… —intenta protestar el vendedor, nervioso.

—Una cena —interrumpe él. Frío, exacto. Inamovible. —Solo la llevaré a cenar. Asegurarme de que tenga modales. Transferiré la mitad del dinero ahora mismo para que acabemos con esto.

El vendedor titubea. Lo mira. Abre la boca. Cierra la boca.

Y luego, como todos los cobardes, asiente.

—Muy bien, señor. Enviaremos a dos hombres con ustedes, por protocolo, claro. Solo una hora.

Los demas maldicen, pero se levantan y se van a la sigueinte puja, otra chica, no como yo. Pero sí una víctima más.

Lo miro fijamente. No sé si quiero correr o si algo en mí, muy dentro, siente que este hombre… este desconocido elegante y peligroso… es lo más parecido a una salvación que he tenido en días. Y entonces él sonríe. No con ternura. No con deseo.
Sino con dominio. Como si ya me perteneciera.



Candelabros altos, luz cálida, una botella de vino que no reconozco y copas demasiado frágiles para mi pulso tembloroso. Estoy sentada frente a él, aún con ese vestido diminuto que me hace sentir más desnuda que vestida. Nadie nos interrumpe. Aquí no hay reglas, sólo dinero… y él tiene demasiado.

Veinte millones, eso es lo que cuesta mi virginidad.

Lo observo. No puedo evitarlo.

Se ve…inmaculado, como si el caos nunca le rozara. Su traje oscuro parece cortado a medida de un dios, y sus ojos—gris o verde, no lo sé todavía, no me atrevo a verle a la cara por mucho tiempo—me tienen atrapada. No porque sean bonitos, sino porque me miran como si ya me conocieran. Como si supiera cada rincón de mí… incluso los que me niego a aceptar.

—No comes —dice, su voz grave, pausada. Como si no estuviera sentado frente a una chica que está que fue vendida al mejor postor.

—No tengo hambre.

—Mentira —musita, con una leve sonrisa mientras corta un trozo de carne con una elegancia enfermiza—. Tienes miedo. El

miedo corta el apetito.

Trago saliva, y sus ojos bajan a mi garganta, como si leyera cada estremecimiento.

Grises. Son grises.

—¿Quién eres? —me atrevo a preguntar. Las palabras me salen más como un susurro que como un reto.

Él alza la mirada, sin dejar el cuchillo.

—Un coleccionista.

—¿De qué?

—Cosas frágiles —responde, dejando el tenedor—. Cosas que nadie más sabe cuidar.

—¿Como yo?

—No. Tú no eres frágil. Eres… algo más.

Se reclina en la silla, sin apartar sus ojos de los míos. Su mirada se suaviza un segundo. O tal vez sólo me lo imagino.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Puedes decirme Max.

Max.

Tomo un pedazo de pan y lo meto a mi boca, puede ser una lija, se siente igual, la garganta me duele de tanto gritar y llorar en los últimos días.

Inclina la cabeza apenas, como si estuviera estudiando una pieza de arte maltratada.

—¿Siempre fuiste tan… obediente?

Le sostengo la mirada, aunque por dentro me tiemblan hasta los huesos.

—¿Y usted siempre tan arrogante?

Él ríe, apenas un soplo. Luego, me sorprende.

—Te llamaré *Blanca Nieves*.

Mi ceja se alza, sin poder evitarlo.

—¿Porque soy pálida?

Tabien tengo el cabello oscuro. Y esa es mi princesa favorita, pero él no lo sabe.

—Porque estás envenenada y no lo sabes —dice, sin sonreír esta vez—. Y aún así, todos quieren un pedazo de ti.

Mi corazón se detiene un segundo. Él se inclina hacia mí, sus dedos tocando apenas el borde de mi copa.

—Pero yo… —susurra—. Yo no vine a devorarte.

Sus ojos arden cuando dice lo siguiente:

—Yo vine a devolverte el corazón… y con él, tu libertad.

No sé si lo odio o si quiero creerle. No sé si el temblor en mis manos es miedo o algo más desconocido.

Solo sé que nadie —nadie— me ha mirado así antes.

Como si, detrás de la mercancía, del cuerpo exhibido, del silencio obligado… todavía quedara alguien.

Todavía quedara yo.

Y por un segundo —fugaz pero real—, no me siento a la venta.

Me siento vista. Me siento recordada por mí misma.

Continuará…

EL BESO
DE MI LADRÓN

LIBRO 8 – spin off

SERIE PÉTALOS DE SANGRE



KRIS BUENDIA

Capítulo 1



RIPLEY
Año 1992.

Los gritos de Violet retumban en las paredes. Son punzantes, húmedos, desgarradores. La sala está empapada de tensión, de miedo, de fuerza pura. Ella puja con los ojos cerrados, la frente cubierta de sudor, los dedos crispados sobre las sábanas blancas que ahora ya no lo son. Y aun así, se ve hermosa. Inquebrantable. Fuerte.

Y sola.

Estoy ahí. Sin estar. A unos metros, en la sombra, pero hoy es diferente. Nadie me ha visto llegar, nadie espera que me quede. Pero

yo lo hago. Siempre lo hago. Cada vez que puedo, cada vez que me entero. Siempre llego, aunque ella nunca me mire. Aunque no sepa que soy yo quien deja los pequeños obsequios. Las flores que aparecen sin firma. Los libros antiguos que ama. El oso de peluche que ahora descansa sobre la silla, aplastado contra una chaqueta. Ese oso... se lo regalé hace meses, cuando su vientre apenas asomaba.

El aire apesta a sangre y a miedo.

El miedo no es de ella.

Violet está en la cama, el cuerpo arqueado por el dolor, aferrada a las sábanas como si de eso dependiera su vida. La piel de su rostro está perlada de sudor, el cabello pegado a la frente, la respiración entrecortada. Está sufriendo. Y yo no puedo hacer nada más que verla romperse.

No puedo tocarla. No puedo sostener su mano.

Porque no soy su esposo.

Soy su médico. Soy el hombre que está entre sus piernas, con las manos cubiertas de su sangre, asegurándome de que no muera trayendo al mundo a un hijo que no es mío.

Violet no quiso ir al hospital. Es demasiado peligroso. Somos Romanov. Somos Bratva. Su hijo no puede nacer entre extraños. No puede ser vulnerable ni un solo segundo. Mi hermano no está aquí, demasiado ocupado con la guerra que se cierne sobre nuestro territorio. Pero yo sí. Siempre lo estoy.

El parto es difícil. Demasiado.

Ella grita. Puja. Se queda sin fuerzas.

—Violet, mírame —le ordeno con la voz baja y tensa, porque sé que si alzo el tono se romperá lo poco que nos queda—. No puedes detenerte. Tienes que hacerlo, ahora.

Sus ojos se encuentran con los míos. Ojos que alguna vez soñé con ver llenos de amor por mí. Ojos que solo han conocido amor por otro hombre.

Mi hermano la reclamó primero.

Es la ley de la Bratva. El Pakhan elige.

Yo no tuve opción. Yo era el segundo al mando. La mano derecha. El hombre que mata, pero nunca reclama.

Y sin embargo, ella fue mía primero.

Fui yo quien la vio aquella noche en la galería, con su vestido azul y sus labios pintados de rojo. Fui yo quien se sintió jodidamente vivo por primera vez cuando me sonrió. Fui yo quien le habló, quien la hizo reír. Fui yo quien se enamoró de ella en un instante.

Pero mi hermano llegó después. Vio lo que yo vi. Quiso lo que yo quería. Y cuando se decidió, yo ya no existía.

Ella grita otra vez. Se ahoga en su propio dolor.

—¡Vamos, Violet! —mi voz es más dura ahora, porque no puedo verla así, porque me está matando de a poco—. Empuja.

Y ella lo hace.

La sala se llena con el llanto agudo de un recién nacido.

Es un niño.

Mi pecho se contrae como si me hubieran golpeado con un maldito bate.

Ella solloza. Su cuerpo se relaja contra el colchón, pero sus ojos siguen abiertos. Cansados. Perdidos. Y entonces lo ve. No al bebé, sino al oso de peluche en la silla.

El que yo le regalé.

Porque siempre le dejo algo. Siempre. Aunque no sepa que soy yo.

Su mano temblorosa se aferra a la sábana, sus labios se entreabren.

—Bear —susurra. Su voz es tan débil que apenas la escucho—. Quiero que se llame Bear.

El nudo en mi garganta es un maldito puño.

—Bear —repito. El nombre se siente como un cuchillo. Lo acepto porque no tengo otra opción. Porque nunca la he tenido.

Miro al niño en mis manos, a esa pequeña criatura que nunca será mía.

—Bear Romanov.

El hijo del hombre que lo tiene todo.

La esposa que nunca fue mía.

Y yo…

El que se queda en las sombras, con el pecho roto y las manos cubiertas de la sangre de la única mujer que jamás podré

reclamar.

MIEMBROS DE TODA LA MAFIA DE PÉTALOS DE SANGRE Y PRÓXIMA ORGANIZACIÓN CRIMINAL



BRATVA – MAFIA RUSA

Bear Romanov — *Pakhan*
Líder supremo de la Bratva. Su palabra es ley.

Dimitri Markov — *Bratan*
Subjefe y consejero principal del Pakhan. Estratega y ejecutor de las decisiones más delicadas.

Anton Romanov & Konstantin Romanov — *Supervisores y enlaces*
Hermanos del Pakhan. Enlace directo entre los capos y los soldados. Encargados de inteligencia, seguridad y disciplina interna.

Ripley Romanov: Miembro importante y doctor experimental de la mafia.

Bratishka (Soldados)
Soldados de base. Recolectan deudas, protegen territorios, ejecutan órdenes. Leales y temidos.

COSA NOSTRA – MAFIA ITALIANA

Roco Barone — *Don de la Cosa Nostra*
Líder de la organización. Su autoridad es absoluta.

Paolo Santoro — *Capo, Subjefe*
Segunda cabeza de la organización. Controla a los capos menores y reporta directamente al Don.

Viktor — *Segundo al mando de la seguridad*
Encargado de proteger al Don y a su esposa. Leal y silencioso, su presencia impone respeto.

MAFIA DE LONDRES

Theron Sterling — *Jefe de la mafia londinense*
Frío, metódico y brillante. Controla las operaciones desde las sombras. Su autoridad no se discute.

MAFIA SUIZA

Maximilian Haas — *Jefe de la mafia suiza*
Elegante, implacable y estratégico. Comanda con pulso de hierro desde las montañas suizas. Su reputación es leyenda.

CÓDIGO NEGRO – ORGANIZACIÓN SECRETA

Operación internacional que actúa por fuera de la ley, creada para desmantelar redes de tráfico humano. Cada integrante tiene su propio pasado oscuro, pero una causa común los une.

Viper — *Maximilian Haas*

miembro de codigo negro: Jefe de la mafia de Suiza. Brillante, meticuloso. Su apodo es temido en todos los continentes.

Reaper — *Noel Ashford*

Miembro decodigo negro: Corea e Inglaterra. Hermano de Josephine. Construyó su imperio con sangre para encontrarla.

Raven — *Claus Radkle*

Miembro de codigo negro: Representante de Inglaterra. El más letal en la estrategia tecnológica, hacker. Silencioso, astuto, letal.

AGRADECIMIENTOS



No sé por dónde empezar. He estado escribiendo historias desde hace más de diez años. Me parece algo irreal que sigas aquí. PDS significa tanto para mí, no solo hice cambio en mi vida personal desde la Bestia, tambien en mis historias, quise ser fiel a lo que creo y me gusta escribir, sin miedo, sin tabúes, solo escribir y tú gracias por leerme.

Hemos llegado al final de esta serie. Este es el final. El spin off de Ripley es el cierre definitivo al mundo de PDS y espero que te guste, porque cada línea está lleno de emoción, amor y sangre. Ripley también es un macho alfa, un hombre moralmente gris y que quemaría el mundo por su Violet.

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES:

Gracias infinitas a Yensi (yen_booklover), sé que siempre estás ahí para leer mis locas ideas a mitad de la noche.
Essenslybooks por brindarme un espacio en cada booktour, gracias Glory y a cada una de las chicas que forman parte del tour.
A Esther, que eres la primera en pedirlo como también en leerlo, gracias infinitas.
Gracias a Sol, mi bruja especial.
A JKL son el amor de mi vida y mi motor a seguir.
A mis sestras Danelia y Samantha por existir.

Orden de Lectura de PDS:

La obsesión de mi bestia, libro 1.
Las cicatrices de mi monstruo, libro 2.
Las mentiras de mi villano, libro 3.
El alma de mi demonio, libro 4.
La sangre de mi diablo, libro 5.
La sombra de mi corazón, libro 6.
La Devoción de mi Fantasma, Libro 7.
El Beso de mi Ladrón, Libro 8 Spin off.

Es tu turno de stalkearme en instagram como @krisbuendiaauthor y www.krisbuendiabooks.com

Sobre la autora



Todo comenzó cuando era muy joven y descubrió que le resultaba más entretenido contar la historia de los villanos que la de los príncipes azules o las damiselas en apuros.
A menudo, la historia de los villanos está mal narrada, y ¿qué mejor idea que crear mis propios libros con mujeres fuertes y valientes que se enamoran y salvan sus propias almas?
Si estás buscando historias encantadoras, no las encontrarás en mis libros. Aunque prometen un final feliz, primero debes cuestionarte si te gusta todo lo que escribo. Podría seguir hablando de mí durante horas, lo cual detesto; por eso, te recomiendo que mejor leas mis libros.

¿Quién es Kris?

Kris es una autora internacional de bestsellers, ocupando el primer puesto en Amazon con sus trilogías "Quédate Conmigo" y "La Profesional", entre otros éxitos.

Actualmente, ha publicado más de cincuenta historias.
Sus obras giran en torno a villanos, amor y mentiras, siempre culminando en finales felices. En sus libros, te sumergirás en cautivadores tropos como la mafia, antihéroes, multimillonarios y otros elementos que te llevarán al mundo del dark romance.
Reside en el Reino Unido y constantemente está maquinando la próxima historia que cautivará a sus fieles lectores.

FUI AUTORA ROMÁNTICA DEL MES EN KOBO EN EL MES DE ENERO DEL 2019.
EL LIBRO ENGEL CATALOGADO COMO MEJOR ENTREGA DE ÉXITO EN EL 2021.
LAS TRILOGÍAS LA PROFESIONAL Y QUÉDATE CONMIGO #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.
C DE CENICIENTA #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.
LA MANSIÓN #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.

Sígueme en Instagram y suscríbete en mi página web para acceder a libros gratis www.krisbuendiabooks.com

---

[1] Referencia a la flor, lirio de tigre, su color naranja y motas café. Hace referencia a que ella por su cabello y sus pecas le recuerdan a esa flor.
[2] Mamá y papá.